

# Cuicuilco

Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia

NUEVA ÉPOCA, VOLUMEN 16, NÚMERO 47, SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 2009



Arqueología y complejidad social en el centro de México.  
Homenaje a William T. Sanders

ISSN: 1405-7778

# Cuicuilco

Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia

NUEVA ÉPOCA, VOLUMEN 16, NÚMERO 47, SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2009

Arqueología y complejidad social en el centro de México.  
Homenaje a William T. Sanders



# ÍNDICE

- **Presentación** 5  
**Patricia Fournier y Fernando López Aguilar**

## DOSSIER

- **Arqueología en el sur de la cuenca de México. Diagnóstico y futuro. *In memoriam* W. T. Sanders** 19  
**Mari Carmen Serra Puche y Jesús Carlos Lazcano Arce**
- **Bill Sanders y el periodo Clásico del cuadrante noreste de la cuenca de México. Perspectivas profesionales y personales** 39  
**Thomas H. Charlton y Cynthia L. Otis Charlton**
- **El estudio de la clase común: el asentamiento de Xaltocan durante el Posclásico en la cuenca de México** 59  
**Elizabeth M. Brumfiel**
- **Caminando el valle de Toluca: arqueología regional, el legado de William T. Sanders** 87  
**Yoko Sugiura Yamamoto**
- **Espacio, tiempo y asentamientos en el Valle del Mezquital: un enfoque comparativo con los desarrollos de William T. Sanders** 113  
**Fernando López Aguilar y Patricia Fournier** 147
- **¿La teoría más refutada del mundo?**  
**Manuel Gándara Vázquez**

## MISCELÁNEA

- **Mujeres de metal, mujeres de madera. Música p'urhépecha y relaciones de género en las bandas de viento en Tingambato, Michoacán** 179  
**B. Georgina Flores Mercado**

- Graniceros, los ritualistas del rayo en México: historia y etnografía 201  
**David Lorente Fernández**

## RESEÑAS

- Tylor en Anáhuac. Andanzas de un preantropólogo en el México del siglo XIX 227  
**Alberto Vallejo Reyna**
- La solidaridad relativa 231  
**Hilario Topete**

## PRESENTACIÓN

*Patricia Fournier García*  
*Fernando López Aguilar*

Escuela Nacional de Antropología e Historia

William Timothy Sanders (19 de abril de 1926), oriundo de Patchogue, Nueva York, fue el hijo mayor de una numerosa familia de clase trabajadora y limitados recursos económicos. Como alumno de bachillerato fue ávido lector del volumen de William H. Prescott acerca de la historia de la conquista de México, que incorpora en la narrativa observaciones acerca de la antigua civilización mexicana, obra que fue clave como motivación para que Sanders se abocara apasionadamente al estudio de las culturas prehispánicas de Mesoamérica. Después de prestar servicio en la marina durante la Segunda Guerra Mundial, como veterano de esa contienda, se hizo acreedor a los recursos monetarios requeridos para cursar estudios universitarios en Harvard, prestigiosa institución donde obtuvo, en 1949, la licenciatura y, en 1957, el doctorado en antropología [Parsons, 2008].

En palabras de Michael D. Coe [2008], compañero universitario de Sanders en Harvard con quien mantuviera nexos personales y académicos por décadas, la obra *Principios de la Antropología* de Chapple y Coon [1948] constituyó una fuerte influencia en las investigaciones de Sanders en Mesoamérica en torno a la complejidad social y la adaptación ecológica con bases materialistas. Esa tendencia se vio fortalecida, en 1951, cuando estudió en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y tuvo la oportunidad de nutrirse con el pensamiento de Pedro Armillas acerca del análisis del paisaje y la agricultura chinampera de la cuenca de México, además de que fue su asistente de campo en Tabasco en 1953 [Wendt, 2009]. Gordon Willey, uno de sus profesores en Harvard, le inculcó a Sanders el interés por el estudio regional de patrones de asentamiento [Toby Evans y Webster, 2008] manifiesto en múltiples publicaciones.

Asimismo, desde la década de los cincuenta, Sanders participó en trabajos de campo en Morelos, Quintana Roo, Veracruz y Chiapas. A partir de 1960 dirigió diversos proyectos arqueológicos en la cuenca de México, que fue su principal interés hasta su deceso, Kaminaljuyu, Guatemala, Copán, Honduras y en el sitio de Pikillaqta en Perú, en este último caso gracias a una estancia de investigación auspiciada por el sistema Fullbright en 1964 [Parsons, *op. cit.*].

La trayectoria de Sanders fue consistente a lo largo de su vida en los marcos de la ecología cultural y el materialismo cultural, sustento de sus prolíficas contribuciones centradas en la evolución de Mesoamérica desde la etapa de cazadores-recolectores hasta el desarrollo de estados urbanos complejos; tal nivel de complejidad, desde su perspectiva, resultó del crecimiento demográfico como principal motor y estímulo. Para el caso del centro de México, en los estudios que llevó a cabo en conjunto con colaboradores de la talla de Barbara Price, Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley, fundamentó que debido a la gran variabilidad regional en el clima, suelos, productividad y población, había ocurrido un proceso de aglutinación en una extensa región simbiótica, es decir, la cuenca de México y zonas circunvecinas que propició el surgimiento de sociedades complejas y del urbanismo [v. Toby Evans y Webster, *op. cit.*; Coe, *op. cit.*].

De hecho, como señala Michael E. Smith [2008], el libro *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization* [Sanders y Price, 1968] fue clave para el establecimiento de un marco científico comparativo para el estudio del pasado mesoamericano, mientras que para quienes realizan investigaciones en la cuenca de México, la obra de Sanders, Parsons y Santley [1979] titulada *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization* es de consulta y uso imprescindibles.

Sanders combinó la arqueología, etnología, etnohistoria y la investigación documental con los reconocimientos de superficie y las excavaciones controladas, por ejemplo, para el estudio de unidades residenciales en la búsqueda de similitudes y diferencias, así como para la conformación de secuencias temporales, por lo general mediante análisis estratigráficos y de materiales cerámicos [Kolb, 2008]. Incluso, podríamos considerar que, a su manera, Sanders efectuó trabajos con un cariz propio de la etnoarqueología y de la arqueología histórica como estrategias de investigación, aun cuando desde su perspectiva no recurriera al uso de esas etiquetas.

Como profesor-investigador, Sanders tuvo una brillante carrera en la Universidad Estatal de Pennsylvania (Penn State) entre 1959 y 1993 cuando se jubiló, si bien continuó sus labores académicas como profesor emérito hasta su fallecimiento el 2 de julio de 2008, además de que prosiguió su-

pervisando trabajos tanto de campo como de gabinete y preparó múltiples publicaciones, algunas de la cuales desafortunadamente serán póstumas.

En varias ocasiones se hizo merecedor de financiamientos de investigación de distintas fuentes, además de que fue laureado por sus logros, caso de la medalla “Alfred Vincent Kidder” al mérito académico en arqueología americana que recibió de la American Anthropological Association en 1980 [Kolb, *op. cit.*], su designación como Profesor Emérito en Antropología “Evan Pugh”, en 1983, que es la mayor distinción que otorga la universidad Penn State, su incorporación, en 1985, a la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos [Parsons, *op. cit.*; Toby Evans y Webster, *op. cit.*], así como el homenaje que se le rindió en México a raíz de su jubilación que motivó el compendio de dos volúmenes [Mastache *et al.* 1996].

Cabe destacar que entre 1973 y 1976, como profesor visitante [Toby Evans y Webster, *op. cit.*], Sanders participó activamente en la formación de estudiantes de la ENAH, tanto en aula como en campo, de manera que incidió en la diseminación de la posición teórica de la Ecología Cultural entre varios alumnos, quienes ulteriormente se integraron a la vida profesional y académica en nuestro país, dejando una huella que persiste hasta nuestros días en la forma de hacer arqueología mesoamericana en México. Independientemente de las polémicas que se han suscitado en nuestro ámbito académico por el uso, en ocasiones acrítico, de la Ecología Cultural, así como las mismas bases inferenciales de Sanders para dar cuenta de la complejidad social precolombina, la obra de este investigador que aquí compendiamos en las referencias —sea de su autoría, coautoría o que saliera a la luz bajo su coordinación— continúa siendo fuente indispensable de consulta ante el cúmulo de datos que se incluyen, derivados de rigurosos trabajos de campo y gabinete.

Era de llamar la atención la fortaleza de Sanders, ya sexagenario, y así se mantuvo, a nuestro parecer, después de cumplir 77 años de edad. Como escucha, ponente o comentarista siempre se mostraba atento, interesado, participativo y crítico en foros estadounidenses como la reunión anual de la Society for American Archaeology, a la cual rara vez faltaba; igualmente se le veía en eventos realizados en México, como la reunión de la Sociedad Mexicana de Antropología, la serie de mesas redondas de Teotihuacan y en plataformas de discusión como el Taller-Seminario El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado, que se llevó a cabo en el Museo de las Culturas del INAH en agosto de 2004. Su actitud fuera de los formalismos de las sesiones académicas siempre fue afable, amable y su generosidad sin par hacia estudiantes y colegas de todos los grupos de edad; aunque era un investigador de firmes convicciones teóricas y tono



firme al respecto, nuestra experiencia es que siempre estuvo abierto a escuchar opiniones que, en más de una ocasión, lo llevaron a reflexionar acerca de lo que se le planteaba.

Por último, cabe recalcar que independientemente del interés Sanders en diversas áreas de México y Centroamérica, la región simbiótica de la cuenca de México y, en particular, el Valle de Teotihuacan fueron de vital relevancia en su prolongada y fructífera trayectoria académica, una pasión que nunca abandonó este titán de la arqueología mesoamericana.

Como parte del homenaje póstumo que el Posgrado en Arqueología de la ENAH hizo al doctor William T. Sanders los días 28 al 30 de julio de 2009, destacamos este grupo de trabajos del conjunto de ponencias y conferencias que se presentaron, ya que muestran el impacto que han tenido y tienen las ideas de este prominente arqueólogo en la investigación arqueológica mexicana, y que abarcan las investigaciones que en ese campo disciplinar han sido realizadas tanto por sus colaboradores como por sus discípulos directos o indirectos en el Altiplano Central Mesoamericano, en especial las regiones sur, norte y noreste de la cuenca de México, en el valle de Toluca y en el Valle del Mezquital para los horizontes Preclásico, Clásico y Postclásico.

Mari Carmen Serra Puche y Carlos Lazcano nos expresan cómo el sur de la cuenca de México puede ser visto como una región con fuertes interacciones entre los grupos humanos con diversa organización social y, entre ellos, el medio ambiente. Los estudios realizados permiten entender las dinámicas de cambio y sugerir líneas de investigación que pudieran dar continuidad al trabajo iniciado por William T. Sanders.

Thomas H. Charlton y Cynthia L. Otis Charlton exponen su asociación intelectual con William Sanders a partir de las exploraciones arqueológicas del *Proyecto Valle de Teotihuacán* de 1963 y el conjunto de preguntas que generó esta interacción a lo largo de cuarenta y cinco años. Las investigaciones recientes, llevadas a cabo en la parte oriental del Valle de Teotihuacan, tienen que ver con la definición de los conjuntos residenciales teotihuacanos en áreas fuera de la ciudad, los cuales, de presentarse como unidades domésticas de familias nucleares (como la azteca), permitirían reconsiderar las relaciones socioeconómicas entre la metrópoli y su área rural.

Elizabeth Brumfiel destaca, en el trabajo que incluimos aquí, que William Sanders condujo sus investigaciones hacia la comprensión de la gente común, el grupo poblacional que sustentaba a las élites del poder prehispánico. Ella, continuando con este tipo de orientaciones de investigación, busca resolver, desde el asentamiento de Xaltocan del Posclásico de la cuenca de México, si la gente común se benefició con la hegemonía azteca impul-

sando la especialización y la diversificación para así elevar sus estándares de vida, y si este mismo conjunto de la población contribuyó con ideas e innovaciones al desarrollo del Posclásico. Para resolver estos dilemas, su estudio de Xaltocan se enfoca en el análisis de las unidades habitacionales.

Por su parte, Yoko Sugiura subraya la importancia que tuvo la arqueología regional, a partir de la década de los años sesenta del siglo pasado, para describir y explicar los patrones de asentamiento y la evolución sociopolítica de los grupos prehispánicos. La investigación de esta autora se relaciona con la problemática del trabajo de superficie en el valle de Toluca vinculada con la comprensión de la historia poblacional de esa región, desde el formativo hasta la segunda mitad del siglo xv.

Fernando López Aguilar y Patricia Fournier han aplicado el enfoque y el modelo metodológico de William Sanders en el Valle del Mezquital, lo que les ha permitido conocer algunas dinámicas socioculturales y el tipo de población que ocupó la región desde el Preclásico hasta el Posclásico Tardío en la búsqueda de la presencia y la profundidad histórica del grupo etnobiológico otomí. En este trabajo reflexionan no sólo sobre las dinámicas poblacionales, sino también sobre el tipo de interacciones que pudieron tener los diversos grupos que ocuparon esa región y las consecuencias que pudo haber tenido para que, en el Posclásico Tardío, se expresara como una localidad densamente poblada.

Finalmente, Manuel Gándara realiza un recorrido acerca de las razones personales que han motivado su preocupación por la refutación de teorías y su obsesión por tratar de demostrar que la teoría sobre el origen del Estado, publicada en *The Basin of Mexico*, no sólo no ha sido refutada, sino que era la mejor en la década de los años ochenta.

## BIBLIOGRAFÍA

### **Baker, Paul y William T. Sanders**

1972 "Demographic Studies in Anthropology", en *Annual Review of Anthropology*, vol. 1, pp. 151-178.

### **Coe, Michael D.**

2008 "William T. Sanders (1926-2008), In Memoriam", en *Ancient Mesoamerica*, vol. 19, pp. 162-163.

### **Coe, Michael D. y William T. Sanders**

1976 "History of Meso-American Civilization", en *Encyclopaedia Britannica, Macropaedia*, Chicago, vol. 11, pp. 934-954.

### **Chapple, Eliot D. y Carleton S. Coon**

1948 *Principles of Anthropology*, Nueva York, H. Holt.

### **Charlton, Thomas H., Cynthia L. Otis Charlton y William T. Sanders**

2000 *Urban Influences at Rural Sites: Teotihuacan and Its Near Hinterlands*, Informe en línea, Florida, Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies (FAMSI). Accesado el 3 de octubre de 2009 en <http://www.famsi.org/reports/charlton/charlton.htm>.

### **Gorenflo, L. J. y William T. Sanders**

2007 *Archaeological Settlement Pattern Data from the Cuautitlan, Temascalapa, and Teotihuacan Regions, Mexico*, núm. 30, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University. Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.

### **Kolb, Charles C.**

2008 "Archaeological Ceramics", en *SAS Bulletin. Newsletter of the Society for Archaeological Sciences*, vol. 31, núm. 3, pp. 17-25.

### **Logan, Michael H. y William T. Sanders**

1976 "The Model", en Wolf, E. R. (ed.), *The Valley of Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 31-58.

### **Mastache, A. Guadalupe et al. (coords.)**

1996 *Arqueología Mesoamericana: Homenaje a William T. Sanders*, 2 vols., México, INAH, Arqueología Mexicana.

### **Michels, Joseph y William T. Sanders (eds.)**

1973 *Kaminaljuyu Project, 1969, 1970 Seasons*, núm. 9, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University Press, Occasional Papers in Anthropology.

### **Parsons, Jeffrey R.**

2008 "Appreciation. William T. Sanders. 19th April 1926-2nd July 2008", en *Antiquity* en línea. Accesado el 3 de noviembre de 2009 en <http://antiquity.ac.uk/tributes/sanders.html>

### **Rojas Rabiela, Teresa y William T. Sanders (eds.)**

1985 *Historia de la agricultura. Época prehispánica, Siglo XVI*, 2 volúmenes, México, INAH.

### **Sanders, William T.**

1952 "Estudios sobre el patrón de asentamiento del poblado de Xochicalco", en *Tlatoani*, vol. 1, núm. 2, p. 32.

1952 "El mercado de Tlatelolco; un estudio de economía urbana", en *Tlatoani*, vol. 1, núm. 1, pp. 14-16.

- 1953 "The Anthropogeography of Central Veracruz", en Bernal, Ignacio y E. Dávalos Hurtado (eds.), *Huastecos, totonacos, y sus vecinos, Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 13, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 27-78.
- 1954 Ceramic Stratigraphy of the East Coast of Yucatan, Washington D.C., *Carnegie Institution of Washington Yearbook*, noúm. 53, pp. 292-293.
- 1954 "The Durango Skeletons. Appendix B", en Morris, Earl H. y Robert F. Burgh (eds.), *Basket Maker II Sites near Durango, Colorado*, Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington, Publication 604, pp. 89-92.
- 1955a *An Archaeological Reconnaissance of Northern Quintana Roo*, Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington, Report no. 24.
- 1955b "Explorations on the East Coast of Yucatan", Washington, D.C., *Carnegie Institution of Washington Year Book*, vol. 54, pp. 286-289.
- 1956 "The Central Mexican Symbiotic Region", en Willey, Gordon R. (coord.), *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Nueva York, Viking Fund Publications in Anthropology, núm. 23, pp. 115-127.
- 1957 *Tierra y Agua (Soil and Water). A Study of the Ecological Factor in the Development of Meso-American Civilizations*, Tesis de Doctorado en Antropología, Harvard, Harvard University Press.
- 1960 *Prehistoric Ceramics and Settlement Patterns in Quintana Roo, Mexico*, Washington D.C., Carnegie Institution of Washington, Contributions to American Anthropology and History, num. 60.
- 1961 *Ceramic Stratigraphy at Santa Cruz, Chiapas, Mexico*, Provo, Utah, New World Archaeological Foundation Papers 9, Brigham Young University.
- 1962 "Cultural Ecology of the Maya Lowlands (Part I)", en *Estudios de Cultura Maya*, núm. 2, pp. 79-121.
- 1963 "Cultural Ecology of the Maya Lowlands (Part II)", en *Estudios de Cultura Maya*, núm. 3, pp. 203-241.
- 1965 *The Cultural Ecology of the Teotihuacan Valley*, University Park, Department of Sociology and Anthropology, The Pennsylvania State University.
- 1966 "Life in a Classic Village", en *Teotihuacán: Onceava Mesa Redonda Sociedad Mexicana de Antropología*, México, pp. 123-143.
- 1967 "Settlement Patterns", en Nash, M. (ed.), *Handbook of Middle American Indians. Social Anthropology*, vol. 6, Austin, Texas, University of Texas, pp. 53-86.
- 1968a "Hydraulic Agriculture, Economic Symbiosis and the Evolution of States in Central Mexico", en Meggers, B. J. (coord.), *Anthropological Archaeology in the Americas*, Washington, D.C., The Anthropological Society of Washington, pp. 88-107.
- 1968b "A Profile of Urban Evolution in the Teotihuacan Valley", en *Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Buenos Aires, vol. I, pp. 95-104.
- 1970 Pre-conquest Settlement Patterns; Sources, en Wauchope, R. (ed.), *The Indian Background of Latin American History: The Maya, Inca, and Their Predecessors*, Nueva York, Knopf, pp. 85-90.
- 1971a "Settlement patterns in Central Mexico", en Ekholm, Gordon F. e Ignacio Bernal (eds.), *Handbook of Middle American Indians, Vol. 10, Archaeology of Northern Mesoamerica, Part One*, Austin, University of Texas Press, pp. 3-44.

- 1971b "Cultural Ecology and Settlement Patters of the Gulf Coast", en Ekholm, Gordon F. e Ignacio Bernal (coords.), *Handbook of Middle American Indians, Vol. 10, Archaeology of Northern Mesoamerica, Part Two*, Austin, University of Texas Press, pp. 543-557.
- 1972 "Population, Agricultural History and Societal Evolution in Mesoamerica", en Spooner, B. (ed.), *Population Growth: Anthropological Implications*, Cambridge, Massachusetts, M.I.T. Press, pp. 101-153.
- 1973a "The Cultural Ecology of the Lowland Maya: A Re-Evaluation", en Culbert, T. P. (ed.), *The Classic Maya Collapse*, Albuquerque, Nuevo Mexico, School of American Research, University of New Mexico Press, pp. 325-365.
- 1973b *The Significance of Pikillakta in Andean Culture History*, núm. 8, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University. Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- 1974 "Chieftdom to State: Political Evolution at Kaminaljuyú, Guatemala", en Moore, C. B. (ed.), *Reconstructing Complex Societies*, Cambridge, Supplement Bulletin to the American Schools of Oriental Research, pp. 97-116.
- 1976a "The Natural Environment of the Basin of Mexico", en Wolf, E. R. (ed.), *The Valley of Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 59-68.
- 1976b "The Agricultural History of the Basin of Mexico", en Wolf, E. R. (ed.), *The Valley of Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 101-159.
- 1976c "The Population of the Central Mexican Symbiotic Region, the Basin of Mexico and the Teotihuacán Valley in the Sixteenth Century", en Denevan, W. M. (ed.), *The Native Population of the Americas in 1492*, Madison, University of Wisconsin Press, pp. 85-150.
- 1977a "Environmental Heterogeneity and the Evolution of Lowland Maya Civilization", en Adams, R.E.W., *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, Nuevo Mexico, School of American Research, University of New Mexico Press, 287-297.
- 1977b "Resource utilization and political evolution in the Teotihuacan Valley", en Hill, J. N. (ed.), *Explanation of Prehistoric Change*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 231-249.
- 1978 *The Lowland Huasteca Archeological Survey and Excavation: 1957 Field Season*, Columbia, University of Missouri Monographs in Anthropology, núm. 4, University of Missouri Press.
- 1979 "Fon of Bafut and the Classic Maya", en *Proceedings of the International Congress of Americanists*, 42 session, París, 1976, vol. 8, pp. 389-399.
- 1979 "The Jolly Green Giant in Tenth Century Yucatan, or Fact and Fancy in Classic Maya Agriculture", en *Reviews in Anthropology*, vol. 6, pp. 493-506.
- 1981a Proyecto Copán: segunda fase, en *Yaxkin*, vol. 6, núm. 2, Tegucigalpa, pp.79-88.
- 1981b "Classic Maya Settlement Patterns and Ethnographic Analogy", en Ashmore, Wendy A., *Lowland Maya Settlement Patterns*, Albuquerque, Nuevo Mexico, School of American Research, University of New Mexico Press, pp. 351-369.
- 1981c "Ecological adaptation in the Basin of Mexico: 23,000 B.C. to the Present", en Sabloff, Jeremy A. (ed.), *Archaeology. Handbook of Middle American Indians, Supplement*, vol. 1, Austin, University of Texas Press, pp. 147-197.

- 1984 "Pre-Industrial Demography and Social Evolution", en Earle, T. (ed.), *On the Evolution of Complex Societies: Essays in Honor of Harry Hoiyer*, Malibu, Undena Press, pp. 7-39.
- 1989 "Household, Lineage, and State at Eight-Century Copan, Honduras", en Webster, D. (ed.), *The House of the Bacabs, Copan, Honduras*, Washington, D.C., Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, núm. 29, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 89-105.
- 1992a "Ecology and Cultural Syncretism in 16th Century Mesoamerica", en *American Antiquity*, vol. 66, pp. 172-90.
- 1992b "Ranking and Stratification in Prehispanic Mesoamerica", en Chase, Diane Z. y Arien F. Chase (eds.), *Mesoamerican Elite. An Archaeological Assessment*, Norman, University of Oklahoma Press, pp. 278-291.
- 1992 "Factors Affecting Settlement Agriculture in the Ethnographic and Historic Record of Mesoamerica", en Killion, T. W. (ed.), *Gardens of Prehistory: The Archaeology of Settlement Agriculture in Greater Mesoamerica*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, pp. 14-31.
- 1993 "Mesoamerican Household Archaeology Comes of Age", en Santley, R. S. y K. G. Hirth (eds.), *Prehispanic Domestic Units in Western Mesoamerica: Studies of the Household*, Boca Raton, CRC Press, pp. 277-284.
- 1996 Unidad doméstica, linaje y estado en Copán, siglo 8, en *Yaxkin*, vol. 15, Tegucigalpa, pp. 203-236.
- 1997 "Proyecto del valle de Teotihuacan, 1960-1961", en Gallegos, R. (ed.), *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, México, INAH, pp. 631-636.
- 1997 "El final de la gran aventura: el ocaso de un recurso cultural", en *Arqueología*, núm. 17, pp. 3-20.
- 1999 "Three Valleys: Twenty-Five Years of Settlement Archaeology in Mesoamerica", en Billman, Brian R. y Gary M. Feinman (eds.), *Settlement Pattern Studies in the Americas: Fifty Years Since Virú*, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press, pp. 12-21.
- 2000 Tenochtitlan-Tlatelolco: A Pre-Hispanic Megapolis, en Litvak, J. y L. Mirambell (eds.), *Arqueología, historia y antropología: in memoriam José Luis Lorenzo Bautista*, México, INAH, pp. 349-372.
- 2003 Collapse and Abandonments in Middle America, en Takeshi, I. y R. W. Webb (eds.), *The Archaeology of Settlement Abandonment in Middle America*, Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 193-202.
- 2004 "The Aztecs and the Natural World: The Basin of Mexico as a Habitat for Pre-Hispanic Farmers", en *The Aztec Empire*, Solís, F. (ed.), Nueva York, Guggenheim Museum, pp. 56-69.
- 2006a "Late Xolalpan-Metepec-Oxtotipac Coyotlatelco; Ethnic Succession or Changing Patterns of Political Economy: A Reevaluation", en Solar Valverde, L. (ed.), *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, México, INAH, pp. 183-200.
- 2006 "The Templo Mayor: History and Archaeology", en López L., D. Carrasco y L. Cue (eds.), *Arqueología e historia del Centro de México. Homenaje a Eduardo Matos Moctezuma*, México, Conaculta, INAH, pp. 291-304.



- 2008a "Tenochtitlan in 1519: A Pre-industrial Megalopolis, Brumfiel, E. M. y G. M. Feinman (eds.), *The Aztec World*, Nueva York, Abrams, pp. 67-86.
- 2008b "Robert S. Santley: Student, Teacher, and Researcher", en *Journal of Anthropological Research*, vol. 64, núm. 3, pp. 341-350.
- Sanders, William T. y Joseph Merino**  
1970 *New World Prehistory; Archaeology of the American Indian*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall.
- 1973 *Prehistoria del nuevo mundo*, Barcelona, Editorial Labor.
- Sanders, William T. y Carson N. Murdy**  
1982a "Cultural Evolution and Ecological Succession in the Valley of Guatemala: 1500 BC-AD 1524", en Flannery, Kent (ed.), *Maya Subsistence*, Nueva York, Academic Press, pp.19-63.
- 1982b "Population and Agricultural Adaptation in the Humid Highlands of Guatemala", en Carmack, R. M. (ed.), *The Historical Demography of Highland Guatemala*, Albany, Institute for Mesoamerican Studies, Publication 6, State University of New York at Albany, pp. 23-34.
- Sanders, William T. y Deborah L. Nichols**  
1988 "Ecological Theory and Cultural Evolution in the Valley of Oaxaca", en *Current Anthropology*, vol. 29, pp. 33-80.
- Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Michael H. Logan**  
1976 "Summary and Conclusions", en Wolf, E. R. (ed.), *The Valley of Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 161-178.
- Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley**  
1979 *The Basin of Mexico*, New York, Academic Press,
- Sanders, William T. y Barbara J. Price**  
1968 *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, Nueva York, Random House.
- 2003 "The Native Aristocracy and the Evolution of the Latifundio in the Teotihuacán Valley, 1521-1917", en *Ethnohistory*, vol. 50, núm. 1, pp. 69-88.
- Sanders, William T. y Robert S. Santley**  
1977 "A Prehispanic Irrigation System near Santa Clara Xalostoc in the Basin of Mexico", *American Antiquity*, vol. 42, pp. 582-588.
- 1983 "A Tale of Three Cities: Energetics and Urbanization in Pre-Hispanic Central Mexico", en Vogt, Evon Z. y Richard Leventhal (eds.), *Prehistoric Settlement Patterns: Essays in Honor of Gordon R. Willey*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 243-291.
- Sanders, William T. y David Webster**  
1981 "Proyecto Copán: segunda fase", en *Yaxkin*, vol. 4, Tegucigalpa, pp. 79-88.
- 1989 "The Mesoamerican Urban Tradition", en *American Anthropologist*, vol. 90, pp. 521-546.
- Sanders, William T. et al.**  
1975 *The Teotihuacan Valley Project, The Formative Period Occupation of the Teotihuacan Valley, Parts I & II*, núm. 10, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University. Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- Sanders, William T. (ed.)**  
1986-2000 *Excavaciones en el área urbana de Copán*, 4 vols., Tegucigalpa, Secretaría de Cultura y Turismo, Instituto Hondureño de Antropología e Historia.

- 1986 *The Teotihuacan Valley Project, The Toltec Period Occupation of the Valley, Part I, Excavations and Ceramics*, núm. 13, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University, Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- 1987 *The Teotihuacan Valley Project, The Toltec Period Occupation of the Valley, Part 2, Surface Survey and Special Studies*, núm. 15, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University, Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- 1994 *The Teotihuacan Valley Project, The Teotihuacan Period Occupation of the Valley, Part I, Excavations*, núm. 19, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University, Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- 1995 *The Teotihuacan Valley Project, The Teotihuacan Period Occupation of the Valley, Part 2, Artifact Analyses*, núm. 20, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University, Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- 1996a *The Teotihuacan Valley Project, The Teotihuacan Period Occupation of the Valley, Part 3, The Surface Survey*, núm. 21, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University, Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- 1996b *The Teotihuacan Valley Project, The Teotihuacan Period Occupation of the Valley, Part 4, Special Analyses, Appendices, Volume Bibliography, Addenda and Errata*, núm. 24, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University, Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- Sanders, William T. y Robert H. Cobean** (eds.)
- 2005 *El urbanismo en mesoamérica / Urbanism in Mesoamerica. Proyecto Urbanismo en Mesoamérica / The Mesoamerican Urbanism Project*, vol. 2, University Park, México, Pennsylvania State University / INAH.
- Sanders, William T. y L. J. Gorenflo** (eds.)
- 2007 *Prehispanic Settlement Patterns in the Cuautitlan Region*, núm. 29, Mexico, Pittsburgh University Park, The Pennsylvania State University, Occasional Papers in Anthropology.
- Sanders, William T., A. Guadalupe Mastache y Robert H. Cobean** (eds.)
- 2003 *El urbanismo en mesoamérica / Urbanism in Mesoamerica. Proyecto Urbanismo en Mesoamérica / The Mesoamerican Urbanism Project*, vol. 1, University Park, México, Pennsylvania State University / INAH.
- Sanders, William T. y Joseph Michels** (eds.)
- 1969 *The Pennsylvania State University Kaminaljuyu project, Part 1, Mound Excavations*, núm. 2, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University, Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- 1977 *Teotihuacan and Kaminaljuyu: A Study in Prehistoric Culture Contact*, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University.
- Sanders, William T. y Susan Toby Evans** (eds.)
- 2000a *The Teotihuacan Valley Project, The Aztec Period Occupation of the Valley, Part 1, Natural Environment, 20th Century Occupation, Survey Methodology, and Site Descriptions*, núm. 25, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University. Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.



- 2000b *The Teotihuacan Valley Project, The Aztec Period Occupation of the Valley, Part 2, Excavations at T.A. 40 and Related Projects*, núm. 26, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University. Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- 2001 *The Teotihuacan Valley Project, The Aztec Period Occupation of the Valley, Part 3, Syntheses and General Bibliography*, núm. 27, Pittsburgh, University Park, Pennsylvania State University. Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology.
- 2006 "Rulership and Palaces at Teotihuacan", en Christie, J. J. y P. J. Sarro (eds.), *Palaces and Power in the Americas*, Austin, University of Texas Press, pp. 256-284.
- 2005 "Prestige, Power and Wealth at Teotihuacan: A Perspective from the Residential Architecture", en Ruíz Gallut, M. E., y J. Torres (eds.), *Arquitectura y Urbanismo: Pasado y Presente de los Espacios en Teotihuacan: Memoria de la Tercera Mesa Redonda de Teotihuacan*, México, INAH.
- Sanders, William T. y David L. Webster**
- 1978 "Unilinealism, Multilinealism and the Evolution of Complex Societies", en Redman, C. L. et al. (eds.), *Social Archaeology: Beyond Subsistence and Dating*, Nueva York, Academic Press, pp. 249-302.
- 1981 "El reconocimiento del Valle de Copán", en *Yaxkin*, vol. 6, núm. 2, Tegucigalpa, pp. 89-102.
- Sanders, William T. et al. (eds.)**
- 1984 *On the Evolution of Complex Societies. Essays in Honor of Harry Hoijer*, Malibu, Undena Press.
- Smith, Michael E.**
- 2008 "William T. Sanders", en *Publishing Archaeology*, Blog de M. E. Smith, julio 3. Accesado el 20 de agosto en, <http://publishingarchaeology.blogspot.com/2008/07/william-t-sanders.html>
- Webster, David L., William T. Sanders y Peter van Rossum**
- 1992 "A Simulation of Copan Population History and Its Implications", en *Ancient Mesoamerica*, vol. 3, pp.185-198.
- Webster, David L. y Susan Toby Evans**
- 2008 "In Memoriam: 'Even Jades Are Shattered... ' William Timothy Sanders, 1926-2008", en *Ancient Mesoamerica*, vol. 19, pp. 157-163.
- Webster, David L., Susan Toby Evans y William T. Sanders**
- 1993 *Out of the Past: An Introduction to Archaeology*, Mountain View, California, Mayfield Publishing.
- Wendt, Carl E.**
- 2009 "William Sanders: Vida y obra en la Costa del Golfo (1926-2008)", en Budar, L., S. Ladrón de Guevara y R. Lunagómez (coords.), *Excavando en Silencio. Los arqueólogos de ayer*, Veracruz, Universidad Veracruzana, pp. 103-107.

# Arqueología en el sur de la cuenca de México. Diagnóstico y futuro.

## *In memoriam W. T. Sanders*

Mari Carmen Serra Puche  
J. Carlos Lazcano Arce  
Universidad Nacional Autónoma de México

**RESUMEN:** *Gracias a los estudios realizados por William T. Sanders y sus colaboradores en el sur de la cuenca de México en los años setenta, hemos logrado entender esta región como un espacio donde se dio una compleja interacción entre un medio natural particular y las distintas formas de organización social de los grupos que lo habitaron y lo explotaron según los niveles tecnofuncionales que habían desarrollado.*

*Aunque las contribuciones de este proyecto se han estancado porque no se ha continuado el trabajo de campo ni se han discutido sus resultados iniciales, diversos investigadores han retomado los aportes de Sanders con el fin de explicar las formas de organización social y el desarrollo de los pueblos de la cuenca en términos de su adaptación al medio.*

*Con base en lo anterior, las excavaciones que hemos realizado en los sitios de Terremote-Tlaltenco, Temamatla y Xochimilco se han enfocado a entender las causas que han incidido en los procesos de cambio identificados en el sur de la cuenca.*

*Coincidimos con varias de las aportaciones de Sanders y su equipo para diseñar el futuro de la investigación arqueológica en la cuenca de México, las cuales nos permitieron sugerir varias acciones para dar continuidad al trabajo iniciado por el doctor Sanders.*

**ABSTRACT:** *Based on the studies performed during the 70's by William T. Sanders and his collaborators on the southern portion of the basin of Mexico, we have been able to conceptualize this region as a matrix of complex interactions between several social organization strategies and techno-functional levels applied to a particular environment and natural resources availability.*

*Although, the original work of Sanders and his team was abandoned, his conclusions have been retaken by several researches in order to explain the social development and organization schemes of this people as an adaptive strategy to their particular environment.*

*This is why, our excavations at Terremote-Tlaltenco, Temamatla and Xochimilco sites have been aimed to understand the driving forces of this processes.*

*As we agree with several of Sander's ideas on designing the future archeological research of the Basin o Mexico, we have developed several strategies in order to pursue his work.*

**PALABRAS CLAVE:** *excavaciones arqueológicas, periodo Formativo, cuenca de México, zona lacustre, patrimonio cultural.*

**KEY WORDS:** *archaeological excavations, Formative period, basin of Mexico, lake zone, cultural heritage.*

Presentamos este resumen de los trabajos que se han llevado a cabo durante las últimas décadas en el sur de la cuenca de México en homenaje al doctor Sanders.

La cuenca de México, estudiada por Sanders y sus colaboradores en los años setenta en un proyecto acerca de patrones y sistemas de asentamiento a lo largo de tres mil años de historia, fue parteaguas para los estudios que sobre ésta existen. Estos investigadores se dieron a la tarea de reconstruir la dinámica demográfica de la cuenca como una vía para esclarecer su evolución cultural y demostraron que “La Cuenca de México provee uno de los pocos sitios en el mundo donde la evolución de los estados preindustriales... puede ser estudiada” [Sanders *et al.*, 1979:413].

El sur de la cuenca de México es un área que sigue siendo idónea para la investigación, ya que en la actualidad todavía pueden reconocerse asentamientos de todas las fases del desarrollo prehispánico, a pesar de la rápida desaparición de diversos sitios por el avance de la mancha urbana.

Con los recorridos que realizaron el doctor Sanders y su equipo se obtuvieron los primeros mapas en los que además de ubicar los asentamientos localizados por ellos, establecieron una serie de áreas ecológicas donde fueron explotados diferentes recursos por los habitantes del lugar en distintos periodos. Resultó evidente que el sur de la cuenca fue una de las áreas más ricas en alimentos de origen lacustre, madera y animales para la caza [Serra *et al.*, 1994:12]. Cabe mencionar que el desarrollo económico de la región sur está estrechamente ligado a los recursos de los lagos de Xochimilco y de Chalco, así como a las zonas montañosas.

De acuerdo con la información adquirida por este proyecto, los periodos y los diferentes sitios localizados, según su clasificación, fueron relacionados con centros regionales, centros regionales pequeños, aldeas, aldeas nucleadas, caseríos, etc. En cada uno de los periodos se ubicaron los sitios de los cuales se obtuvo información por medio de los recorridos de superficie.

Debido a la enorme inversión en capital humano y metodológico del proyecto de Sanders y sus colaboradores, hoy contamos con una imagen más clara de la cuenca. Gracias al trabajo de estos investigadores nos es posible entender la región como el escenario de una compleja interacción entre un medio natural particular y las tecnologías disponibles para los grupos que lo

habitaron en distintos periodos históricos. Al entender que la combinación de áreas claves y dependientes entre sí genera las dinámicas simbióticas que explican el alto desarrollo sociocultural de Mesoamérica, el trabajo sintetizado en la obra *The Basin of Mexico* [Sanders *et al.*, 1979] puede ser considerado como uno de los más útiles en la arqueología de la cuenca de México. Retomando todo lo anterior, podemos afirmar que la cuenca de México ofrece un gran laboratorio arqueológico que ha permitido analizar el proceso universal de formación y desarrollo del Estado [Serra, 2003:18-20].

Sin embargo, hay que decir que los aportes de este proyecto parecen haberse estancado debido a la falta de continuidad en el trabajo de campo y en la afinación de sus resultados iniciales, para lo cual hacemos varias propuestas más adelante.

Por otro lado, durante el siglo xx abundaron los intentos de varios investigadores para explicar las formas de organización y el desarrollo de los pueblos del periodo Formativo de la cuenca en términos de su adaptación al medio, lo que ha permitido la multiplicación de estudios de paleopaisaje y de identificación del uso de recursos y su especialización en distintos sitios particulares. Por ejemplo, Paul Tolstoy, quien en 1971 estableció una secuencia cronológica de los sitios de la cuenca de México en el periodo Formativo Temprano en Santa Catarina, Coapexco y Terremote [Tolstoy, 1975]; así como Beatriz Barba, quien trabajó en Tlapacoya y cuyas investigaciones incluyen la identificación de la cerámica del Preclásico Tardío y el surgimiento de este primer centro ceremonial [Barba, 1980]; y Christine Niederberger, quien excavó Zohapilco, Tlapacoya logrando establecer la cronología más exacta sobre el desarrollo prehispánico en la cuenca de México, cronología que se ha convertido en la pauta de las subsecuentes investigaciones [Niederberger, 1976].

Por lo que se refiere al periodo Formativo, desde el año 1550 aC hasta el 200 dC, el desarrollo económico de esta región compartía su relación estrecha con los recursos lacustres de los lagos de Xochimilco y de Chalco, las riberas y las zonas montañosas. Por las evidencias con las que hasta ahora se cuenta, para el periodo Formativo Temprano (1550-1150 aC), sabemos que la cuenca estaba habitada por una población distribuida en 19 sitios, 12 de ellos clasificados como caseríos, 3 pequeñas aldeas, 2 aldeas grandes y otros tres núcleos de población de tamaño intermedio. De esta manera 9 estuvieron habitados en la fase 1 (1500-1300 aC), principalmente Coapexco, Tlapacoya y Tlatilco. En las mesetas aluviales, a 2600 m aproximadamente de Coapexco, residía casi la mitad de la población, muy cerca del desfiladero de la Sierra del Ajusco, hacia Morelos. Durante este periodo notamos una clara inclinación para asentarse hacia el oeste y el sur de la cuenca,

quizás en una cercana correspondencia con la época pluvial de esta zona [Sanders *et al.*, 1979].

El periodo Formativo Medio (1150-650 aC) se caracteriza por una importante explosión demográfica, ya que no sólo aumentó el número de aldeas, sino también su tamaño, con aproximadamente 1000 habitantes cada una. Asimismo, se multiplicaron los caseríos hacia el Valle de Teotihuacan, lo que produjo que la distancia entre una aldea y otra se acortara, principalmente con referencia a las de mayor tamaño e importancia. No obstante esta diferenciación, las aldeas de este periodo no mostraban una estructura sociopolítica compleja. Si bien en ciertos casos algunos entierros muestran ciertas diferencias, éstas son más bien de rango que de estratificación social. En general, prevalece el mismo tono comunitario y de vida colectiva que ya se había observado desde el Formativo Temprano [Sanders *et al.*, 1979; Serra, 1989:280; Serra *et al.*, 1994:27 y 29].

En el Formativo Tardío (650-300 aC) la población de la cuenca creció tres veces más que en el periodo anterior, y se observa por primera vez una arquitectura de carácter cívico-ceremonial sencilla pero bien definida en algunos sitios, con elevaciones piramidales de aproximadamente 5 m en algunos asentamientos, sobre todo en los que se encuentran al sur de Tlapacoya. Se establece una jerarquización por sitios que van desde caseríos y aldeas grandes hasta centros regionales. En este nivel destacan 6 sitios importantes con arquitectura cívico-religiosa, uno de ellos es Cuicuilco, en la parte sur-occidental de la cuenca. La explosión demográfica en la cuenca durante este periodo fue más rápida y sustancial en el este y sureste. Las partes occidental y central no tuvieron una explosión significativa, y en el norte fue casi nula. Surgen nuevas ocupaciones en el piedemonte alto y en las tierras altas aluviales, especialmente en el Cerro Chiconcuac y al sur-occidente de la cuenca, hecho que refleja con cierta certeza migraciones por el abandono de la parte oriental del Lago de Chalco. Asimismo, se observan poblamientos recientes al este del Lago de Texcoco en tierras pantanosas. Es probable que la ocupación de este ambiente diverso, alejado de las tierras cultivables, respondiera a necesidades de explotar en forma especializada los recursos lacustres [Sanders *et al.*, 1979].

El Formativo Terminal es un periodo que se caracteriza por un cambio sociopolítico aunado al de la configuración de asentamientos. El número de habitantes se duplicó con respecto al periodo anterior, y se hicieron presentes centros regionales muy grandes en Tezoyuca y en el Valle de Teotihuacan. Cuicuilco alcanzó su mayor tamaño y complejidad arquitectónica y para ese momento contaba con 20,000 habitantes, mientras tanto, al este de la cuenca, la ocupación durante este periodo estaba más limitada, ya que

la región de Texcoco aumentó considerablemente su población, distribuida en varias aldeas situadas en la parte baja de piedemonte. Los mayores cambios que se gestaron se registraron en el Valle de Teotihuacan, sitio que había permanecido al margen de la cuenca con baja densidad de población y comunidades pequeñas [Sanders *et al.*, 1979].

En el periodo Formativo Final la población de la cuenca experimentó el cambio más drástico desde que fue el espacio de vida de agricultores sedentarios 1400 años atrás. Teotihuacan, entonces, se erige como un centro extraordinario de grandes dimensiones y numerosa población, por lo tanto, se abandona casi totalmente el sur de la cuenca. La población de la cuenca de México, fuera de Teotihuacan, no sobrepasaba los 15,000 habitantes; la mayor parte de la población se encontraba en Teotihuacan [Serra, 1989:280-281; Serra *et al.*:29-30].

El estudio de la cultura material de estos sitios, y en especial de su cerámica, nos permite incorporar información a las propuestas que se tienen acerca de la historia y del desarrollo de las comunidades del Formativo en la cuenca de México, en específico en el sureste de esta subregión.

Cuando Teotihuacan fue abandonada muchos de sus habitantes volvieron a asentarse en la zona sur de la cuenca de México. Durante el periodo Epiclásico (750-950 dC aproximadamente, fase Coyotlatelco), la agricultura de chinampas se extendió sobre más de las dos terceras partes del sur del Lago de Chalco, correspondiendo el dominio político y demográfico del área del periodo Azteca Temprano.

Las chinampas han llamado la atención a cronistas e historiadores quienes han señalado sus características e historia misma. En cuanto a su tamaño y forma, Alzate [v. Rojas, 1983:16] las describió “cuadrilongas, de dos varas de ancho y de veinte o treinta de largo, (las) que eran de las personas ‘más pobres’..., los que tienen alguna ligera comodidad, las disponen de cuatro varas de ancho, y les dan hasta cuarenta varas de largo, y aún más”. Esto parece indicar que el tamaño de la chinampa está relacionado directamente con la posición en la escala económica de sus poseedores.

Parsons propone que durante el Horizonte Tardío hubo un aumento de la población, tanto en las principales comunidades como en los asentamientos rurales, esto lo asocia con la necesidad de incrementar la producción agrícola en función de las demandas de tributo reclamadas por la ciudad de Tenochtitlan, donde el incremento en la concentración de artesanos especializados también habría tenido el efecto de estimular una producción agrícola adicional en las zonas de cultivo cercanas. Con la actividad artesanal divorciada de las comunidades locales, los productos básicos, como cerámica, textiles e instrumentos, habrían sido adquiridos en Tenochtitlan

mediante el intercambio por el excedente de alimentos, y ejemplifica que el carácter altamente uniforme de las colecciones de cerámica, particularmente las vasijas decoradas, son indicador de que los ceramistas fueron llevados a la gran urbe [Parsons *et al.*, 1985:384, v. Serra, 1994:31].

Tanto Sanders [1957, v. Rojas, 1983] como Parsons *et al.* [1982, en Serra, 1994:31] proponen que el crecimiento demográfico del Azteca Tardío se debió al importante papel que desempeñó la zona del lecho del lago Chalco-Xochimilco como proveedora de alimentos del gran centro urbano de Tenochtitlan, papel que fue mantenido en la Ciudad de México durante la época colonial hasta el siglo xx. Gibson [1983, v. Serra, 1994:31] atribuye la persistencia de las chinampas a través del periodo colonial, al abasto de productos alimenticios vegetales que eran llevados al mercado urbano.

Los asentamientos en las islas artificiales, localizados en medio de los pantanos, tienen antecedentes remotos en la cuenca de México. Ola Apenes realizó, en 1940, extensos reconocimientos en el lecho seco y las antiguas orillas del Lago de Texcoco, donde localizó una gran cantidad de montículos bajos llamados tlateles. Indicó que la mayoría estaban construidos artificialmente y ocupados como lugares de habitación, cuyo sistema constructivo de capas de lodo alternadas con basura correspondió a los periodos Ticomán Tardío-Teotihuacan I o Formativo Terminal [Serra, 1994:32].

La región chinampera, en especial Xochimilco y Chalco, está reconocida como una de las principales fuentes de abastecimiento de productos agrícolas para la capital mexicana, ya que las provincias sometidas al Imperio Azteca, que se encontraban alejadas y con difícil acceso, poco aportaban con esos productos. Esta fuente inmediata permitió la supervivencia de la ciudad y la misma organización social mexicana [Serra *et al.*, 1989:26-27].

Considerando los estudios anteriores, un grupo de investigadores iniciamos un proyecto para estudiar algunos de estos asentamientos correspondientes a los distintos periodos de ocupación con el objeto de lograr una mayor comprensión de la transformación social que tuvo lugar en el sur de la cuenca.

Los estudios que hemos realizado en los sitios de Terremote-Tlaltenco, Temamatla y Xochimilco (Figura 1) se han enfocado en entender las causas que han incidido en los procesos de cambio identificados en el sur de la cuenca, en específico en la región del lago de Chalco-Xochimilco.

Primero se investigó Terremote-Tlaltenco, un sitio asentado en diversos islotes, perteneciente al periodo Formativo Temprano (1500-1150 aC) y ubicado en el antiguo lago de Chalco, de ahí surgieron las primeras ideas acerca de como se vivía en los lagos. Luego trabajamos en Temamatla, un sitio ribereño del Formativo Tardío (650-300 aC); después en Xochimilco,

Figura 1.  
Localización de los sitios de Terremote, Temamatla y Xochimilco  
en el sur de la cuenca de México



Fuente: dibujo de los autores.



una extensa región donde se tuvo evidencia de sitios de los periodos Epiclásico (650-950 dC) y del Posclásico Tardío (1325-1521), donde estudiamos también el modo de vida lacustre.

En este ámbito, debemos mencionar la serie de trabajos que se han enfocado al estudio de unidades habitacionales en busca de información sobre las formas específicas de vida, el aprovechamiento de recursos, las actividades productivas y domésticas y la especialización.

#### TERREMOTE-TLALTENCO, D.F., SITIO LACUSTRE

El objetivo del estudio fue explicar su proceso de formación y los diversos cambios que experimentó la comunidad que lo construyó; de igual modo, conocer el lugar que ocupa este asentamiento dentro del sur de la cuenca de México, así como su evolución social, su organización y su subsistencia dentro de la región lacustre a la que perteneció.

Se llevó a cabo una excavación intensiva y extensiva que nos permitió localizar evidencias arqueológicas que reflejaban la vida cotidiana de la comunidad y de la unidad básica del grupo social. De manera más detallada, a través de esta excavación logramos definir áreas de actividad, dieta, especialización artesanal, intercambio regional, construcción, transporte y, fundamentalmente, aclarar que los habitantes de este sitio estuvieron dedicados a la explotación de recursos lacustres y a la manufactura de cestería y petates [Serra, 1988:17].

La distribución de las unidades habitacionales en los montículos, y la diferenciación del Montículo 1 por su plataforma, nos señalan también la jerarquía del grupo social, donde uno de los grupos domésticos adquiere una categoría o rango distintos. En lo que se refiere a la ocupación de los montículos, se detectaron dos momentos separados por una inundación que obligó a sus habitantes a volver a construir el islote.

El sistema constructivo consistía en una estructura de madera formada por troncos colocados paralelamente para crear una especie de caja, donde se agregaban capas de tule y lodo como plataformas resistentes sobre las que se edificaba el cimientado de piedra para la unidad habitacional (Figura 2).

Es necesario aclarar que la cronología del sitio se basa fundamentalmente en la presencia de los tipos cerámicos diagnósticos del Formativo Tardío y del Formativo Terminal.

Durante la ocupación más temprana de Terremote, la explotación de productos acuáticos se limitaba a satisfacer las necesidades de la comunidad. En las fases más tardías esta explotación aumenta debido a la mayor interacción con otras comunidades.

**Figura 2.**  
**Reconstrucción hipotética de las casas en el islote de Terremote-Tlaltenco**



Fuente: dibujo de Fernando Botas.

Este sitio era una aldea de pescadores y de fabricantes de canastas, petates, cuerdas, etc.; una aldea que explotaba los recursos lacustres y que a través del intercambio de los bienes manufacturados por materias primas como el tule, establecía un vínculo con los centros regionales contemporáneos, como Tlapacoya y Cuiculco.

En lo que se refiere a su subsistencia, todo parece indicar que se trataba de una aldea autosuficiente, siempre y cuando se entienda este concepto con referencia a la vida diaria y a las necesidades primarias.

Seguramente existían relaciones de intercambio, y quizás de parentesco y de alianza, donde el grupo dominante organizaba, de alguna manera, el trueque de los excedentes producidos por este tipo de aldeas.

La unidad doméstica llevaba a cabo sus labores cotidianas dentro de su espacio común (Figura 2). Las actividades primordiales, como la preparación de alimentos, el descanso y el aseo, se llevaban a cabo en la unidad habitacional y en sus áreas aledañas. Las actividades características de la aldea, como la pesca y la recolección de recursos lacustres, se efectuaban a las orillas del islote, donde quizás fueron amarradas las canoas para el desembarco de los productos adquiridos.

Otro aspecto que resultó concluyente a partir de la investigación realizada, fue la demostración de que las actividades netamente femeninas, como el cuidado de los niños, la preparación de alimentos, el arreglo de la unidad habitacional, entre otras, iban acompañadas, también, de actividades como la pesca, la elaboración de canastas, petates, cuerdas, etc., es decir, resultó claro que la división del trabajo por sexo, en comunidades como ésta, no es tan evidente, pues estas labores se comparten, y como prueba de ello tenemos evidencias osteológicas de que los esfuerzos físicos de hombres y mujeres resultan obviamente muy similares pues las inserciones musculares resultaron muy semejantes entre ambos sexos [Serra, 1988:256 y 258].

Los entierros que se encontraron pertenecen a la fase más temprana y hay poca diferencia en sus ofrendas, mientras que en las fases tardías las ofrendas asociadas son más variadas, lo que señala el rango social del difunto.

En el Formativo Tardío, Terremote se convierte en un centro regional especializado en la explotación de recursos lacustres; las unidades habitacionales presentan varios momentos de ocupación durante la época formativa. En la ocupación más temprana no se observa diferenciación notable en estas unidades, mientras que en la ocupación más tardía es evidente la distinción de dichas unidades en su distribución y tamaño [Serra, 1988:17-18].

La productividad reflejada en los estratos más tempranos es adecuada al nivel de la población de la época. En los estratos más tardíos esta productividad varía en cuanto a la relación de Terremote con otros centros ceremoniales.

En las épocas más tardías, la atracción de estos sitios se intensifica en cuanto a su control y poder de extracción debido a una interacción más efectiva entre el centro rector y diversas comunidades del sur de la cuenca.

Terremote fue ocupado aproximadamente durante 500 años, por tal motivo, los cambios que se dan en él se manifiestan en función del sistema económico que tuvo el sur de la cuenca de México.

## TEMAMATLA, ESTADO DE MÉXICO, SITIO RIBEREÑO

El objetivo general de su estudio fue conocer el modo de vida ribereño en la cuenca, desde más o menos 5000 años aC hasta el presente, mediante el estudio de los procesos productivos y la explotación del medio ambiente, comparándolo con los asentamientos lacustres como Terremote-Tlaltenco.

De manera específica se buscaba dilucidar el transcurso de la ocupación histórica del sur de la cuenca a partir del estudio de los contextos arqueológicos que se recuperarían en el sitio formativo de Temamatla. El estudio buscó entender las formas de intercambio y redistribución de productos. El sitio era un caso idóneo, pues se trataba de una comunidad con una extensión considerable y con dos grandes estructuras de piedra fechables hacia el periodo Formativo; además, era una zona con una alteración mínima debido a problemas de avance urbano o labores agrícolas, por lo que era de esperarse una gran cantidad de información procedente de contextos primarios de excavación. Cabe mencionar que las temporadas de excavación se llevaron a cabo con el objetivo de reconocer contextos y contrastar la información obtenida en el trabajo de prospección y en el reconocimiento general del sitio.

En función de la amplia posibilidad de obtención de recursos y materias primas, era necesario investigar aún más los contextos de ocupación para entender la forma de asentamiento, los sistemas constructivos, la distribución e importancia del asentamiento, el acceso y el control de recursos bióticos y la extensión e influencia de la ocupación entre el Formativo Medio y el Final (100-200 aC).

Un último objetivo se refería a los movimientos de población dentro de la cuenca, a partir de los asentamientos de las fases del Formativo Medio y Tardío y los efectuados hacia y desde el Valle de Morelos, por ejemplo, en relación con la presencia de materiales arqueológicos específicos de probable procedencia de esa región, evidencias arquitectónicas comparables con el propósito de comprender la interacción entre los diferentes grupos humanos tanto externos como internos [Serra *et al.*, 1986:13-14].

El sitio se encuentra sobre una gran superficie acondicionada artificialmente en una colada de lava, dicho acondicionamiento incluyó rellenos de varios metros de profundidad. Sobre el área se realizaron obras de terracedo y delimitación de espacios desde el Formativo Medio; las primeras estructuras de piedra corresponden a esta época.

Las áreas ceremoniales y las grandes estructuras de uso público comenzaron a construirse desde finales de la fase Zacatenco (alrededor de 500 aC) y se ampliaron en los siglos posteriores. En el sitio estaban delimitadas, con cierta claridad, las áreas ceremoniales, áreas de tránsito, áreas habitaciona-

les (Figura 3) y áreas de desecho o basureros. Se detectaron al menos tres áreas habitacionales en las que hay entierros humanos, cerámica, ofrendas, restos de cuartos con apisonados de tierra y evidencia de consumo de alimentos animales.

Al menos una de las áreas habitacionales está directamente relacionada con una edificación público-ceremonial; esta unidad es la de mayor calidad y complejidad de construcción. Se puede aventurar, con cierta razón, que se trata de una residencia de elite que fue ocupada a fines de la fase Zacatenco y durante la Ticomán.

Otra unidad habitacional muestra fuertes evidencias de una especialización artesanal centrada en la talla de obsidiana; su localización y la importancia de los objetos ahí encontrados sugieren que esta actividad era bastante apreciada durante el Formativo.

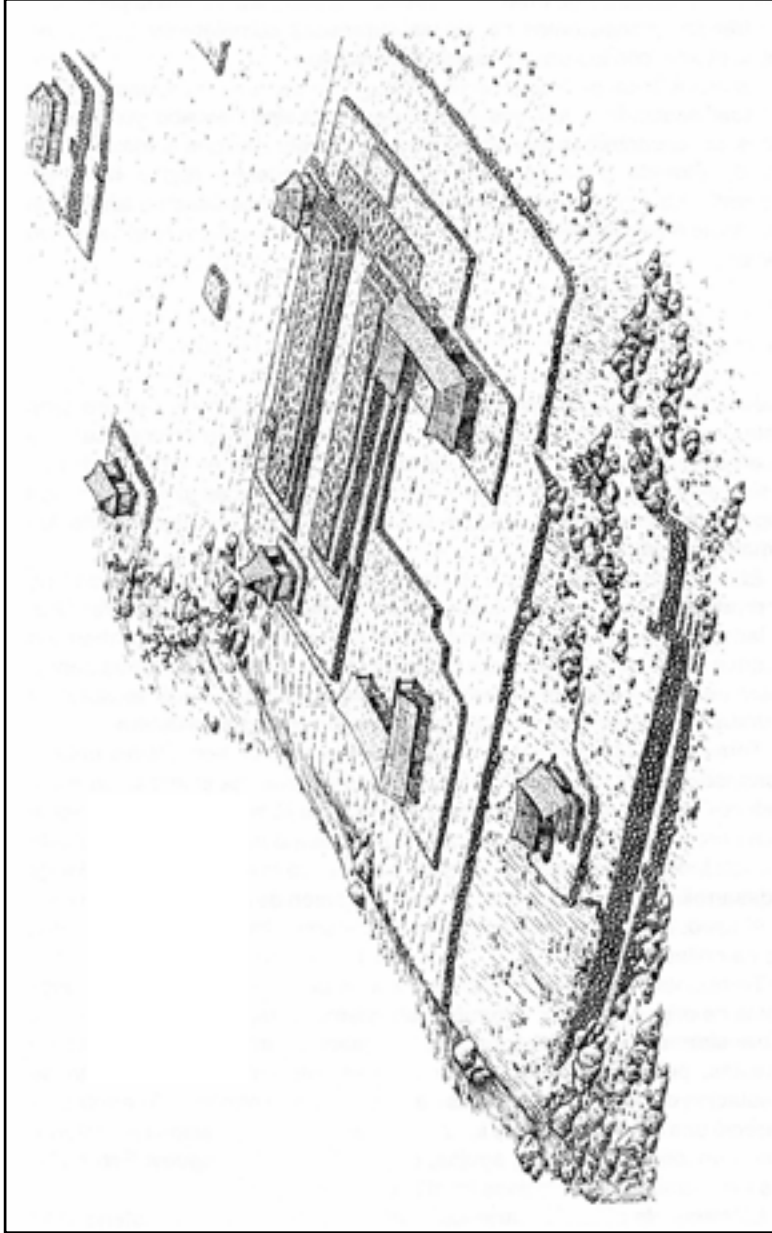
La distribución de restos humanos fuera de las áreas habitacionales muestra dos patrones: uno de ellos es claramente ritual y se asocia con las dos estructuras centrales del sitio, los restos humanos se encuentran dispersos en las cabeceras, en las fachadas centrales y en el centro mismo del patio que separa estas estructuras; esta disposición indica algún tipo de ofrenda o sacrificio en estas áreas.

La presencia de numerosos restos animales indica el consumo de una amplia variedad de recursos faunísticos, dentro del sitio, procedentes de distintas zonas ecológicas, privilegiándose las zonas serranas y lacustres [Serra *et al.*, 1986:s/p].

Retomando lo anterior, la ocupación del sitio corresponde a los años 1000-100 aC, pero la actividad constructiva da indicios de haberse detenido hacia el año 300 aC. Posteriormente, hay una reocupación durante el Posclásico Temprano por pueblos de filiación azteca, esta ocupación no alteró en mayor grado las construcciones ni los contextos del Formativo.

Temamatla se ubica geográficamente en una zona de transición ecológica, donde era posible que una misma comunidad tuviera acceso a distintos recursos procedentes de distintos ambientes, en este caso las lagunas, la planicie aluvial, el pie de monte y las zonas serranas. Aunque inicialmente se había caracterizado a Temamatla como un sitio ribereño en el sentido de encontrarse en la orilla del Lago de Chalco, después se comprobó que éste se encontraba unos 500 m más alejado; no obstante, se siguió utilizando el término "ribereño" en contraposición a aquellos sitios que por estar localizados en medio de un ambiente lacustre (como Terremote-Tlaltenco) o en una zona serrana, se veían forzados a especializarse en la explotación de unos cuantos recursos solamente. Aun así, su importancia se debió a su característica de sitio ribereño, a diferencia de Terremote, un sitio en un islote.

Figura 3.  
Reconstrucción hipotética de Temamatla



Fuente: dibujo de Fermán Gonzáles de la Vara

Se decidió la utilización de este término porque caracterizaba bien aquellos sitios que estaban localizados entre las lagunas y las zonas serranas, ubicación que les permitía acceder a los recursos de estas dos áreas y al mismo tiempo producir alimentos en la fértil planicie aluvial y en los piedemontes. Esta ventaja locacional permitiría que los sitios ribereños se expandieran más rápidamente que aquellos localizados en zonas ecológicas más simples, convirtiéndose, con el tiempo, en centros de intercambio regional al concentrar los productos provenientes de diversas regiones y distribuirlos en las áreas aledañas [Serra *et al.*, 1986:10].

Temamatla se encuentra en una posición regionalmente privilegiada, ya que se ubica en el paso natural entre la cuenca y la porción oriental del estado de Morelos, donde se encuentra la región del río Amatzinac y el sitio del Formativo de Chalcatzingo, contemporáneo de Temamatla; posteriormente, la relación con este centro fue de gran importancia para el desarrollo de Temamatla.

Este sitio, en general, fue rellenado para la construcción de plataformas extensas, algunas veces para utilizarlas como soporte de unidades habitacionales del área norte y sur, y en algunas ocasiones para soportar estructuras de gran tamaño y conformar, al parecer, espacios rituales. Es probable que se rellenaran, en un primer momento, sólo algunas secciones del sitio durante las fases más tempranas, como Manantial (1000-800 aC) y Tetelpan (800-700 aC). A medida que el asentamiento iba creciendo, se tuvieron que ir rellenando más espacios y nivelar más superficies que se irían ocupando de acuerdo con las necesidades de la comunidad [Serra *et al.*, 2000:33].

Durante la fase Zacatenco (700-400 aC), con las unidades habitacionales del área norte y sur y su asociación con patios centrales, se observó la presencia de agrupaciones de casas. En esta fase se puede considerar que el sitio tiene algunas características de una “villa grande nucleada”, un asentamiento sin arquitectura de elite-cívico-ceremonial con una población de agricultores, y que rara vez muestra evidencia de especialización [Ramírez, 1995:165 y 167].

En la fase Ticomán (400-200 aC) se observa el auge del sitio. En la lítica se presentan nuevas formas y es posible una intensificación en la explotación de la obsidiana de la Sierra de las Navajas. Varias especies continúan explotándose y tal vez con más intensidad debido al aumento poblacional. El patrón de asentamiento cambia porque se coloca al nivel de un “centro local”, es decir, un asentamiento con arquitectura pública bien definida, lo que corrobora la presencia de un ritual específico y la exigencia de una elite de lograr una integración de la comunidad: el ritual del juego de pelota [Ramírez, 1995:169-170].

Por lo que se vio en los trabajos de exploración y en los diferentes análisis de las evidencias arqueológicas de Temamatla, en esta comunidad ya existía un desarrollo agrícola importante, reflejado en la elaboración de instrumentos de piedra con índices de especialización funcional y en figurillas con representaciones de personajes femeninos moliendo en metates.

Este sitio es importante en la esfera del periodo Formativo por el hecho de tener una larga secuencia de ocupación (1000 años), por la presencia de arquitectura monumental (ceremonial, representada por un juego de pelota) y por ofrecer información que, en algunos casos, corroboró datos obtenidos en otros sitios del mismo periodo. En este sitio se encontró evidencia de formas de producción colectivas y controladas por sistemas de organización social jerárquicos, por lo cual se dio una amplia explotación de recursos que se combinó con la progresiva sistematización agrícola y las especializaciones tecnológicas y artesanales [Serra *et al.*, 2000:148 y 150].

#### XOCHIMILCO, MÉXICO D.F., SITIO CHINAMPERO

El área de estudio se ubica en la región Chalco-Xochimilco, la mayor división hacia el sur de la cuenca de México.

La importancia de esta aldea, durante la época prehispánica, se debió a que fue parte destacada del desarrollo humano en relación con los diversos recursos lacustres. En los niveles ecológicos característicos, es decir, el isleño, el ribereño y el de cima, se desarrollaron actividades productivas que fueron cruciales para el sostenimiento de los habitantes de la región y para destinar una gran variedad de productos a la ciudad de México-Tenochtitlan. Pero la dinámica económica de las chinampas les permitió a los habitantes desarrollarse en una completa relación con las condiciones lacustres del medio.

El Proyecto Arqueológico Xochimilco fue dirigido hacia el estudio de las características de la zona chinampera prehispánica, observando la distribución de los asentamientos en función del diseño de las áreas destinadas a la agricultura, a los canales y a los apantles. Lo anterior necesitó del conocimiento de las características de las unidades habitacionales, de almacenaje, distribución y concentración de los productos [Serra *et al.*, 1989:4, 7 y 9].

La investigación arqueológica del proyecto se inició con el objetivo principal de conocer el tipo de asentamiento prehispánico de lo que fue, en aquel entonces, la región lacustre del sur de la cuenca de México. Otro de los objetivos fue conocer la antigua fisonomía lacustre y la alta productividad del antiguo sistema chinampero de la región, y al correlacionar los diversos estudios que se efectuaron, reconocer las funciones de los espa-



cios encontrados en los sitios. Los muestreos para pruebas de flotación y estudios agrológicos estuvieron dirigidos a reconstruir la transformación de la vegetación y el uso de las especies vegetales, así como la capacidad productiva del suelo.

Para lo anterior, se llevó a cabo una combinación de recorridos y prospección de superficie, excavaciones extensivas y trabajos de salvamento en los sitios de inmediata afectación debido a la creación de un nuevo mercado y del Parque Ecológico de Xochimilco. Se diseñó un programa de localización y delimitación de las áreas con vestigios arqueológicos en función de los proyectos de obras hidráulicas, de vialidad, de construcción o de equipamiento urbano [Serra *et al.*, 1989:11-12].

En total se localizaron 41 sitios, de los cuales 10 fueron explorados por el proyecto, de éstos, 4 mostraron evidencia de ser unidades habitacionales de los periodos Epiclásico y Posclásico (Figura 4), los demás tienen que ver con la presencia de chinampas y canales.

Esencialmente, el registro arqueológico en los montículos consistió en los cimientos de las casas, los pisos y la distribución de los materiales arqueológicos sobre éstos, así como en la toma de muestras para la identificación de semillas y restos faunísticos.

Se recuperaron los restos de seis individuos, de los que con el estudio osteométrico se pudo determinar su edad aproximada, la existencia de lesiones o marcas especiales y la presencia de enfermedades.

Por medio de la excavación extensiva se detectaron los muros, los pisos de lodo y las zonas donde se concentraba la basura, lo cual arroja abundantes datos de cómo se vivía en las casas.

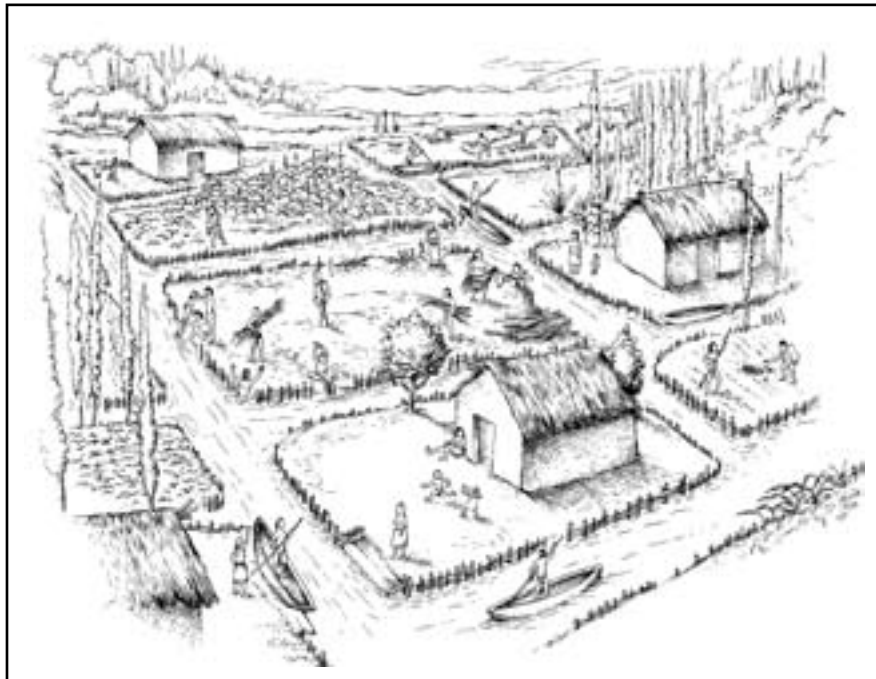
En algunos sitios se observaron muros de buena calidad y pisos contruidos de estuco o lodo que permitieron establecer jerarquías en los asentamientos, así como su relación con las chinampas aledañas [Serra, 1994:15].

La mejor evidencia acerca del modo de vida que se llevó a cabo en esta aldea la tenemos para el periodo Posclásico (1150-1521 dC). La chinampa fue la principal forma de explotación agrícola, además de la obtención de los recursos de los pantanos, ciénegas y lagos que han heredado parte de los habitantes actuales de esta comunidad.

Los antiguos pobladores de Xochimilco desarrollaron actividades productivas adaptadas a los tres niveles ecológicos característicos: el isleño, el ribereño y el de cima. Asimismo, incorporaron el sistema de producción chinampero que dinamizó la economía del México antiguo.

Esta adaptación de los habitantes de la cuenca a las condiciones lacustres del medio, significó la creación de canales, chinampas e islotes para ser usados como habitación por familias dedicadas a actividades productivas

**Figura 4.**  
**Reconstrucción hipotética de chinampas, canales**  
**y casa en Xochimilco durante el Posclásico Tardío**



Fuente: dibujo de César Fernández.

compartidas. Estas labores reflejan cierto grado de especialización acorde con el nivel de desarrollo social prehispánico.

La investigación se interesó en el alto índice de ocupación en función del aprovechamiento de las chinampas como conjunto de unidades altamente productivas. En este sentido, fue necesario hacer estudios acerca de la fluctuación de la población y el reacomodo en el sur de la cuenca entre los años 750 y 1350 dC.

El patrón de asentamiento que presentan los sitios se compone básicamente por uno o dos montículos de habitación donde se instalaba una casa y una serie de chinampas que se orientaban según el crecimiento poblacional.

Este patrón, definido por la casa, el área chinampera, los canales y los basureros, fue estudiado en el conjunto de más de 20 sitios excavados en los que se obtuvieron elementos de comparación, donde se refuerzan algunas de las ideas e hipótesis acerca de cuáles eran los productos y cuál el sistema económico entre el área chinampera y la gran Tenochtitlan.

La región chinampera de Xochimilco es importante históricamente por la presencia de asentamientos humanos, los cuales son más evidentes a partir del periodo Posclásico y cuya relevancia radica en el diseño de producción y abastecimiento de productos agrícolas hacia el centro del dominio mexica durante el Posclásico, abasto que se mantuvo durante la Colonia y continuó hasta más de la mitad del siglo xx. Este hecho nos obliga a preservar, reconstruir y estudiar los rasgos de esos antiguos mexicanos que le dieron al lago de Xochimilco la fisionomía que, en parte, aún hoy se puede apreciar.

El análisis del material cerámico encontrado en la superficie de los sitios hace referencia a los sitios cuya principal ocupación va del año 1400 al 1521 dC, al final del Posclásico Tardío.

El rescate de la información arqueológica de las chinampas nos llevó a una mejor comprensión del desarrollo de estas zonas de la cuenca que actualmente existen y que significan una muestra de lo que fueron los lagos de Xochimilco, Chalco, Xaltocan, Texcoco y Zumpango en épocas pasadas [Serra *et al.*, 1989:11-12].

Los trabajos que hemos realizado en estos sitios del sur de la cuenca de México nos han permitido tener una idea más precisa del modo de vida que tuvieron estos grupos. Su relación con el ámbito lacustre los condujo a practicar e innovar estrategias de organización. La transformación que realizaron de su medio físico a través de las chinampas les permitió establecer las condiciones económicas y de sustento agrícola, las cuales en poco tiempo los llevó a ser partícipes del sistema productivo que imperó durante el Posclásico Tardío.

## CONSIDERACIONES FINALES

Las aportaciones del doctor Sanders y su equipo para diseñar el futuro de la investigación arqueológica en la cuenca de México, sugieren las siguientes acciones:

- a) Establecer la terminología y cronología para los periodos de la cuenca, así como revisar los aportes de autores predecesores para reubicar los sitios y las fases locales en el esquema único existente. También hay que revisar las cronologías de los trabajos de Sanders y su equipo, los más extensos hasta ahora realizados en la región.
- b) Es necesario seguir afinando el modelo de evolución cultural que ha sido diseñado por Sanders y sus colaboradores, referente al surgimiento de sociedades estatales en el centro de México, para lo cual resulta indispensable seguir investigando acerca de los patrones y los sistemas de asentamiento definidos por esos autores. Lo anterior será posible

mediante la excavación y el análisis exhaustivo de los materiales recuperados en los sitios, los menos, que aún no han sido afectados por el avance de la mancha urbana o por la degradación ecológica en la cuenca. En este sentido, aún falta completar los esquemas de complementación económica entre los sitios de las distintas fases de los diferentes periodos, de manera que arrojen luz sobre su dinámica social.

- c) Es necesario definir cada periodo del desarrollo social de la cuenca de México como un conjunto heterogéneo de comunidades que comparten el área lacustre como una forma de vida; más que un nombre y un entorno geográfico, cada uno de los periodos es una expresión histórica y geográfica de un modo de vida, de una estrategia comunitaria para maximizar satisfacciones y minimizar esfuerzos. Debemos reconocer que este modo de vida está determinado por la interdependencia de las economías locales y regionales y que el término “economía” trasciende la mera producción material de satisfactores [Serra, 2003:25-28].

Los estudiosos de los periodos de la cuenca enfrentan la obligación de hacer de los procesos culturales la base de su pensamiento: su curiosidad debe dirigirse hacia las circunstancias bajo las cuales los grupos y las culturas han actuado para convivir y evolucionar en otras.

Ha pasado un largo tiempo que refleja el esfuerzo de un muy contado número de investigadores y especialistas, entre ellos William T. Sanders. Este tiempo ha sido suficiente para comprender que, más allá de la identificación de “tribus primitivas” o “culturas arcaicas”, la arqueología de la cuenca de México es el medio para la comprensión de los procesos culturales, económicos y políticos que nos permitirán explicar la complejidad de las sociedades actuales. Poco más de cinco generaciones de investigadores les hemos dado nombre, imagen y voz a hombres y mujeres que con su quehacer cotidiano transformaron el paisaje del sur de la cuenca de México y la convirtieron en escenario de transformaciones cruciales para entender y debatir la condición humana [Serra, 2003:22-23].

Finalmente, en virtud de la destrucción continua a la que son sometidos los sitios del sur de la cuenca, proponemos las siguientes acciones:

- 1) La creación de un parque ecológico-arqueológico como el de Xochimilco en la región de Xico-Chalco.
- 2) Aprovechar la construcción de infraestructuras, como el Sistema de Transporte Colectivo Metro, para rescatar y preservar los sitios afectados.
- 3) Crear una ceramoteca especializada [Serra *et al.*, 1989] en la cuenca de México con los materiales recuperados.

- 4) Incidir en la toma de decisiones de la autoridad del gobierno del Distrito Federal y del Estado de México, así como de instituciones académicas y normativas (INAH, UNAM, UAM, etc.).

## BIBLIOGRAFÍA

### **Gibson, Charles**

1983 *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1810*, México, Siglo XXI Editores.

### **Niederberger, Christine**

1976 *Zohapilco, cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la cuenca de México*, Colección Científica núm. 30, México, INAH.

### **Ramírez, Felipe**

1995 *Temamatla: una visión del horizonte Formativo desde la Cuenca de México*, Tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH / INAH / SEP.

### **Rojas, Teresa**

1983 *La agricultura chinampera*, México, Colección Cuadernos Universitarios, Serie Agronomía, Universidad Autónoma de Chapingo.

### **Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Robert Santley**

1979 *The Basin of Mexico. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Nueva York, San Francisco, Londres, Academic Press.

### **Serra Puche, Mari Carmen**

1988 *Los recursos lacustres de la Cuenca de México durante el Formativo*, Colección Posgrado núm. 3, México, Coordinación de Estudios de Posgrado, IIA-UNAM.

1989 "El sur de la Cuenca de México durante el Formativo", en Carmona, Marta (coord.), *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas*, México, Museo Nacional de Antropología, INAH, pp. 279-286.

2003 "Los estudios sobre el Formativo de la cuenca de México: un balance histórico", Ponencia inédita presentada en las Jornadas Académicas en Homenaje al Arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, Museo Nacional de Antropología, INAH.

### **Serra Puche, Mari Carmen et al.**

1986 *Proyecto Temamatla. Un sitio del Formativo en el sur de la Cuenca de México*, 3 tomos, México, INAH / IIA-UNAM.

1989 *Proyecto Arqueológico Xochimilco*, Informe Técnico de Excavación, Consejo Técnico de Arqueología, INAH, México.

1994 *Xochimilco arqueológico*, México, Patronato del Parque Ecológico de Xochimilco, Departamento del Distrito Federal / IIA-UNAM / INAH.

2000 *Cerámica de Temamatla*, México, IIA-UNAM.

### **Tolstoy, Paul**

1975 "Settlement and Population Trends in the Basin of Mexico (Ixtapaluca and Zacatenco Phases)", en *Journal of Field Archaeology*, vol. 2, EUA, pp. 331-349.

# Bill Sanders y el periodo Clásico del cuadrante noreste de la cuenca de México. Perspectivas profesionales y personales

Thomas H. Charlton

Universidad de Iowa

Cynthia L. Otis Charlton

Investigadora independiente

**RESUMEN:** *En este artículo examinamos nuestras asociaciones intelectuales y personales con Bill Sanders durante un periodo de 45 años. Empezaremos con las investigaciones doctorales de Thomas Charlton en el marco del Proyecto Valle de Teotihuacan, de junio de 1963 a septiembre de 1964, y discutiremos las características de las ocupaciones rurales del periodo teotihuacano, aspecto cuya comprensión no fue cabal a lo largo de los años en que se desarrolló dicho proyecto, incluyendo las publicaciones finales de Sanders y sus colaboradores durante la década de los noventa. Presentaremos las preguntas y los trabajos de campo llevados a cabo después de 1964 para resolverlos. En este artículo describimos nuestras interacciones intelectuales con Bill Sanders con una perspectiva personal para rendir homenaje a nuestro mentor en el campo de la arqueología.*

*Asimismo, incluimos los resultados de varias temporadas de campo en la parte oriental del Valle de Teotihuacan. Las metas de las dos temporadas de campo más recientes fueron: 1) determinar la extensión de la destrucción agrícola de los sitios del periodo teotihuacano, además de, 2) los tipos de ocupaciones domésticas y la calidad de las construcciones. Bill Sanders pensó que con base en sus reconocimientos de superficie y las excavaciones de su proyecto era factible plantear que la ocupación doméstica no siempre fue en “conjuntos departamentales”, como los que se encuentran en la ciudad de Teotihuacan, y que las casas teotihuacanas de algunos sitios rurales fueron semejantes a las aztecas donde residían los integrantes de una sencilla familia nuclear. Si tal tipo de casa existía, debemos reconsiderar la orientación y el funcionamiento socioeconómico de los asentamientos rurales y el grado de control de Teotihuacan sobre esa clase de sitios.*

**ABSTRACT:** *This article examines our intellectual and personal associations with Bill Sanders over a period of 45 years. Beginning with Thomas Charlton's dissertation research within the context of the Teotihuacan Valley Project in 1963-64, we discuss the questions left unanswered about the rural Teotihuacan occupation after the completion of the project and the publication of the results by Bill Sanders and his associates during the 1990s. We document these questions and the field work undertaken after 1964 to resolve them. In our narrative we place our intellectual interactions with Bill Sanders within a personal context to pay homage to our mentor in archaeology.*

*In the article we place our research results from several seasons of field work in the eastern Teotihuacan Valley. Our goals during the two recent field seasons were to determine the extent*

*of destruction by agricultural activities within several sites and at the same time, if possible, the types of domestic housing in use during the Teotihuacan period as well as the quality of the construction. Bill Sanders thought that there was some evidence from his surveys and excavations that the "apartment compound" might not be universally present and that there was some evidence that rural Teotihuacan housing might have included smaller single family residences similar to those known to have been used by the Aztecs in the same area. If such housing were present this would have implications about the organization of the size and composition of the socioeconomic group present and conceivably the degree of control exerted by Teotihuacan.*

**PALABRAS CLAVE:** *Teotihuacan, rural, casas, William T. Sanders, patrones de asentamiento*

**KEY WORDS:** *Teotihuacan, rural, houses, William T. Sanders, settlement patterns*

## LA HERENCIA

En gran medida, quienes realizamos investigaciones en la cuenca de México somos receptores de la herencia intelectual que forma parte del testamento académico de William T. Sanders, quien legó para la posteridad los datos derivados tanto de sus proyectos como de sus relevantes observaciones, preguntas e ideas sobre el desarrollo y la naturaleza de las civilizaciones prehispánicas. Encontramos en la estructuración de su modelo teórico, sus formulaciones y postulados, las bases para un programa de investigaciones arqueológicas futuras dentro de la cuenca de México y áreas circunvecinas (Figura 1).

Bill Sanders, en el estilo de Alfred L. Kroeber, abordó el panorama de esa región a gran escala; propuso planteamientos teóricos con base en los principios de la ecología cultural, de gran impacto para investigaciones más detalladas que las suyas, ya que son de utilidad en la resolución de preguntas, propuestas y estudios científicos de diversa índole mediante la formulación de problemáticas adicionales. En otras palabras, Sanders aportó ideas de tal calidad y cantidad que valdría la pena evaluarlas por medio de nuestras investigaciones arqueológicas y las de nuestros alumnos.

Llevar a cabo esas tareas es apremiante debido a que, como anotaron Sanders [1997] y Parsons [1989], nos enfrentamos a la destrucción rápida de los recursos arqueológicos de la cuenca de México y de las zonas cercanas.

El objetivo de este ensayo es exponer los vínculos, tanto académicos como personales, que desarrollamos con Sanders en un estudio referente a las ocupaciones teotihuacanas rurales en el Valle de Teotihuacan y sus intermediaciones de 1963 a 2008. En ese marco, colaboramos con Bill Sanders en dos proyectos cuya meta era lograr una mejor comprensión de la presencia de Teotihuacan en los ámbitos rurales. El primero se desarrolló en el contexto del Proyecto Valle de Teotihuacan durante 1963, y el segundo en dos

**Figura 1.**  
**La cuenca de México**



Fuente: mapa de los autores

proyectos de salvamento entre octubre de 1998 y julio de 2008, que en parte se llevaron a cabo junto con Raúl García Chávez. En esos estudios, y en sus distintas etapas, el impacto de las contribuciones de Sanders es evidente por doquier.

#### EN EL PRINCIPIO ERA... EL PROYECTO VALLE DE TEOTIHUACAN

Entre 1960 y 1966 Sanders efectuó reconocimientos de superficie en el Valle de Teotihuacan, y áreas septentrionales a éste, acompañados por excavaciones. Este proyecto estableció una base de datos que constituye, a la fecha,



los cimientos para estudios que continúan efectuándose en esas zonas. Al mismo tiempo, en ese proyecto se desarrolló la metodología para investigaciones subsecuentes en otras partes de la cuenca de México [Parsons, 1989; Sanders, 1997]. De hecho, es equivalente en importancia al plano de la ciudad de Teotihuacan que conformaron René Millon [Millon, 1973] y sus colaboradores [Millon *et al.*, 1973].

En el otoño de 1960, Thomas Charlton ingresó como alumno de posgrado en la Universidad Tulane con la intención de dedicarse al estudio de la arqueología mesoamericana; dado el énfasis del Instituto de Investigaciones Mesoamericanas (Middle American Research Institute o MARI) en la arqueología Maya, Charlton se incorporó, durante el verano de 1961, a un proyecto del Museo Real de la provincia de Ontario (Royal Ontario Museum o ROM) dirigido por William R. Bullard, Jr. en Belice. Bill Bullard había participado en un proyecto de Gordon R. Willey en el Valle del Río Belice, en Barton Ramie, donde se llevó a cabo el primer estudio fundamentado en una perspectiva de patrones de asentamiento en Mesoamérica [Chase y Garber, 2004]. Bajo la dirección del profesor Robert Wauchope, director del MARI de la Universidad Tulane y director de su comité y tesis doctoral, Charlton estudió aspectos detallados del concepto y la metodología de los patrones de asentamiento durante el año académico de 1961-1962 [Wauchope, 1961], a partir del mismo concepto y métodos aplicados por Sanders en el Valle de Teotihuacan.

En aquel entonces, William R. Bullard, Jr. renunció a su puesto como director del Proyecto del ROM en Belice y, en consecuencia, hubo un retraso por parte del museo en la toma de decisiones respecto al futuro de esas investigaciones. Ante estas circunstancias, Charlton se vio en la necesidad de reformular sus metas para, así, llevar a cabo su investigación doctoral en torno a la interpretación de patrones de asentamientos arqueológicos por medio de datos etnográficos y etnohistóricos. Gracias a la intervención del profesor Robert Wauchope, Bill Sanders y Thomas Charlton se pusieron en contacto, por correo, durante el año académico 1961-1962, ya que en esos tiempos Charlton desconocía que Sanders no contestaba en forma regular sus cartas. Una vez que se estableció esa comunicación, Charlton hizo su primera visita a México, trasladándose por autobús desde Nueva Orleans a la Ciudad de México en el verano de 1962 para asistir al 35 Congreso Internacional de Americanistas (ICA) que se llevó a cabo en el Distrito Federal, con miras a encontrar a Bill Sanders en el evento.

Desafortunadamente Sanders no participó en el ICA y Charlton tuvo que buscarlo sin saber precisamente dónde localizarlo. Después del Congreso y durante una visita a las ruinas de Teotihuacan, Thomas Charlton

tuvo suerte y encontró ahí a una persona de la localidad que lo llevó a la Casa Milagro, en San Juan, donde vivía un norteamericano. En realidad era un compatriota canadiense, Bruce Drewitt, también un graduado de la Universidad de Toronto, quien en esa época era miembro del equipo del profesor René Millon quien tenía estudios en curso en la Ciudad de los Dioses. Después de una plática corta, Bruce lo llevó desde de San Juan Teotihuacan a la Hacienda Metepec donde Bill Sanders y su equipo tenían su residencia y laboratorio para la temporada de campo de 1962.

Así, llegó a la Hacienda Metepec donde encontró a Bill Sanders tomando una cerveza, una actividad muy normal, y Thomas Charlton charló con él sobre la posibilidad de su participación en el Proyecto del Valle de Teotihuacan durante 1963 y 1964. Al mismo tiempo, conversaron acerca de aspectos teóricos relativos al estudio arqueológico de patrones de asentamiento, durante la acalorada discusión, Sanders tomó en cuenta los planteamientos de Charlton y admitió que su modelo teórico basado en la ecología cultural no posibilitaba explicar el sistema de asentamientos de la cuenca de México para la fase Mazapan o Tolteca Tardío, correspondiente a un patrón de sitios pequeños con una marcada dispersión. Por el contrario, Sanders sugirió que dicho patrón no respondía a aspectos vinculados con la ecología cultural, sino a causas sociales y políticas que no se relacionaban con los resultados de las interacciones entre la producción agrícola y el ambiente. Esa conversación demostró que Bill Sanders estaba abierto a teorías alternativas a las suyas y que siempre discutió con alumnos en igualdad de condiciones, sin adoptar actitudes elitistas o basarse en recursos de autoridad académica.

## EL PROYECTO DE THOMAS H. CHARLTON

El proyecto propuesto por Thomas Charlton consistió de un método para establecer principios firmes para la interpretación por analogía de los patrones de asentamiento arqueológicos. Se incluyeron estudios etnohistóricos y etnográficos de tres pueblos pequeños del área con diferencias en la organización y densidad de las unidades habitacionales dentro de cada localidad. Su objetivo era establecer los principios de la interpretación de los patrones de asentamiento dentro de una región estudiada en el marco del Proyecto Valle de Teotihuacan. Bill Sanders fue, como siempre durante su larga carrera, muy generoso con sus datos y su tiempo, además de que le brindó acceso sin reservas o condiciones a todos los datos necesarios. Al mismo tiempo, permitió la participación de Thomas Charlton en el proyecto de junio a diciembre de 1963 y le prometió financiar las excavaciones de varias casas prehispánicas, aun cuando en este caso su generosidad económica tuvo límites, pues apar-

te de los fondos prometidos para salarios de peones durante las excavaciones, Sanders no tuvo fondos en el presupuesto de su proyecto para apoyar a Charlton, quien tuvo que buscar recursos de otra fuente, a través de una beca del Consejo de Investigaciones de Ciencia Social (Social Science Research Council o SSRC), para así solventar los gastos requeridos.

En consecuencia, se iban cubriendo los aspectos logísticos para que Charlton iniciara investigaciones arqueológicas en la cuenca de México. Sin embargo, a fines de la primavera de 1963, el ROM se puso en contacto con él para explorar la posibilidad de que tomara la dirección del proyecto del ROM en Belice. Para ese momento, Charlton había recibido la beca del SSRC, había adquirido un automóvil, todo estaba arreglado con Sanders para su participación en el Proyecto Valle de Teotihuacan y estaba a punto de partir desde Nueva Orleans hacia México. Aunque Robert Wauchope pensó que era posible que Charlton aceptara el puesto con el ROM en Belice y reorganizara los asuntos financieros con el SSRC y Sanders, Thomas Charlton decidió probar suerte en el Proyecto Valle de Teotihuacan, decisión que nunca ha lamentado pues fue mucho lo que ganó como estudiante y colega de Bill Sanders.

#### LA TEMPORADA DE CAMPO, JUNIO A DICIEMBRE DE 1963: METODOLOGÍAS DE RECONOCIMIENTO

Durante esa temporada de campo, Bill Sanders le brindó a Thomas Charlton la oportunidad de aprender técnicas de reconocimiento de superficie en varias zonas ecológicas del Valle de Teotihuacan en conjunto con otros alumnos vinculados con el proyecto, es decir, Charles Fletcher, Charles Kolb, Joseph Marino, John McCullough y Jeffrey Parsons. De junio a diciembre, cuando se incorporó Charlton en el proyecto, se estaba implementando una nueva metodología de campo, con recorridos detallados e intensivos, así como con la descripción minuciosa de los sitios que se ubicaron entre 1960-1962 durante los reconocimientos generales [Kolb y Sanders, 1996:485-489].

Aunque todos los alumnos implementaron distintos métodos para lograr los objetivos, algunos tuvieron más éxito que otros. Bill Sanders y Jeffrey Parsons desarrollaron independientemente las mismas técnicas con descripciones detalladas, tanto de los patrones de asentamiento como de los sitios en zonas regionales. Charlton se adiestró con Sanders directamente durante el verano y el otoño de 1963 en el lado norte del Cerro Gordo, clase de prospección que posteriormente se aplicó en áreas tanto dentro de la cuenca de México como fuera de ésta, combinando los reconocimientos generales y detallados. Con esas bases, Sanders efectuó estudios en Cuauh-

titlán y Temascalapa [Sanders y Gorenflo, 2007; Gorenflo y Sanders, 2007], Richard Blanton en la Península de Ixtapalapa [1972], Richard Diehl en Tula [1983], Jeffrey Parsons en Texcoco [1971] y Zumpango [2008], Jeffrey Parsons y sus colaboradores en Chalco, Xochimilco y Zumpango [1982], así como Thomas Charlton en relación con la arqueología histórica [1973], rutas de Intercambio [1978], el Proyecto Otumba con Deborah L. Nichols y Cynthia L. Otis Charlton [2000] y el Proyecto de Asentamientos Teotihuacanos Rurales [Charlton y Otis Charlton, 2007].

### LA SECUENCIA CERÁMICA

A inicios de la temporada de campo de 1963, Sanders capacitó a los alumnos en el manejo de la secuencia cerámica que se aplicaba para definir la cronología de los sitios encontrados durante los reconocimientos de superficie, tipología que todavía es de valor en los análisis cerámicos. Ese entrenamiento, ampliado más tarde con información adicional de Florencia Müller en 1963 y en particular de James Bennyhoff en 1964, le fue de gran utilidad a Charlton, tanto en los reconocimientos de superficie como en las excavaciones que efectuó en estructuras del periodo Clásico, todos dentro del contexto del Proyecto Valle de Teotihuacan. Cuando Sanders preparó las publicaciones finales acerca de la ocupación teotihuacana del valle, siguió afinando la tipología que desarrolló originalmente con referencia, en particular, a las ocupaciones rurales.

### INVESTIGACIONES A CARGO DE THOMAS CHARLTON: 1963-1964

Thomas Charlton acompañó a varios miembros del Proyecto Valle de Teotihuacan y aprendió la metodología que se aplica en los reconocimientos de superficie de varios periodos y en diferentes zonas ecológicas del valle, desde junio a septiembre, cuando empezó a excavar primero una unidad habitacional azteca, seguido por las excavaciones parciales de dos casas teotihuacanas. Después de las últimas excavaciones, Sanders le dio la oportunidad de dirigir prospecciones en un sitio azteca (TA-100) que se ubica sobre una loma, cerca de la Hacienda Tlaltehuacan en las tierras altas de la zona sureste del valle. Continuó los estudios durante 1964, cuando llevó a cabo investigaciones etnográficas de enero a junio, además de etnohistóricas entre julio y agosto.

Cuando realizó las investigaciones etnográficas en el pueblo de San Cristóbal Colhuacán, también hizo algunos reconocimientos de superficie en terrenos particulares del pueblo, dentro de un área al este de la zona de

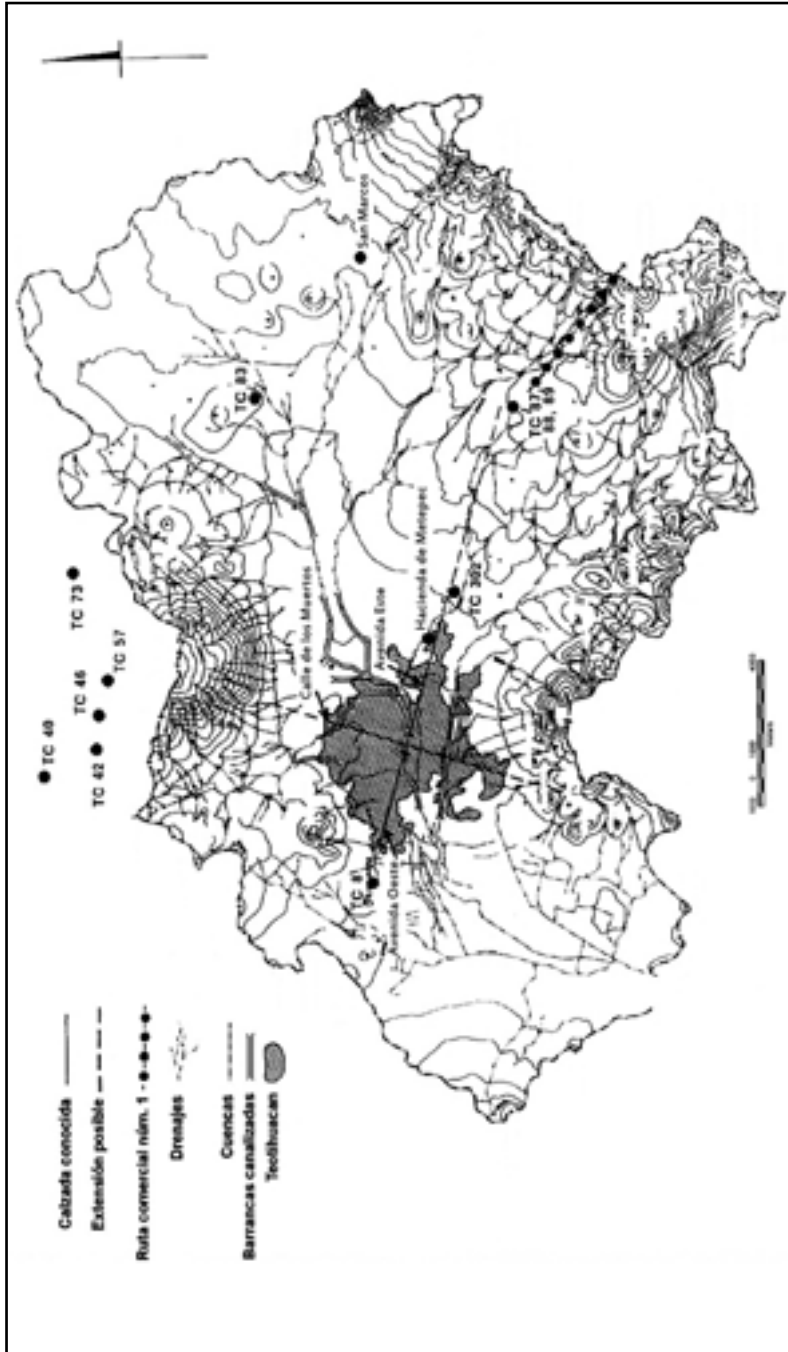
reconocimientos intensivos cerca del pueblo de Santa María Maquixco el Alto [Charlton, 1965]. También efectuó otras prospecciones en los alrededores de la Hacienda Soapayuca al este de Otumba. Charlton fue parte del equipo del Proyecto de Valle de Teotihuacan y le proporcionó a Sanders copias de los informes que elaboró a raíz de los reconocimientos de 1964 en los que se aplicó la metodología desarrollada por Sanders durante los recorridos que se llevaron a cabo al norte del Cerro Gordo; la única diferencia es que en los trabajos no participaron alumnos y peones, ya que los resultados de los reconocimientos de Charlton ampliaron los datos con que contaba Sanders, él los integró en las publicaciones finales del Proyecto Valle de Teotihuacan para los distintos periodos.

#### RELACIONES URBANO-RURALES DEL PERIODO TEOTIHUACANO

Durante 1963, como miembro del Proyecto Valle de Teotihuacan, Thomas Charlton llevó a cabo excavaciones parciales de dos unidades residenciales teotihuacanas situadas al norte del Cerro Gordo, en las cercanías del pueblo de Santa María Maquixco el Alto [Charlton, 1965, 1994]. La erosión de un camino en el sitio de TC-46 había expuesto pisos y muros de dos unidades habitacionales teotihuacanas. Sanders y Marino encontraron evidencias de esas casas durante sus reconocimientos y sugirieron que si se procedía a excavarlas se contaría con datos acerca de las estructuras rurales y la composición social de sus ocupantes, aspectos de relevancia en las investigaciones de Sanders.

A lo largo de un mes, entre octubre y noviembre de 1963, Charlton [1994] expuso aproximadamente 64m<sup>2</sup> de una estructura y 28m<sup>2</sup> de la otra. Sanders, generosamente, le facilitó peones, herramientas y ocasionalmente una camioneta. Sanders había excavado algunas unidades habitacionales [Sanders y Kolb, 1994] en el sitio TC-8, muy cerca de la ciudad de Teotihuacan, lo que sugiere que el asentamiento recibió una fuerte influencia de la urbe. Gracias a las excavaciones en el sitio TC-46 (Figura 2) que se encuentra al norte del Cerro Gordo, se contó con información acerca de las similitudes y diferencias entre las residencias urbanas y rurales situadas a cierta distancia de la Ciudad de los Dioses. Desafortunadamente las excavaciones no expusieron áreas lo suficientemente amplias para caracterizar en detalle las ocupaciones domésticas rurales.

Figura 2.  
Ubicación de los sitios arqueológicos mencionados en el texto



Fuente: mapa de los autores.

## ASPECTOS DEL PATRÓN DE ASENTAMIENTOS DEL PERIODO TEOTIHUACANO: DE 1963 A 1996

Para el periodo teotihuacano o Clásico Temprano se estableció, en 1963, la presencia de un patrón de asentamientos que consistió, por un lado, de la gran ciudad de Teotihuacan y, por otro, de numerosos sitios tanto pequeños como nucleados en las zonas “rurales” del Valle de Teotihuacan. A partir de sus estudios, Bill Sanders propuso que para ese periodo los sitios rurales muestran características de lo urbano, es decir, que esas comunidades se componían de segmentos de la sociedad y se asociaban de manera directa con la economía urbana de Teotihuacan, incluyendo unidades habitacionales semejantes a las de la ciudad con orientaciones astronómicas semejantes. Según este modelo, para los patrones de asentamiento habría sido poca la diferencia entre la composición social y económica de los asentamientos rurales y urbanos. En este caso, se trata de la presencia urbana en la zona rural para sostener a la población de la ciudad.

Esa formulación de Sanders persistió con modificaciones durante décadas [Sanders, 1996], aunque se mantuvo la interrogante de cuáles fueron las dimensiones de la presencia urbana en zonas rurales, pues los datos disponibles derivados del Proyecto Valle de Teotihuacan no eran adecuados para lograr comprender en detalle lo relativo a las ocupaciones rurales durante el Clásico Temprano.

## NUEVOS DATOS SOBRE EL PERIODO TEOTIHUACANO: 1963 A 1996

Durante las mismas décadas, Thomas Charlton y Cynthia L. Otis Charlton llevaron a cabo investigaciones arqueológicas en torno a la arqueología histórica, el intercambio, el riego y la artesanía de la ciudad-estado de Otumba. Localizaron sitios teotihuacanos durante esas investigaciones y se incluyeron datos derivados de esas ocupaciones en varias publicaciones [v. Charlton, 1973; 1978, Charlton *et al.*, 2000]. Thomas Charlton [1987, 1991] publicó dos capítulos sintéticos, uno sobre la evolución y el funcionamiento de sitios rurales teotihuacanos y el otro sobre la influencia y el legado de Teotihuacan en las rutas de intercambio y la planificación urbana. En ambos se incluyeron tanto datos de los reconocimientos y las excavaciones llevados a cabo por Sanders, como los datos de nuestros propios proyectos. Cada capítulo [*ibid.*] presenta una revisión crítica de la utilidad de los datos, disponibles, del periodo teotihuacano que se generaron en el marco del Proyecto Valle de Teotihuacan y, en particular, el grado de la presencia de atributos urbanos dentro de sitios rurales. Cabe hacer notar que cuando sa-

lieron a la luz esos artículos aún no se contaba con las publicaciones finales del proyecto que dirigió Sanders.

## EL RETORNO. RELACIONES URBANO-RURALES DEL PERIODO TEOTIHUACANO: 1996-2008

Bill Sanders (1994-1996) publicó los resultados de su proyecto en el Valle de Teotihuacan acerca de la ocupación teotihuacana, donde incluyó sus dudas sobre el patrón y números de unidades residenciales en varios sitios e hizo énfasis en la necesidad de determinar con precisión la orientación astronómica de las estructuras en los asentamientos. En otro artículo [Sanders, 1997], describió la condición de varios sitios que localizó durante sus reconocimientos de 1996. Durante el verano de ese año, y por invitación de Sanders, visitamos, junto con la doctora Barbara Price, varios emplazamientos en el valle de Teotihuacan y sus cercanías: TC-40, TC-46, TC-73, TC-83, TC-87-89 y el sitio de San Marcos (Figura 2), que habíamos ubicado años atrás cuando recorrimos la ruta de la barranca de los Estetes que se origina cerca del yacimiento de obsidiana de Otumba. Al mismo tiempo, discutimos la posibilidad de llevar a cabo nuevos reconocimientos y excavaciones conjuntas para resolver los problemas encontrados en los datos del Proyecto Valle de Teotihuacan. Sanders no deseaba dirigir los trabajos de campo necesarios ni en 1963 ni en 1998-1999, ya que siempre prefirió otorgar a sus alumnos el máximo grado de control en las excavaciones. Durante todo el tiempo que lo conocimos nunca manejó los detalles de las excavaciones, pues su política fue de no intervención en las dinámicas cotidianas de la metodología de excavación.

De esta manera, optamos por trabajar en colaboración con Bill Sanders, para lo cual Charlton tramitó, en la Universidad de Iowa, su sabático a lo largo de dos semestres, uno por año académico entre 1998 y 1999, con el objetivo de realizar los estudios requeridos en México durante los 15 meses que se efectuaron, en parte, gracias al financiamiento que la Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies le otorgó en 1998.

En ese año, Charlton y Deborah L. Nichols prosiguieron con las investigaciones del Proyecto Otumba que tenían en marcha. Al mismo tiempo y para cubrir con los requerimientos legales, se solicitó ante el Consejo de Arqueología del INAH la autorización para llevar a cabo reconocimientos y excavaciones en cinco sitios teotihuacanos en un proyecto bajo la titularidad de Sanders. Dos sitios se ubicaban al norte del Cerro Gordo (TC-46 y TC-73) y tres sitios en la zona oriental del Valle de Teotihuacan (TC-83, TC-87-89 y San Marcos), recayendo la responsabilidad de los trabajos de campo



en nosotros, ya que Bill Sanders no efectuó la supervisión directamente al igual que lo ocurrido en 1963 [Charlton *et al.*, 2002].

### TRABAJOS DE CAMPO: 1998-2002

Debido a los retrasos en la temporada de cosecha en el otoño de 1998, decidimos iniciar las investigaciones en terrenos de Santa María Maquixco el Alto, Municipio de Temascalapa, en una sección del sitio TC-46 que no estaba habilitada para la siembra, donde Thomas Charlton, como miembro del Proyecto Valle de Teotihuacan, excavó, en 1963, secciones de dos unidades habitacionales. Lamentablemente, no hubo condiciones para llevar a cabo los trabajos a pesar de que se intentó obtener la autorización de la comunidad para hacer, en primer lugar, un levantamiento topográfico del sitio, pues ésta mantenía sistemas organizativos de tipo ejidal para la toma de decisiones y circulaba entre los campesinos una especie de “leyenda negra” respecto a que desde los estudios de Sanders, en la década de los años sesenta, los arqueólogos habían encontrado en las excavaciones un “gran tesoro” y que de llevarse a cabo más estudios en el sitio, el equipo de investigación supuestamente se beneficiaría con lo que todavía quedaba de esa mítica fortuna.

Esta es una cómica herencia de Bill Sanders totalmente fortuita; cuando le informamos del problema, y de lo que se decía, no podía creer lo ocurrido. En la temporada de 1963 escuchamos muchas variantes del fantástico relato, incluyendo la aseveración de que éramos capaces de transformar los tiestos en oro empleando una máquina casi mágica. Ante la infortunada situación, decidimos reenfocar nuestros esfuerzos en otros sitios cercanos, TC-57 y TC-73.

En TC-57 la sección investigada se componía de una serie de terrazas agrícolas construidas probablemente en el siglo XIX, donde se observaba cerámica teotihuacana al igual que en excavaciones de saqueo, lo cual indicaba la posibilidad de que se encontrara una unidad habitacional soterrada. Regresamos a este sitio durante la primavera de 1999, después de la cosecha y antes de la siembra, en cada una de las 15 terrazas llevamos a cabo la colecta de los materiales en superficie con unidades de control de 5 x 5m, sin que hubiera evidencias visibles de estructura arquitectónica alguna, a excepción de la configuración del área y la abundancia de tiestos teotihuacanos.

Por otra parte, los terrenos agrícolas donde se ubica el sitio de TC-73, en el Municipio de Axapusco, pertenecen a los ejidos de Santa María Maquixco el Alto y San Cristóbal Colhuacán, cuyos linderos dividen el sitio en dos partes. Aunque examinamos este sitio durante el otoño de 1998, debido

a que en los campos se cultivaba cebada, postergamos las investigaciones intensivas hasta la primavera de 1999 una vez concluida la cosecha.

Cuando visitamos el sitio en 1996, Bill Sanders planteó que podríamos definir la orientación de los montículos que se localizan en el centro del asentamiento mediante excavaciones de las esquinas de cada estructura, aunque los edificios estaban muy destruidos por afectaciones hechas con palas y maquinaria pesada. Joe Marino había sugerido que en el sitio existió una avenida central, tal vez como la de Teotihuacan, pero con una orientación diferente. Aun cuando nuestras operaciones en TC-73 se llevaron a cabo en la primavera de 1999, nos limitamos a la colecta de materiales que se encontraban en la superficie de cada montículo, y de una unidad habitacional que estaba en buen estado de conservación; en esta última tomamos medidas con brújula de los muros expuestos. No tratamos de obtener permisos de los ejidatarios para efectuar investigaciones adicionales debido al hecho de que los campesinos de Santa María Maquixco el Alto ya se habían manifestado en contra de nuestros estudios en TC-46.

En lo relativo al sitio TC-87-89, próximo a la ranchería de Coyotepec, Municipio de Otumba, cabe destacar que en 1969 Thomas Charlton llevó a cabo reconocimientos y excavaciones de sitios coloniales dentro de la zona donde está el sitio teotihuacano [Charlton, 1973]. En 1975 efectuamos recorridos empezando en el lado este del sitio y siguiendo una ruta al oriente cruzando la Sierra Malpaís [Charlton, 1978], mientras que en 1988 hicimos colectas de materiales en asentamientos o dependencias de Otumba en esa misma zona [Charlton *et al.*, 2000]. Durante el verano de 1996 visitamos el sitio TC-87-89 con Bill Sanders y Barbara Price y él nos mostró los restos de pisos y muros de estuco en los perfiles de los campos, a un lado de la cuneta del camino nuevo de Otumba a Santa Bárbara.

Una vez librados los trámites y con la autorización del dueño del predio, excavamos en TC-87-89 cuatro pozos de 2 x 2 m, donde encontramos restos arquitectónicos teotihuacanos muy afectados por la maquinaria usada para nivelar el terreno con fines agrícolas. Al mismo tiempo, efectuamos reconocimientos de superficie y colectas de materiales teotihuacanos y pos teotihuacanos para determinar el tamaño del sitio y si existían otras unidades residenciales y habitaciones del periodo Clásico Temprano, como había sugerido Bill Sanders a partir de la información derivada del Proyecto Valle de Teotihuacan.

Aunque Thomas Charlton había dirigido excavaciones dentro de esta área durante 1969, fue difícil localizar con certeza las unidades que se intervinieron en ese año debido a los cambios y la remodelación casi completa de las milpas. Casi todos los linderos que se ubicaron en 1969 no existían

y no quedaba huella del Rancho Nopaltepec, del cual, en aquel entonces, se conservaban muros de varios metros de altura. En consecuencia, fue necesario hacer un levantamiento topográfico con teodolito para generar un plano con los caminos nuevos que cruzan el área. Después de pasar unas semanas fue posible, aunque todavía con dificultades, reubicar las áreas excavadas en 1969.

Después de terminar las excavaciones y reconocimientos en el sitio TC-87-89, en 1999, nos dirigimos al pueblo de San Marcos, que también se encuentra en el Municipio de Otumba. Por su ubicación, el sitio arqueológico de San Marcos quedó fuera de las zonas de reconocimientos intensivos del Proyecto Valle de Teotihuacan de Sanders, aun cuando Jeff Parsons efectuó prospecciones al lado sur de la barranca. En su época de florecimiento debió ser un asentamiento impresionante, ya que todavía existen montículos hasta de 4m de altura a pesar de las severas afectaciones que han sufrido los contextos por el uso de maquinaria pesada en los años ochenta.

Nosotros localizamos el sitio al seguir la barranca de los Estetes al pueblo moderno de San Marcos donde se localiza el asentamiento prehispánico con materiales teotihuacanos, Mazapan y aztecas al norte de la barranca; cuando llevamos a Sanders al sitio, le asombró que una ocupación de tal relevancia y profundidad temporal no se hubiera cubierto a través de las prospecciones que él encabezó.

Con el permiso de los dueños de los predios y el aval de las instancias ejidales, excavamos cuatro pozos de sondeo de 2 x 2 m cada uno en San Marcos. De esta manera, detectamos evidencias ocupacionales que abarcan del Clásico al Posclásico Tardío. Llevamos a cabo reconocimientos de superficie con recolecciones controladas en módulos de 5 x 5 m en los lugares donde existían montículos o concentraciones de materiales cerámicos o líticos. Aunque había pisos de estuco visibles en las márgenes del camino cercano al sitio, no encontramos restos de esa clase de pisos en los pozos. La destrucción del asentamiento fue extensa y detectamos depósitos mezclados en las secciones superiores de cada pozo y, ocasionalmente, en las capas profundas. Sin embargo, fue posible definir las ocupaciones Mazapan y azteca, así como la presencia teotihuacana en el sitio. El lugar se ubica en las proximidades del yacimiento de obsidiana de Otumba y hay huellas de la explotación de ese vidrio volcánico para las ocupaciones Mazapan y azteca, incluyendo la talla de núcleos y la elaboración de navajas prismáticas en obsidiana de Sierra de las Navajas, fuente cercana a Pachuca. Sanders [1956] notó la presencia de obsidiana dentro de Teotihuacan cerca de la Pirámide de la Luna [1956] y dio impulso al debate sobre el papel de obsidiana en la economía prehispánica [Sanders *et al.*, 1979].

Adicionalmente, como parte del Proyecto de Rutas de Intercambio, en 1975 Cynthia Otis Charlton realizó reconocimientos en la zona donde se localiza el sitio TC-83. Así, contábamos con una base de datos un poco más reciente que la derivada de los estudios del Proyecto Valle de Teotihuacan. Gracias a la autorización que brindó el gobierno del Municipio de Axapusco y con el permiso de los propietarios de los predios, iniciamos nuevos reconocimientos en el sitio en la primavera de 1999, después de terminar las excavaciones de San Marcos, procediendo a la colecta de materiales en superficie y a trazar los linderos del asentamiento. Aunque Bill Sanders pensó que el sitio todavía estaba en buenas condiciones, algunas secciones estaban destruidas debido a la construcción de una capilla sobre un montículo y por la edificación de casas. A partir de nuestros trabajos de campo se logró determinar que se trataba de un sitio más pequeño de lo que pensaba Joseph Marino. Sanders mencionó que era probable que el asentamiento consistiera de un gran montículo sencillo, análogo al conjunto residencial de Tlamimilolpa en la ciudad de Teotihuacan.

Después de terminar las investigaciones preliminares, de 1998-1999 y todos los trabajos de campo, continuamos con los análisis de los materiales arqueológicos. Sin embargo, en 2001, uno de los peones que había colaborado con nosotros reportó que debido a que se programaba la edificación de algunas casas empleando maquinaria pesada, el sitio TC-83 estaba en grave riesgo de ser destruido. Ante ese problema, Raúl García Chávez, del Centro INAH del Estado de México, inició un salvamento arqueológico en el área afectada en noviembre de ese año, labor en la que colaboramos junto con Verónica Ortega C., David Andrade O. y Teresa Palomares R. de la Zona Arqueológica de Teotihuacan [Charlton *et al.*, 2005].

Hay que hacer énfasis en que las investigaciones que se llevaron a cabo en TC-83, se basan en los reconocimientos de Bill Sanders en su Proyecto Valle de Teotihuacan. Gracias a que fue posible realizar ulteriores estudios en años recientes, tuvimos la oportunidad de conocer aspectos adicionales acerca de la naturaleza de las unidades habitacionales en zonas rurales. Al respecto, se determinó que las estructuras arquitectónicas se construyeron con las mismas técnicas y materiales que se empleaban en la urbe teotihuacana, fuera para las que estaban bien construidas o las de mala calidad constructiva dentro del mismo sitio, evidente en el asentamiento TC-83. Hemos propuesto que sólo en TC-83 los tamaños de las unidades habitacionales (40 x 80 m; 60 x 80 m; 30 x 40 m) son semejantes a los de la urbe teotihuacana [Charlton *et al.*, 2005:349]. En las otras excavaciones no fue posible determinar las dimensiones de las estructuras encontradas.

En relación con todos los sitios mencionados y conforme a los resultados preliminares de los análisis, es posible inferir que Teotihuacan no inci-

dió de manera notable en los asentamientos rurales; sin duda hay conexiones, pero las evidencias apuntan a que no necesariamente el control centralizado fue más importante que el local, aun cuando los emplazamientos se ocuparon bajo una directriz central sin que las orientaciones denoten trazas idénticas a las de la Ciudad de los Dioses [Charlton y Otis Charlton, 2007].

En los sitios hay evidencias ocupacionales que abarcan, de la fase Miccaotli (150-200 dC) a la fase Metepec (600-650 dC), pero la mayor frecuencia de materiales cerámicos corresponde a las fases Tlamimilolpa temprano y tardío (200-350 dC), sin que se hayan detectado remodelaciones de las unidades habitacionales como ocurre en la urbe [*ibid.*].

Los tipos cerámicos guardan, en lo general, similitudes con aquellos de los complejos de Teotihuacan, aunque con menor variabilidad, mientras que lozas como el Anaranjado Delgado aparecen en distintas frecuencias en los sitios estudiados con una mayor recurrencia en TC-87-89, indicio de que según el papel de los asentamientos en el sistema teotihuacano y el estatus de sus residentes había un acceso diferencial a objetos de intercambio. Adicionalmente, a pesar de las semejanzas entre la urbe y los sitios urbanos en las prácticas funerarias y el contenido de las ofrendas mortuorias, en los últimos es menor la elaboración y la suntuosidad [*ibid.*].

Según el estudio de los artefactos líticos y los desechos de talla encontrados en TC-83, San Marcos, y TC-87-89 se definió que al parecer eran para consumo local. Con base en el análisis de activación neutrónica de muestras de obsidiana gris y verde de los sitios TC-83, San Marcos, y TC-87-89 se determinó que esta última procede del yacimiento de Sierra de las Navajas, aunque variaba su acceso en los sitios; respecto a la gris, exclusivamente proviene del yacimiento cercano de Otumba, evidencia de que el vidrio volcánico gris de otras fuentes que se empleaba en la urbe no llegó a manos de los consumidores de los asentamientos rurales [*ibid.*].

Cabe señalar que Charlton [1978] propuso que la función de TC-83 y TC-87-89 se relaciona con el control del acceso al Valle de Teotihuacan, debido a la ubicación de cada uno de estos asentamientos a lo largo de una ruta de intercambio, mientras que TC-83 posiblemente fue un centro regional [Charlton y Otis Charlton, 2007].

Como mencionamos arriba [*ibid.*], a pesar del gran impacto e influencia de Teotihuacan en la cuenca de México, que se aprecia en los patrones de asentamiento, no es tan claro el papel que tuvo la Ciudad de los Dioses en la integración de las zonas que se localizan en sus proximidades al este y noreste del Valle de Teotihuacan. Sin duda se requieren ulteriores investigaciones en el área inmediata de acción del sistema teotihuacano, donde aún se encuentren sitios que no estén drásticamente afectados o destruidos.

## OBSERVACIONES FINALES

Bill Sanders estuvo en México durante nuestra primera temporada de campo de 1998 a 1999 y charlamos con él en el “Club Med”, al sur de la Zona Arqueológica de Teotihuacan. Sanders no visitó las excavaciones que nosotros efectuábamos a pesar de que él era el director del proyecto. Mencionó que “Yo no puedo enseñarle nada a Tom Charlton sobre cómo excavar un pozo de sondeo”, otro ejemplo de la aplicación de su política de no intervención o “micro administración y manejo” de las excavaciones que se llevaron a cabo en el marco de sus proyectos.

Cuando se llevó a cabo la Tercera Mesa Redonda de Teotihuacan, en noviembre de 2002, ya que habíamos concluido las operaciones de salvamento en TC-83, Sanders se interesó en visitar el sitio y el lugar donde excavamos, aun cuando ya se habían rellenado las unidades donde efectuamos las intervenciones y no eran visibles los elementos que habíamos detectado. Al llegar al emplazamiento señaló que “cuando oí de tus excavaciones en TC-83 me causó una gran emoción, casi hasta las lágrimas”. Fue la última vez que lo vimos en campo.

Bill Sanders fue un académico e investigador de alto nivel que dedicó su vida profesional a la investigación de las culturas mesoamericanas, prestó ayuda a todos los que se interesaron en esa temática de estudio y fue muy generoso, poniendo a disponibilidad de quienes lo requirieran sus datos publicados o inéditos. Nos brindó un marco intelectual para la investigación de las culturas precolombinas en diversas áreas de Mesoamérica, ya que desarrolló investigaciones en numerosas zonas aun cuando, a nuestro parecer, su corazón estuvo casi siempre en la Región Simbiótica de la Meseta Central de México, y en particular en el Valle de Teotihuacan. Fue un gran colega y amigo que vive a través de su obra y en nuestra memoria, se le echa mucho de menos.

## AGRADECIMIENTOS

Se realizaron todas las investigaciones arqueológicas mencionadas aquí gracias a permisos legales otorgados a Bill Sanders, Thomas y Cynthia Charlton y mediante las investigaciones de salvamento en el sitio TC-83, dirigidas por el Dr. Raúl García Chávez, del Centro INAH Estado de México, donde participaron además Verónica Ortega C., David Andrade O. y Teresa Palomares R. de la Zona Arqueológica de Teotihuacan. Le agradecemos a Bill Sanders (q.e.p.d.) la oportunidad de trabajar una vez más con él.

## BIBLIOGRAFÍA

**Blanton, Richard E.**

1972 *Prehispanic Settlement Patterns of the Ixtapalapa Peninsula Region, Mexico*, University Park, Matson Museum of Anthropology, The Pennsylvania State University, Occasional Papers in Anthropology, núm. 6.

**Chase, Arlen F. y James F. Garber**

2004 "The Archaeology of the Belize Valley in Historical Perspective", en Garber, J. F. (coord.), *The Ancient Maya of the Belize Valley, Half a Century of Archaeological Research*, Gainesville, University Press of Florida, pp. 1-14.

**Charlton, Thomas H.**

1965 *Archaeological Settlement Patterns: An Interpretation*, Tesis de doctorado en Antropología, Nueva Orleans, LA, Tulane University.

1973 *Post-Conquest Developments in the Teotihuacan Valley, Mexico, Part 1: Excavations*, Iowa City, Report núm. 5, Office of the State Archaeologist.

1978 "Teotihuacan, Tepeapulco, and Obsidian Exploitation", en *Science*, vol. 200, pp. 1227-1236.

1987 "Teotihuacan Non-urban Settlements: Functional and Evolutionary Implications", en McClung de Tapia, E. y E. Childs Rattray (coords.), *Teotihuacán: Nuevos Datos, Nuevas Síntesis, Nuevos Problemas*, Serie Antropológica 72, México, IIA-UNAM, pp. 473-488.

1991 "The Influence and Legacy of Teotihuacan on Urban Planning and Regional Routes", en Trombold, C. D. (coord.), *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in The New World*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 186-197.

1994 "TC-46 (Taltenco)", en Sanders, W. T. (coord.), *The Teotihuacan Valley Project, Final Report*, vol. 3: *The Teotihuacan Period Occupation of the Valley, Part 1; The Excavations*, University Park, Matson Museum of Anthropology, The Pennsylvania State University, Occasional Papers in Anthropology, núm. 19, pp. 42-49.

**Charlton, Thomas H. y Cynthia L. Otis Charlton**

2007 "En las cercanías de Teotihuacan. Influencias urbanas dentro de comunidades Rurales", en Fournier, P., W. Wiesheu y T. H. Charlton (coords.), *Arqueología y complejidad social*, México, PROMEP-Conaculta-INAH, pp. 87-106.

**Charlton, Thomas H., Deborah L. Nichols y Cynthia L. Otis Charlton**

2000 "Otumba and Its Neighbors: Ex Oriente Lux", en *Ancient Mesoamerica*, vol. 11, núm. 2, pp. 247-265.

**Charlton, Thomas H., Cynthia L. Otis Charlton y William T. Sanders**

2002 "Influencias Urbanas dentro de Comunidades Rurales: Teotihuacan y sus Dependencias Cercanas 100 aC-650 dC", en Ruíz Gallut, M. E. (coord.), *Ideología y política a través de materiales, imágenes y símbolos, Memoria de la Primera Mesa Redonda sobre Teotihuacan*, México, Conaculta-INAH, pp. 487-499.

**Charlton, Thomas H. et al.**

2005 "Salvamento arqueológico reciente en el Valle de Teotihuacan, Sitio TC-83; San Bartolomé el Alto. La arquitectura Teotihuacana", en Ruíz Gallut, M. E. y J. Torres Peralta (coords.), *Arquitectura y urbanismo: pasado y*

presente de los espacios en Teotihuacan, *Memoria de la Tercera Mesa Redonda de Teotihuacan*, México, INAH, pp. 343-371.

**Diehl, Richard A.**

1983 *Tula, the Toltec Capital of Ancient Mexico*, Nueva York, Thames and Hudson.

**Gorenflo, L. J. y William T. Sanders** (coords.)

2007 *Archaeological Settlement Pattern Data from the Cuautitlán, Temascalapa, and Teotihuacan Regions*, México, University Park, Matson Museum of Anthropology, The Pennsylvania State University, Occasional Papers in Anthropology, núm. 30.

**Kolb, Charles C. y William T. Sanders**

1996 "The Surface Survey", en Sanders, W. T. (coord.), *The Teotihuacan Valley Final Report, Vol. 3: The Teotihuacan Period Occupation of the Valley, Part 3: The Surface Survey*, University Park, Matson Museum of Anthropology, The Pennsylvania State University, Occasional Papers in Anthropology, núm. 21, pp. 483-502.

**Lorenzo, José L.**

1968 "Clima y agricultura en Teotihuacan", en Lorenzo, J. L. (coord.), *Materiales para la Arqueología de Teotihuacan*, Serie Investigaciones 17, México, INAH, pp. 51-72.

**Millon, René**

1973 *The Teotihuacan Map, Part 1: Text, Vol. 1: Urbanization at Teotihuacan, Mexico*, Austin, The University of Texas Press.

**Millon, René, R. Bruce Drewitt y George L. Cowgill**

1973 *The Teotihuacan Map, Part 2: Maps, Vol. 1: Urbanization at Teotihuacan, Mexico*, Austin, The University of Texas Press.

**Parsons, Jeffrey R.**

1971 *Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region*, Mexico, Museum of Anthropology, Memoir 3, Ann Arbor, University of Michigan.

1989 "Arqueología regional en la Cuenca de México: una estrategia para la investigación futura", en *Anales de Antropología*, vol. 26, pp.157-257.

2008 *Prehispanic Settlement Patterns in the Northwestern Valley of Mexico, The Zumpango Region*, Museum of Anthropology, Memoir 45, Ann Arbor, University of Michigan.

**Parsons, Jeffrey R. et al.**

1982 *Prehispanic Settlement Patterns in the Southern Valley of Mexico, The Chalco-Xochimilco Region*, Museum of Anthropology, Memoir 14, Ann Arbor, University of Michigan.

**Sanders, William T.**

1956 "The Central Mexican Symbiotic Region A Study in Prehistoric Settlement Patterns", en Gordon, R. Willey (coord.), *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Nueva York, Viking Fund Publications in Anthropology, núm. 27, pp. 115-127.

1997 "El final de la gran aventura: el ocaso de un recurso cultural", en *Arqueología*, núm. 17, pp. 3-20.

**Sanders, William T.** (coord)

1994-1996 *The Teotihuacan Valley Project, Final Report, Vol.3: The Teotihuacan Period Occupation of the Valley, Part 1: (1994) The Excavations, Part 2: (1996) Artifact*



*Analysis, Part 3: (1996) The Surface Survey, Part 4: (1996) Special Analyses, Miscellaneous Appendices, and Volume Bibliography*, University Park, Matson Museum of Anthropology, The Pennsylvania State University, Occasional Papers in Anthropology, núms. 19-21 y 24.

**Sanders, William T. y L. J. Gorenflo** (coords.)

2007 *Prehispanic Settlement Patterns in the Cuautitlan Region, Mexico*, University Park, Matson Museum of Anthropology, The Pennsylvania State University, Occasional Papers in Anthropology, núm. 29.

**Sanders, William T. y Charles C. Kolb**

1994 "TC-8 (Maquixco Bajo)", en Sanders, W. T. (coord.), *The Teotihuacan Valley Final Report, Vol. 3: The Teotihuacan Period Occupation of the Valley, Part 1: The Excavations*, University Park, Matson Museum of Anthropology, The Pennsylvania State University, Occasional Papers in Anthropology, núm. 19, pp. 1-41.

**Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley**

1979 *The Basin of Mexico*, Nueva York, Academic Press,

**Wauchope, Robert**

1961 *Ten Years of Middle American Archaeology; Annotated Bibliography and News Summary, 1948-1957*, Nueva Orleans, Middle American Research Institute, Tulane University, Publication 28, pp. 1-106.

# El estudio de la clase común: el asentamiento de Xaltocan durante el Posclásico en la cuenca de México

Elizabeth M. Brumfiel  
Northwestern University

**RESUMEN:** *Bill Sanders se dedicó al estudio de la gente común, de las masas poblacionales que sustentaron con su trabajo el estilo de vida opulento de las elites que detentaban el poder. Mediante trabajos de superficie en la escala regional, Sanders y sus discípulos rastrearon la historia de la gente común con base en los vestigios de los paisajes agrícolas y los patrones de asentamiento. Este ensayo tiene como objetivo responder dos interrogantes acerca del estatus de la gente común en la cuenca de México durante el Posclásico. En primer lugar nos preguntamos si la gente común se benefició con la hegemonía azteca. ¿Acaso la unificación política de la región simbiótica del centro de México permitió que el intercambio de productos entre diferentes zonas ecológicas impulsara la especialización y resultara en estándares de vida más altos entre la gente común a pesar del pago de tributos que exigían los aztecas? En segundo lugar nos cuestionamos si la gente común contribuyó, tanto con ideas como con su trabajo, al desarrollo social de Mesoamérica durante el Posclásico. Si, como planteó Sanders, “innovaciones y variaciones surgen constantemente” y permiten que las sociedades se adapten de manera más efectiva a su medio ambiente, surge la interrogante de si la gente común fue una fuente de innovación o si ésta fue el producto de los administradores, sacerdotes y artesanos que residían en las urbes. Las investigaciones arqueológicas en unidades habitacionales del Posclásico en Xaltocan, en la porción norte de la cuenca de México, nos permiten dar respuesta a las preguntas que aquí formulamos.*

**ABSTRACT:** *Bill Sanders was devoted to the study of commoners, the mass of the population who with their labor sustained the opulent lifestyle of the ruling elites. Through regional survey, Bill Sanders and his students traced the history of commoners from the remains of their agricultural landscapes and their settlement patterns. This paper seeks to answer two questions regarding the status of commoners in the Postclassic basin of Mexico. First, did commoners benefit from Aztec rule? Did the political unification of the Central Mexican Symbiotic Region permit the exchange of products across ecological zones, foster specialization and produce a higher standard of living for commoners despite the tribute payments demanded by the Aztecs? Second, did commoners contribute ideas as well as labor to the social development of Postclassic Mesoamerica? If, as Sanders claimed, “innovations and variations are constantly arising” that permit societies to adapt more effectively to their environments, were commoners a source of innovation or was innovation the product of*

*urban-based administrators, priests and craftsmen? Household archaeology at Postclassic Xaltocan in the northern basin of Mexico enables us to address these questions.*

**PALABRAS CLAVE:** *Cuenca de México, periodo Posclásico, Xaltocan, gente común, arqueología de unidades habitacionales.*

**KEY WORDS:** *Basin of Mexico, Postclassic period, Xaltocan, commoners, household archaeology*

Bill Sanders dedicó su vida al estudio de los campesinos, artesanos y la gente común del mundo prehispánico, con ello impulsó la investigación sobre la vida de ese sector que constituyó la mayor parte de la población y que con su trabajo sostuvo a las lujosas elites. Bill Sanders, Jeffrey Parsons y varios de sus estudiantes iniciaron el recorrido regional de la cuenca de México con la finalidad de conocer a esa población que formó la base de la historia prehispánica a través de los restos de su tecnología agrícola y de los asentamientos antiguos que se conservaron en el paisaje [Sanders, 1965, 1971, 1976; Sanders *et al.*, 1979].

Con el fin de aumentar nuestro conocimiento de la gente común iniciamos las investigaciones en Xaltocan, Estado de México, sitio que constituyó un importante centro regional del Posclásico Temprano y Medio. Según los cronistas [Alva Ixtlilxóchitl, 1975-77; *Anales de Cuauhtitlan*, 1945], durante sus quinientos años de existencia, Xaltocan se apoderó de las comunidades vecinas, y después de ser derrotada por Cuauhtitlan y sus aliados los Tepanecas en 1398 dC, cayó bajo el mandato de la Triple Alianza [Hicks, 1994; Nazareo, 1940] para que noventa años después fuera conquistada por los españoles [Cortés, 1970:118]. Es por ello que Xaltocan permite el estudio de la vida cotidiana de la gente común bajo condiciones de autonomía y bajo los mandatos azteca y español.

En este ensayo nos proponemos dar respuesta a dos preguntas respecto al estatus de la gente común en la cuenca de México durante el periodo Posclásico. En primer lugar surge la interrogante de si la gente común se benefició con la hegemonía azteca, a lo que Sanders [1956, 1968] propuso que el impacto del gobierno imperial azteca pudo haber sido benéfico, pues la gente común habría aprovechado un área comercial más extensa, la zona simbiótica del centro de México, lo cual le permitiría la adquisición de productos de otras zonas ecológicas, alcanzar un grado más alto de especialización en la producción, una economía más eficiente y un nivel de vida más elevado. Este autor nunca negó que los aztecas impusieran diversos sistemas de explotación sobre la gente dominada y sugirió la posibilidad de que el pago de tributos a los aztecas dieron como resultado un nivel de vida más bajo para la gente común.

En segundo lugar cabe preguntarse si la gente común contribuyó tanto con ideas como con su trabajo en el desarrollo social de Mesoamérica durante el Posclásico. Si, como sostienen Sanders y Price [1968:216], “innovaciones y variaciones surgen constantemente” para permitir que las sociedades se adapten de manera más efectiva a sus medios ambientes, nos cuestionamos si la gente común fue una fuente de innovación o ésta fue el producto de los administradores, sacerdotes y artesanos que radicaban en las urbes.

Con estas preguntas llegamos a Xaltocan, a fin de: 1) comparar los niveles de vida pre aztecas con los del periodo azteca y averiguar si éstas habían sufrido cambios favorables o desfavorables y, 2) encontrar técnicas agrícolas, prácticas rituales o principios artísticos presentes en Xaltocan durante la época del Posclásico Temprano-Medio y después apropiados por la elite azteca para facilitar y extender su poder.

Xaltocan yace en la antigua superficie del Lago Xaltocan (Figura 1). El sitio tiene forma ovalada y una longitud de este a oeste de 900 m, 500 m de ancho de norte a sur (Figura 2) y sube hasta una elevación máxima de 5.6m sobre la superficie actual [Miller, 2007]. Las excavaciones que alcanzaron de 4 a 5 m de profundidad llegaron a las arcillas densas del lecho del lago sin que haya evidencias de que hubiera una isla, por lo que es probable que Xaltocan fuera una construcción artificial [Frederick *et al.*, 2005]. Antes de 1945 estuvo rodeada por aguas someras, pantanosas y salitrosas, pero en ese año se desviaron los cauces de las fuentes permanentes que lo alimentaban para llevar agua potable a la Ciudad de México y el lago desapareció.

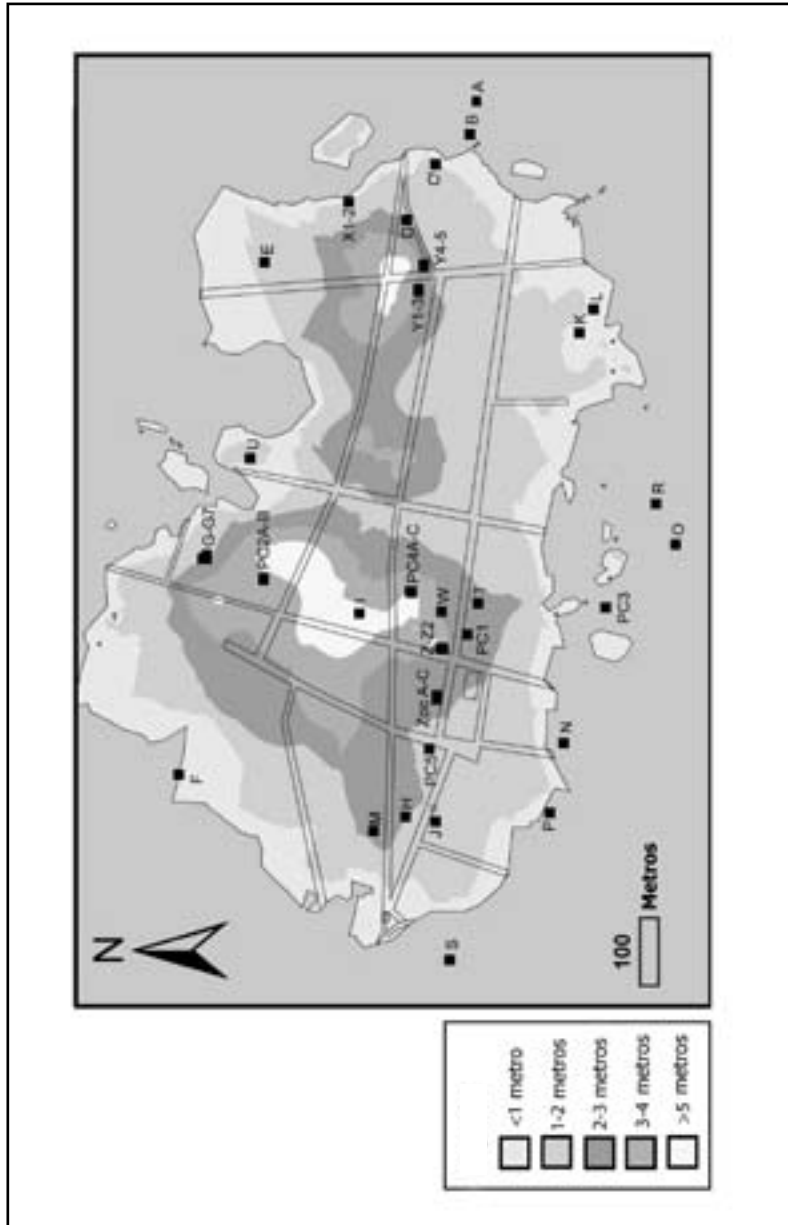
Jeffrey y Mary Parsons visitaron Xaltocan durante su recorrido en la región de Zumpango, en 1973 [Parsons, 2008:326], y confirmaron que había abundantes restos de ocupación prehispánica en la superficie, aunque estaban cubiertos, en parte, por casas habitación modernas. También registraron concentraciones cerámicas de ligeras a concentradas con tiestos Azteca Medio y Tardío (Azteca II y III), una diversidad de artefactos de obsidiana verde y gris, así como numerosas áreas elevadas con restos de habitaciones antiguas. Sin embargo, puesto que hicieron sus observaciones en la periferia del sitio, no se percataron de la ocupación del Posclásico Temprano (Azteca I) que se encuentra muy bien representada en el centro de Xaltocan.

En 1987 iniciamos nuestra investigación con un recorrido sistemático de superficie y recolección de artefactos, con lo que fue factible determinar el tamaño del sitio —cerca de 68 hectáreas— y pudimos establecer los cambios que ocurrieron en el asentamiento a través del tiempo [Chimonas, 2005]. Durante la época de su autonomía la población llegó a su tamaño máximo, concentrándose en la parte central y más elevada de la isla. Bajo

**Figura 1.**  
 El Valle de México durante la época Posclásico  
 mostrando las ubicaciones de Xaltocan  
 y otros pueblos importantes



Figura 2.  
Mapa topográfico de Xaltocan mostrando las ubicaciones de las 31 calas de prueba



el dominio azteca, la población disminuyó un poco y se distribuyó hacia la periferia, mientras que en la parte central sólo existió una baja densidad de población.

Desde 1990 excavamos 31 calas de prueba, de las cuales ampliamos cuatro para investigar las unidades domésticas y el sistema de chinampas en forma extensiva [Brumfiel, 2005a, 2009; De Lucia, 2009; Rodríguez-Alegría, 2009; Rodríguez-Alegría y Brumfiel, 2009; Morehart, 2009]. A partir de estas excavaciones hemos obtenido 33 fechas de C14 (Cuadro 1), las cinco más antiguas establecen que la fundación de Xaltocan se dio a fines del siglo ix o durante el siglo x, y son por lo menos un siglo más antiguas que la fecha establecida en los *Anales de Cuauhtitlan* [1945:14] y 150 años anteriores a las que registra Alva Ixtlilxóchitl [1975-77:293] para la llegada de los chichimecas y la fundación del señorío. Este hecho es comprensible por dos razones, o bien la historia temprana de Xaltocan fue alterada por los cronistas aztecas con fines políticos, o bien, los detalles de su historia fueron olvidados antes de que se empezara a registrar en forma escrita.

En las calas de prueba encontramos estructuras domésticas [Espejel, 2005]. Las paredes de las estructuras se construyeron con adobe y cimientos manufacturados con bloques de arcilla negra y densa cuya fuente se encuentra, probablemente, en la exhacienda de Santa Inés a 3.5 km al oeste-suroeste de la cabecera. Los cimientos de bloques de arcilla negra se diferenciaron de los cimientos de piedra encontrados en otros sitios del posclásico [Evans, 1988; Norr, 1987; Smith, 1992], ya que éstos se usaron en Xaltocan sólo durante la Fase 4 (Azteca III). Por lo general, los pisos son de arcilla o de tierra compacta, pero ocasionalmente hay pisos de estuco. Las impresiones de manojos de ramitas (tal vez tule), paja y tejamanil encontradas en la Operación G6 podrían pertenecer a un techo colapsado. En la Operación G2 y Z1 se encontraron baldosas de adobe que cubrieron los pisos de las áreas de trabajo exteriores. Las concentraciones de ceniza asociadas con las casas habitación no permiten establecer áreas de fogón claramente definidas, lo cual sugiere que se cocinaba en braseros.

No tuvimos éxito en la delimitación de áreas de actividad mediante la excavación y esto puede ser resultado de que nos enfocamos en la recolección de artefactos y no en la química del suelo. Los artefactos y los desechos sólo se conservan en el lugar donde se usaron en situaciones de abandono rápido [Inomata y Stiver, 1998], mientras que en situaciones normales las áreas de trabajo se barrieron y la distribución de los artefactos en los sitios refleja las prácticas de deposición de desechos más que los lugares de uso [Schiffer, 1976, 1985]. Sin embargo, elementos tales como los fogones y los entierros deben haber mantenido su ubicación original, aún después del

**Cuadro 1.**  
**Fechas de radiocarbono de Xaltocan**

Muestra núm. Beta	Proveniencia	Fase Cerámica	Edad Radiocarbono (antes el presente)	Alcance 2-Sigma de la fecha (e.c.)	Intercep. (e.c.)
<b>Fase 4</b>					
50316	Op. R, Nivel 3	Fase 4		cal 1295-1470	1415
<b>Fase 3</b>					
110220	Op. G2, Nivel 9W	Fase 3	230 +/- 80 BP	cal 1410-1660	1470
50315	Op. P, Nivel 10	Fase 3	510 +/- 60 BP	cal 1310-1355 y 1385-1475	1425
41912	Op. H, Nivel 10	Fase 3	600 +/- 70 BP	cal 1350-1440	1395
243618	Zoc B, Nivel 7	Fase 3-4	360 +/- 40 BP	cal AD 1290-1460	1330, 1340
	Área B				y 1400
110217	Op. G2, Nivel 9	Fase 3	430 +/- 110 BP	cal 1180-1450	1300
	Rasgo 2				
243611	Zoc A, Nivel 6	Fase 3	470 +/- 40BP	cal AD 1260-1310	1280
	Área L			y 1360-1390	
243612	Zoc A, Nivel 7	Fase 3	550 +/- 40 BP	cal AD 1170-1280	1260
	Área K, Rasgo 3				
243617	Zoc B Nivel 6	Fase 3	850 +/- 40 BP	cal AD 1040-1100	1200
	Área L, Rasgo 2			y 1120-1260	
<b>Fase 2</b>					
41914	Op. J, Nivel 13	Fase 2	670 +/- 60	cal 1260-1410	1300
41910	Op. D, Nivel 25	Fase 2	820 +/- 70	cal 1035-1295	1235
<b>Fase 1</b>					
110218	Op. G5, Nivel 16A	Fase 1 hogar	350 +/- 100 BP	cal 1260-1475	1400
	Rasgo 25				
210271	Op. Y5, Nivel 17	Fase 1 hogar	810 +/- 60 BP	cal AD 1060-1080	1250
	Rasgo 3, NE quad			y 1150-1290	
243623	Zoc C, Nivel 7	Fase 1 basurero	840 +/- 40 BP	cal AD 1030-1220	1160
	Área I				
243624	Zoc C, Nivel 8	Fase 1 piso	580 +/- 40 BP	cal AD 1160-1270	1220



**Cuadro 1. (continuación)**  
**Fechas de radiocarbono de Xaltocan**

Muestra núm. Beta	Proveniencia	Fase Cerámica	Edad Radiocarbono (antes el presente)	Alcance 2-Sigma de la fecha (e.c.)	Intercep. (e.c.)
	Área K				
243613	Zoc A, Nivel 9	Fase 1 piso	730 +/- 40 BP	cal AD 1210-1290	1260
	Rasgo 211				
243619	Zoc B, Nivel 10	Fase 1 piso	870 +/- 40 BP	cal AD 1030-1220	1160
	Área X, Rasgo 10				
243620	Zoc B, Nivel 13	Fase 1 hogar	770 +/- 40 BP	cal AD 1210-1290	1260
	Rasgo 17				
243625	Zoc C, Nivel 13	Fase 1 basurero	770 +/- 40 BP	cal AD 1170-1280	1240
	Área S				
21075	Op. Z1, Nivel 13	Fase 1	970 +/- 40 BP	cal AD 1000-1170	1030
	Área P, Locus 2				
21074	Op. Z1, Nivel 16	Fase 1	770 +/- 40 BP	cal AD 1040-1260	1180
	Área T, Locus 1				
21073	Op. Z2, Nivel 25	Fase 1	940 +/- 40 BP	cal AD 1010-1180	1040
	Área X				
210272	Op. Z2, Nivel 27,	Fase 1	820 +/- 80 BP	cal AD 990-1270	1160
	Área Y				
243621	Zoc B, Nivel 17	Fase I apisonado	830 +/- 40 BP	cal AD 1040-1100	1200
	Rasgo 26			y 1120-1260	
243616	Zoc A, Nivel 17	Coyotlatelco/ Az I	1000 +/- 40 BP	cal AD 970-1040	1020
	Área NN			y 1100-1260	
243622	Zoc B, Nivel 18	Olla y comal,	600 +/- 40 BP	cal AD 1050-1090	1210
	Área GG, Rasgo 31	Quemados		y 1130-1140	
				y 1140-1260	
243627	Zoc C, Nivel 18	Fase 1 conc. de artefactos	620 +/- 40 BP	cal AD 1050-1090,	1210
	Área V			1130-1140 y 1140-1260	
243628	Zoc A, Nivel 18	Coyotlatelco/ Az I	920 +/- 40 BP	cal AD 1010-1170	1040

**Cuadro 1. (continuación)**  
**Fechas de radiocarbono de Xaltocan**

Muestra núm. Beta	Proveniencia	Fase Cerámica	Edad Radiocarbono (antes el presente)	Alcance 2-Sigma de la fecha (e.c.)	Intercep. (e.c.)
	Área NN				
41911	Op. G, Nivel 16	Fase 1	1070 +/- 80 BP	cal 790-1165	990
41943	Op. I, Nivel 15	Fase 1	1110 +/- 60 BP	cal 790-1165	970
50313	Op. I, Nivel 32	Fase 1	1120 +/- 90 BP	cal 695-1045,	
				y 1105-1115	960
110219	Op. G4, Nivel 29L	Fase 1	920 +/- 70 BP	cal 800-985	890
50317	Op. T, Nivel 15	Fase 1	1180 +/- 60 BP	cal 695-995	880

abandono de la casa, y éstos no muestran una tendencia a agruparse en áreas específicas. Podemos concluir que la distribución regular de los artefactos y de los rasgos en las casas excavadas en Xaltocan refleja una flexibilidad en el uso de los espacios domésticos, con áreas de actividad cambiantes de un día a otro o tal vez de una fase del ciclo vital de la unidad doméstica a la siguiente. Esta hipótesis requiere de más pruebas usando análisis químicos del suelo [Barba, 1986; Barba y Ortiz, 1992].

De acuerdo con la necesidad, las casas se renovaron considerablemente mediante la modificación o el añadido de cuartos. En las Operaciones G-G7 y Z1 es claro que cada vez que se construía un nuevo muro éste se situaba más o menos en la misma posición que los muros anteriores. Como observa De Lucía [2007], esta regularidad en la remodelación arquitectónica a través del tiempo refleja un interés por la continuidad social. Las residencias consistían de cuartos múltiples, lo que indica una unidad doméstica más grande que la familia nuclear de los aztecas. Las casas se concentraban densamente, quizás debido a la situación isleña, por ejemplo, en las Operaciones Z1 y Z3 se encontraron dos casas que compartían una sola pared divisoria, mientras que en el Zócalo C dos residencias estaban separadas únicamente por 5 m.

## PRODUCCIÓN

Los análisis de los restos botánicos indican una dieta variada [McClung de Tapia y Martínez Yrizar, 2009]. La importancia del maíz (*Zea mays*) en la subsistencia de Xaltocan se manifiesta por su presencia constante en todas las muestras de flotación analizadas, además, se encontraron dos especies y algunas variedades de frijoles (*Phaseolus vulgaris* y *Phaseolus coccineus*, ayo-

cote), así como restos de chile (*Capsicum annuum*), aunque éste no era muy común. La producción agrícola se realizaba a la par de la construcción del sistema de chinampas que cubrió hasta 1500 o 2000 hectáreas [Frederick *et al.*, 2005; Morehart, 2009]. En estos campos se cultivaba o intencionalmente se toleraban y se cosechaban otras plantas, por ejemplo, la chía (*Salvia* spp.), huautzontli y quenopodios (*Chenopodium berlandieri* ssp. *nuttalliae*; epazote, *Chenopodium ambrosioides*), y amaranto (huauhtli, *Amaranthus* spp.). También se recolectaban plantas silvestres incluyendo varias frutas como el tejocote (*Crataegus mexicana*), el mezquite (*Prosopis*), el capulín (*Prunus serotina* ssp. *capuli*), la mora (*Rubus*), el garambullo (*Myrtillocactus geometrizans*) y la tuna (*Opuntia* sp.); de igual manera se recolectaba una amplia gama de plantas entre las que estaban el quintonil (*Amaranthus* sp.), el jaltomate (*Jaltomata procumbens*), el romerito (*Suaeda mexicana*), la verdolaga (*Portulaca oleraceae*), el quelite (*Chenopodium* sp.), los chivitos (*Calandrinia* sp.), el chipile (*Crotalaria* sp.), el girasol (*Helianthus* sp.), el epazote (*Chenopodium ambrosioides*) y el quelite amargo (*Oenothera* sp.). Las plantas acuáticas, tules (*Schoenoplectus* sp.) y otros miembros de la familia Cyperaceae (*Eleocharis*, *Carex*, *Cyperus*, *Fimbristylis*) pudieron haber sido usadas como materia prima para la confección de cestos, canastas y petates.

Además de la producción agrícola, la economía se basaba en la explotación de recursos del lago. La caza de aves acuáticas era importante y es evidente en la gran cantidad de restos óseos (*Aythya*, *Anas*, *Oxyura*, *Spatula*) descubiertos en las excavaciones [Valadez y Rodríguez, 2005], así como en las canicas de cerámica que posiblemente fueron proyectiles de cerbatanas [Linné, 1939]. También fue primordial la producción de sal para la que se utilizaron, al principio, los cuencos burdos, someros, quebradizos, de forma tosca, acabado pobre y de un color natural café claro que encontramos en gran número de contextos del posclásico temprano. Estos artefactos pudieron haber servido como sartenes para la evaporación en la producción de sal. Más tarde se utilizó otra técnica usando la cerámica de Texcoco con impresiones de textil, más abundante en contextos del Posclásico Medio y Tardío [Brumfiel, 2005:142].

Encontramos otras evidencias de producción artesanal como la presencia de unos cuantos núcleos de navajillas prismáticas en las casas, del Posclásico Temprano y Medio, que indican que la producción de navajas prismáticas se realizaba en la mayoría de las unidades domésticas. Igualmente, los malacates grandes y las agujas de hueso son indicadores de la producción de hilo y probablemente de tela de la fibra de maguey [Parsons, 1972]. Es interesante notar que no encontramos gran cantidad de desfibradores, por lo que inferimos que la fibra de maguey llegó a Xaltocan por

medio de algún tipo de intercambio, sea el tributo o el mercado. Esto apoya la idea de una economía compleja ante la ausencia de la unificación política regional. También encontramos herramientas y deshechos de otras industrias artesanales que pudieron realizarse a tiempo parcial: instrumentos de hueso y obsidiana, así como la fabricación de adornos de concha y travertino [Brumfiel, 2010].

Dos cosas son notables acerca de esta evidencia. Primero, que cada unidad doméstica se dedicaba a varias actividades productivas diferentes y, segundo, que la dedicación a esas actividades era de baja intensidad, lo cual concuerda con la definición de artesanía múltiple de Hirth [2006] y Shimada [2007]. La artesanía múltiple o diversificada se refiere a la práctica de diversas artesanías en una sola unidad doméstica. Algunas artesanías se pueden explicar como la manufactura de instrumentos y de los medios necesarios para otras formas de producción doméstica especializada, por ejemplo, el trabajo de la obsidiana para hacer puntas de proyectil para cazar conejos o el hilado de cuerdas para hacer redes para cazar aves acuáticas. Esto es lo que Hirth [2010] llama “artesanía contingente”, que es la producción de herramientas para artesanías. Algunos de los bienes producidos en las unidades domésticas de Xaltocan parecen apoyar otras actividades productivas. También es posible que la artesanía múltiple se diera simplemente con el propósito de producir una variedad más diversificada de bienes para el consumo de la unidad doméstica y para el intercambio [Hirth, 2010].

## ACTIVIDADES RITUALES Y COSMOVISIÓN

En Xaltocan no se encontró ningún entierro de adulto dentro de las casas, pero se enterraron bebés y niños pequeños bajo los pisos y a lo largo de las paredes en posición sedente. En algunos casos, los entierros de bebés y de niños pequeños no estaban acompañados de artefactos (por ejemplo el entierro de la Operación Y5), mientras que en otras ocasiones tenían artefactos asociados a los restos óseos (por ejemplo el entierro de la Operación Z1) y en otros más fue ambigua la asociación entre los entierros y los bienes mortuorios.

Se encontraron siete tipos distintos de figurillas, casi todas contemporáneas [Brumfiel y Overholtzer, 2008] (Cuadro 2), donde cada tipo representa una dimensión distinta de la vida religiosa de la gente común. Por ejemplo, 13% de las figurillas es de la época Formativo o Clásico, aunque la ocupación se inicia hasta el Posclásico, por lo que pensamos que los pobladores encontraron las figurillas en otros sitios fuera del pueblo y las llevaron a sus

**Cuadro 2.**  
**Tipos de figurillas por fase en Xaltocan**

	Fase 1	Fase 1-2	Fase 2	Fase 2-3	Fase 3	Fase 3-4	Fase 4	Fase 4-colon	Mixto	Total (%)
Arcaicas	4	5	12	2	10	1	-	-	5	39 (15%)
Personas de lodo	7	-	6	3	3	-	-	1	1	21 (8%)
Moldeadas	17	3	14	2	74	5	15	3	22	155 (58%)
Cuerpos femeninos	(3)		(1)	-	(33)	(2)	(6)	(1)	(6)	(52) (19%)
Cuerpos masculinos	(8)		(3)	(2)	(11)	-	-	(1)	(4)	(29) (11%)
Cabezas	(6)	(3)	(10)	-	(30)	(3)	(9)	(1)	(12)	(74) (28%)
Efigies	3	-	5	-	-	-	-	-	1	9 (3%)
Huecas/sonajas	-	-		-	4	-	3	-	-	7 (3%)
Flautas	1	-	1	-	1	-	-	-	-	3 (1%)
Zoomorfas	7	-	5	2	9	-	2	-	8	33 (12%)
Perros	(4)	-	(5)		(3)	-	(2)	-	(3)	(17) (6%)
Monos	(1)	-	-	(1)	(4)	-	-	-	(4)	(10) (4%)
Total	39	8	43	9	101	6	20	4	37	267

casas como objetos de interés o adoración. Un estudio del INAA, realizado por Overholtzer y sus colaboradores [2008], dio un resultado muy interesante: *todas* las figurillas arcaicas analizadas se originaron en Teotihuacan, por lo que estos investigadores infirieron sobre una posible práctica de peregrinación desde Xaltocan hasta Teotihuacan, durante el Posclásico Temprano, que anticipaba las peregrinaciones de los gobernantes aztecas desde Tenochtitlan a Teotihuacan cuatro siglos después.

Otro tipo de figurillas consiste en “hombres (y mujeres) de lodo” moldeadas a mano y burdamente antropomorfas que muestran que se puso poca atención a los detalles de la anatomía o del vestido, representan 8% del total y pudieron ser fabricadas por niños, pero la distribución regional de este tipo en el sur de la cuenca de México y Morelos durante el Posclásico Temprano-Medio [Montoya, 2009; Norr, 1987; Smith, 2002] sugiere que es un tipo formal y que quizás representa a los dioses del paisaje local [Brumfiel y Overholtzer, 2008]. Es de notar que no se encuentra este tipo de figurilla, quizás representaciones de los dioses locales, en depósitos de la fase 4, después de que Xaltocan perdió su autonomía. El tercer tipo consiste en figurillas moldeadas con espaldas planas y de frente llevan detalles moldeados y pintados, con vestido y decoración que las identifican como dioses y humanos, hombres y mujeres, individuos de cierto rango o gente común. A veces sus espaldas planas llevan soportes, lo que sugiere que se ponían de pie en altares domésticos. De este tipo es la figurilla más popular en Xaltocan, representando 59% del total, y están presentes durante todas las fases de ocupación.

El cuarto tipo consiste en braseros efigie, de los cuales encontramos un ejemplo casi completo debajo del piso de una casa del Posclásico Temprano en la Operación Z. Yacía sobre su costado y boca abajo. Se trata de una vasija gruesa, café claro, bicónica de 20 cm de alto. Sobre su superficie rugosa muestra una capa gruesa de pintura blanca con diseños y tiene adosada al frente una gran figura masculina que viste un taparrabo, una túnica de manga corta (probablemente una armadura de algodón acolchado) y porta un escudo. No lleva la insignia de ninguna deidad Posclásica y tal vez representa a un ancestro y/o fundador de un linaje. También se recuperó un molde de cerámica para hacer la cabeza de una figurilla grande, quizás destinada a ser la cara de una gran vasija efigie como la que se recuperó en la Operación Z, lo cual es evidencia de la fabricación local de los braseros efigie. Es de notar que no se encuentra este tipo de figurilla, quizás una representación de un ancestro local, en depósitos de la fase 4, después de la pérdida de autonomía.

El quinto tipo consiste en figurillas moldeadas de mujeres con cuerpos huecos y cabezas sólidas. Su forma redonda y su superficie bruñida

y lisa sugieren que se fabricaban con la intención de llevarlas en la mano, lo que hace pensar que probablemente servían como sonajas en ritos asociados con el embarazo y el nacimiento [Overholtzer, 2005]; representa al 3% del total y se encuentra únicamente en los depósitos de las fases 3 y 4 del Posclásico Medio y Tardío. El sexto tipo consiste en cabezas moldeadas pegadas a flautas cerámicas y corresponde al 1% del total. Finalmente, se encuentran las figurillas de animales y las que fueron moldeadas a mano o hechas en moldes que representan al 12%.

Entre las figurillas zoomorfas, el animal más común es el perro. Algunas de estas figurillas pudieron estar adheridas a vasijas, como lo sugiere la encontrada en un entierro alterado que tenía una cabeza de perro pegada a una olla de vajilla anaranjada con manchas negras, con asa de canasta y soportes cortos y gruesos adosados a su cuerpo. Tales vasijas pudieron haberse fabricado especialmente para ofrendas funerarias. De igual manera se recuperaron otras evidencias de actividad ritual doméstica, ya que se encontraron varios depósitos formales de artefactos. En la Operación G4 había 15 perdigones para cerbatana, cinco puntas de proyectil, un bifacial de sílex, dos pulidores para estuco, un pedazo de piedra pulida, una aguja de hueso completa, una cabecita, dos pedazos de concha marina importada (*Pinctada matlazinca*) y varios tiestos cerámicos. El depósito de la Operación Z1 contenía cinco malacates, una vasija miniatura gruesa tal vez para sostener un huso y un tejolote de piedra. Estos depósitos pudieron haber sido ofrendas o áreas de almacenaje para las herramientas de la unidad doméstica. Con la información disponible no podemos resolver esta interrogante.

Finalmente, las casas de Xaltocan contenían fragmentos de incensarios y braseros. En el Posclásico Temprano-Medio los braseros y los quemadores de incienso aparecieron en cinco formas: 1) incensarios burdos incisos con tres asas de tiras "Abra Café Burdo" [Cobean, 1990], los cuales pudieron ser estufas portátiles más que braseros [v. Ball y Taschek, 2007]; 2) braseros mal terminados que casi con seguridad eran braseros efigie pintados (*vid supra*) y cuyo terminado burdo probablemente se dejó intencionalmente para sostener la pintura; 3) escudillas trípodes color café con grandes puntos moldeados, tiras retorcidas y bandas de pintura roja muy pulida; 4) braseros bruñidos con escudillas profundas con gruesas asas horizontales, bases huecas trilobuladas y cubiertas con una pintura roja muy pulida y, 5) incensarios "sartenes" Texcoco moldeado con largas asas descritos por Smith [2002]. Las primeras tres formas de brasero-incensario aparecieron más o menos en las mismas cantidades, todas con una frecuencia menor al 1% de los bordes de vasijas recuperados. La cuarta forma se volvió más común en los depósitos de la fase 2 y 3, y la quinta forma se volvió más común en los depósitos de la fase 4. La

presencia de incensarios y braseros en todas las casas durante todas las fases de ocupación sugiere un nivel de actividad ritual doméstica, tal vez llevada a cabo cotidianamente como ocurría en el Posclásico Tardío, según se registra en fuentes etnohistóricas [v. Sahagún, 1950-82, libro 2:194].

Otra fuente de información sobre la religión en Xaltocan son los malacates, los cuales muestran elementos de diseño muy complejos con significados cosmológicos [Brumfiel, 2008]. Más del 60% llevan un diseño dividido en cuatro partes con los motivos colocados simétricamente en los cuatro cuartos del disco (Figura 3). Constanza Vega Sosa [1984] observó una partición semejante en las vasijas aztecas y propuso que estaba referida a los cuatro rumbos del universo, tal como se ha pensado que es la manera convencional de imaginar el espacio en Mesoamérica [v. Tedlock y Tedlock, 1985]. Además, Vega Sosa afirmó que los cuatro rumbos eran definidos por líneas que se originaban en los puntos intercardinales del cosmos, que son los puntos del horizonte donde sale y pone el sol durante los solsticios de verano e invierno; dicha investigadora concluyó que estas composiciones de cuatro partes muestran un interés y una conciencia de los ciclos diurno y anual del sol por parte de la población prehispánica.

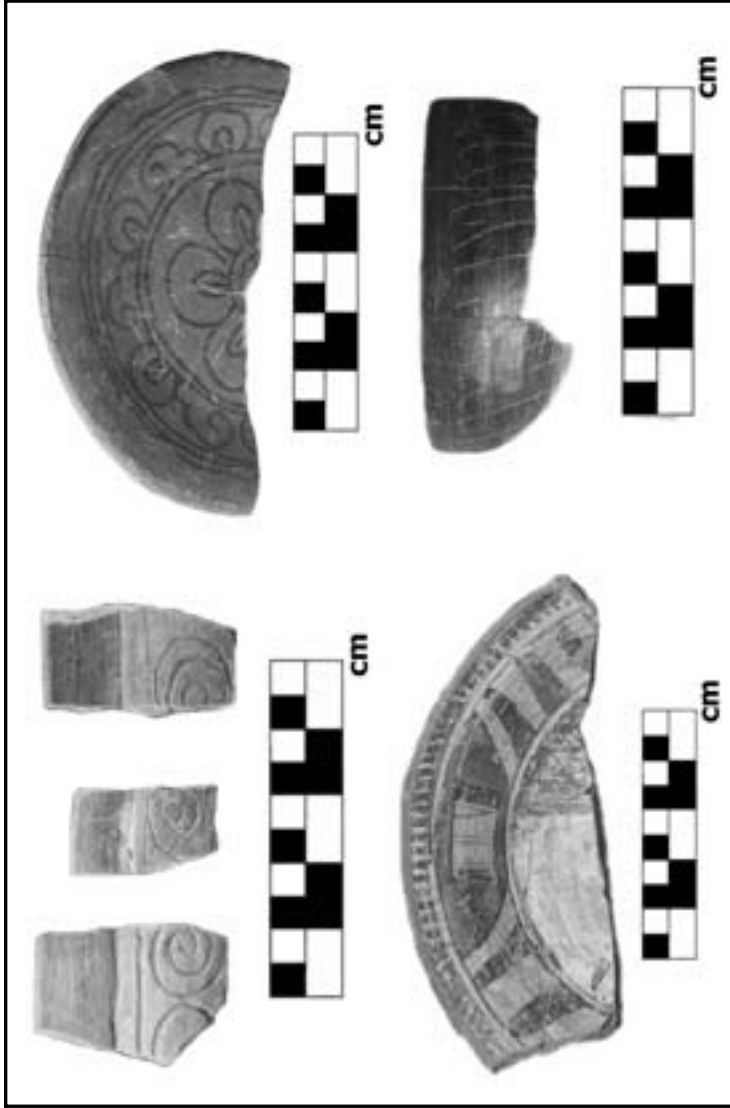
Probablemente, la composición en el diseño de los malacates en cuatro partes igualmente evidencia un interés en el sol y en sus ciclos, muchos llevan motivos con significados cosmológicos: flores, rayos solares, discos solares, el xicalcolihque, etc. Estos diseños sugieren un conocimiento del cosmos entre la gente común, previamente insospechado [v. Zaro y Lohse, 2005]. De hecho, encontramos algunos malacates con diseños que son una réplica exacta de los motivos representados en los anillos del juego de pelota de los aztecas, y otros que son semejantes a los diseños en piedras sacrificiales aztecas, pero los malacates son 400 años más antiguos que esos monumentos y de ahí podemos concluir que la gente común inventó algunas composiciones artísticas, las cuales fueron, posteriormente, transformadas en piezas monumentales. Es decir, la verdadera creatividad y simbolismo de una parte del arte azteca no provenía de los artesanos de la elite, sino del pueblo común más antiguo [Brumfiel, 2008].

## INTERCAMBIO

La cerámica Azteca I Negro sobre Anaranjado, el policromo de Cholula, la cerámica temprana de la vajilla Roja (particularmente con diseños incisos con motivo de bastón) y los cuencos Gris-Café inciso con paredes carenadas (Figura 4), está asociada con las casas del Posclásico Temprano y Medio, y son tipos cerámicos que vinculan a Xaltocan con comunidades tanto hacia



Figura 3.  
Vasijas decoradas del Posclásico Temprano-Medio.



Cuencos Gris-Café carenados incisos, Azteca I Negro sobre Anaranjado, Cholula Policromo y Negro sobre Rojo  
Inciso con motivo de bastón

**Figura 4.**  
**Arriba: malacates de Xaltocan con diseños divididos en cuatro partes;**  
**medio: malacates con diseños de flor / sol y**  
**abajo: el disco solar de Yale, escultura monumental azteca**



el sur como el este. Aunque Xaltocan fue contemporáneo de Tula (35 km al norte), no encontramos ni cerámica Mazapan ni otros tipos asociados con esa metrópoli, lo cual contradice a los cronistas. Alva Ixtlilxochitl [1975-77], por ejemplo, llama "Toltecas" a los pobladores pre chichimecas de la cuenca de México y los asocia con el sitio de Tula. La cerámica de Xaltocan indica relaciones mucho más importantes con Culhuacan, Chalco y Cholula, centros que no manifiestan influencia de Tula y que quizás existían en oposición a ella [Brumfiel, 2005b; Parsons, 1971].

Treinta y tres tiestos del tipo Azteca I Negro sobre Anaranjado fueron sometidos a análisis instrumentales de activación neutrónica (INAA). Los resultados indican que poco menos de la mitad se producía localmente, mientras que el resto se importaba de lugares productores en las cercanías de Cuauhtitlan, Culhuacan y del sur de la cuenca de México [Nichols *et al.*, 2002]. Estas vasijas constituyeron 63% de todas las piezas decoradas de la fase 1.

La vajilla roja también indica el intercambio con el sur de la cuenca de México, pues cerca de la mitad de las vasijas de los contextos de las fases 1 y 2 se producían localmente y la otra mitad se originó en el sur de la cuenca. Éstas incluyen negro y blanco sobre rojo, negro sobre rojo con banda ancha, negro sobre rojo inciso con motivo de bastón, negro grafito sobre rojo y escudillas rojo sobre café. Las vasijas importadas de la vajilla roja constituyeron del 2 al 8% de todas las piezas decoradas de la fase 1.

El intercambio con Cholula está evidenciado por la cerámica policroma que constituye 15% del total de las vasijas decoradas de la fase 1. Aunque no se han llevado a cabo análisis de activación neutrónica, probablemente fueron piezas importadas, ya que son estilísticamente idénticas a los tipos Torre, Aquiahuac Anaranjado Quemado y Cuaxiloa Mate de McCafferty [2001], así como a los tipos Albina y Cristina Policromo de Lind [1994].

No se sabe la localidad de producción de los cuencos gris-café inciso con paredes carenadas, un tipo definido recientemente y todavía poco estudiado. El INAA, de 33 tiestos Azteca I, sugiere que hubo variación incluso de una unidad doméstica a otra, pues cada casa presentaba su propio surtido de vasijas importadas. Probablemente, los activos mercados como regionales e interregionales proporcionaron el mecanismo que produjo este patrón de variación. Wilk [1998] observa que los mercados ofrecen una amplia gama de bienes de consumo y que, dependiendo del acceso a ellos, las unidades domésticas podían adquirir diferentes productos de acuerdo a sus preferencias y estrategias. En conjunto, entonces, la cerámica decorada importada asciende a una frecuencia impresionante, de 41 a 62%, y establece fuertes lazos económicos y directos entre Xaltocan y otras comunidades de la ribera del lago en el centro y sur de la cuenca de México y más allá.

Al mismo tiempo, la presencia de grandes cantidades de obsidiana verde y gris permite inferir lazos económicos con regiones al norte y al este de la isla. Para todas las casas examinadas (excepto en la Operación Z1), la frecuencia de obsidiana verde y gris fue constante: la obsidiana verde fue abundante, alcanzando entre 71 y 74% de las muestras de excavación, mientras que la obsidiana gris corresponde al 26-29% restante. Como es común en la cuenca de México, la obsidiana verde provenía del yacimiento de Sierra de las Navajas, próximo a Pachuca, y la mayor parte de la obsidiana gris de Otumba o Tulancingo [Brumfiel, 1986; Neff *et al.*, 2000]. Todas estas fuentes quedan al noreste de Xaltocan, en regiones que son muy diferentes en términos cerámicos a este lugar. La cerámica decorada, característica de las colecciones del Posclásico Temprano-Medio del Valle de Teotihuacan, incluye los tipos Mazapan Rojo sobre Café, Tolteca Rojo sobre Café, Macana Rojo sobre Café y Proa Crema Pulido [Crider *et al.* 2007; Sanders 1986] que son muy raros en Xaltocan.

Parsons [1971:203-208] sugiere que la cerámica Azteca I Negro sobre Anaranjado y Rojo sobre Café demarca las “esferas de influencia” de dos capitales del Posclásico Temprano, Tula al norte y Cholula al sur. La cerámica Azteca I Negro sobre Anaranjado que es común en Xaltocan, está ausente en el área de Pachuca y en el Valle de Teotihuacan. La cerámica rojo sobre café es común en el área de Pachuca y en el Valle de Teotihuacan, pero es escasa en Xaltocan, por lo tanto, la presencia de obsidiana verde y gris en Xaltocan sugiere que hubo un importante comercio a través de esta frontera política.

Las figurillas curadas, todas producidas en el Valle de Teotihuacan, sugieren otra forma en la cual pueden haberse trascendido las fronteras políticas (*vid supra*). Otros bienes provenían de lugares ubicados a gran distancia, como los cilindros de travertino extraído originalmente de Puebla, el algodón importado de las regiones menos elevadas de Morelos, Puebla o Veracruz, de la costa del Golfo (cuya presencia está indicada por los malacates pequeños) y las conchas marinas tanto de la costa del Golfo como del Pacífico.

La cantidad y variedad de estos bienes importados atestiguan una vigorosa red regional de intercambio para el Posclásico Temprano-Medio (800-1200 dC) que se extendía a través del centro de México y desde la costa del Golfo a la costa del Pacífico. Esto refleja la creciente solidez de los mercados como institución de intercambio, incluso durante el periodo Posclásico Temprano, y la solidez de la demanda de las especialidades regionales de Xaltocan. Sugiere, también, un intercambio regional e interregional extensivo, aunque no existiera una unificación política en el Altiplano Central.

En los niveles superiores de las excavaciones encontramos abundante cerámica de los tipos Azteca II y Negro y Blanco sobre Rojo (Figura 5). Estos

**Figura 5.**  
**Arriba: platos Azteca II Negro sobre Anaranjado de Xaltocan y**  
**abajo: cuencos Negro y Blanco sobre Rojo de Xaltocan**



niveles (Fase 3) están fechados, por radiocarbono, en el siglo XIV dC, época de la máxima prosperidad por el desarrollo extensivo del sistema de chinampas [Morehart, 2009]. El INAA de 49 tiestos indica que Xaltocan seguía importando la cerámica de su vecino Cuauhtitlan (Azteca II) y el sur de la cuenca de México (vajilla roja), aunque 50% de los tiestos de vajilla roja se fabricaba en Xaltocan [Nichols *et al.*, 2002]. Para este momento, Culhuacan perdió importancia en las redes de intercambio.

Al final, tenemos el Posclásico Tardío, la época del dominio azteca en Xaltocan. La simplicidad de los diseños en la cerámica Azteca III parece indicar una disminución del nivel de vida. El INAA de tiestos Azteca III de Xaltocan indica que Tenochtitlan ya dominaba el intercambio, pues de ahí provenían 8 de los 14 (57%) tiestos Azteca III analizados. Xaltocan conti-

nuaba fabricando la vajilla roja pues era lugar de origen de 11 de los 16 tiestos analizados (69%) [Nichols *et al.*, 2002].

Otro cambio para este momento es la falta de núcleos de obsidiana que sí están presentes en los contextos Posclásicos Temprano y Medio. John Millhauser [2005] sugiere que los aztecas monopolizaron las fuentes de obsidiana más importantes y negaron el acceso a los artesanos de comunidades sujetas como Xaltocan. Asimismo, estableció que la frecuencia de navajas de obsidiana en Xaltocan disminuyó durante la época azteca, y que este hecho estuvo acompañado por un uso más intensivo de las navajas encontradas en contextos tardíos. Esto es otra indicación de un nivel de vida más bajo durante la época azteca.

Un tercer indicio del desplome en el nivel de vida es el aumento agudo en la frecuencia de malacates, en particular, los pequeños usados para hilar algodón. Puesto que las mantas de algodón eran el producto más exigido por los aztecas en sus tasaciones de tributos, concluimos que el aumento en la frecuencia de malacates pequeños en Xaltocan se debió al dominio azteca. Es interesante notar que los malacates de esta época carecen de decoración, como si estuvieran las hilanderas alienadas por su trabajo, que benefició a los aztecas en vez de a sí mismas o sus familias. Sin embargo, un análisis bioarqueológico preliminar de los restos de ocho esqueletos indica que la dieta era adecuada para cubrir las necesidades nutricionales básicas y para el desarrollo de un sistema inmune lo suficientemente fuerte para prevenir otros problemas de salud [Danforth, 2001]. Los patrones de crecimiento y la ausencia de disrupción metabólica indican que la población estaba relativamente bien adaptada tanto durante el periodo de autonomía política como durante el periodo del mandato azteca. Quizás su éxito nutricional se debía a su acceso a los recursos locales del lago que suministraban a la población proteínas de buena calidad en forma de pescado, aves acuáticas, algas e insectos [Parsons, 2006].

## CONCLUSIONES

Con las investigaciones en Xaltocan llegamos a tres conclusiones. Primero, la expansión imperial azteca no benefició a la gente común de ese lugar, al contrario, resultó en una caída notable en su nivel de vida. En Xaltocan, el imperio azteca era un sistema explotador. Notamos un patrón semejante en Huexotla, en el lado este de la cuenca de México [Brumfiel, 1980], pero no debemos generalizar esta conclusión a todas las comunidades que eran parte del imperio de la Triple Alianza. Sabemos que los efectos de los imperios en las economías locales varían mucho, por ejemplo, la forma de tasado

del tributo (sea en productos agrícolas, productos artesanales o en trabajo), requiere diferentes formas de acomodo de las actividades productivas y domésticas [Brumfiel, 1991]. También los flujos de tributos producen oportunidades económicas para algunas comunidades (las capitales receptoras y centros regionales administrativos), mientras que otras comunidades (comunidades sujetas) sufrían un declive de su económica local. Los imperios introducen cambios demográficos, consecuencia de la demanda doméstica de trabajadores que pudieran ayudar con el pago de tributos, del desplazamiento de poblaciones por la guerra o el reacomodo imperial de los asentamientos y de la migración resultado de las nuevas oportunidades económicas. De esta manera, la expansión del imperio resulta en un mosaico de cambios y consecuencias que varía de una comunidad a otra [D'Altroy, 1994; Morrison, 1997; Sinopoli, 1994; Smith y Hodge, 1994]. La experiencia de Xaltocan pudo haberse replicado en muchas comunidades del imperio de la Triple Alianza, pero no en todas. En Otumba, por ejemplo, se alcanzó un nivel muy alto de prosperidad durante el mandato azteca [Charlton *et al.*, 2000:261].

Segundo, podemos concluir que, efectivamente, la investigación en torno a la vida de la gente común es muy importante. En Xaltocan encontramos una técnica agrícola (chinampas), composiciones artísticas (en malacates) y prácticas rituales (peregrinación a Teotihuacan) que después utilizaron los reyes aztecas para construir y mantener su imperio. Vemos que mucha de la inventiva y de la creatividad no provienen de las elites, sino de la gente común y de la cultura popular. Desde la época de Robert Redfield [1956] los antropólogos han puesto énfasis en la difusión de elementos de la cultura de la elite (la Tradición Grande) hacia abajo (la Tradición Pequeña), pero, por medio de las investigaciones en Xaltocan, podemos destacar que en distintas ocasiones la elite se apropió de prácticas de la gente común, a veces para aprovecharse de sus innovaciones técnicas y otras para conferir a sí mismos los sentimientos profundos y las ideas familiares de la vida doméstica [Kus y Raharijaona, 2000]. William Sanders señaló que el estudio de la gente común podría contribuir de forma sustancial a nuestro conocimiento del desarrollo de la economía, el poder y las bases tanto intelectuales como artísticas de las culturas mesoamericanas, sin duda, tenía razón.

Finalmente, llegamos a la conclusión de que la arqueología puede producir algunos beneficios para la gente común actual. En Xaltocan, por ejemplo, la mancha urbana de México ya llega hasta el pueblo y amenaza sus tierras comunales, su posesión más valiosa. Los títulos de estas tierras se basan en su ocupación del emplazamiento durante las épocas colonial y prehispánica. Hasta la actualidad, el pueblo ha podido defender sus tierras,

en parte porque nuestras investigaciones arqueológicas suministran la evidencia material de su prolongada profundidad temporal y sus derechos de posesión. Pensamos que la ayuda práctica que la arqueología le brinda a la población contemporánea de Xaltocan habría sido un motivo de alegría para William Sanders, gran partidario de la gente común.

## AGRADECIMIENTOS

Los trabajos de campo en Xaltocan se llevaron a cabo gracias a la generosidad de las Heinz Grants in Latin American Archaeology, The National Science Foundation (BCS-0612051) y diversas becas del Faculty Development Grants del Albion College. Deseo, además, agradecer a Patricia Fournier y a Raúl García por su invitación al seminario “Homenaje al doctor William T. Sanders” en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y a Patricia Fournier por su ayuda en la conformación final de este ensayo para su publicación. Por último, deseo agradecer a los dictaminadores anónimos de revista *Cuicuilco* por sus atinados comentarios y sugerencias acerca del borrador de este artículo.

## BIBLIOGRAFÍA

**Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de**

1975-77 *Obras Históricas*, 2 tomos, México, UNAM.

**Anales de Cuauhtitlan**

1945 *Códice Chimalpopoca*, México, UNAM.

**Ball, Joseph W. y Jennifer T. Taschek**

2007 “Sometimes a ‘Stove’ is ‘Just a Stove’: A Context-Based Reconsideration of Three-Prong ‘Incense Burners’ from the Western Belize Valley”, en *Latin American Antiquity*, vol. 18, pp. 451-470.

**Barba, Luis A.**

1986 “La química en el estudio de áreas de actividad”, en Manzanilla, L. (ed.), *Unidades habitacionales Mesoamericanas y sus áreas de Actividad*, México, UNAM, pp. 21-39.

**Barba, Luis y Agustín Ortiz**

1992 “Análisis químico de pisos de ocupación: Un caso etnográfico en Tlaxcala, México”, en *Latin American Antiquity*, vol. 3, pp. 63-82.

**Brumfiel, Elizabeth M.**

1980 “Specialization, Market Exchange, and the Aztec State: A View from Huexotla”, en *Current Anthropology*, vol. 21, pp. 459-78.

1986 “The Division of Labor at Xico: The Chipped Stone Industry”, en Isaac, B. L. (ed.), *Economic Aspects of Prehispanic Highland Mexico*, Research in



- Economic Anthropology, Supplement 2, Greenwich, CT, JAI Press, pp. 245-279.
- 1991 "Weaving and Cooking: Women's Production in Aztec Mexico", en Gero, J. M. y M. W. Conkey (coords.), *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, Londres, Basil Blackwell, pp. 224-51.
- 2005a "Sumario de las unidades de excavación en Xaltocan", en Brumfiel, E. M. (coord.), *La Producción Local y el Poder en el Xaltocan Posclásico*, México y Pittsburg, INAH / The University of Pittsburgh, pp. 44-70.
- 2005b "Opting in and Opting Out: Tula, Cholula, and Xaltocan", en Blanton, R. E., (coord.), *Settlement, Subsistence, and Social Complexity: Essays Honoring the Legacy of Jeffrey R. Parsons*, Los Angeles, Cotsen Institute of Archaeology, pp. 63-88.
- 2008 "Solar Disks and Solar Cycles: Spindle Whorls and the Dawn of Solar Art in Postclassic Mexico", en Montón-Subías, S. y M. Sánchez-Romero (coords.), *Engendering Social Dynamics: The Archaeology of Maintenance Activities*, Oxford, BAR International Series 1862, pp. 33-40.
- 2010 "Estrategias de las Unidades Domésticas en Xaltocan Posclásico", México, informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

**Brumfiel, Elizabeth M. y Lisa Overholtzer**

- 2009 "Alien Bodies, Everyday People, and Internal Spaces: Embodiment, Figurines and Social Discourse in Postclassic Mexico", en Halperin, C., K. Faust y R. Taube (coords.), *Mesoamerican Figurines: Small-Scale Indexes of Large-Scale Phenomena*, Gainesville, University Press of Florida, pp. 297-323.

**Charlton, Thomas H., Deborah L. Nichols y Cynthia L. Otis Charlton**

- 2000 "Otumba and its Neighbors: *Ex oriente lux*", en *Ancient Mesoamerica*, vol. 11, pp. 247-265.

**Chimonas, Susan**

- 2005 "Historia de la ocupación del Xaltocan prehispánico", en Brumfiel, E. M. (coord.), *La Producción Local y el Poder en el Xaltocan Posclásico*, México y Pittsburg, INAH / The University of Pittsburgh, pp. 170-204.

**Cobean, Robert H.**

- 1990 *La Cerámica de Tula, Hidalgo*, México, INAH.

**Cortés, Hernán**

- 1970 *Cartas de Relación*, México, Porrúa.

**Crider, Destiny, Deborah L. Nichols, Hector Neff y Michael D. Glascock**

- 2007 "In the Aftermath of Teotihuacan: Epiclassic Pottery Production and Distribution in the Teotihuacan Valley, Mexico", en *Latin American Antiquity*, vol. 18, pp. 123-43.

**D'Altroy, Terence N.**

- 1994 "Public and Private Economy in the Inca Empire", en Brumfiel, E. M. (coord.), *The Economic Anthropology of the State*, Lanham, MD, University Press of America (Monographs in Economic Anthroology, núm. 11), pp. 169-221.

**Danforth, Marie Elaine**

- 2001 "Un análisis bioarqueológico de los restos humanos del sitio postclásico de Xaltocan, México", en Brumfiel, E. M. (coord.), *Unidades Domésticas en*

*Xaltocan Postclásico, Informe Anual de 1999*, informe inédito, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

**De Lucia, Kristin**

2009 "Producción y Consumo en los Conjuntos Residenciales de Xaltocan", *México durante el Posclásico Temprano: Trabajo de campo de la temporada 2008*, informe inédito, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

**Espejel, Claudia**

2005 "Estructuras domésticas en Xaltocan", en Brumfiel, E. M. (coord.), *La Producción Local y el Poder en el Xaltocan Posclásico*, Mexico y Pittsburg, INAH / The University of Pittsburgh, pp. 255-267.

**Evans, Susan T.**

1988 *Excavations at Cihuatecpán*, Vanderbilt Publications in Anthropology, 36, Nashville, TN, Vanderbilt University.

**Frederick, Charles D., Barbara Winsborough y Virginia S. Popper**

2005 "Investigaciones geoarqueológicas del norte de la cuenca de México", en Brumfiel, E. M. (coord.), *La Producción Local y el Poder en el Xaltocan Posclásico*, México y Pittsburg, INAH y The University of Pittsburgh, pp. 256-115.

**Hicks, Frederic**

1994 "Xaltocan Under Mexica Domination, 1435-1520", en Marcus, J. y J. F. Zeitlin (coords.), *Caciques and Their People: A Volume in Honor of Ronald Spores*, Ann Arbor, University of Michigan, Museum of Anthropology, Anthropological Papers, núm. 89, pp. 67-85.

**Hirth, Kenneth G.**

2006 "Modeling Domestic Craft Production at Xochicalco", en Hirth, K. (ed.), *Obsidian Craft Production in Ancient Central Mexico*, Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 275-286.

2010 "Craft Production, Household Diversification, and Domestic Economy in Prehispanic Mesoamerica", en Hirth, K. (coord.), *Housework: Craft Production and Domestic Economy in Ancient Mesoamerica*, Estados Unidos, Archaeological Papers of the American Anthropological Association, pp. 13-32.

**Inomata, Takeshi y Laura R. Stiver**

1998 "Floor Assemblages from Burned Structures at Aguateca, Guatemala: A Study of Classic Maya Households", en *Journal of Field Archaeology*, vol. 25, pp. 431-452.

**Kus, Susan y Victor Raharijaona**

2000 "House to Palace, Village to State: Scaling up Architecture and Ideology", en *American Anthropologist*, vol. 102, pp. 98-113.

**Lind, Michael D.**

1994 "Cholula and Mixteca Polychromes: Two Mixteca-Puebla Regional Sub-Styles", en Nicholson, H. B. y E. Quiñones K. (eds.), *Mixteca-Puebla*, Culver City, Labyrinthos, pp. 79-99.

**Linné, Sigvald**

1939 "Blow-guns in Ancient Mexico", en *Ethnos*, vol. 4, pp. 56-61.

**McCafferty, Geoffrey G.**

2001 *Ceramics of Postclassic Cholula, Mexico*, Los Angeles, Los Angeles University of California, Cotsen Institute of Archaeology, Monograph 43.

**McClung de Tapia, Emily y Diana Martínez Yrizar**

2009 "Evidencia macrobotánica de subsistencia en Xaltocan durante el Postclásico", informe inédito, México, Archivo del Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

**Miller, Alexandra**

2009 *Water Mountain: A GIS Analysis of Xaltocan's Integration into the Aztec Empire*, Tesis de licenciatura en Antropología, Evanston, Northwestern University.

**Millhauser, John K.**

2005 "Piedra tallada Clásica y Posclásica en Xaltocan", en Brumfiel, E. M. (coord.), *La Producción Local y el Poder en el Xaltocan Posclásico*, México y Pittsburgh, INAH / The University of Pittsburgh, pp. 268-317.

**Montoya, Janet T.**

2008 "Clay Figurines from Mound 65 at Chalco", en Hodge, M. G. (coord.), *Un Lugar de Jade: Sociedad y Economía en el Antiguo Chalco*, México y Pittsburgh, INAH / The University of Pittsburgh, pp. 348-366.

**Morehart, Christopher T.**

2009 "Proyecto Chinampero Xaltocan: Informe de la temporada de campo Octubre 2007 - Febrero 2008", informe inédito, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

**Morrison, Kathleen D.**

1997 "Typological Schemes and Agricultural Change: Beyond Boserup in Precolonial South India", en *Current Anthropology*, vol. 37, pp. 583-608.

**Nazareo de Xaltocan, Don Pablo**

1940 "Carta al Rey Don Felipe II", en Paso y Troncoso, F. del, *Epistolario de Nueva España*, t. 10, México, Antigua Librería Robredo, pp. 109-129.

**Neff, Hector et al.**

2000 "Provenience Investigation of Ceramics and Obsidian from Otumba", en *Ancient Mesoamerica*, vol. 11, pp. 307-321.

**Nichols, Deborah L. et al.**

2002 "Neutrons, Markets, Cities, and Empires: A Thousand-Year Perspective on Ceramic Production and Distribution in the Postclassic Basin of Mexico", en *Journal of Anthropological Archaeology*, vol. 21, núm. 1, pp. 25-87.

**Norr, Lynette**

1987 "Postclassic Artifacts from Tetla", en Grove, D. C. (coord.), *Ancient Chacatzingo*, Austin, University of Texas Press, pp. 525-46.

**Overholtzer, Lisa**

2005 *The Kneeling Mexica Woman: Evidence for Male Domination or Gender Complementarity?*, Tesis de licenciatura en Antropología, Berkeley, University of California.

**Overholtzer, Lisa, Michael D. Glascock y Wesley D. Stoner**

2008 "Trading Faces: INAA Results from Ceramic Figurines from Postclassic Xaltocan, Mexico", ponencia inédita, Vancouver, B.C., 73th Annual Meeting de la Society for American Archaeology.

**Parsons, Jeffrey R.**

1971 *Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region, Mexico*, Ann Arbor, University of Michigan Museum of Anthropology, Memoirs, núm. 3.

- 2006 *The Last Pescadores of Chimalhuacán, Mexico*, Ann Arbor, University of Michigan Museum of Anthropology, Memoirs, núm. 96.
- 2008 *Prehistoric Settlement Patterns in the Northwestern Valley of Mexico: The Zumpango Region*, Ann Arbor, University of Michigan Museum of Anthropology, Memoirs, núm. 45.

**Parsons, Mary Hrones**

- 1972 "Spindle Whorls from the Teotihuacán Valley, Mexico", en Spence, M., J. Parsons y M. Parsons (coords.), *Miscellaneous Studies in Mexican Prehistory*, Ann Arbor, University of Michigan Museum of Anthropology Anthropological Papers, núm. 45, pp. 45-80.

**Redfield, Robert**

- 1956 *Peasant Society and Culture*, Chicagom University of Chicago Press.

**Rodríguez-Alegría, Enrique**

- 2009 "La etapa colonial en Xaltocan, México, Informe Final", informe inédito, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

**Rodríguez-Alegría, Enrique y Elizabeth M. Brumfiel**

- 2010 "Estrategias de las elites y cambios políticos en Xaltocan", México, informe inédito, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

**Sahagún, Bernardino de**

- 1950-82 *Florentine Codex*, Anderson, A. J. O. y C. E. Dibble (trad.), Santa Fe y Salt Lake City, School of American Research y The University of Utah.

**Sanders, William T.**

- 1956 "The Central Mexican Symbiotic Region", en Willey, G. R. (coord.), *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Nueva York, Viking Fund Publications in Anthropology, núm. 23, pp. 115-127.
- 1965 *The Cultural Ecology of the Teotihuacan Valley*, University Park, Department of Sociology and Anthropology, The Pennsylvania State University.
- 1968 "Hydraulic Agriculture, Economic Symbiosis and the Evolution of States in Central Mexico", en Meggers, B. J. (coord.), *Anthropological Archaeology in the Americas*, Washington, DC, The Anthropological Society of Washington, pp. 88-107.
- 1971 "Settlement Patterns in Central Mexico", en Ekholm, G. F. y I. Bernal (coords.), *Archaeology of Northern Mesoamerica, Part One* (Handbook of Middle American Indians, Vol. 10), Austin, University of Texas Press, pp. 3-44.
- 1976 "The Agricultural History of the Basin of Mexico", en Wolf, E. R. (coord.), *The Valley of Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 101-159.
- 1986 "Ceramic Chronology", en Sanders, W. T. (ed.), *The Teotihuacan Valley Project, Final Report, Volume 4: The Toltec Period Occupation*, Occasional Papers in Anthropology 13, University Park, Pennsylvania State University, Department of Anthropology, pp. 367-373.

**Sanders, William T. y Barbara J. Price**

- 1968 *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, Nueva York, Random House.

**Schiffer, Michael B.**

- 1976 *Behavioral Archaeology*, Nueva York, Academic Press.
- 1985 "Is there a 'Pompeii Premise' in Archaeology?", en *Journal of Anthropological Research*, vol. 41, pp.18-41.

**Sheets, Payson D.**

2000 "Provisioning the Ceren household", en *Ancient Mesoamerica*, vol. 11, pp. 217-230.

**Sinolopi, Carla M.**

1994b "Political Choices and Economic Strategies in the Vijayanagara Empire", en Brumfiel, E. M. (coord.), *The Economic Anthropology of the State*, Lanham, MD, University Press of America (Monographs in Economic Anthroology, núm. 11), pp. 223-242.

**Shimada, Izumi**

2007 "Introduction", en Shimada, I. (coord.), *Craft Production in Complex Societies: Multicraft and Producer Perspectives*, Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 1-21.

**Smith, Michael E.**

1992 *Investigaciones Arqueológicas en Sitios Rurales de la Época Azteca en Morelos, Tomo I*, Pittsburgh, Department of Anthropology, University of Pittsburgh.

2002 "Domestic Ritual at Aztec Provincial Sites in Morelos", en Plunket, P. (coord.), *Domestic Ritual in Ancient Mesoamerica*, Los Angeles, Cotsen Institute of Archaeology, Monograph 46, pp. 93-114.

**Smith, Michael E. y Mary G. Hodge**

1994 "An Introduction to Late Postclassic Economies and Polities", en Hodge, M. G. y M. E. Smith (coords.), *Economies and Polities in the Aztec Realm*, Albany, Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York, pp. 1-42.

**Tedlock, Barbara y Dennis Tedlock**

1985 "Text and Textile: Language and Technology in the Arts of the Quiché Maya", en *Journal of Anthropological Research*, vol. 41, pp. 121-146.

**Valadez Azúa, Raúl y Bernardo Rodríguez Galicia**

2005 "Restos de Fauna en Xaltocan", en Brumfiel, E. Mc (coord.), *La Producción Local y el Poder en el Xaltocan Posclásico*, México y Pittsburgh, INAH / The University of Pittsburgh, pp. 234-246.

**Vega Sosa, Constanza**

1984 "El curso del sol en los glifos de cerámica azteca tardía", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 17, pp. 125-70.

**Wilk, Richard**

1998 "Comments on 'The distributional Approach: A New Way to Identify Market-Place Exchange in the Archaeological Record' by Kenneth G. Hirth", en *Current Anthropology*, vol. 39, p. 469.

**Zaro, Gregory y Jon C. Lohse**

2005 "Agricultural Rhythms and Rituals: Ancient Maya Solar Observation in Hinterland Blue Creek, Northwestern Belize", en *Latin American Antiquity*, vol. 16, pp. 81-98.

# Caminando el valle de Toluca: arqueología regional, el legado de William T. Sanders

Yoko Sugiura Yamamoto  
Universidad Nacional Autónoma de México

**RESUMEN:** *A partir de la década de los sesenta, la arqueología regional comienza a tomar una mayor aceptación entre los mesoamericanistas. En diversas regiones se realizaron reconocimientos de superficie para mapear los sitios arqueológicos con la finalidad de describir patrones de asentamiento prehispánicos, considerados elementos básicos para explicar los procesos de evolución socio-política. En este contexto, la contribución de William T. Sanders ha sido fundamental, a tal grado que bien podría pensarse que sin sus aportaciones no se hubieran desarrollado estudios arqueológicos de este tipo.*

*Siguiendo el camino trazado por él, y convencida de las grandes ventajas de la arqueología de patrón de asentamiento como herramienta para esclarecer los procesos históricos de la sociedad prehispánica, se realizó un reconocimiento intensivo de superficie en el valle de Toluca. Desde esta perspectiva, el presente trabajo discute algunas problemáticas que inciden en la obtención de resultados óptimos para el reconocimiento de superficie a escala regional. Se presentan, asimismo, los aspectos más relevantes que nos permiten comprender la historia poblacional del valle de Toluca, desde los primeros asentamientos sedentarios, en el Formativo Temprano, hasta después de la conquista de la Triple Alianza en el Posclásico Tardío, en la segunda mitad del siglo xv, poco antes de la conquista española.*

**ABSTRACT:** *It is during 1960's when the Regional Archaeological Survey started to be accepted in Mesoamerica. Since then, different surface surveys have been conducted, mapping archaeological sites not only of the basin of Mexico, but also of many other regions in order to describe settlement patterns. These data are considered fundamental for the studies of prehispanic history from the point of view of evolutionary theories with strong ecological perspectives. The main objective for the archaeology of settlement pattern is to understand the social and political processes toward complex society. In this context, the influence of William T. Sanders and his regional archaeology has been indisputable. In effect, it is hard to understand the development of this type of archaeology without his contribution.*

*Being convinced by the great utility of the archaeology of settlement pattern in order to study population history processes, I applied, basically, his field methods and techniques to survey the valley of Toluca. In this article, I discuss some problematic which I considered fundamental for the surface survey I conducted in the Archaeological Project of Toluca Valley. Also, the most*

*relevant aspects resulted from the surface survey in the region are presented. As well, based on the settlement pattern study, the synthetic description of population history which covers from the first sedentary settlement in the Early Formative period more than three millennia till the Mexica Conquest, in the second half of the 14<sup>th</sup> century, during the Late Postclassic period is presented.*

**PALABRAS CLAVE:** *Arqueología regional, recorrido de superficie, patrón de asentamiento, valle de Toluca, William T. Sanders*

**KEY WORDS:** *Regional archaeology, surface survey, settlement pattern, Toluca valley, William T. Sanders*

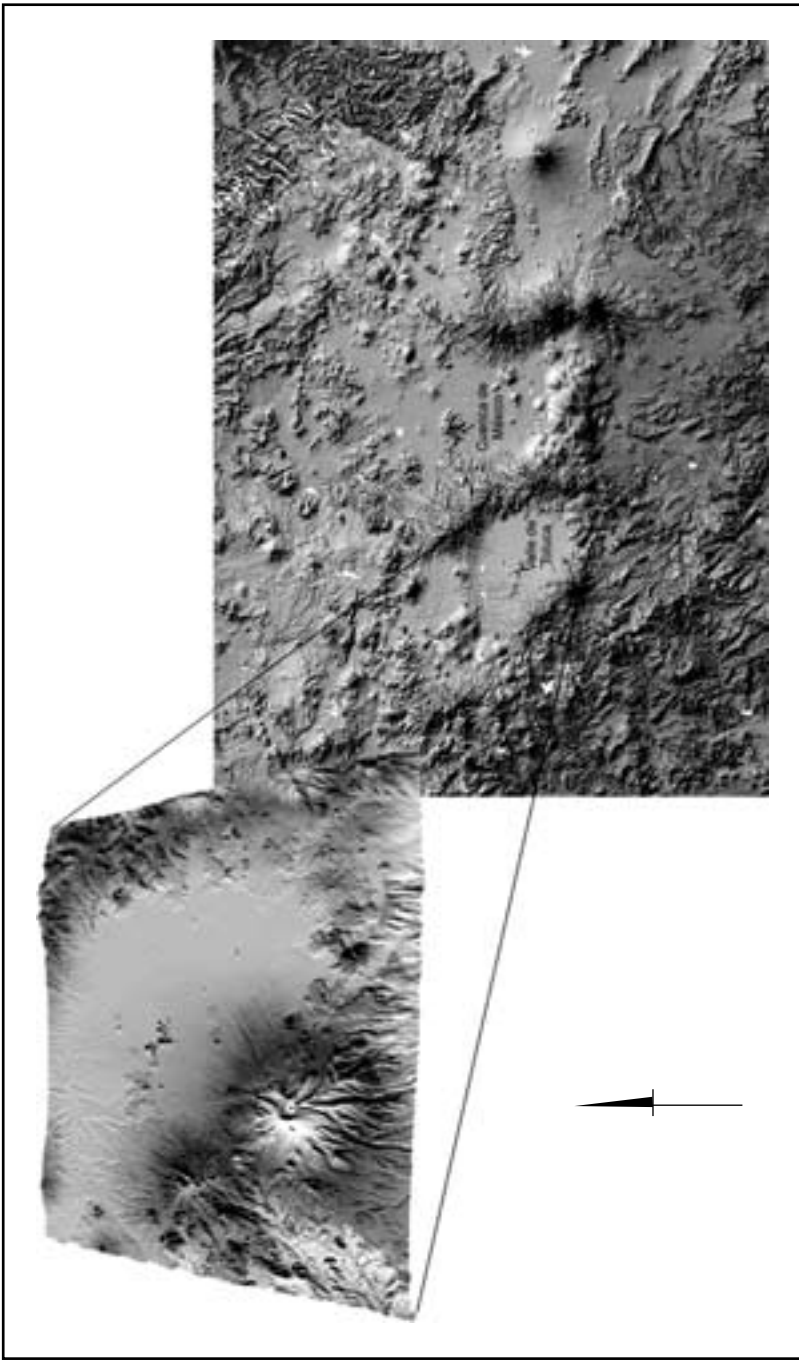
## LA PERSPECTIVA DE LA ARQUEOLOGÍA REGIONAL Y SUS IMPLICACIONES EN EL PROYECTO ARQUEOLÓGICO DEL VALLE DE TOLUCA

Sin duda, México es un país lleno de huellas invaluable de las antiguas culturas que, a lo largo de milenios, florecieron vigorosamente y se marchitaron por causas múltiples. Naturalmente, no todo el territorio mexicano siguió los mismos pasos ni ritmos de crecimiento, pues algunas regiones tuvieron un desarrollo precoz, mientras que otras tardaron más tiempo para alcanzar un florecimiento pleno. También cabe la posibilidad de que nuestro conocimiento acerca de las antiguas culturas depende, en gran medida, de la intensidad investigativa en la arqueología.

En el caso del valle de Toluca (Figura 1), a pesar de su importancia reconocida en la historia del Altiplano Central, los estudios arqueológicos tuvieron un desarrollo discontinuo. Contrario a lo que se supone, la tragedia de esta región se atribuye, en cierta medida, a su cercanía física con el valle de México, donde se han concentrado los esfuerzos de los investigadores. A pesar de las grandes aportaciones hechas por arqueólogos como García Payón [1936, 1974, 1981] en Calixtlahuca, en la década de los treinta del siglo pasado, y posteriormente Piña Chan [1972, 1973, 1975] en Teotenango, durante la primera mitad de la década de los setenta, la mayor parte de la región permaneció desconocida. Precisamente esta falta de datos e información arqueológicos impidió una cabal comprensión histórica de la región, así como esclarecer dudas y preguntas que surgieron a raíz de los trabajos arqueológicos anteriores, situación que precisamente pude presenciar.

En 1975 tuve la oportunidad de estudiar el material cerámico de unos pozos estratigráficos efectuados en Ojo de Agua, localizado al norte del sitio de Teotenango, excavación que se llevó a cabo como parte del proyecto del mismo nombre bajo la dirección de Román Piña Chan. En el transcurso del análisis me percaté de la sorprendente similitud de dichos materiales con la cerámica teotihuacana. De ahí surgió mi interés por esclarecer las posibles

Figura 1.  
Ubicación del valle de Toluca





causas que dieron como resultado ese fenómeno y así explicar la relación entre Ojo de Agua y Teotihuacan. El material me permitió proponer la siguiente hipótesis:

la gran similitud manifiesta en el material cerámico de Ojo de Agua con la teotihuacana se atribuye directamente al desplazamiento poblacional del valle de México, especialmente de Teotihuacan, al valle de Toluca, más que a las influencias recibidas de la gran urbe o a intercambios comerciales [Sugiura, 1976].

Dicho planteamiento no se corroboraría sin ubicar Ojo de Agua dentro de un contexto mayor, es decir, el regional. Por desgracia, en aquel entonces no existían datos que comprendieran la totalidad del valle de Toluca, sino los obtenidos básicamente a nivel de sitios y frecuentemente por sondeos estratigráficos que no nos permitían alcanzar una visión integral de la problemática. Esa limitación de no poder ir más allá de una propuesta hipotética me hizo reconocer la necesidad de realizar un proyecto a escala regional, con el fin de obtener datos pertinentes que nos permitieran explicar, de manera plausible, el desarrollo histórico del valle de Toluca y, de esta manera, de Ojo de Agua.

Es ampliamente aceptado que el reconocimiento de superficie a nivel macro tiene una historia tan larga en el quehacer arqueológico, como la de la excavación de un sitio determinado y que, siguiendo a Ruppé [1966], son cuatro las razones fundamentales para llevar a cabo la prospección superficial en la arqueología: 1) para conformar un inventario de los sitios, 2) para sustentar la interpretación de los materiales recuperados en excavaciones; 3) para entender la organización de poblaciones prehistóricas y, 4) para conocer interrelaciones entre estas poblaciones y su medio geofísico con el fin de comprender su adaptación.

No obstante, el desarrollo de la arqueología de superficie a nivel macro ha sido pausado, ya que la parte medular del quehacer arqueológico ha sido siempre la excavación, íntimamente relacionada con los estudios de determinados sitios, y se considera que el reconocimiento de superficie no es sino un apoyo preliminar para detectar y definir el lugar de excavación. Dicho señalamiento se deriva de la persistencia en otorgar a la arqueología prospectiva un papel secundario para los estudios arqueológicos verdaderos [Sugiura, 2005c:25].

Ciertamente, en las décadas de los sesenta y setenta, se estaban realizando varios proyectos regionales de superficie, cuyo origen se remonta a los estudios de Steward realizados en en los años treinta [1937]. Su pensamiento, que representaba una de las preocupaciones científicas entonces en boga en la antropología americana, influyó de manera determinante en G. Willey y en su Proyecto del Valle de Virú, Perú, cuyo resultado se publi-

có en *Prehistoric Settlement Pattern in the Viru Valley, Peru* [Willey, 1953]. La investigación, considerada como la primera en este género, pretendió explicar los procesos adaptativos de las poblaciones en la región mencionada mediante el estudio de patrones de asentamiento.

En cierta medida, la arqueología regional de superficie podría ubicarse dentro de la arqueología espacial, impulsada, fundamentalmente, por la escuela inglesa de Cambridge, representada por Clarke y Hodder [Clarke, 1968; Hodder y Orton, 1976]; no obstante, la verdadera identidad de esta arqueología en América se atribuye a los estudios de patrones de asentamiento que, como he mencionado, se inició a partir del proyecto del Valle de Virú, Perú, cuya influencia marcó el camino posterior de la arqueología americana. En este trabajo, Willey propone por primera vez la definición de patrón de asentamiento:

La manera en que el hombre dispone de sí mismo en el paisaje o medio en que él habita. Se refiere a casas, a sus arreglos y a la naturaleza y disposición de otras estructuras pertenecientes a la vida comunitaria. Estos asentamientos reflejan el ambiente natural, el nivel de tecnología y varias instituciones de interacción social y control que la cultura mantiene. Como los patrones de asentamiento son, a grandes escalas, directamente configurados por las necesidades culturales, ellos pueden ofrecer un punto de partida estratégico para la interpretación funcional de culturas arqueológicas [Willey, *op. cit.*:1].

Naturalmente, a lo largo de medio siglo desde que se propuso, se han diversificado tanto las perspectivas teóricas como las metas que persigue la arqueología de superficie [Trigger, 1967; Rouse, 1972; Gathercole, 1972; Chang, 1972; Struever, 1968], sin embargo, la definición propuesta originalmente por G. Willey está vigente aún. A pesar de los matices, el estudio de patrón de asentamiento se sustenta implícita o explícitamente en el supuesto de que los elementos conformadores de la organización sociopolítica se reflejan en la forma particular de establecerse en un espacio determinado, si consideramos que los fenómenos arqueológicos se caracterizan por patrones distribucionales y que éstos son consecuencia directa o indirecta de la conducta humana del pasado. De esta manera, es posible acercarse a un tipo específico de organización social mediante el estudio de patrones distribucionales de la cultura material [Sugiura, 2005c:28]. Como expresa atinadamente D. Clarke [Clarke, 1977:18-19], la estructura espacial se asume y enriquece nuestros conocimientos en torno a la forma particular de organizarse una sociedad.

En el caso concreto de México, el trabajo de William Sanders, discípulo de G. Willey, fue decisivo para el desarrollo y la difusión de la arqueolo-

gía de patrón de asentamiento. Además, cabe señalar que los datos y la información obtenidos por el reconocimiento de superficie eran acordes con el enfoque ecologista-neoevolucionista que, con matices diversas, ha jugado un papel relevante en el pensamiento norteamericano y, por ende, en la arqueología de América. De acuerdo con el lineamiento fundamental del pensamiento ecologista-neoevolucionista, a través de las relaciones sincro-diacrónicas entre los asentamientos y las interacciones entre éstos y su entorno físico, se pretende explicar los procesos que conducen hacia una mayor complejización social.

Por su implicación en la historia de la arqueología mexicana, cabe la posibilidad de considerar el proyecto de la cuenca de México dirigido por William Sanders como el más reconocido, en el cual participó un gran número de jóvenes arqueólogos estadounidenses. Dicho proyecto marcó un parteaguas en la arqueología mesoamericana e incidió de manera contundente en su curso posterior, ya que abrió nuevas posibilidades y horizontes que nos permitían abordar los procesos tanto sincrónicos como diacrónicos desde una perspectiva más amplia y así obtener una visión más integral. Los términos como arqueología regional, recorrido de superficie y, sobre todo, patrones de asentamiento se manejaban como vocabularios básicos del léxico arqueológico. Los resultados de este tipo de estudios han puesto en plena evidencia que una investigación a escala macro posee una enorme eficacia como herramienta metodológica en la arqueología [Parsons, 1972:128]. Independientemente de si se adhiere puntualmente a esta postura teórica o no y de que el estudio regional de patrones de asentamiento tiene limitaciones en sus planteamientos inherentes a su punto de partida, reconocemos que la arqueología de superficie es un recurso insustituible como primera aproximación a la realidad arqueológica a nivel macro y, sin duda, potencial para ponderar implicaciones sociales, económicas y políticas, así como macroprocesos históricos de las sociedades bajo estudio [Sugiura, 2005c:30].

El lineamiento central del Proyecto Arqueológico del valle de Toluca [Sugiura, 1977, 1979] se inserta, de hecho, dentro de la misma perspectiva trazada, no sólo en términos teóricos, sino también a nivel metodológico-técnico, por el de la cuenca de México, es decir, se estableció a partir de un enfoque explícito que, mediante el análisis de relaciones sincro-diacrónicas entre los asentamientos y de éstos con su medio físico, conlleva al esclarecimiento de los procesos históricos de más de tres milenios de la región mencionada. Asimismo, cabe señalar que, dada la cercanía tanto física como cultural con la vecina cuenca de México, la comparación de los datos del valle de Toluca con los de la cuenca de México es necesaria para obtener una perspectiva más amplia y comprender mejor la historia poblacional.

Retomando lo mencionado anteriormente, podemos concluir lo siguiente: dentro de la diversidad tanto de enfoques teóricos como de escalas analíticas a través de las cuales debe estudiarse la historia de los pueblos antiguos, la escala macro es, no sólo la más adecuada para cumplir con el objetivo de nuestro proyecto, sino también la más relevante, ya que nos permite dar a cada sitio arqueológico una justa dimensión contextual. Además, a diferencia de la arqueología de sitio, que produce una información más acotada, aunque más profunda, el estudio regional facilita una descripción diacrónica y sincrónica desde una escala mayor de análisis y podría considerarse un recurso metodológico-técnico más eficaz en términos de tiempo, costo y resultado, y quizá la única que nos permite obtener una mejor comprensión y más integral de la historia regional, en este caso, del valle de Toluca.

Existe el consenso de que la cantidad de materiales recuperados en campo y la exactitud en el registro de los datos repercute directamente en el grado de confiabilidad de los resultados de la investigación. Naturalmente, los métodos y técnicas específicos para llevar a cabo un estudio regional se definen en relación directa con el objetivo a alcanzar. Uno de los aspectos relevantes en esta etapa de investigación es la elección de las técnicas de recorrido. Al ponderar los pros y contras de la aplicación de técnicas estadísticas de muestreo, algunas de estas fueron desechadas. Tomando en consideración el objetivo del proyecto, el tamaño del área de estudio, sus características geográficas y los recursos disponibles, seguimos básicamente los criterios adoptados por el proyecto de la cuenca de México. Así, optamos por el reconocimiento intensivo de superficie con cobertura "total", con algunas excepciones, lo que nos permite comparar los resultados de ambos estudios.

En cuanto al uso de herramientas como fotografías aéreas y algunas técnicas prospectivas geofísicas, las posibilidades de sus alcances eran muy limitadas hace tres décadas, cuando se inició el proyecto. Si bien es cierto que la fotointerpretación ofrece una fuente vasta de información y economiza el costo y el tiempo de investigación, a diferencia de los países donde existe una larga tradición en este campo, a la fecha, México no cuenta con una sistematización de los criterios de análisis ni con los parámetros para medir factores tanto naturales como culturales que afectan el paisaje. Es por ello que el uso de la fotografía aérea, al igual que en el Proyecto del valle de México, se considera básicamente como una técnica auxiliar o apoyo secundario en el reconocimiento de superficie.

Si bien los métodos y técnicas de reconocimiento del Proyecto arqueológico del valle de Toluca siguieron fundamentalmente lo trazado por el

del valle de México, hubo ciertas diferencias en la puesta en práctica de algunos detalles, entre los cuales vale la pena señalar los aspectos relacionados con el cálculo de densidad de los materiales de superficie, que en el Proyecto del valle de México tuvieron una importancia sustancial como indicadores para el cálculo poblacional de cada sitio arqueológico, mientras que en el proyecto del valle de Toluca esta variable no se utilizó con la misma finalidad, sino de manera secundaria [Sugiura, 2005c:51].

En resumidas cuentas, el reconocimiento “intensivo” realizado por el proyecto resultó ser eficaz para obtener no sólo datos más completos del universo regional, sino también los requeridos para conocer los patrones distribucionales de los sitios, parte esencial de nuestro proyecto para comprender el proceso poblacional del valle de Toluca a lo largo de más de tres milenios hasta la conquista española.

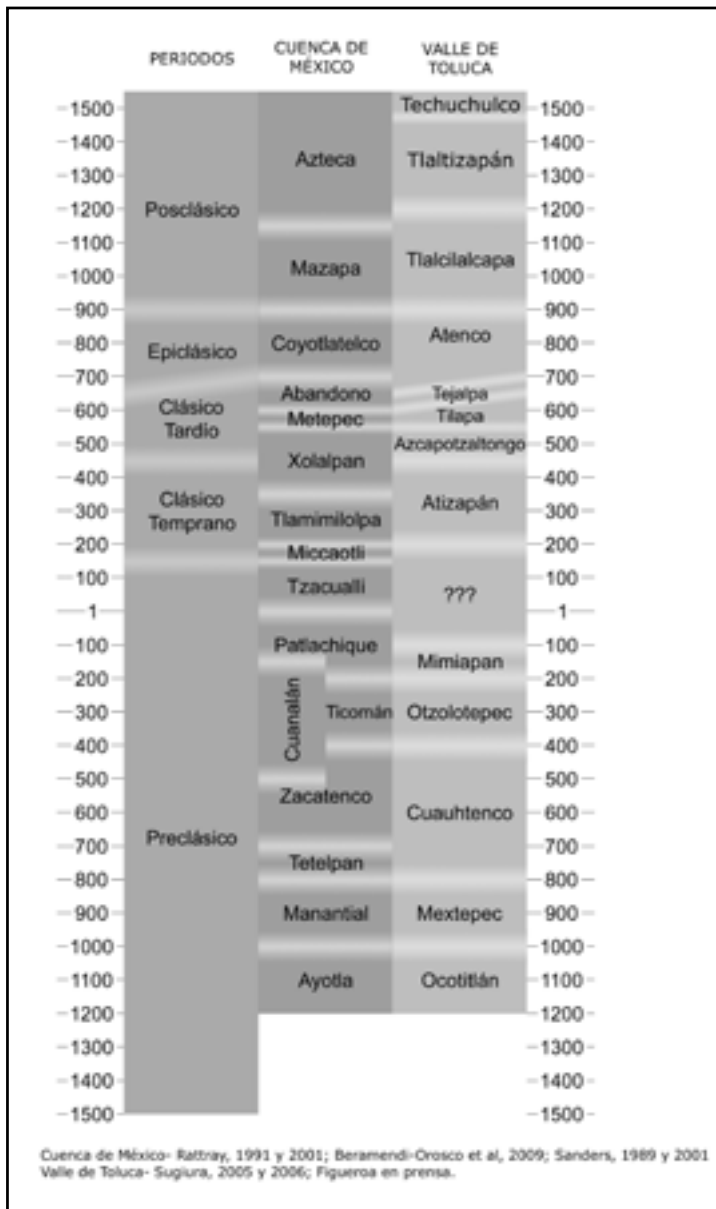
Una vez definido el procedimiento en campo, se elaboraron las cédulas que fueron utilizadas por los tres proyectos: las de la cuenca de México, amablemente enviadas por Sanders; las del Proyecto Tula, realizado por G. Mastache y A. M. Crespo, y las del Proyecto Puebla-Tlaxcala, por García Cook. En el proceso de elaboración de dichas cédulas, la influencia de William T. Sanders fue definitiva, y bajo su sugerencia incorporamos aspectos que no están directamente relacionados con la arqueología, por ejemplo, el paisaje moderno, incluyendo obras agrohídricas, técnicas de cultivo, sistema de retención de agua, actividades económicas, además de elementos ambientales. La construcción de estas cédulas tuvo una importancia primordial, ya que los datos e información recuperados en campo nos sirvieron de base no sólo para la interpretación de los hallazgos arqueológicos, sino también para la detección de problemáticas que requerían de un estudio propio, lo que permitió trazar las investigaciones posteriores [Sugiura, 1998c; en prensa b].

#### PRIMEROS GRUPOS SEDENTARIOS EN EL VALLE DE TOLUCA

Los resultados de cuatro temporadas de reconocimiento sistemático de superficie, que cubrió la mayor parte del valle de Toluca, apuntan a que la historia humana en esta región tiene una profundidad temporal que rebasa los tres milenios, desde el Formativo temprano, hace alrededor de 1200 aC, hasta la conquista española en el siglo XVI (Cuadro 1), y a que su desarrollo tiene un estrecho vínculo con el del valle de México.

La región del alto Lerma se destaca por la gran riqueza ambiental [Quezada, 1972], no sólo por su alta productividad agrícola, sino también por la gran variedad de recursos acuáticos y forestales, así como por algunas materias primas de necesidad como piedra pómez, tezontle, basalto, an-

**Cuadro 1.**  
Fases para el valle de Toluca en comparación con las de la cuenca de México



Fuente: Archivo fotográfico del Proyecto PAPIIT-UNAM.

desita y arena [Piña Chán, 1975; Sugiura, 2005b, 2005c]. No obstante, el reconocimiento de dicha riqueza, el desarrollo social en este valle tuvo un ritmo más pausado comparado con otras regiones del Altiplano Central, como la poblana-tlaxcalteca y la morelense, incluso la vecina cuenca de México. Ciertamente, no tenemos evidencias concluyentes que indiquen la llegada de grupos cazadores y recolectores que vivían persiguiendo a los grandes animales del Pleistoceno, salvo algunos restos paleontológicos en varias localidades del valle de Toluca sin asociación directa con artefactos que reforzarían la presencia de los grupos transhumantes, como los casos de la ex Hacienda de Atenco, municipio de Santa Cruz Atizapán; la cabecera municipal de San Mateo Atenco y la cañada a la altura del poblado San Miguel Yuxtepec, por mencionar algunas. También es posible conjeturar que las huellas de aquellos cazadores y recolectores, aunque existieran, quedaron sepultadas bajo una capa gruesa de suelo depositado a lo largo de milenios.

Los datos arqueológicos disponibles hoy, indican que los colonizadores más antiguos de la región se remontan, por lo menos, al Formativo Temprano (aproximadamente 1500 aC) y que ya vivían una vida sedentaria, formando unas cuantas aldeas pequeñas y dispersas en la parte baja de la planicie y en terrenos cercanos al río Lerma y algunos afluentes. Todas ellas mantenían una relación de reciprocidad y de equidad, tendencia que se fue perdiendo conforme aparecieron señales de diferenciación al interior de la sociedad.

En el Formativo Medio, los asentamientos se distribuían principalmente en la parte central del valle, alrededor de la Sierrita de Toluca, donde ahora se encuentra la capital del estado. Curiosamente, la mayoría se fundó sobre lomas y laderas suaves arriba de la cota de 2650 msnm. Prefirieron asentarse en terrenos aparentemente poco prometedores, pues se encontraban alejados tanto de la zona lacustre como de la boscosa. No obstante, vale la pena observar que, para aquellos agricultores que todavía disponían de un nivel tecnológico elemental, era más provechoso cultivar en zonas de pendiente suave, cuya condición topográfica contrarresta el riesgo meteorológico, como el efecto de las heladas.

Con el paso del tiempo se fue incrementando paulatinamente el número de aldeas, y con ello se fueron colonizando nuevas zonas dentro del valle, como la parte nororiental por donde se comunica el valle de Toluca con la cuenca de México, y la planicie baja central, alrededor del actual pueblo de Metepec.

Estos colonizadores ya tenían pleno conocimiento para fabricar utensilios con barro, además de los artefactos de piedra y los elaborados con materia orgánica como tule, maguey y madera. Las formas y colores, así

como técnicas y estilo de decoración de la cerámica, manifiestan una gran similitud con las de la cuenca de México. Si imaginamos que los primeros pobladores del valle de Toluca provinieron precisamente de esa región vecina donde ya existía un desarrollo social más avanzado, no sería difícil conjeturar que los recién arribados trajeron consigo la tradición alfarera del valle de México. Así, podría decirse que desde las primeras manifestaciones de la cerámica, el valle de Toluca ya formaba parte de la esfera cultural de la vecina cuenca de México.

Para entonces, la agricultura ya se había difundido en muchas partes de Mesoamérica. Con el paso de tiempo, su importancia se fue incrementando paulatinamente, no obstante todavía no tenemos una idea clara de hasta qué grado el cultivo tenía una importancia fundamental para la vida de aquella población asentada en un valle frío como el de Toluca. Quizá es erróneo equiparar la fundación de un asentamiento permanente con una economía productiva como la agrícola. Probablemente, el lugar que ocupaban las actividades de apropiación como la caza, la recolección y la pesca en la vida de aquellos pobladores era mucho más preponderante que lo supuesto por los arqueólogos. Quizá, también podemos imaginar que la decisión de asentarse en esta zona elevada obedecía más bien a su relación perceptiva con el paisaje circundante, con el que se ha establecido una convivencia dinámica y sedimentada a lo largo del tiempo.

A partir del Formativo medio, y salvo un pequeño episodio durante el siguiente periodo, el Formativo tardío, cuando la región experimentó un virtual abandono, el valle de Toluca manifestó un crecimiento poblacional sostenido. Aunque fue relativamente corto, este proceso inverso que se registró también en otras regiones del Altiplano Central, inclusive en el propio valle de México, marcó una etapa de particular importancia en la larga historia del valle de Toluca. Fue durante este tiempo cuando la región del Alto Lerma experimentó el primer y único momento de desajuste que provocó el súbito y radical descenso en el número de sitios. Esto coincidió con otras tendencias en el patrón de asentamiento, como la reducción del tamaño de éstos y el abandono de zonas colonizadas en tiempos anteriores [González de la Vara, 1998a, 1998b; Sugiura, 1998a]. Se asentaron, preferentemente, en lugares cercanos a barrancas profundas o en cimas angostas con topografía accidentada, en la parte norte y nororiental del valle. Así, a diferencia del Formativo medio, cuando se manifiesta un desarrollo cultural y social sostenido, el proceso de involución se extendió en todos los aspectos de la sociedad en la región del Alto Lerma hacia fines del Formativo. Naturalmente, ese panorama desolador se manifiesta, también, por una cultura arqueológica empobrecida.



Así quedó frenado temporalmente el camino hacia una mayor complejidad social, que en otras regiones circunvecinas propició la fundación de centros regionales con estructuras públicas monumentales. El valle de Toluca, virtualmente deshabitado, permanecería durante varios cientos de años como una región marginal y ajena a dicho desarrollo.

Quizá nunca conoceremos las causas que nos expliquen de manera cabal y convincente el proceso de esta aparente involución. Seguramente fueron múltiples, pero pudieron estar estrechamente vinculadas con el surgimiento de centros en la cuenca de México como Cuicuilco y, poco después, Teotihuacan.

El proceso de repoblación del valle tuvo que esperar hasta que en la vecina cuenca de México se consolidó el poder político de Teotihuacan. Fue durante la fase Atizapan (200-400 dC) cuando se percibe una clara tendencia en la llegada de flujos poblacionales que portaban el legado cultural de aquella gran urbe mesoamericana. El valle de Toluca se incorpora de nuevo a la esfera cultural de la vecina cuenca, pero concretamente de la teotihuacana [Sugiura, 2005b].

Es muy probable que este movimiento poblacional fuera dirigido desde Teotihuacan y que una de las razones para incorporar al valle de Toluca fue la necesidad, cada día mayor, de asegurar el abasto de diversos productos para la enorme población urbana [Sugiura, en prensa a]. Asimismo, no es difícil imaginar que los supuestos habitantes que abandonaron la región del Alto Lerma durante el Formativo Tardío y Terminal, mantuvieran no sólo en la memoria colectiva, sino también en las prácticas, nexos sociales con la región de origen aún después de varios siglos. Si así fuera el caso, la cercanía social entre ambas poblaciones debería haber facilitado dicha tarea.

#### TEOTIHUACAN Y EL VALLE DE TOLUCA: RELACIÓN DE DOMINIO

En todo caso, la inserción de los pueblos del valle de Toluca a los códigos teotihuacanos fue notable. Desde los utensilios más básicos como la cerámica y la lítica, fundamentales para la dimensión cotidiana, hasta las representaciones simbólicas, expresan la pertenencia al mismo mundo ideológico (cosmovisión, religión y ritos) creado y profesado por los teotihuacanos. Llegaban también los objetos supuestamente controlados por Teotihuacan como, por ejemplo, obsidiana verde de la sierra de Pachuca [Kabata, 2009], figurilla de piedra verde proveniente de la región poblana y cerámica Anaranjado Delgado. Quizá algunos de éstos funcionaban como objetos para dar legitimidad a sus poseedores.

Probablemente la política de Teotihuacan hacia el valle de Toluca estaba dirigida a la obtención de algunos productos básicos y diversos recursos naturales, necesarios para mantener la enorme población y el aparato político de la gran metrópoli. Quizá, la marcada predilección a asentarse en la parte fértil del valle en la primera etapa de recolonización y a lo largo del Clásico obedece precisamente a la necesidad de extraer productos agrícolas. Aunado a lo anterior, es importante recordar que el valle de Toluca es una región estratégicamente ubicada por donde se conectaba el valle de México con las regiones de tierra caliente y de occidente, sobre todo la michoacana.

Durante los subsiguientes siglos, el incremento del número de sitios fue paulatino, pero sostenido. Naturalmente, el ritmo de crecimiento a lo largo del Clásico no ha sido homogéneo, pues el proceso de decline teotihuacano provocó cambios inusitados tanto en el número como en el patrón de distribución de los sitios del Alto Lerma. Su número se duplicó en la fase Tlapa, cuando Teotihuacan se encontraba en la última fase, Metepec, antes de perder su supremacía como estado hegemónico [González de la Vara, 1999; Sugiura, 1998a].

No obstante, dicha tendencia poblacional no se originó durante esta última etapa de la gran urbe, ya que desde antes; es decir, aún durante la fase Xolalpan, el desplazamiento poblacional desde la vecina cuenca de México hacia el valle de Toluca se fue incrementando con un ritmo cada vez más acelerado. Si consideramos que el valle de Toluca funcionaba como la periferia de la parte nuclear del sistema teotihuacano, no sería erróneo conjeturar que el Estado mismo intensificó su política de dominio hacia el fértil valle de Toluca con el fin de extraer los productos requeridos para seguir manteniendo su *estatus quo*. A diferencia de otras regiones circunvecinas al valle de México como la poblana-tlaxcalteca y la morelense, que estaban adquiriendo cada vez mayor fuerza propia dentro del Altiplano Central, el desarrollo del valle de Toluca como granero que tuvo una importancia fundamental para la supervivencia del Estado teotihuacano estuvo directamente vinculado con el crecimiento y el decline de esta gran urbe. Así, la tendencia de crecimiento acentuado en el número de sitios pertenecientes a la fase Azcapotzaltongo fue resultado de la política manejada desde Teotihuacan mismo para alcanzar su objetivo [Sugiura, en prensa A].

A diferencia de lo observado hasta entonces, los sucesos ocurridos posteriormente tienen otra característica. Al reducirse el poder político-económico durante la última fase Metepec y encontrarse en plena descomposición, la fuerza política del Estado teotihuacano se había debilitado. A la par del proceso desintegratorio cada vez más acelerado, el número de población

que abandonó la ciudad fue creciendo y el valle de Toluca recibió parte importante de dicha población. Naturalmente, intervinieron múltiples factores que propiciaron la llegada de migrantes, entre los cuales, como hemos apuntado anteriormente, destacan la posición estratégica de la región del Alto Lerma, la gran riqueza agrícola y de otros recursos naturales, pero también el estrecho vínculo social que mantenía Teotihuacan con dicha región. De esta manera, el panorama que iba a consolidarse en el siguiente periodo Epiclásico ya se estaba gestando durante la fase Tilapa como resultado del embate de procesos transformadores radicales que terminaron con la hegemonía teotihuacana [Sugiura, 1996, 2005b, 2005c].

#### PROCESOS HACIA LA COMPLEJIDAD SOCIAL EN EL VALLE DE TOLUCA

El efecto colateral del crecimiento demográfico que debe esperarse en condiciones normales al interior de la región del Alto Lerma y de los flujos de población provenientes de otras regiones, en este caso, del vecino valle de México, se manifiesta en cambios tanto en la forma de disponer los asentamientos, como en una tendencia definida hacia la complejidad social [Sugiura, 1998a].

El lento desarrollo social que caracterizó al valle de Toluca, hasta la primera mitad del Clásico, presenta un cambio significativo. En la segunda mitad del Clásico, aparecen unos sitios con estructuras públicas que funcionaban como centros regionales. El nuevo contexto rompe el panorama, vigente hasta entonces, de una región un tanto marginal. La jerarquía de los asentamientos ya no se diferencia únicamente por la extensión de superficie ocupada, sino también por el grado de complejidad funcional de los sitios en términos del número de estructuras públicas, como algunos centros rectores o administrativos ubicados en puntos estratégicos, entre los cuales podemos mencionar el de Santa Cruz Azcapotzaltongo en Toluca [González de la Vara, 1998, 1999], La Campana-Tepozoco en Santa Cruz Atizapan [Sugiura, 2009], incluso Ojo de Agua en Tenango [Vargas *et al.*, 1978, 1980; Sugiura, 1981] y Dorantes en Ocoyoacac. No obstante, cabe recalcar que el Alto Lerma, como región, siguió manteniendo su carácter rural. El patrón de asentamiento exhibe una manifiesta persistencia por asentarse en la parte baja de la planicie. Si bien es cierto que la zona ribereña a lo largo de los ríos y afluentes principales ya había comenzado a poblarse durante el Formativo medio, la densidad de los asentamientos en dicha zona aumenta notablemente durante la segunda mitad del Clásico, tendencia que continuó en la fase Tilapa. Además, vale la pena mencionar que el cambio climático propició la intensificación de la colonización de algunas partes

pantanosas al interior de las tres ciénegas (Chignahuapan, Chimaliapan y Chiconahuapan) del Alto Lerma [Sugiura, 2005c; Caballero *et al.*, 2002; Lozano *et al.*, 2009].

El suroeste del valle de Toluca, caracterizado por un suelo fértil y bien drenado de laderas bajas de pendientes suaves del Nevado de Toluca y el volcán de San Andrés, siguió funcionando como foco gravitacional de la región, albergando cada vez mayor número de asentamientos, en su mayoría aldeas de tamaño variable.

Todo parece indicar que en los pueblos de aquel tiempo ya se habían desarrollado diferentes formas de adaptarse de acuerdo con las condiciones ambientales específicas [Sugiura y Mc Lung, 1990]. Así, algunos se dedicaban principalmente a la explotación de recursos acuáticos, en tanto que otros a cultivar los productos agrícolas o a explotar los recursos forestales. En cuanto a los productos alóctonos, algunas redes de intercambio estaban controladas por Teotihuacan a través de sus enclaves en el valle de Toluca, mientras que otros, que entraban desde tierra caliente hacia el sur del valle de Toluca y del Occidente, además de ser canalizados a los centros locales dentro de la región, fueron enviados hacia Teotihuacan.

La influencia de la urbe en los pueblos del Alto Lerma no se limitaba sólo a los ámbitos político y económico, sino que también influyó en su vida cultural, la cual se insertó en los cánones implantados por aquella ciudad de los dioses. Las manifestaciones culturales, desde las más elementales hasta las más abstractas y simbólicas, presentan rasgos que nos recuerdan poderosamente a Teotihuacan, como se observa en la tradición cerámica, incluyendo las figurillas, en cuyas características formales, estilísticas y técnicas de manufactura se distinguían los códigos establecidos en aquella ciudad. Las representaciones simbólicas como las de Tlaloc y elementos tales como caracoles, conchas, estrellas de Venus, volutas, entre otras, exhiben una gran similitud con las empleadas comúnmente por los teotihuacanos (Figura 2) [Sugiura y Silis, 2009]. Sin duda, la cosmovisión, las prácticas rituales, las festividades, las costumbres funerarias y las que se celebran en la vida cotidiana pertenecían básicamente al mundo teotihuacano. El mismo fenómeno aparece también en el estilo y técnica arquitectónicos, como ocurre en el sitio de Santa Cruz Atizapán, donde la estructura pública más temprana presenta una planta rectangular dispuesta sobre un basamento con muro vertical de piedras. Se empleaban almenas muy similares a las teotihuacanas para adornar alguna parte de éstas [Covarrubias, 2003, 2009].

No obstante, conforme se acelera el proceso desintegrador y se aproxima el ocaso de Teotihuacan, aparecen algunos signos en la cultura material

**Figura 2.**  
**Figurillas y elementos decorativos que muestran influencia teotihuacana**



Fuente: Archivo fotográfico del Proyecto Arqueológico Santa Cruz Atizapán.

que sugieren cierto distanciamiento o deslinde de los habitantes del Alto Lerma con respecto al legado teotihuacano, como las modificaciones sutiles observadas en ciertos motivos decorativos en la cerámica. Si bien éstas se ejecutan dentro del marco teotihuacano, podría interpretarse que los habitantes del Alto Lerma trataban de enaltecer los elementos que reforzarían su identidad [Zepeda, 2009].

La desintegración del sistema teotihuacano repercutió en el desarrollo político, económico y social, además del cultural, de los pueblos que formaban parte del mismo sistema. Sin duda, los sucesos que marcaron el fin del mundo clásico representaron uno de los momentos más críticos en la historia mesoamericana. En el caso del valle de Toluca, el desenlace no afectó negativamente, sino, aparentemente, al contrario, pues el desplazamiento poblacional provocado por este acontecimiento propició la llegada de inmigrantes al fértil valle del Alto Lerma en busca de una vida futura más prometedora. El fin del dominio teotihuacano trajo un nuevo camino al valle de Toluca durante el subsiguiente periodo, el Epiclásico, pues alcanzó cierta consolidación en su largo proceso identitario y, además, su primer esplendor en la historia regional. El número de asentamientos se incrementó a más del doble del tiempo anterior, lo que indicaría una densidad mucho mayor de asentamientos epiclásicos comparada con la del valle de México. Por su parte, las evidencias arqueológicas apuntan claramente que no existió discontinuidad en el patrón de asentamientos clásicos y epiclásicos, fenómeno que contrasta con lo observado en otras regiones del Altiplano Central. Las primeras oleadas de inmigrantes llegaron a asentarse en los lugares ya habitados desde tiempos anteriores [Sugiura, 1993, 1996, 1998a, 2005c], y a partir de estos asentamientos bases, se expandieron primero hacia los lugares aledaños, cubriendo así la parte baja del valle. La porción suroeste, donde se ha registrado la mayor densidad de asentamientos desde épocas anteriores, fue la primera en saturarse [Sugiura, 2005a].

Algunos centros administrativos fundados hacia finales del Clásico siguieron creciendo. Con el paso del tiempo, comienzan a fundarse nuevos asentamientos de diversas jerarquías en la parte alta o la cima de las lomas y cerros, algunos de los cuales, como Teotenango y Techuchulco en los municipios de Tenango y Joquicingo respectivamente, y la Iglesia Vieja en la Colonia Álvaro Obregón al noroeste del valle, fueron cuidadosamente seleccionados por su topografía accidentada y su acceso difícil. Una clara diferenciación en los niveles jerárquicos entre los sitios parece indicar una situación política más complicada o conflictiva entre los grupos, la cual favoreció el factor defensivo como una importante variable para definir la localidad de estos centros. Por un lado, la tendencia preponderante en los patrones de asentamiento

durante el Epiclásico se caracteriza por una serie de centros administrativos que controlan un número considerable de población asentada en sitios de menor jerarquía. Las relaciones entre ellos parecen mantener cierta equidad. Por otro lado, ciertas zonas, sobre todo la de laderas suaves nororientales del Nevado de Toluca, incluyendo el extremo sur, y el centro occidental del valle, comienzan a mostrar incipientes síntomas de saturación, sin que ello implicara la consolidación de relaciones desiguales entre los distintos grupos de sitios, como sucedió durante el Posclásico [Sugiura, 2005a].

### EL EPICLÁSICO A TRAVÉS DE LA CERÁMICA COYOTLATELCO

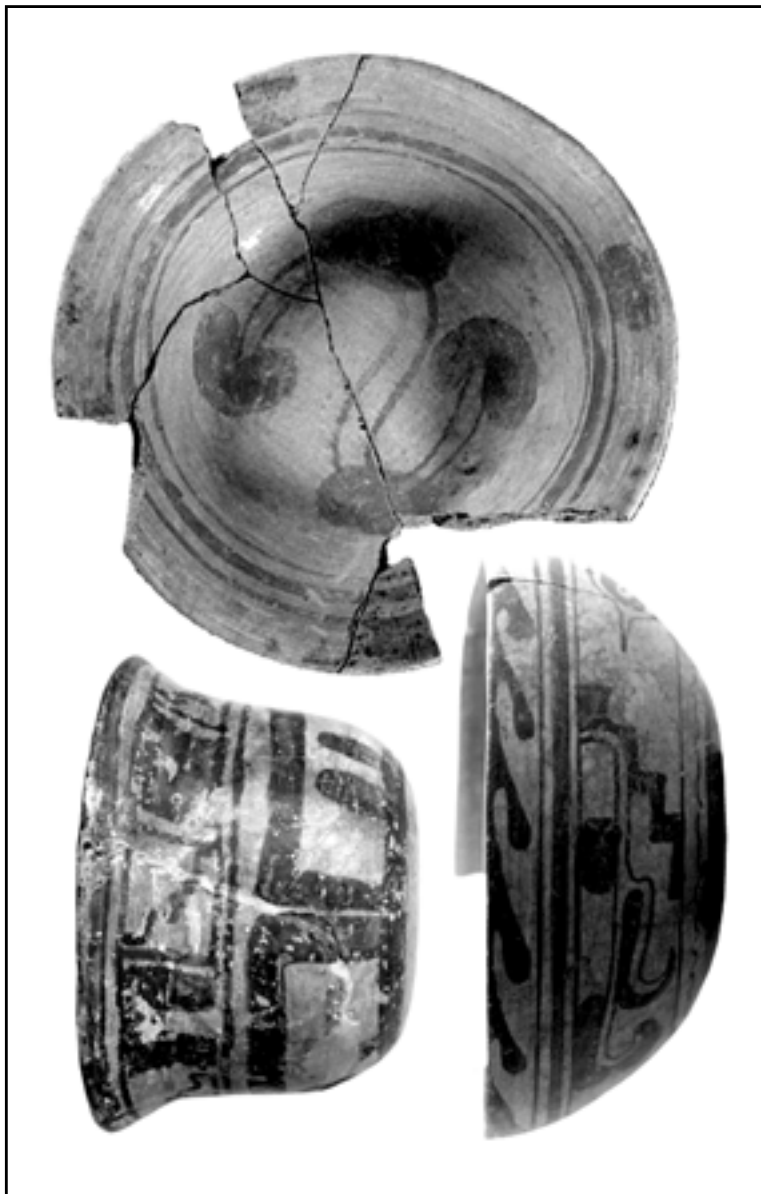
El crecimiento inusitado que se observa en el patrón de asentamiento epiclásico se manifiesta, también, en el florecimiento cultural. El valle de Toluca se caracteriza por la presencia de la cerámica conocida como Coyotlatelco (Figura 3), que se reconoce por el color cremoso de sus vasijas frecuentemente decoradas en rojo, formas como cajetes semiesféricos con o sin base anular, cajetes curvo-divergentes con o sin soportes trípodes, sahumadores calados con mango, cazuelas y comales con borde levantado, así como por su estilo decorativo. Predomina la decoración pintada en rojo con motivos que varían desde una simple banda hasta elementos compuestos, aunque existen también la incisión y el sellado [Sugiura, 2006, en prensa a].

Todavía no existe una opinión consensuada acerca del origen o los orígenes del Coyotlatelco, pero este fenómeno se expande, en muy poco tiempo, en gran parte del Altiplano Central, donde el valle de Toluca destaca por su amplia presencia de este material. Su calidad y variedad parecen sugerir que esta región constituyera, junto con el occidente del valle de México, la parte nuclear de la esfera coyotlatelco [Sugiura, 2006].

Con respecto a la continuidad o discontinuidad entre el Clásico y el Epiclásico, a diferencia de otras regiones, el valle de Toluca no expresa de manera tan radical el cambio propiciado por el ocaso de Teotihuacan, sino cierta continuidad, la cual se manifiesta por una fase transicional corta pero de gran importancia, la fase Tejalpa (600/650-650/700 dC). La coexistencia de rasgos tanto teotihuacanos como coyotlatelcos en la cerámica no sólo caracteriza esta fase transicional, sino también evidencia que los cambios entre el Clásico teotihuacano y el Epiclásico no son tan abruptos ni radicales [Sugiura, 1996, 2006].

Naturalmente, el Coyotlatelco denota nuevas formas y estilos decorativos, sin embargo, no se puede negar que en él, la pervivencia de códigos teotihuacanos, sobre todo en los materiales relacionados con el mundo ideológico, es notable, como en los motivos decorativos en adornos de in-

Figura 3.  
Cerámica Coyotlatelco de la región del valle de Toluca



Fuente: Archivo fotográfico del Proyecto PAPIIT-UNAM.



ensarios y braseros, estrechamente vinculados con la cosmovisión y los ritos, los cuales continúan básicamente lo establecido por Teotihuacan [Sugiura y Silis, *op. cit.*]. Las figurillas con representaciones simbólicas muestran, también, la gran similitud con las fabricadas en aquella ciudad.

#### GESTACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LOS GRUPOS ÉTNICOS EN EL VALLE DE TOLUCA

Hacia 900 dC, aparece, en el valle de Toluca, otro complejo cerámico conocido como Matlatzinca, nombre tomado del grupo étnico-lingüístico que controló políticamente la región hasta mediados del siglo xv. A lo largo de esta última etapa de desarrollo prehispánico, el Posclásico, el número de los sitios siguió incrementándose considerablemente. Se colonizan nuevas zonas que hasta entonces no habían sido habitadas por las condiciones ambientales poco favorables para la vida humana como la porción noroeste del valle, donde se fundaron, principalmente, asentamientos dispersos de baja categoría. Asimismo, se incrementa el número de sitios en lugares de difícil acceso y en la zona boscosa con topografía agreste.

Desde la perspectiva de que el factor demográfico es una variable importante para detectar los procesos sociales, el crecimiento en el número de sitios se vincula con la creciente tendencia demográfica que se traduce en procesos sociales como la gestación y consolidación de grupos étnicos. Si bien es cierto que la conformación étnica implica un proceso complejo, podemos destacar que el control de la riqueza ambiental juega un papel importante en el mismo [Hodder, 1979; Sugiura, 2005a]. En el caso concreto del valle de Toluca, la fértil porción suroeste jugó un papel importante en la gestación de los grupos étnicos matlatzinca, otomí y mazahua, que caracterizaron la configuración político-social durante el Posclásico, proceso resultante de relaciones desiguales entre los grupos poblacionales asentados en diferentes zonas ecológicas que ya se venían desencadenando desde finales del Epiclásico.

Una vez iniciado el proceso se aceleró la consolidación de grupos, como la población que se asentó en el suroeste del valle identificada como matlatzinca, que se convirtió pronto en el grupo hegemónico de la región. En cambio, el grupo que fue orillado hacia la zona de menor calidad ambiental, como la serrana en la parte oriental o el centro de la planicie, fue consolidándose como el otomí. Quizá, el mismo destino les esperaba a los que habitaban hacia el norte, zona colindante al valle de Ixtlahuaca y el oeste hacia el valle de Bravo que, con el tiempo, se conocería como el mazahua. Así, frente al grupo cada vez más poderoso que monopolizó los suelos fértiles del valle,

fueron consolidando sus identidades, por un lado, ante el mundo exterior y, por el otro, hacia el interior de su propio grupo [Sugiura, 1991, 1998b, 2005a].

La pertenencia a un grupo determinado se expresa, entre otros factores, a través de su cultura material, pensamiento, cosmovisión, modo de vida y su forma de interactuar con otros grupos de la región. Ciertamente, debemos evitar las interpretaciones mecánicas que consideran a los materiales culturales como equivalente de identidad étnica; no obstante, la cultura material es, sin duda, una variable poderosa para expresar su pertenencia a un grupo determinado. Entre diversos materiales arqueológicos, la cerámica, además de poseer otras cualidades, es sensible a los cambios políticos, sociales y culturales, y también constituye un elemento relevante para escudriñar esa parte nuclear que es la identidad de grupo.

Hace más de seis décadas García Payón definió la cerámica matlatzinca como un complejo caracterizado por formas específicas como cajetes curvo-convergentes con / sin soportes trípodes, cajetes o molcajetes trípodes, cántaros y ollas [García Payón, 1936]. Este complejo se distingue, además, por la ausencia de comales y cazuelas, así como figurillas de barro. También muestra un estilo decorativo particular que se ejecuta con un engobe rojo sobre el fondo pulido del color natural del barro, aunque en la etapa tardía, posterior a la conquista mexicana, los matlatzincas adoptan ciertos rasgos del grupo hegemónico, como la policromía negro y blanco sobre el fondo rojo. El caso del complejo cerámico denominado Matlatzinca, cuya distribución se acentúa más en el sur, suroeste y centro occidental del valle de Toluca, coincide con el área identificada como asentamientos matlatzincas en los documentos históricos. En el este y el sur de la región se distribuye otro complejo cerámico con características más elementales y burdas, conformado por tan sólo cuatro formas cerámicas sin decoración, que son cajetes con o sin boca restringida, ollas y comales. Quizá, la única técnica de decoración consiste en la aplicación de un engobe muy diluido de color rojizo en algunas vasijas y comales. La presencia de dicho grupo cerámico coincide con la zona donde se encuentra el otomí desde tiempo atrás hasta el presente [Pérez Rocha, 1982; Sugiura, 1998a, 2005a]. El norte y noroeste del valle de Toluca se distinguen por la presencia de otro complejo cerámico, el cual parece tener más relación con el del valle de Ixtlahuaca o de la zona de Temascalcingo y Acambay, zona que coincide con la presencia del grupo mazahua-otomí. Dicho complejo se distingue por la decoración con motivos geométricos bícromos en rojo sobre crema y por la policromía en colores naranja salmonado, blanco cremoso y rojo claro. Entre las formas se encuentran cajetes curvo-convergentes sin soportes, cajetes con soportes trípodes

cónicos, semiesféricos o con pared divergente trípode, ollas y cántaros con asas, así como pipas [Sugiura 1998a, 2005a].

Así, en tiempos posteriores al 900 dC, con la conformación multiétnica, el valle de Toluca entra en una nueva etapa histórica.

## BIBLIOGRAFÍA

**Caballero, Margarita et al.**

2002 "Santa Cruz Atizapán: A 22-ka Lake Level Record and Climatic Implications for the Late Holocene Human Occupation in the Upper Lerma Basin, Central México", en *PALAEO*, núm. 186, pp. 217-235.

**Chang, K. C.**

1972 *Settlement Patterns in Archaeology*, Module in Anthropology 24, Massachusetts, Addison-Wesley, pp. 1-26.

**Clarke D. L.**

1968 *Analytical Archaeology*, Londres, Methuen.

1977 "Spatial Information in Archaeology", en Clark, D. L. (ed.), *Spatial Archaeology*, Nueva York, Academic Press, pp. 1-31.

**Covarrubias García, Mariana**

2003 *Arquitectura de un sitio lacustre del valle de Toluca desde finales del Clásico y durante el Epiclásico (550-900 d.C.). Una reconstrucción de las estructuras públicas del montículo 20 de Santa Cruz Atizapán*, Tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH.

2009 "El sistema constructivo en Santa Cruz Atizapán a través de los siglos", en Sugiura, Yoko (ed.), *La gente de la ciénega en tiempos antiguos: la historia de Santa Cruz Atizapán*, México, El Colegio Mexiquense, pp. 145-162.

**García Payón, José**

1936 *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca*, México, SEP, Departamento de Monumentos.

1974 *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los Matlatzincas*, México Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

1981 *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los Matlatzincas* (Ilustraciones, tablas y planos de la segunda parte), México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

**Gathercole, P.**

1972 "The Study of Settlement Patterns in Polynesia", en Ucko P. J, R. Tringham y G. W. Dimbleby (eds.), *Man, Settlement and Urbanism*, Michigan, Schenkman Publishing Company, pp. 55-60.

**González de la Vara, Fernán**

1998 "Historia prehispánica del valle de Toluca", en Sugiura, Yoko (coord.), *Historia General del Estado de México*, t. I, Arqueología, Toluca, Gobierno del Estado de México y El Colegio Mexiquense, pp. 163-198.

1999 *El valle de Toluca hasta la caída de Teotihuacan*, México, INAH.

**Hodder, Ian**

1979 "Economic and Social Stress and Material Culture Patterning", en *American Antiquity*, vol. 44, núm.3, pp. 446-454.

**Hodder, I. y Orton, C.**

1976 *Spatial Análisis in Archaeology*, Londres, Cambridge University Press.

**Kabata, Shigeru**

2009 "El abastecimiento y la industria de obsidiana en Santa Cruz Atizapán", en Sugiura, Yoko (ed.), *La gente de la ciénega en tiempos antiguos: la historia de Santa Cruz Atizapán*, México, El Colegio Mexiquense, pp. 243-260.

**Lozano, Socorro et al.**

2009 "El paisaje lacustre del valle de Toluca. Su historia y efectos sobre la vida humana" en Sugiura, Yoko (ed.), *La gente de la ciénega en tiempos antiguos: la historia de Santa Cruz Atizapán*, México, El Colegio Mexiquense-UNAM, pp. 43-61.

**Parsons, J. R.**

1972 "Archaeological Settlements Patterns", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 1, pp. 127-150.

**Pérez Rocha, Emma**

1982 *La Tierra y el hombre: en la Villa de Tacaba durante la época colonial*, México, INAH.

**Piña Chan, Román**

1972 *Teotenango, primer informe de exploraciones arqueológicas*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Dirección de Turismo.

1973 *Teotenango, segundo informe de exploraciones arqueológicas*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Dirección de Turismo.

1975 *Teotenango: el antiguo lugar de la muralla*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Dirección de Turismo.

**Quezada, Noemí**

1972 *Los matlatzincas, época prehispánica y época colonial hasta 1650*, México, UNAM.

**Rouse, I.**

1972 "Settlement Patterns in Archaeology", en Ucko P. J., R. Tringham y G. W. Dimbleby (eds.), *Man, Settlement and Urbanism*, Michigan, Schenkman Publishing Company, pp. 95-107.

**Ruppé, R. J.**

1966 "The Archaeological Survey: Defense", en *American Antiquity*, vol. 31, núm. 1, pp. 313-333.

**Steward, J. H.**

1937 "Ecological Aspects of Southwestern Society", en *Anthropos*, núm. 32, pp. 87-104.

**Struever, S.**

1968 "Problems, Methods and Organization: A Disparity in the Growth of Archaeology", en *Anthropological Archaeology in the Americas*, California, Anthropology Society of Washington, pp. 131-151.

**Sugiura, Yoko**

1976 "Ceramics of Ojo de Agua and Their Relationship with Teotihuacan", Saint Louis Missouri, Ponencia presentada en 51<sup>st</sup> Annual Meeting for SAA.

1977 *Proyecto arqueológico preliminar del valle de Toluca*, Presentado al Consejo de Arqueología, México, INAH.

- 1979 *El Proyecto Arqueológico del valle de Toluca*", Presentado al Consejo de Arqueología, México, INAH.
- 1981 "Cerámica de Ojo de Agua, Estado de México y sus posibles relaciones con Teotihuacan", en *Interacción Cultural en el México Central*, México, IIA-UNAM.
- 1991 "En torno a los problemas étnicos en la arqueología regional: la cuenca del Alto Lerma en el Posclásico", en *Anales de Antropología*, núm. 28, pp. 241-270.
- 1993 "El ocaso de las ciudades y los movimientos poblacionales en el Altiplano Central", en *El poblamiento de México: El México Prehispánico*, t. I, México, Secretaría de Gobernación- CONAPO- Grupo Azabache, pp. 190-214.
- 1996 "El Epiclásico y el problema del Coyotlatelco vistos desde el valle de Toluca", en Mastache, Alba Guadalupe, Jeffrey R. Parsons, Richard S. Santley y Maricarmen Serra Puche (coords.), *Arqueología Mesoamericana: Homenaje a William T. Sanders*, México, Conaculta-INAH, pp. 233-256.
- 1998a "Desarrollo histórico del valle de Toluca antes de la conquista española: proceso de conformación pluriétnica", en *Estudios de cultura otopame*, núm. 1, pp. 99-122.
- 1998b "El valle de Toluca después del ocaso del estado teotihuacano: El Epiclásico y el Posclásico", en Sugiura, Yoko (coord.), *Historia General del Estado de México*, Tomo I, Arqueología, Toluca, Gobierno del Estado de México y El Colegio Mexiquense, pp. 199-259.
- 1998c *La caza, la pesca y la recolección. Etnoarqueología del modo de subsistencia lacustre en las ciénegas del Alto Lerma*, México, IIA-UNAM.
- 2005a "Reacomodo demográfico y configuración multiétnica en el valle de Toluca durante el Posclásico: una propuesta desde arqueología", en Manzanilla, Linda (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el Centro de México*, México, IIA-UNAM, pp. 175-202.
- 2005b "El hombre y la región lacustre en el valle de Toluca: procesos de adaptación en los tiempos prehispánicos", en Vargas Pacheco, Ernesto (ed.), *IV Coloquio Padro Bosch Gimpera: Arqueología mexicana*, t. 1, México, IIA-UNAM, pp. 303-330.
- 2005c *Y detrás quedó las ciudad de los dioses. Historia de los asentamientos en el valle de Toluca*, México, IIA-UNAM.
- 2006 "¿Continuidad o discontinuidad entre la cerámica teotihuacana y el Coyotlatelco?: una reflexión desde el valle de Toluca", en Solar, Laura (ed.), *El fenómeno Coyotlatelco en el Centro de México: tiempo, espacio y significado: Memoria del Primer Seminario-Taller sobre Problemas Regionales*, México, INAH-Conaculta, pp. 127-162.
- 2009 "La biografía de un proyecto: Santa Cruz Atizapán, Estado de México", en Sugiura, Yoko (ed.), *La gente de la ciénega en tiempos antiguos: la historia de Santa Cruz Atizapán*, México, El Colegio Mexiquense, pp. 13-21.
- En prensa a "Reflexiones en torno a los problemas del Epiclásico y el Coyotlatelco", en *Memoria de la Mesa Redonda: La cerámica del Bajío y regiones aledañas en el Epiclásico: cronología e interacciones*, México, CEMCA-INAH-COLMICH.
- En prensa b "Innovaciones y proceso técnico de producción alfarera en el valle de Toluca: etnoarqueología e implicaciones para la arqueología", en *Memorias*

*del XXIX Coloquio de Antropología e Historia Regionales, Mesoamérica, debates y perspectivas*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

**Sugiura, Yoko et al.**

En prensa "Transformaciones del paisaje lacustre: el caso de Santa Cruz Atizapán, Cuenca del Alto Lerma, México Central", en Ortiz, Edith y Rodrigo Liendo (eds.), *Lugar, espacio y paisaje en Arqueología: Mesoamérica y otras áreas culturales*, México, IIA-UNAM.

**Sugiura, Yoko y Emily McClung de Tapia**

1990 "Algunas consideraciones sobre el uso prehispánico de recursos vegetales en la cuenca del Alto Lerma", en *Anales de Antropología*, núm. XXV, pp. 111-126.

**Sugiura, Yoko y Omar Silis**

2009 "Figurillas, adornos de braseros, pesas de red y su significado en el ritual lacustre de Santa Cruz Atizapán", en Sugiura, Yoko (ed.), *La gente de la ciénega en tiempos antiguos: la historia de Santa Cruz Atizapán*, México, El Colegio Mexiquense, pp. 261-283.

**Trigger, Bruce G.**

1967 "Settlement Archaeology: Its Goals and Promises", en *American Antiquity*, vol. 32, núm. 2, pp. 149-160.

**Vargas Pacheco, Ernesto**

1978 *Transición del Clásico al Postclásico a través de Ojo de Agua y Teotenango*, Tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH.

1980 "Consideraciones sobre Teotenango y Ojo de Agua, Estado de México", en *Anales de Antropología*, t. I, vol. XVII, pp. 53-68.

**Willey, G. R.**

1953 *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Perú*, Washington, Bureau of American Ethnology, Bulletin 155.

**Zepeda Valverde, Elizabeth.**

2009 *Análisis del grupo cerámico Patrón de pulimento en el sitio Santa Cruz Atizapán, Estado de México*, Tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH.



# Espacio, tiempo y asentamientos en el Valle del Mezquital: un enfoque comparativo con los desarrollos de William T. Sanders

Fernando López Aguilar

Patricia Fournier

Escuela Nacional de Antropología e Historia

**RESUMEN:** *El enfoque y el modelo metodológico aplicado por William T. Sanders a la cuenca de México y aplicado al Valle del Mezquital, han permitido conocer algunas dinámicas socioculturales y el tipo de población que pudo haberse establecido en diferentes periodos de tiempo en esta región. En el Preclásico existieron pequeños asentamientos con influencia Chupicuaro y Ticoman, pero, aparentemente, la región se encontraba despoblada; durante el periodo Clásico se inició el poblamiento en el noroccidente por los grupos Xajay, con posibles herencias de Chupicuaro-Mixtlan, mientras que los grupos de filiación teotihuacana, posiblemente accediendo por el sureste del Valle, fundaron cabeceras en las inmediaciones de Tula. Para el periodo Epiclásico se abandonaron los sitios teotihuacanos y se desarrollaron sistemas autónomos vinculados con Coyotlatelco, mientras que los asentamientos Xajay permanecieron ocupados, en especial sus centros cívico-ceremoniales. En este momento se inició el poblamiento de la región árida a partir del río Tula, aunque el valle no parece haber sido densamente poblado. Con el surgimiento de la ciudad de Tula se dio un incremento poblacional en el valle que ocupó la cabecera, mientras que en el resto de la región bajó la densidad de la población, concentrándose en núcleos de asentamiento específicos. En el Posclásico Tardío la región es dominada por la Triple Alianza, se observa un fuerte incremento poblacional con la ocupación de todo el Valle mediante sistemas de asentamiento dispersos y centros ceremoniales en las cimas de los cerros. La presencia del grupo etnobiológico otomí, en estas dinámicas, es evidente desde el Epiclásico.*

**ABSTRACT:** *The application in the Mezquital Valley of the theoretical and methodological model applied by William T. Sanders in the basin of Mexico has allowed us to learn about some of the socio-cultural dynamics and the types of settlements that could have been established in different time periods in this region. In the pre-classic there were small settlements with Chupicuaro and Ticoman influence, but, apparently, the Mezquital was a region sparsely populated. The settlement of the north-west began during the Classic period by Xajay groups with possible Chupicuaro-Mixtlan connections, while groups with Teotihuacan affiliation, possibly entering from the southeast, founded towns in the vicinity of Tula. By the Epiclassic period the Teotihuacan sites were abandoned and autonomous systems linked with the Coyotlateclo sphere were developed, while the Xajay settlements remained occupied especially their civic-ceremonial centers. At this*



*time, the settlement of the dry region beyond the Tula River was begun even though the valley does not appear to have been densely populated. With the rise of Tula there was an increase in the population of the valley zone that it occupied while in the rest of the region the population density decreased concentrating in specific core villages. In the Post-classic the region is dominated by the Triple Alliance and a strong population increase is observed throughout the valley through systems of disperse settlements and ceremonial centers on hilltops. The presence of the Otomi ethno-biological group in these dynamics is evident starting during the Epiclassic.*

**PALABRAS CLAVE:** Valle del Mezquital, otomíes, sistema de asentamientos precolombino, altepetl

**KEY WORDS:** Mezquital Valley, Otomi, Pre-Columbian settlement system, altepetl

## PROLEGÓMENO

Aunque no fuimos directamente estudiantes del doctor William T. Sanders, nos constituimos desde nuestros tiempos de estudiantes de licenciatura, en la ENAH, en ávidos lectores de obras de gran trascendencia en la investigación arqueológica de México; citamos, por ejemplo, la conocida coloquialmente como la “Biblia Verde”, *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, que desarrolló en conjunto con Santley y Parsons [Sanders et al., 1979], *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization* en coautoría con Babara Price [Sanders y Price, 1968], además de la serie de volúmenes que coordinó Sanders del “Teotihuacan Valley Project” [v. Sanders, 1994-2000], entre otros.

Sanders fue un generoso investigador, pues entre sus múltiples amabilidades, a través de Thomas H. Charlton, nos hizo llegar precisamente los volúmenes de ese afamado proyecto que supervisó en Teotihuacan. En varios eventos académicos nacionales, y en Estados Unidos de América, tuvimos la oportunidad de establecer un diálogo constructivo con Sanders, quien, firme en sus postulados, nos habló en varias ocasiones de que Teotihuacan debería haber sido la sede de un estado nahua. Ante ello, nos atrevimos a preguntarle algo que era de nuestro interés básico debido a las investigaciones que desde 1985 iniciamos en el Valle del Mezquital y, de manera franca, surgió en charlas sumamente productivas una pregunta que le formulamos: ¿doctor Sanders, y dónde quedan entonces los otomíes?

Pasados varios años a lo largo de los cuales no sólo Sanders fue un atento escucha de ponencias y conferencias que presentamos, sino que le entregamos copias de algunas de nuestras modestas publicaciones y nos felicitó por nuestros estudios, en el seno nuevamente de foros académicos, Bill —que mediante los nexos establecidos propició tutearlo— mencionó, en breve aunque categóricamente, que consideraba que en el estado multiétni-

co teotihuacano una fuerza dominante debió ser de filiación nahua, además de que los otomíes fueron un importante componente poblacional de ese estado precolombino, aspecto que eventualmente registró en publicaciones [v. Sanders, 2006:184].

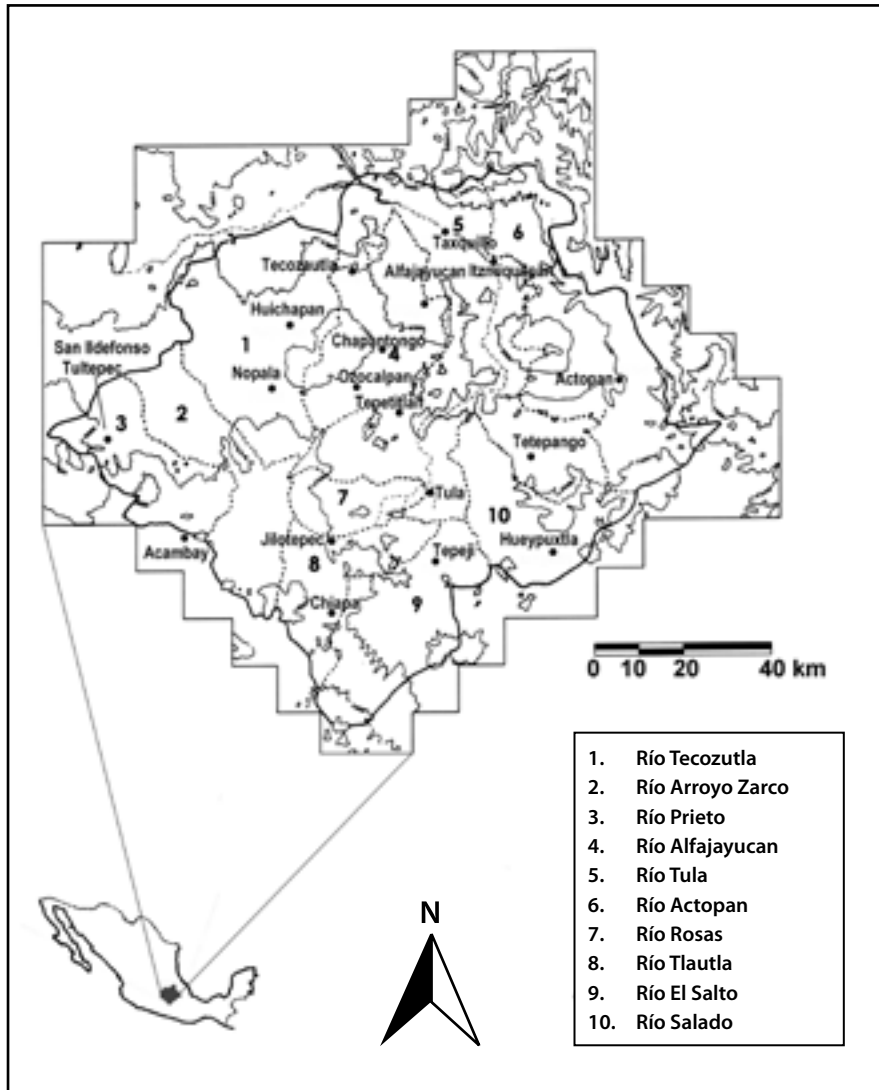
Sin duda, esos planteamientos, que ya en el siglo XXI elaboró Sanders, fueron música para nuestros oídos. En este ensayo pretendemos mostrar que la recuperación de múltiples planteamientos de William T. Sanders respecto a los procesos de desarrollo cultural en la cuenca de México, son de amplia aplicabilidad para regiones periféricas como el Valle del Mezquital.

### LA ZONA OTOMÍ DEL VALLE DEL MEZQUITAL

El Valle del Mezquital (Figura 1) cubre más de 7,000 km<sup>2</sup> en el límite septentrional mesoamericano. Su delimitación se basa en aspectos culturales, históricos y ecológicos con énfasis en los hidrológicos, es decir, en la localización de los parteaguas de las subcuencas de los cauces afluentes del río Tula y San Juan (los ríos Alfajayucan, Arroyo Zarco, Rosas, Salado, Tecozautla, Tlautla, Actopan y Tula) [v. Arellano Zavaleta, 1970:139-150; López Aguilar, 1993]. La región forma parte del altiplano central mexicano, dentro de la provincia fisiográfica de la meseta neovolcánica. Comprende el occidente del estado de Hidalgo, parte del norte del Estado de México y una limitada zona del sureste del estado de Querétaro [v. López Aguilar, *op. cit.*; López *et al.*, 1988:103].

En el Valle se han practicado investigaciones arqueológicas de diferentes escalas, en particular, destacamos la prospección de nivel regional, símil de la encabezada por Sanders en la cuenca de México [Sanders *et al.*, 1979], con recorridos de superficie con cubrimiento total campo por campo en amplias zonas, combinada con reconocimientos por medio de informantes, al igual que búsquedas puntuales con base en diferentes estrategias, con la colecta de materiales cerámicos, líticos, macrológicos, etc. En ese aspecto, uno de los principales problemas con los que se enfrentó fue que a raíz del desarrollo de los sistemas de riego derivados del río Tula, se destruyeron prácticamente todas las evidencias arqueológicas en las planicies de Ixmiquilpan, Actopan, Mixquiahuala, Tula, Tlahuelilpan y Ajacuba, lo cual reduce significativamente el conocimiento de los sistemas de asentamiento para las diferentes épocas. También se realizaron excavaciones controladas en sitios representativos de varias de las etapas de ocupación precolombina, seleccionados con la finalidad de resolver problemas específicos de investigación, así como el acopio de información etnográfica, etnohistórica, arqueoastronómica y etnoarqueológica [Fournier, 2007; Fournier y Bolaños,

**Figura 1.**  
**El Valle del Mezquital**



Fuente: Fournier [2007:14].

2000, 2007; Fournier *et al.*, 1996, 2001; Fournier y Castillo, 2004; Fournier y Cervantes, 1997, 1998; Fournier y Chávez, 2002, 2003; López Aguilar y Vilanova, 2008; López Aguilar *et al.*, 1998].

Como extensión austral de la provincia del desierto chihuahuense, la vegetación se puede dividir por zonas: la correspondiente a bosques de pino y encino en las sierras y serranías intermedias; la del semidesierto y la del llamado Mezquital Árido en las planicies, además, existen áreas con clima tropical por la humedad de los ríos y el efecto de inversión térmica que se produce en barrancas y encañonamientos.

En los contextos arqueológicos, en muestras de adobes y tierra, se identifican especies como ahuehuete (*Taxodium mucronatum*), pino (*Pinus sp.*), sauce (*Salix*), ciprés (*Cupressus*), encino (*Quercus*), mezquite (*Prosopis*), maguey (*Agave sp.*), nopal (*Opuntia*), huizache (*Acacia*), cardón (*Ilex* o *Lemnaireocereus*), biznagas (*Echinofossulocactus*), yuca o palma (*Yucca*), heno (*Typha*), huapilla (*Hechita*), cucharilla (*Dasyiirion*), uña de gato (*Mimosa*), zacate (*Setaria* o *Muhlenbergia macroura*), chipil (*Crotalaria*), pasto de agua (*Potamogeton pusilus*) y tule (*Scirpus* o *Typha*), así como de la familia de las *Compositae* (posiblemente jarilla o limpia tuna). Asimismo, aparecen plantas cultivadas como el maíz cónico (*Zea mays*), frijol (*Phaseolous sp.*), calabaza (*Cucurbita moschata*), tomate de bolsa (*Physalis*), cacahuete (*Arachis hypogea*), posiblemente capulín (*Phicus sp.*), al igual que especies de la familia de las *Moraceae* y de las *Solanácea*, tal vez la papa cimarrona. De igual forma, están representadas otras cuya obtención pudo ocurrir mediante recolecta o cultivo, por ejemplo, el chile (*Capsicum sp.*), la chía (*Salvia*), la verdolaga (*Portulaca oleracea*) y el girasol (*Helianthus annuus*), a las que se agregan otras de la familia de las *Amaranthaceae* como el amaranto, huautli (*Amaranthus leucocarpus*), quelite (*Amaranthus hybridus*) y epazote o huauzontle (*Chenopodium*) [Álvarez del Castillo, 2007; González Quintero, 1999; Morett, s.f.:222-233; Rodríguez López, 2009; Sánchez y Morett, s.f.:144-154; Xelhuantzi y González Iturbe, 2008:214-221].

En la época prehispánica las poblaciones humanas del Valle del Mezquital habían generado un aprovechamiento eficiente del ambiente físico en toda la región, a partir de una economía que se basaba en el aprovechamiento de los gradientes del ecosistema por medio de diversos tipos de prácticas agrícolas con sistemas de terracedo e incluso de irrigación (al menos en la subregión de Tula), utilización de lloraderos y manantiales locales para huertas familiares, recolecta de abundantes productos estacionales como el piñón, la flor y el fruto del garambullo, la flor de la palma, el fruto de mezquite, tunas y nopales de diversos tipos, así como la explotación intensiva del maguey. Este sistema agrícola se complementaba con la recolección de diversos tipos de insectos comestibles que proliferaban de

forma estacional, así como con los productos de los diversos sistemas de caza; en las fuentes etnohistóricas se destaca que estas actividades se realizaban de forma colectiva [Torquemada, 1975:366-367].

En la Matrícula de Tributos se registra para todas las cabeceras del Posclásico Tardío de la región otomí del Valle del Mezquital, la tributación de mantas de algodón de diversas calidades y los productos de la fibra de algodón son mencionados de forma reiterada para Actopan y otras cabeceras en las fuentes históricas [González de Cossío, 1952:90-91], aunque en documentos como los *Papeles de la Nueva España* [Paso y Troncoso, 1905:125-126] se señala que solamente en la tierra de riego se sembraba algodón y chile. Este fue un tema de debate, pues algunos autores, pensando que el medio ambiente desértico no permitía el cultivo de algodón y apoyándose en otras fuentes, consideraron que era un producto de importación de las regiones tropicales vecinas, en especial de los rumbos de Metztlán [Mendizábal, 1947:43]. Sin embargo, tanto el algodón como el tabaco tienen factibilidad de cultivo en la zona de las barrancas al crearse en ellas un microambiente cálido húmedo, en especial en aquellas que se encuentran en la parte norte del Valle del Mezquital, tanto en los encañonamientos del río Tula al poniente de Taxquillo, como en las grandes barrancas que se encuentran en la Sierra Juárez y que vierten sus aguas hacia el río Amajac, en el municipio actual de Nicolás Flores, donde en el siglo xvii los jesuitas fundaron el trapiche de Quetzalapa para la producción de caña de azúcar [López Aguilar, 2005:296]. Un caso contrario es el del cacao (*Teobroma cacao*), para el cual, a pesar de que se ha encontrado en contextos arqueológicos [González Quintero, 1999] y tener gran importancia en las festividades y en los ritos actuales, no existe evidencia de que haya sido cultivado en la región y hasta hace unos años se traía de Zacapu, Michoacán.<sup>1</sup>

En general, el paisaje se ha mostrado sin grandes cambios desde la época prehispánica y tal vez su fluctuación sólo tuvo que ver con pequeñas variaciones en la distribución local de las especies. Algunos autores proponen que posiblemente desde el Posclásico Temprano la región fue severamente afectada por procesos erosivos y se iniciaron tendencias hacia la desertificación [Cook, 1989:37-41; Melville, 1990:27, 48-49]. La evidencia arqueológica e histórica sugiere lo contrario, pues al parecer los grandes procesos de deforestación y erosión se dieron a partir del siglo xvi por un conjunto de factores concurrentes, entre los que se incluye la *plaga de ovejas* [Melville, 1994],

<sup>1</sup> En el caso de la región purepécha, los valles fértiles con abundancia de agua, como la cuenca de Pátzcuaro, eran propicios para cultivos tropicales, por ejemplo, el cacao; durante el periodo Colonial Temprano existían huertas de cacao en Huricho y en Apatzingan se cultivaba desde la época precolombina [Castro Gutiérrez, 2004:10, 44, 70].

la rápida aceptación del ganado menor por parte de las comunidades cuyos integrantes habían sufrido un dramático colapso demográfico a causa de plagas y pestilencias, el desarrollo de la ganadería por las encomiendas y haciendas y la deforestación de la cubierta de bosque de pino y encino para el abasto de carbón necesario para la minería y para la ampliación de las tierras destinadas al ganado y al cultivo [v. Fournier y Mondragón, 2003; López Aguilar, 2005:108-109; McCaa, 1995].

## TULA EN EL MEZQUITAL VERDE

Una de las unidades sociopolíticas que se ha asumido tuvo mayor impacto en el centro de México durante el Posclásico Temprano tuvo su sede en el sur del Valle del Mezquital: Tula, un sitio que llamó la atención de los investigadores desde los albores de la arqueología como ciencia. Correspondió a Antonio García Cubas [1874:340-359] realizar un primer informe para la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, donde destacó, con base en la lectura de las fuentes, que los toltecas fueron los primeros habitantes del continente americano y que fueron el poder que logró el nivel de desarrollo de la civilización en la época prehispánica; además, realizó las primeras descripciones del sitio y de las piezas de escultura que tenía un coleccionista privado. A partir de este informe, Désiré Charnay [1887:75-127] efectuó las primeras exploraciones en el sitio para asociarlo con el proceso civilizatorio de Quetzalcóatl, con la Tula de las fuentes y con “los más civilizados de los grupos chichimecas, las tribus nahuas”. Esta idea se mantuvo en el imaginario de los investigadores hasta que fue sometida a debate a partir de inicios del siglo xx, cuando se pensaba que la Tula de las fuentes era Teotihuacan, en una postura que defendió Enrique Juan Palacios [Palacios, 1941:113-134] en la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología que se celebró en 1940<sup>2</sup> dedicada al problema de Tula. La posición de Palacios no era de extrañarse, ya que desde 1920, y en conjunto con Mendizábal [1920], había encontrado en las fuentes etnohistóricas datos suficientes para sustentar que la metrópoli precolombina de Teotihuacan era a la que en los documentos se refería con el nombre de Tula.

Según Wigberto Jiménez Moreno [1941:83], hacia 1930 Walter Krickeberg mantenía la idea de que los toltecas históricos fueron los representantes de una antigua cultura nahua, y afirma que, en 1934 y desde el Museo Nacional,

<sup>2</sup> En las discusiones participaron Jorge R. Acosta (quien entonces efectuaba excavaciones en Tula, Hidalgo), Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Isabel Kelly, Paul Kirchhoff, Miguel Othón de Mendizábal, Ignacio Marquina, Eduardo Noguera, Enrique Juan Palacios y Eric Thompson.

se propuso la identificación de Tula, Hidalgo, con la Tula de las tradiciones. Alfonso Caso [1941:85-95], para responder a las preguntas ¿dónde estaba Tula, cuándo floreció, quiénes eran los toltecas? partió de una postura crítica y desde datos arqueológicos, “literarios” y etnográficos diferenció entre la historia, el mito y el complejo arqueológico tolteca. En el nivel cronológico señalaba que la cerámica Mazapan tenía tres etapas, la más antigua asociada con los últimos niveles de Teotihuacán (fase V, año 900), la media, sin Teotihuacán y sin Azteca, la época de Quetzalcóatl y del gran florecimiento de Tula (años 950-1100) y la última asociada con la cerámica Azteca I<sup>3</sup> y II “Negro sobre Anaranjado” (año 1224).

Respecto la composición poblacional de Tula, se ha interpretado que el grupo dominante era de filiación nahua y otro otomiano, de lengua diferente que pertenecía al tronco otomangué, correspondía a los nonoalca, que significa *los mudos*. Jiménez Moreno [1942:136-137] fundamenta estos planteamientos al registrar que: “... en Tula había, al lado de los *tolteca-chichimeca* —indudablemente nahuas—, otras gentes de origen no-nahua, las cuales... se distinguían por su especial devoción al dios Quetzalcóatl y por una manera peculiar de raparse el pelo...”, individuos que, según este investigador, estaban conectados con Teotihuacan III<sup>4</sup> y, al parecer, eran “supervivientes de la antigua población de cultura teotihuacana”. Adicionalmente, y retomando a Kirchhoff [1940], Jiménez Moreno [*op. cit.*:139], detalla que: “Los nonoalcas parecen identificarse con los mazateco-popolocas, parcialmente nahuatizados, y haber sido... los últimos representantes de la cultura teotihuacana, especialmente en la época Teotihuacan IV-V”, la del decaimiento de la urbe y la asociada con la tradición epiclásica Coyotlatelco.

En lo que toca a trabajos de campo, José Reygadas Vértiz y Enrique Díaz Lozano realizaron, en 1923, un reconocimiento en Tula y sus alrededores; posteriormente, Francisco Mújica y Diez Bonilla, considerado como un gran dibujante de sitios y objetos arqueológicos,<sup>5</sup> realizó un reconocimiento en Tula, y en 1934 llevó al Museo Nacional de Arqueología un grupo de monolitos [Jiménez Moreno, 1941:83].

Por otro lado, Jorge R. Acosta, antes del debate que surge en la Primera Reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología “Tula y los Toltecas”, inició exploraciones en Tula [Acosta, 1940:172-194], y

<sup>3</sup> Recientes fechamientos de radiocarbono para el sur de la cuenca de México, evidencian que la cerámica Azteca I Negro sobre Anaranjado es, en gran medida, coetánea con el apogeo de Tula [Parsons *et al.*, 1996].

<sup>4</sup> Esta etapa abarca el esplendor de la Ciudad de los Dioses [Müller, 1978].

<sup>5</sup> Recientemente se compilaron parte de los dibujos que ejecutó este artista argentino [Schávelzon y Tomasi, 2005].

ya para la décima temporada de campo, en 1954, efectuó exploraciones de las estructuras piramidales del Cerro del Tesoro en las inmediaciones del Salitre, además realizó inspecciones en zonas como la de Ajacuba y excavaciones en el cementerio de Mixquiahuala, continuando los trabajos en Tula hasta la década de los sesenta [v. Acosta, 1941, 1944, 1945, 1956, 1956-1957, 1957, 1960, 1964].

Por su parte, en 1942 Antonieta Espejo [1976] llevó a cabo exploraciones arqueológicas en la gruta de Binola, en el embalse de la presa Endó. Por esas fechas, Carmen Cook de Leonard [1956-1957] excavó en Tepeji del Río y localizó ocupaciones del Preclásico, finalmente, en la década de los setenta se desarrolló un estudio interdisciplinario en la región de Tula que intentaba recuperar los estudios integrales desarrollados por Manuel Gamio en Teotihuacan en 1917, proyecto dirigido por Eduardo Matos del INAH y del cual derivaron investigaciones en Chingú, en Ajacuba además de prospecciones y excavaciones en la región de Tula [de Vega y Díaz, 1976; Díaz, 1980; Matos, 1974, 1976; Mastache y Crespo, 1974]. Cabe destacar que, paralela y complementariamente, la Universidad de Missouri inició un proyecto en la zona arqueológica de Tula y sus inmediaciones [Diehl, 1974, 1983], que fue la base para ulteriores estudios [v. Mastache *et al.*, 2002].

## ARQUEO-HISTORIOGRAFÍA DEL VALLE DEL MEZQUITAL

El Mezquital ha sido asiento del grupo etnobiológico y lingüístico otomí, cuya profundidad ocupacional en la región y su desarrollo hemos investigado a lo largo de cerca de cinco lustros, buscando recuperar el olvido del que ha sido objeto por parte de la arqueología del centro de México. Es notorio que las investigaciones arqueológicas en ese valle hayan puesto énfasis en el sitio de Tula y regiones circunvecinas y que se enfocaran hacia una perspectiva en la que lo nahua predomina sobre lo otomí. Fue Roberto J. Weitlaner quien, en el ambiente de la Primera Mesa Redonda de la SMA y desde su perspectiva disciplinaria, destacó que al eliminar a los nahuas del mapa lingüístico generado por la información de la Historia Tolteca-Chichimeca [Kirchhoff *et al.*, 1989], se evidencia su llegada tardía al centro de México y se obtiene la perspectiva de los grupos precedentes, su extensión geográfica y las relaciones que pudieron sostener. Resaltó, así, al otomí y las lenguas otomangues como un sustrato anterior al tolteca [Weitlaner, 1941:249].

Según nuestros estudios, que iniciaron formalmente en 1985, la cronología precolombina del Valle del Mezquital abarca desde el Formativo hasta el Posclásico, aunque se han hecho investigaciones que comprenden los



periodos colonial y republicano. En etapas tempranas la región estaba poco poblada, dejando amplios territorios vacantes, aunque hay una presencia ocupacional que data del Formativo Terminal asociada con tradiciones de las fases Ticomán a Tzacualli y Miccaotli de la cuenca de México, al igual que, conforme a algunas interpretaciones,<sup>6</sup> con la región del Lerma medio de las fases Chupícuaro y Mixtlan (ca. 500 aC-250 dC) [v. Darras, 2006; Saint Charles *et al.*, 2005]. Desde una perspectiva más amplia es factible suponer que estas presencias se asocian, por un lado, con la ocupación Chupícuaro del Cerro de la Cruz, Querétaro, en San Juan del Río y, por el otro, con el poblamiento de la ribera norte de la cuenca de México, desde donde se introdujeron sobre territorios despoblados.

Chupícuaro, ubicado a unos 100 km al oeste del Cerro de la Cruz, tal vez generó una pequeña ocupación tardía en ese lugar, dejando evidencia de pequeñas construcciones y ofrendas. Cabe la posibilidad de que desde la zona donde se ubican asentamientos como Cerro de la Cruz también provinieran algunos grupos herederos de los Chupícuaro-Mixtlan asentándose en el Mezquital [v. Darras, 2006; Nalda, 1975; Saint-Charles y Argüelles, 1991:68-77]. Por su parte, Carmen Cook de Leonard [1956-1957:39] encontró enterramientos con ofrendas vinculadas con materiales Chupícuaro y Ticomán en Tepeji del Río, sitio que podría constituir un pequeño asentamiento de esa época. Esto parece indicar que el ámbito de las interacciones en este periodo se dieron al occidente del Valle del Mezquital, pues también se han localizado materiales del Fomartivo en Pahñú, Zethé, en el abrigo rocoso de La Vero en Tecozautla [López Aguilar y Fournier, 1992a], mientras que es escasa la presencia de esa clase de materiales en el sitio de Peña Cerritos, en Santuario de Mapethé, y en Peña Actopan [López Aguilar y Trinidad, 1987].

Asumimos que antes del apogeo del Clásico en la cuenca de México, los territorios del Mezquital ya eran conocidos por grupos de Teotihuacan, de manera que se fincaron las zonas vacantes, tal vez mediante un proceso de segmentación de linajes desde la Ciudad de los Dioses con pobladores que, muy probablemente, incluían a sujetos de filiación otópame.

Es posible que los asentamientos Xajay de la sub región de Huichapan, que datan del periodo Clásico, se relacionen con un desplazamiento de grupos vinculados con los Chupícuaro y Mixtlan, ya asentados en lugares como el Cerro de la Cruz. El proceso pudo darse, también, por segmentación de linajes y como consecuencia de posibles limitantes ambientales en

<sup>6</sup> Darras [2006:77] reporta la presencia de materiales cerámicos Chupícuaro o afiliados a esa tradición en la región de Tula, Atitalaquia y Tepeji del Río.

el valle de Acámbaro, algo acorde con modelos aplicados por Sanders y sus colaboradores para la cuenca de México [Sanders *et al.*, 1979]. Así, se configuraron dos polos culturales distintos desde fines del Preclásico. Por un lado, los grupos del norte-centro de Michoacán y sur de Guanajuato y, por otro, los de la cuenca de México; es factible que estas interacciones se resolvieran mediante la configuración de una frontera cuyas características aún están por definir.

Es difícil averiguar la naturaleza de la transición hacia las ocupaciones del periodo Clásico, ya que es muy probable que los sitios de la cultura que hemos denominado Xajay, en especial el Pahñú y el Zethé para su etapa ocupacional más antigua, tengan un papel importante en la solución de este dilema. Ambos asentamientos tienen una ocupación inicial que originalmente fue fechada en 512 a 600 dC por paleomagnetismo<sup>7</sup> [López Aguilar y Morett, s.f.], aunque también se han obtenido fechas de C14 que ubican las primeras evidencias arquitectónicas de estos sitios en 327 o (380, 385) 443 dC [De los Ríos, 2002]. Para el caso del Zethé, se trata de pequeñas plataformas, mientras que el centro cívico-ceremonial del Pahñú tenía una pequeña plaza con un palacio localizado al oriente y la pirámide principal al norte, sobre el borde de la mesa donde se localiza el sitio. El patrón de distribución de los centros cívico-ceremoniales podría tener una orientación fundamentada en aspectos cosmovisionales, con una disposición en el paisaje de forma triangular (Zidada, Zethé y Pahñú). Los sectores cívico-ceremoniales se ubicaban en mesas, mientras que el conjunto de la población y las milpas se encontraban dispersas en los valles relativamente áridos.

La subestructura del edificio principal del Pahñú tiene una arquitectura especial que, al parecer, no se encuentra representada en ningún otro sitio de Mesoamérica. Ubicado en el borde de la plaza y con una orientación de 10° 27' al oeste del norte, indica una disposición tal, que el sol sale perpendicular a la fachada entre los días 13 y 14 de abril, lo que la puede hacer miembro de la familia de orientaciones conocida como Cocijo para la región zapoteca<sup>8</sup> durante el Clásico [Galindo, 2002:22-28]. Desde un gran

<sup>7</sup> El fechamiento se realizó para un piso de estuco quemado de la subestructura del templo principal del Pahñú. El quemado de este piso pudo estar asociado con los procesos de desacralización del templo para la renovación y edificación de la última estructura, que presenta características arquitectónicas asociadas con el Epiclásico.

<sup>8</sup> Esta clase de orientación no es de extrañarse, dado que existen evidencias categóricas de la interacción entre Oaxaca y Teotihuacan para el periodo Clásico, donde se asentaron en un barrio particular sujetos de filiación zapoteca portadores de pautas culturales relacionadas con Monte Albán [v. Croissier, 2007; Rattray, 1993; Spence, 1989]. Es factible que hubiera una presencia de hablantes de esa lengua del tronco lingüístico otomangue en el Valle del Mezquital, ya que se han encontrado materiales cerámicos

talud muy alto, de cerca de 1.2 m se desplanta un tablero de cerca de 2.6 m de altura (Figura 2), que a primera vista recuerda el llamado talud escapulario de Monte Albán. Sin embargo, el Pahñú presenta dos paneles en los que sólo existe un remetimiento del marco en la parte superior, lo que quizá configure un estilo distintivo local asociado con el número 3, el fuego, Zidadá<sup>9</sup> (Venerado Padre o Sol), y el grupo otomí [Sandoval *et al.*, 2007:140-160]. En su lado norte, la fachada muestra una doble escalinata recubierta de barro, delimitada por alfardas que rematan, al menos en la parte conservada, en un dado, semejante al estilo arquitectónico conocido para los aztecas del Posclásico tardío. En la fachada sur, que da hacia la plaza, existe, al parecer, una sola escalinata. El templo estaba delimitado por anchos muros de adobe que al exterior mostraban un pequeño talud, existían en el interior dos salas separadas por un muro en dirección este-oeste y con pórticos hacia los lados norte y sur con un vano separado por dos columnas [López Aguilar, 2008:222-231].

Es difícil fijar con precisión el tiempo en que se dio el poblamiento del centro de México hacia el Valle del Mezquital como región periférica (Figura 3), aunque integrada al sistema teotihuacano. La primera evidencia ocupacional moderada de grupos insertos en éste se encuentra hacia la fase Tlamimilolpa, conforme a las características tipológicas de la cerámica arqueológica. Las fechas de C14 más tempranas con que contamos para la sub región de Tula (fecha media, 2 sigma) son 130 (260, 290, 320) 420 dC para el sitio El Calvario en las inmediaciones de Tepetitlán [Fournier *et al.*, en prensa]; además, para ese mismo asentamiento se cuenta con fechamientos que abarcan de Tlamimilolpa tardío a Xolalpan tardío: 150 (340) 430 dC y 400 (460, 480, 520) 610 dC [*ibid.*; Fournier, 2007].

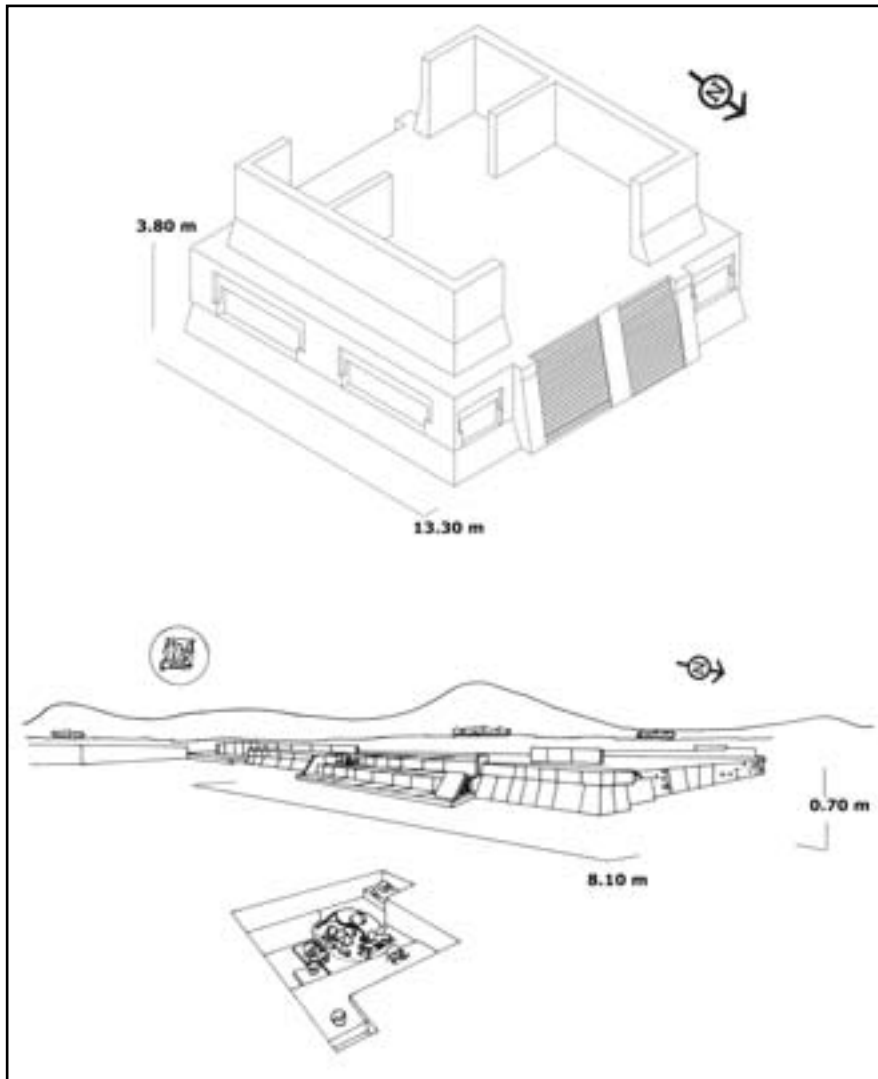
Cabe destacar que los asentamientos muestran una vinculación clara con los recursos del entorno físico-ambiental, pues las ocupaciones básicamente se ubican en las proximidades de cauces y manantiales, es decir, evidencian un patrón de disposición espacial que, como modelo, fue planteado y fundamentado por Sanders y sus colaboradores para la cuenca de México [Sanders *et al.*, 1979] con sitios con evidente nucleación y arquitectura mo-

---

oaxaqueños o copias de factura regional [Crespo y Mastache, 1981; Díaz, 1980], además de que en Tepeji del Río se localizó una tumba zapoteca [Hernández, 1994]. Por otra parte, en el asentamiento Epiclásico de Chapantongo se encontraron placas de mica, al parecer de Oaxaca, que tal vez se recuperaron de algún sitio próximo con ocupación del Clásico, considerando que con esta materia prima se elaboraban elementos ornamentales en Teotihuacan [Winter *et al.*, 2002].

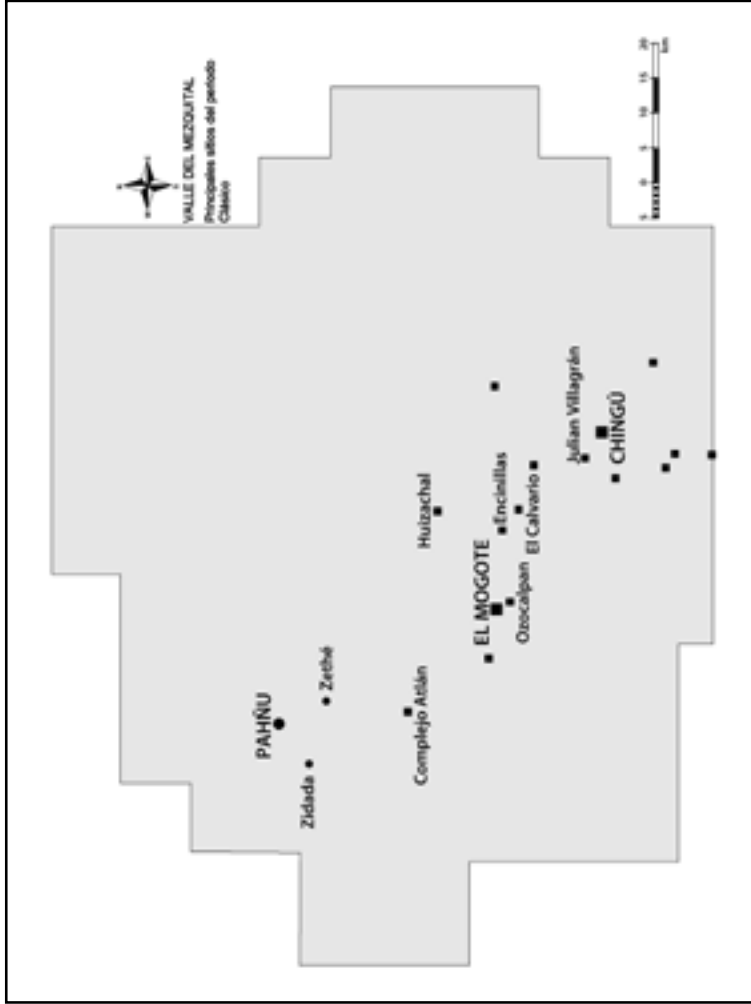
<sup>9</sup> La transcripción fonética de todos los vocablos en otomí se basa en Victoria Torquemada *et al.* [2004].

**Figura 2.**  
**Arriba: edificio Xajay del periodo Clásico del sitio Pahñú y**  
**abajo: edificio Epiclásico de Chapantongo**



Fuente: dibujo superior de Fernando López Aguilar, mientras que el inferior es obra de José Calderón.

Figura 3.  
El Valle del Mezquital en el periodo Clásico



Fuente: mapa de Fernando López Aguilar.

numental como Chingú (Municipio de Atitalaquia), El Mogote de San Bartolo (Municipio de Chapantongo), El Calvario (Municipio de Tepetitlán), el Jagüey, en Nopala, y otros en el Municipio de Tula que corresponden a aldeas con varios conjuntos residenciales [Díaz, 1980; Fournier, 2007; Polgar, 1998; López Aguilar *et al.*, 1998; Mastache y Crespo, 1974]. Las características del asentamiento de San Bartolo indican que, aproximadamente entre 200 y 550 dC, en el Mezquital se consolida un modelo simbólico-espacial-ritual propio de Teotihuacan; sin embargo, la distribución de los asentamientos que datan del apogeo del periodo Clásico apenas rebasó los límites de la región de Tula hacia el norte.

Es importante hacer notar que en épocas correspondientes a la fase Xolalpan tardío de la cuenca de México, parece haber un énfasis hacia la producción local de vasijas en estilo “teotihuacanoide” que integran el complejo Atlán, que provisionalmente hemos ubicado entre ca. 550 y 600 dC [Fournier, 2007], mismo que se estableció con base en observaciones de materiales que se encontraron en San José Atlán (Municipio de Huichapan), sitio que se encuentra al noroeste del cerro Hualtepec. La producción de piezas que emulan a las teotihuacanas pudo deberse a que los objetos denotaron, afirmaron o reforzaron simbólicamente los vínculos económicos con la Ciudad de los Dioses [v. Cohodas, 1989], aun cuando para las fases Xolalpan tardío-Meteppec parece darse una ruptura con el sistema hegemónico y la participación en las redes de intercambio teotihuacanas [v. Fournier, 2007; López Aguilar y Fournier, 1992b; Torres *et al.*, 1999].

Un aspecto que requiere ulteriores estudios es el análisis detallado y tipificado de la frontera que se configura entre la sub región con desarrollo Xajay temprano y la de Tula. Igualmente, se requiere analizar qué clases de interacciones económicas, religiosas o de otra índole se asociaron con esa frontera que nos resulta evidente con base en la cultura material propia de dichos polos excluyentes. Por ejemplo, el acceso a la obsidiana verde de Sierra de las Navajas, la de yacimientos locales como Fuentezuelas y otros, así como el consumo de vasijas de la vajilla de servicio producidas o redistribuidas a través de Teotihuacan para la sub región de Tula o con similitudes con lo teotihuacano para los desarrollos Xajay y Atlán.

En una de las líneas de investigación desarrollada en el Mezquital, se ha buscado definir el patrón de desplazamiento por jornadas y la ubicación de caminos, algo que es también inspiración de las investigaciones de Sanders [Sanders y Santley, 1983] y de Charlton [1978, 1991]. Al menos dos patrones de distancia se evidencian en la región, la primera con una distribución de sitios a 17 km y la otra a 25 km [López Aguilar y Bali, 2002]. Considerando que un paso normal en situación plana alcanza los 4 k/h, los sitios se en-

cuentran a 4 horas de camino entre sí, lo cual destaca la noción de proximidad y lejanía entre las áreas metropolitanas y esta región periférica: Chingú (Tula) se encontraba a 4 jornadas de cuatro horas de Teotihuacan, lo cual igualmente ocurre de Cerro de la Cruz a de Chupícuaro.

En la transición del Clásico al Epiclásico se incrementó la población y el número de centros nucleados con arquitectura cívico-ceremonial, en tanto que es limitada la presencia de comunidades rurales (Figura 4). Los sitios con arquitectura cívico-ceremonial se ubicaron en mesas (sitios Xajay, así como en la subregión de Tula los de Xithi, El Águila, La Mesa, Batha, Magoni y Atitalaquia) y en lomas de pendiente suave o valles (Chapantongo-Los Mogotes, San Gabriel y Tula Chico) [Fournier y Bolaños, 2006]. Tal vez fue una política de permisibilidad, posiblemente reforzada por los nexos de parentesco, la que, ante la oportunidad de un territorio franco para ocupar y explotar recursos naturales y desarrollar prácticas agrícolas, provocó una movilización de grupos de linaje que arribaron al Valle del Mezquital desde la cuenca de México, el Bajío y la región de los lagos al oeste en el marco de la diáspora teotihuacana [v. Fournier, 2007; Torres *et al.*, 1999].

Los nuevos emplazamientos en la sub región de Tula se fundaron en la cercanía de los centros del Clásico afiliados con lo teotihuacano, pero también en esta época, y quizá como consecuencia de esa misma diáspora, se tiene la primera evidencia de ocupación en el Mezquital Árido, en la Teotlalpan, con asentamientos que se encuentran en las inmediaciones del río Tula (Mesa Tanthé en Chilcuautla y Boxaxum en Ixmiquilpan).

De acuerdo con los estudios de ADN de muestras óseas de enterramientos humanos del sitio de Chapantongo, la Malinche y el Grupo Charnay en Tula, la población copártcipe de la esfera Coyotlatelco era de filiación biológica otomí [Fournier, 2007; Fournier y Vargas Sanders, 2002], al igual que los habitantes de asentamientos que se ubican en el valle de Toluca, dadas las afinidades genéticas observadas en el ADN de los antiguos pobladores de esa región [Buentello *et al.*, 2009].

En asentamientos Coyotlatelco, como Chapantongo [Fournier y Bolaños, 2006], existen patios hundidos, plazas, estructuras residenciales de planta rectangular y circular, las primeras con espacios porticados que se lograron con el desplante de pilastras para sostener cubiertas, mientras que, a veces, las jambas están ornamentadas con pintura mural; asimismo, se observan patios con altares, paramentos cubiertos con frisos labrados y fachadas con el estilo de talud-tablero (Figura 2) o talud-friso, almenas y clavos arquitectónicos labrados y, en algunos casos, uso de estuco para el recubrimiento de paramentos con pintura policroma. Bajo el piso de varias de las estructuras residenciales se encontraron entierros primarios en su interior, y son patentes

Figura 4.  
El Valle del Mezquital en el periodo Epiclásico



Fuente: mapa de Fernando López Aguilar.



elementos complejos de ritualidad que incluyen sacrificios humanos como parte de un elaborado sistema cosmovisional con énfasis en el culto selenita que se plasma tanto en la orientación de algunos de los edificios como en ofrendas funerarias dedicadas a la luna, con una simbología que remite a las deidades otomíes Zinänä<sup>10</sup> (la Venerada Madre o luna) y Zidada (el Venerado Padre o sol). Resaltan la figurillas moldeadas en cerámica con soporte trasero en las que se conservan múltiples elementos de aquellas de Teotihuacan de fines del Clásico, y que representan personajes o númenes sobre tronos, además de que hay pipas con efigies de Tláloc y sahumadores con mango hueco, forma que se encontró en una tumba zapoteca ubicada en Tepeji del Río [Hernández, 1994] y que, asimismo, ocurre en otros asentamientos epiclásicos del centro de México [Fournier *et al.*, 2006]. Cabe destacar que muchos de estos elementos arquitectónicos, ornamentales y de cultura material, así como patrones funerarios también se han identificado en el sitio de La Mesa [Bonfil, 2005; Mastache *et al.*, 2002].

Para Chapantongo contamos con cinco fechas de radiocarbono (2 sigma y fecha media) que permiten afinar la secuencia epiclásica en la región de Tula y fijarla alrededor de 600 y 900 dC, considerando que los resultados de los fechamientos son: 343 (600) 772 dC, 530 (640) 690 dC, 670 (770) 880 dC, 670 (720, 740, 760) 870 dC, así como 770 (880) 980 dC [Fournier *et al.*, en prensa].

Por otra parte, para la sub región de Huichapan todo parece indicar que en los asentamientos Xajay la transición se realizó sin abandonar los centros cívico-ceremoniales, por lo que es probable que la misma población los desacralizara y los volviera a sacralizar a partir de ofrendas de renovación y la construcción de nuevas estructuras piramidales, sobre ellas, que modificaron radicalmente el viejo estilo arquitectónico hacia el del Epiclásico regional. Una ofrenda de la fase Xajay tardío, localizada en el Zethé, expresó una fecha de 595 (640, 771) 811 dC [De los Ríos, 2002]. La distribución y orientación de los edificios se mantuvo, aunque se construyeron nuevas estructuras sobre las mesas donde se ubican los antiguos centros cívico-ceremoniales y, tal vez hacia el final del periodo, se inició la construcción de dos nuevos centros cívico-ceremoniales, El Cerrito y Taxangú, en las inmediaciones del Pahñú.

La subregión Xajay se insertó en la dinámica general del Epiclásico, caracterizada por el proceso de regionalización con énfasis en tradiciones locales, lo que conformó dos sistemas claramente diferenciables en el Mezquital: el Xajay y el Coyotlatelco. En este segundo sistema, parte de las pau-

<sup>10</sup> En las voces otomíes que incluimos se emplea la transcripción fonética de Victoria *et al.*

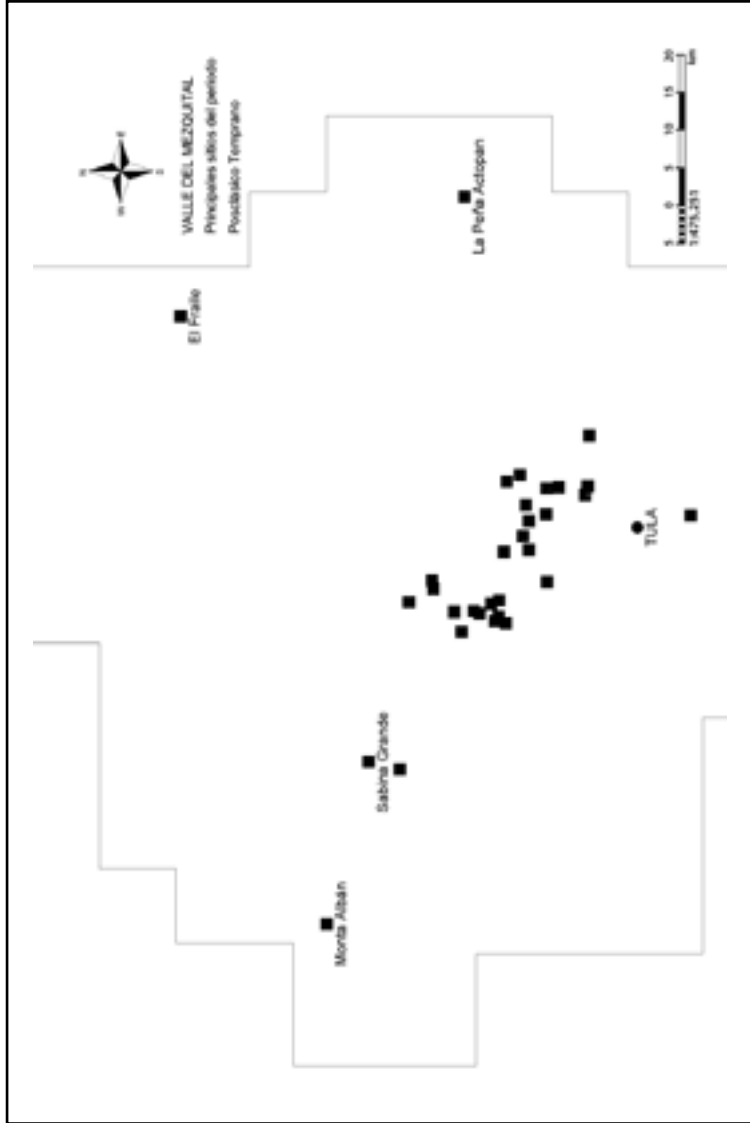
tas de la Ciudad de los Dioses se preservaron en el marco del dinamismo de la reconfiguración identitaria de grupos otomíes que se gestó al no existir Teotihuacan como centro de filiación. Paralelamente se dio una amplia apertura y se manifiestan vínculos con el Bajío que se plasman en algunas tradiciones cerámicas con Michoacán debido a la abundancia de obsidiana del yacimiento de Ucareo,<sup>11</sup> e incluso con asentamientos de San Luis Potosí, por ejemplo, Río Verde [v. Fournier, 2007; Fournier *et al.*, 2006; Fournier y Pastrana, 2009]; lo anterior es una consecuencia del vacío dejado por Teotihuacan como poder centralizador y proveedor de diversos elementos de cultura material y símbolos.

Es factible que el ámbito de interacciones entre los grandes sitios del Epiclásico, en el Mezquital, que pudieron ser de carácter conflictivo, dieron lugar al abandono de centros como Chapantongo, la Mesa, Mesa Tanthé y los asentamientos Xajay. El proceso de abandono y desacralización pudo no haber sido sincrónico para todos los sitios, pero se asocia con el surgimiento de Tula Grande, ciudad sin par que cubre 17 km<sup>2</sup>, que tuvo además un influjo poblacional ajeno al Mezquital, como lo evidencian las prácticas funerarias, los estilos y atavíos en figurillas de cerámica, las mismas tradiciones cerámicas, la iconografía en esculturas y frisos [v. Fournier, 2007].

En el Posclásico Temprano la mayor parte de la población se concentró en el valle de Tula, mientras que en el resto del Mezquital solamente hay pequeños asentamientos nucleados (Figura 5) como El Fraile, en la frontera con la barranca de Metztlán; Peña Actopan, en la ladera de la sierra de los Frailes, y Monta Albán en la ladera sur de la sierra Xajay; además, hay sistemas de asentamientos dispersos de amplia extensión con plataformas, terrazas y, ocasionalmente, estructuras piramidales, como el complejo Tepetitlán-Loma Taxhuada y Sabina Grande-Estación Huichapan-Vitejé, este último asociado con los manantiales permanentes de San José Atlán, Huichapan y Sabina Grande [Fournier, 2007; López Aguilar y Fournier, 1992a]. Cabe hacer notar que alrededor de la Sierra de Xithí y de los lomeríos próximos en los municipios de Tezontepec, Tepetitlán y Chapantongo, hay una gran cantidad de sitios próximos a arroyos y manantiales con una extensión que alcanza varios kilómetros cuadrados donde abundan conjuntos residenciales espaciados considerablemente entre sí e infinidad de terrazas agrícolas que se habilitaron en el pie de monte bajo y medio cuya productividad, sin duda, rebasaba las necesidades alimentarias de las poblaciones que ahí

<sup>11</sup> Que constituye una industria básicamente sobre navajas prismáticas, evidencia de que el acceso al vidrio volcánico de Ucareo se limitaba a esta clase de artefactos [v. Fournier, 2007].

Figura 5.  
El Valle del Mezquital en el Posclásico Temprano



Fuente: mapa de Fernando López Aguilar.

habitaron. Este patrón podría vincularse tanto con un notable incremento demográfico respecto al Epiclásico, como con, potencialmente, la instauración de un sistema de tributación mediante el cual las comunidades agrícolas rurales habrían abastecido a las poblaciones de la urbe tolteca [v. Fournier, 2007].

Por otra parte, hubo importantes asentamientos fuera de la región durante el Posclásico Temprano que indican tendencias al establecimiento de interacciones con la colindante cuenca de México, evidentes en sitios como Tizayuca [Juan Carlos Equihua, comunicación personal, 2007], Tlalpizahuac [Tovalín, 1998] y otros, al parecer de menor jerarquía dispersos en las márgenes de los lagos de la cuenca de México [Sanders *et al.*, 1979]. Sin embargo, las ofrendas mortuorias encontradas en Sabina Grande muestran que los sitios periféricos de nuestra región de estudio participaron también de las amplias esferas de interacción suprarregional en las que se encontraba inmersa Tula, pues contienen materiales como turquesa, alabastro y jadeíta [López Aguilar, 2003; Carrasco y Farías, 2005; Olivares, 2004].

Un aspecto que cabe resaltar es que para un conjunto residencial que se ubica en el sitio de Taxhuada donde efectuamos excavaciones, contamos con dos fechas calibradas de radiocarbono (2 sigma y fecha media): 980 (1030) 1180 dC y 980 (1020) 1060 dC o 1080 (1020) 1150 dC.<sup>12</sup> Sin duda se requieren fechamientos adicionales para comprender cuándo ocurre el declive de Tula, así como cuáles fueron los factores causales vinculados con la desarticulación de este sistema estatal hegemónico.

La discusión acerca de que los toltecas eran grupos nahuas, como refiere el Códice Xolotl [Dibble, 1980], el Códice Chimalpopoca [1975] o la Historia Tolteca-Chichimeca [Kirchhoff *et al.*, 1989], es antigua y queda como una interrogante pendiente de solución. Lo que sí es claro es que hay una fusión de elementos herencia de lo teotihuacano, lo Chupícuaro y los que introdujeron los grupos de nueva inserción, individuos, tal vez, de diversas filiaciones, persistiendo un componente poblacional otomí que continúa en la región hasta la actualidad. El ADN de los entierros que datan del Posclásico y que se recuperaron en Tula, demuestra la variabilidad etnobiológica de la sociedad tolteca [Paredes, 2007].

Respecto al Posclásico tardío, en las fuentes etnohistóricas se documenta que a raíz de las conquistas de la Triple Alianza tepaneca, y posteriormente la Triple Alianza con Tenochtitlan como fuerza dominante, las poblaciones otomíes del Valle del Mezquitil quedaron sometidas al yugo de los esta-

<sup>12</sup> Las muestras fueron procesadas en Beta Analytic gracias a un financiamiento de la Smithsonian Institution que obtuvo M. James Blackman.

dos hegemónicos y expansionistas de la cuenca de México, de manera que pasaron a formar parte de las provincias tributarias imperiales. El patrón de asentamiento de tipo disperso del Posclásico Temprano se mantiene en gran medida, aunque es notable el incremento en el número de sitios y, por ende, demográfico (Figura 6); predominan las comunidades dedicadas a la agricultura y amplios sistemas de terrazas para cultivo con un número restringido de centros con arquitectura monumental. Estos asentamientos rurales, así como los pocos que muestran elementos de urbanismo o planeación, eran parte de unidades sociopolíticas del tipo *altepetl*, constituidas por conjuntos de caseríos y aldeas dependientes de centros provinciales donde se concentraban los distintos objetos y consumibles destinados al pago de tributo [v. Fournier, 2007; López Aguilar, 2005].

Las relaciones de dependencia que se establecen entre las poblaciones del Valle del Mezquital y sus dominadores son evidentes en la cultura material, ya que el porcentaje mayoritario de la cerámica proviene de la cuenca de México —vasijas, figurillas e incluso malacates—, mientras que la obsidiana se redistribuyó desde esa región; en el Mezquital Árido, con base en la cerámica, es posible inferir que existían nexos de intercambio con el señorío independiente de Metztitlán, región proveedora de lozas caoliníticas [Fournier, *op. cit.*; López Aguilar y Vilanova, 2009].

La limitada existencia de sitios con basamentos piramidales de uso ceremonial en valles y lomeríos, fundamentalmente está en función de la instauración del culto a los cerros, cuevas y ojos de agua en zonas relativamente elevadas donde abundan pequeñas vasijas de factura regional que emulan a los vasos Tlaloc de la cuenca de México, conocidas en el Mezquital como *uema*. Los adoratorios en cerros, como el que se ubica en la cima de El Calvario (Mpio. de Tepetitlán) donde se edificó un recinto con una estructura porticada como templo, al igual que otros de menor complejidad arquitectónica en la sierra de Xithi, debieron ser foco para la concentración de sujetos de distintas comunidades ubicadas en los alrededores. Es factible que en esos emplazamientos se efectuaran festividades cíclicas que bien pudieron contribuir a establecer alianzas y reforzar lazos identitarios con base en la pleitesía a deidades asociadas con la lluvia, ya que los *uema* tal vez contenían agua y pudieron ofrendarse para propiciar la intervención de los tlaloque [v. Fournier, 2001, 2007].

Es probable que la constitución de un paisaje cultural con una fuerte sacralización ocurriera, al menos, desde el Posclásico Temprano. El cerro Hualtepec, una de las mayores elevaciones del valle y ubicado casi en el centro de la región, muestra una arquitectura de dos templos unidos por una amplia calzada y esculturas en forma de serpientes. Su advocación a Huitzilopo-



chtli y su relación con el Coatépec, lugar donde pudieron (re)presentarse los sucesos míticos de su nacimiento y los conflictos con los *Centzonhuitznahua*, se fundamenta en la etnohistoria, la etnografía y la toponimia regional [Gelo del Toro y López Aguilar, 1998]. Cabe recordar que, según se registra en fuentes etnohistóricas [Chimalpain, 1991:37], los mexicas llegaron al Mezquital desde Pátzcuaro, tal vez por la ruta seguida en la antigüedad por los grupos Chupícuaro-Mixtlan-Xajay, y realizaron ceremonias de fuego nuevo en Acahualzingo y en el Coatépec antes de ingresar a la región de Tula.

Otro cerro, conocido como Tuní o del Elefante, llevaba por nombre Tezcatepec, como la comunidad que se encuentra en la ladera noroeste. De acuerdo con las tradiciones locales ahí tuvo su asiento la fortaleza que construyó Cópil para guerrear con su primo Huitzilopchtli, atrincherado en el Coatépec. Se encuentra asociado con la historia mexicana, ya que se vincula con el grupo disidente que se segregó de la migración en Pátzcuaro y siguió a Malinali, madre de Cópil. En su cima existe un recinto encerrado con varias estructuras arquitectónicas y se encontró una escultura de un personaje masculino con un hueco en el pecho donde debería ir alguna incrustación, que bien pudiera ser la representación del propio Cópil [Martínez, 1994]. Alrededor de estos cerros, y en la cima de elevaciones menores, se encuentran diversos centros ceremoniales en los que pudieron realizarse festividades del ciclo calendárico que probablemente están vinculadas con el conjunto de mitos fundacionales en la cosmovisión mexicana y con sus referentes otomíes. Tal es el caso del *xocotl huetzi* que se encuentra representado en las pinturas rupestres de la región [Ochatoma, 1994].

Las características de los distintos asentamientos que datan del Posclásico tardío y de la cultura material, además de los registros acerca de las poblaciones que figuran en diversas fuentes etnohistóricas, atestiguan la importancia del grupo otomí en el desarrollo socioeconómico de las provincias tributarias de la Triple Alianza, así como la influencia de ésta en los ámbitos rituales y religiosos de los otomíes. En su conjunto evidencian la construcción de un paisaje sacralizado. Algunos de estos lugares presentan estructuras arquitectónicas de diferente magnitud, pero, a fines del Posclásico, las prácticas rituales de las diversas comunidades pudieron realizarse en las cimas de los cerros sin la necesaria presencia de basamentos, pero con otro tipo de marcadores como los que parecen indicar las ceremonias otomíes que se realizan hasta la fecha<sup>13</sup> y que siguen vigentes en la imagen de los *xita* (los antepasados, los ancestros), en la advocación a Venus (*Dätsa*,

<sup>13</sup> Conforme a la información etnográfica que hemos recabado en varias localidades del Valle del Mezquital.

'Bomi), en la 'Bok'ya (la serpiente negra asociada con la lluvia), K'entsibi (la serpiente de fuego, el fuego sagrado), en el floreo de banderas (*potse ya 'bext'e*), en los combates rituales y en el "mata pollos" o "cortagallos" (*kuk'oni*), para los que actualmente se realizan rituales a nivel regional.

En el momento del contacto, las unidades sociopolíticas estaban constituidas por un sistema de dobles cabeceras, aparentemente una con gobernante y población hablante de otomí y otra con gobernante mexicana, con población hablante de nahua (Actopan-Tenantitlan, Ixmiquilpan-Tlazintla, Tepeji-Otlazpa, por ejemplo), cada una con su glifo identificador. El territorio de las cabeceras era amplio y no hacía referencia a un asentamiento nucleado. En los casos conocidos, la iglesia del siglo XVI fue colocada en las fronteras existentes entre las cabeceras, de manera que la mitad de la iglesia correspondiera a cada parte [López Aguilar, 2005].

El estudio combinado de diversas disciplinas para la época colonial enfocado a entender la forma en que se desarticuló el sistema *altepetl* en la unidad político territorial de Ixmiquilpan, nos muestra que el proceso fue asincrónico y de forma discontinua en el territorio, sin una tendencia lineal de la periferia hacia el centro o a la inversa, que los flamantes pueblos nuevos también eran susceptibles a ese proceso, pues algunos de sus sujetos se segregaron al mismo tiempo que lo hicieron algunas de las viejas dependencias de la cabecera original y que el número de pueblos segregados está correlacionado con la extensión territorial [López Aguilar y Márquez, 2007]. Este fenómeno de desintegración del viejo *altépetl* puede ser ilustrativo para construir analogías con aquellos que ocurrieron en los grandes sistemas prehispánicos, como el teotihuacano, el tolteca y otros, y puede iluminar sobre nuevas formas de ver el espacio y el tiempo prehispánicos en regiones y localidades específicas.

## COMENTARIOS FINALES

El legado de Sanders es incuestionable no sólo en cuanto a heurísticas y formas de aproximarnos al conocimiento de los patrones de asentamiento, sino, además, en lo relativo a la importancia de las condiciones físico-ambientales para el desarrollo de las grandes culturas precolombinas del centro de México y otras áreas mesoamericanas. Sin duda han sido, y continúan siendo, ejemplos paradigmáticos en la investigación arqueológica nacional, los trabajos sistemáticos de prospección que encabezó, el mapeo acucioso de sitios, el interés por ubicar temporalmente las ocupaciones con base en el análisis tipológico de colecciones, así como el énfasis a caracterizar la relación entre los centros poblacionales de distintos niveles con la



explotación de recursos ambientales. Aun cuando podemos o no concordar del todo con sus planteamientos e inferencias, el cúmulo de información que recabó Sanders es de excepcional utilidad.

El modelo de investigación desarrollado por William T. Sanders para la cuenca de México sigue siendo válido para conocer el desarrollo de las sociedades de la Mesoamérica prehispánica, como hemos ilustrado en este ensayo. La visión de largo plazo y a escala regional ha mostrado ser una de las mejores estrategias para fundamentar los conocimientos en la perspectiva arqueológica, ya que permite ubicar la dinámica de las transiciones de un periodo a otro y establecer los modos de interacción entre las sociedades y los grupos culturales que ocuparon las subregiones. En el caso del Valle del Mezquital, lo hemos aplicado con modificaciones sin adherirnos a la ecología cultural sanderiana, pues hemos tomado en consideración aspectos cosmogónicos que consideramos importantes para la mejor comprensión de los procesos acaecidos en la región para, así, comprender la presencia del grupo biocultural otomiano y su papel protagónico en las dinámicas del área cultural del Altiplano Central mexicano.

## BIBLIOGRAFÍA

### Acosta, Jorge R.

- 1940 "Exploraciones en Tula, Hgo. 1940", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. IV, núm. 3, pp. 172-194.
- 1941 "Los últimos descubrimientos arqueológicos en Tula, Hgo., 1941", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 5, núms. 2 y 3, pp. 239-248.
- 1944 "La tercera temporada de exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo., 1942", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. VI, núm. 3, pp. 125-164.
- 1945 "La cuarta y quinta temporadas de exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo., 1943-1944", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. VII, núms. 1-3, pp. 23-64.
- 1956 "Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo. durante las VI, VII y VIII Temporadas. 1946-1950", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, t. VIII, núm. 37, pp. 37-115.
- 1956-57 "Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época Tolteca", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. XIV, pp. 75-110.
- 1957 "Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo. durante las novena y décima temporadas", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, t. IX, pp. 119-169.
- 1960 "Las exploraciones en Tula, Hgo., durante la XI Temporada, 1955", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, vol. 11, pp. 39-72.
- 1964 "La decimotercera temporada de exploraciones en Tula, Hgo.", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, t. XVI, pp. 45-75.

**Álvarez del Castillo, Carlos**

2007 "Los maíces arqueológicos de Chapantongo", en Fournier, P., *Los hñāhñü del Valle del Mezquital: Maguey, pulque y alfarería*, México, Conaculta-ENAH-INAH, pp. 457-459.

**Bonfil, Alicia**

2005 "Cultura y contexto: El comportamiento de un sitio del Epiclásico en la región de Tula", en Manzanilla, L. (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*, México, UNAM, pp. 227-259.

**Buentello, Leonor, Yoko Sugiura y Aída Pérez**

2009 "Tras las huellas genéticas de los isleños de Santa Cruz Atizapán", en Sugiura Yamamoto, Y. (coord.), *La gente de la ciénaga en tiempos antiguos. La historia de Santa Cruz Atizapán*, México, UNAM, El Colegio Mexiquense, pp. 127-144.

**Carrasco Teja, Mario y Sabrina Farías Pelayo**

2005 *Píxeles y electrones. Estudios de los materiales líticos de una ofrenda en el Valle del Mezquital*, Tesis de licenciatura en arqueología, México, ENAH.

**Caso, Alfonso**

1941 "El complejo arqueológico de Tula y las grandes culturas de México", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. V, núms. 2 y 3, pp. 85-95.

**Castro Gutiérrez, Felipe**

2004 *Los tarascos y el imperio español, 1600-1740*, México, UNAM- UMSNH.

**Charlton, Thomas H.**

1978 "Teotihuacan, Tepeapulco, and Obsidian Exploitation", en *Science*, vol. 200, pp. 1227-1236.

1991 "The Influence and Legacy of Teotihuacan on Urban Planning and Regional Routes", en Trombold, C. D. (coord.), *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in The New World*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 186-197.

**Charnay, Désiré**

1887 *Ancient Cities of the New World. Travels and Explorations in Mexico and Central America. From 1857-1882*, Londres, Chapman and Hall.

**Chimalpain Cuauhtlehuantzin, Antón**

1991 *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacán*, México, UNAM.

**Códice Chimalpopoca**

1975 *Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, México, UNAM.

**Cohodas, Marvin**

1989 "The Epiclassic Problem: A Review and Alternative Model", en Diehl, R. A. y J. C. Berlo (eds.), *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan. A.D. 700-900*, Washington D.C., Dumbarton Oaks, pp. 219-240.

**Cook de Leonard, Carmen**

1956-1957 "Algunos antecedentes de la cerámica tolteca", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XIV, pp. 37-43.

**Cook, Sherburne**

1989 "Demografía y ecología históricas de la Teotlalpan", en Cook, Sherburne y W. Borah, *El pasado de México: Aspectos sociodemográficos*, México, FCE, pp. 33-87.

**Crespo, Ana Ma. y Alba G. Mastache**

1981 "La presencia en el área de Tula, Hidalgo, de grupos relacionados con el barrio de Oaxaca en Teotihuacan", en Rattray, E., J. Litvak King y C. L. Díaz (eds.), *Interacción cultural en el México central*, Mexico, UNAM, pp. 99-106.

**Croissier, Michelle M.**

2007 *The Zapotec Presence at Teotihuacan, Mexico: Political Ethnicity and Domestic Identity*, Tesis de doctorado en Antropología, Urbana-Champaign, University of Illinois.

**Darras, Véronique**

2006 "Las relaciones entre Chupícuaro y el centro de México durante el Preclásico reciente. Una crítica de las interpretaciones arqueológicas", en *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 92, núms. 1 y 2, pp. 69-110.

**De los Ríos, María Magdalena**

2002 "Informe de probabilidad de calibración de fechas", México, Laboratorio de Radiocarbono del INAH, documento inédito enviado como oficio el 7 de noviembre.

**De Vega, Hortensia y Clara Luz Díaz**

1976 "Estudios preliminares en Ajacuba", en Matos Moctezuma, Eduardo (coord.), *Proyecto Tula. Segunda parte*, Colección Científica 33, México, INAH, pp. 71-74.

**Díaz, Clara Luz**

1980 *Chingú. Un sitio Clásico del área de Tula, Hgo.*, Colección Científica 90, México, INAH.

**Diehl, Richard A.**

1983 *Tula, The Toltec Capital of Ancient Mexico*, Londres, Thames and Hudson.

**Diehl, Richard A. (ed.)**

1974 *Studies of Ancient Tollan*, núm. 1, Missouri, University of Missouri Monographs in Anthropology, Department of Anthropology, University of Missouri-Columbia.

**Dibble, Charles E. (ed.)**

1980 *Códice Xolotl*, México, UAM.

**Espejo, María Antonieta**

1976 "La Gruta de Binola, cerca de Tula, Hgo.", en Matos, Eduardo (coord.), *Proyecto Tula, Segunda Parte*, Colección Científica 33, México, INAH, pp. 21-32.

**Fournier, Patricia**

2001 "Gigantes, enanos y alfareros: Mito y cosmovisión mesoamericana entre los hñähñü de la región de Tula, Hidalgo, México", en *Dimensión Antropológica*, núm. 21, pp. 71-84.

2007 *Los hñähñü del Valle del Mezquital: Maguey, pulque y alfarería*, México, Conaculta-ENAH-INAH.

**Fournier, Patricia, M. James Blackman y Juan Cervantes**

en prensa "El Epiclásico en la región de Tula: una evaluación de la periodización de las ocupaciones Coyotlatelco", en Daneels, A. (ed.), *V Coloquio Bosch Gimpera: Cronología y periodización de Mesoamérica y el Norte de México*, México, UNAM.

- Fournier, Patricia y Víctor H. Bolaños** (coords.)  
 2000 "Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Quinta Temporada de campo, 1999-2000", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.
- Fournier, Patricia y Víctor H. Bolaños**  
 2006 "The Epiclassic in the Tula Region Beyond Tula Chico", en Kristan-Graham, C. y J. Kowalski (eds.), *Twin Tollans: Chichen Itza, Tula, and the Epiclassic-Early Postclassic Mesoamerican World*, Washington D.C., Massachusetts, Dumbarton Oaks, Harvard University Press, pp. 461-509.
- Fournier, Patricia, Víctor H. Bolaños y Laura E. Chávez** (coords.)  
 2001 "Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Sexta Temporada de campo, 2000", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.
- Fournier, Patricia y A. Stephen Castillo** (coords.)  
 2004 "Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Novena Temporada de campo, 2003", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.
- Fournier, Patricia y Juan Cervantes** (coords.)  
 1997 "Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Segunda Temporada de campo, 1996-1997", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.  
 1998 "Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Tercera Temporada de campo, 1997-1998", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.
- Fournier, Patricia, Juan Cervantes y M. James Blackman**  
 2006 "Mito y realidad del estilo epiclásico Coyotlatelco", en Solar Valverde, L. (ed.), *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, México, INAH, pp. 53-82.
- Fournier, Patricia y Laura E. Chávez** (coords.)  
 2002 "Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Séptima Temporada de campo, 2001", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.  
 2003 "Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Octava Temporada de campo, 2002", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.
- Fournier, Patricia, Gerardo Jiménez y Juan Cervantes** (coords.)  
 1996 "Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Primera Temporada de campo, 1995-1996", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.
- Fournier, Patricia y Lourdes Mondragón**  
 2003 "Haciendas, Ranches, and the Otomí Way of Life in the Mezquital Valley, Hidalgo, Mexico", en *Ethnohistory*, vol. 50, núm. 1, pp. 47-68.
- Fournier, Patricia y Alejandro Pastrana**  
 2009 "La obsidiana de Sinana", en Serrano Serna, A. (comp.), *III Coloquio Internacional sobre Grupos Otopames*, vol. I, México, Comité Académico de los Coloquios Internacionales sobre Otopames, pp. 199-207.

**Fournier, Patricia y Rocío Vargas Sanders**

- 2002 "En busca de los 'dueños del silencio': Cosmovisión y ADN antiguo de las poblaciones otomíes epiclásicas de la región de Tula", en *Revista de Estudios Otopames*, núm. 3, pp. 37-75.

**García Cubas, Antonio**

- 1874 "Informe sobre la antigua Tollan", en García Cubas, A., *Escritos diversos de 1870 a 1874*, México, Imprenta de Ignacio Escalante, pp. 332-360.

**Gelo del Toro, Eduardo Y. y Fernando López Aguilar**

- 1998 "Hualtepec, Nonohualcatepec y Coahuatepec. Lecturas a un cerro mítico", en *Arqueología*, núm. 20, INAH, pp. 65-78.

**González de Cossío, Francisco**

- 1952 *El libro de las tasaciones de pueblos de la Nueva España. Siglo XVI*, México, AGN.

**González Quintero, Lauro**

- 1999 "Identificación e implicaciones sociales en los materiales vegetales", en Cobean, R. H. y A. G. Mastache (coords.), *Tepetitlán. Un espacio doméstico rural en el área de Tula*, México, Pittsburgh, INAH / University of Pittsburgh, pp. 140-146.

**Hernández, Carlos**

- 1994 "Rescate de una tumba zapoteca en Tepeji del Río", en Fernández, E. (coord.), *Simposium sobre arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos recientes, 1989*, Colección Científica 282, México, INAH, pp. 125-142.

**Jiménez Moreno, Wigberto**

- 1941 "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. V, núms. 2 y 3, pp. 79-83.
- 1942 "El enigma de los olmecas", en *Cuadernos Americanos*, vol. V, pp. 111-145.

**Kirchhoff, Paul**

- 1940 "Los pueblos de la historia Tolteca-Chichimeca; sus migraciones y parentesco", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. IV, pp. 77-104.

**Kirchhoff, Paul, Lina Odena Güemez y Luis Reyes García (eds.)**

- 1989 *Historia tolteca-chichimeca*, México, FCE.

**López Aguilar, Fernando**

- 2003 "Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la octava temporada de trabajo de campo 1998", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.
- 2005 *Símbolos del Tiempo. Inestabilidad y bifurcaciones en los pueblos de indios del Valle del Mezquital*, Pachuca, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes.

**López Aguilar, Fernando y Guillermo Bali**

- 2002 "La distribución de los asentamientos del Valle del Mezquital como un modelo de desarrollo social", en *Estudios de cultura otopame*, núm. 3, pp. 17-36.

**López Aguilar, Fernando y Patricia Fournier**

- 1992a "Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la cuarta temporada de campo", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.
- 1992b "Proyecto Valle del Mezquital", en *Consejo de Arqueología. Boletín 1991*, México, INAH, pp. 173-175.

**López Aguilar, Fernando y Tatiana Márquez**

2007 "El Colapso de un Altépetl. Trayectoria de Itzmiquilpan después de la Conquista", en López Aguilar, Fernando y Fernando Brambila Paz (eds.), *Antropología Fractal*, México, Sociedad Matemática Mexicana y Centro de Investigaciones en Matemáticas, pp. 137-158.

**López Aguilar, Fernando y Luis Morett**

s.f. "Proyecto Valle del Mezquital. Desarrollo Regional Xajay", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.

**López Aguilar, Fernando y Miguel A. Trinidad (coords.)**

1987 "Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la primera temporada 1985-1986", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.

**López Aguilar, Fernando, Laura Solar y Rodrigo Vilanova**

1998 "El Valle del Mezquital. Encrucijadas en la historia de los asentamientos humanos en un espacio discontinuo", en *Arqueología*, núm. 20, pp. 21-37.

**López Aguilar, Fernando y Rodrigo Vilanova**

2008 "Proyecto Eje Valle del Mezquital. Proyecto Específico Pahñú. Informe de la temporada 2007-2". Volumen 2, informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.

2009 "Proyecto eje Valle del Mezquital. Informe de Temporada 2008-1- El Maye, Ixmiquilpan", informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.

**Martínez Magaña, Ricardo**

1994 "Un rescate en el Cerro del Elefante, Tunititlán, Hidalgo", en Fernández, E. (coord.), *Simposium sobre arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos recientes, 1989*, Colección Científica 282, México, INAH, pp. 143-150.

**Mastache, Alba G., Robert Cobean y Dan Healan**

2002 *Ancient Tollan. Tula and the Toltec Heartland*, Colorado, University Press of Colorado, Boulder.

**Mastache, Alba G. y Ana Ma. Crespo**

1974 "La ocupación prehispánica en el Área de Tula, Hgo.", en Matos Moctezuma, Eduardo (coord.), *Proyecto Tula (1a parte)*, Colección Científica 15, México, INAH, pp. 71-103.

**Matos Moctezuma, Eduardo (coord.)**

1974 *Proyecto Tula (1a parte)*, Colección Científica 15, México, INAH.

1976 *Proyecto Tula. Segunda parte*, Colección Científica 33, México, INAH.

**McCaa, Robert**

1995 "¿Fue el siglo XVI una catástrofe demográfica para México? Una respuesta basada en la demografía histórica no cuantitativa", en *Cuadernos de Historia*, núm. 15, pp. 123-136.

**Mendizábal, Miguel Othón de**

1947 "Evolución económica y social del Valle del Mezquital", en *Obras Completas*, Tomo VI, México, Talleres Gráficos de la Nación, pp. 7-258.

**Melville, Elinor G.K.**

1990 "Environmental and Social Change in the Valle del Mezquital, Mexico",

- en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 32, núm. 1, pp. 24-53.
- 1994 *A Plague of Sheep. Environmental Consequences of the Conquest of Mexico*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Morett, Luis**  
s. f. "Abrigo del Chamán. Pahñú-Huesamenta. Informe Técnico", en López Aguilar, Fernando y Luis Morett, *Proyecto Valle del Mezquital. Desarrollo Regional Xajay*, Volumen 3, informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, pp. 222-233.
- Morett, Luis et al.**  
1994 "Excavaciones extensivas en El Zethé", en López Aguilar, F. (coord.), *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Quinta Temporada de Campo*, informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH.
- Müller, Florencia**  
1978 *La cerámica del centro ceremonial de Teotihuacan*, México, INAH.
- Nalda, Enrique**  
1975 *UA San Juan del Río: Trabajos arqueológicos preliminares*, Tesis de maestría, México, ENAH.
- Ochatoma, José**  
1994 *Cosmología y simbolismo en las pinturas rupestres del Valle del Mezquital*, Tesis de maestría en Arqueología, México, ENAH.
- Olivares Oroso, Juan Carlos**  
2004 *Una aproximación al significado de las ofrendas asociadas a entierros del sitio Sabina Grande en el Valle del Mezquital*, Tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH.
- Palacios, Enrique Juan**  
1941 "Teotihuacán, los Toltecas y Tula", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. V, núms. 2 y 3, pp. 113-134.
- Palacios, Enrique Juan y Miguel Othón de Mendizábal**  
1920 *El Templo de Quetzalcóatl en Teotihuacan: significación histórica del monumento*, México, Monografías del Museo Nacional de Arqueología.
- Paredes, Blanca**  
2007 "The Multiethnicity of Ancient Tollan, State of Hidalgo: An Example of Social Complexity", Ponencia inédita, Austin, Texas, 72nd Annual Meeting of the Society for American Archaeology.
- Parsons, Jeffrey R., Elizabeth Brumfiel y Mary Hodge**  
1996 "Developmental Implications of Earlier Dates for Early Aztec in the Basin of Mexico", en *Ancient Mesoamerica*, vol. 7, núm. 2, pp. 217-230.
- Paso y Troncoso, Francisco del (ed.)**  
1905 *Papeles de la Nueva España*, t. I, Madrid, Establecimiento Tip "Sucesores de Rivadeneyra", Impresores de la Real Casa.
- Polgar, Manuel**  
1998 "La periferia en la continuidad y el colapso. Los asentamientos del periodo Clásico en el occidente del Valle del Mezquital", en *Arqueología*, núm. 20, pp. 41-52
- Rattray, Evelyn C.**  
1993 *The Oaxaca Barrio at Teotihuacan*, Monografías Mesoamericanas 1, Puebla,

México, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de las Américas.

**Reygadas Vértiz, José y Enrique Díaz Lozano**

1923 "Reconocimiento preliminar a la población de Tula y sus alrededores", "Documento inédito", México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, Hidalgo, noviembre 24, pp. 1267-27.

**Rodríguez López, Gabriela**

2009 "Patrones alimenticios y aprovechamiento del medio durante el Epiclásico en la región de Tula", en Serrano Serna, A. (comp.), *III Coloquio Internacional sobre Grupos Otopames*, vol. I, México, Comité Académico de los Coloquios Internacionales sobre Otopames, pp. 179-187.

**Sánchez S. Maricela y Luis Morett Alatorre**

s.f. "Avances del análisis palinológico realizado a un conjunto de adobes arqueológicos. Templo principal del Pañhú. Desarrollo Xajay (450-950 dC.). Poniente del Valle del Mezquital", en López Aguilar, Fernando y Luis Morett, *Proyecto Valle del Mezquital. Desarrollo Regional Xajay*, Informe inédito, vol. 1, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, pp. 144-154.

**Saint-Charles, Juan Carlos y Miguel Argüelles**

1991 "Cerro de La Cruz. Persistencia de un centro ceremonial", en Crespo, A. M. y R. Brambila (coords.), *Querétaro prehispánico*, Colección Científica 238, México, INAH, pp. 57-97.

**Saint-Charles, Juan C. y Roxana Enríquez**

2006 "Cerámica del Epiclásico en el sur de Querétaro", en Solar Valverde, Laura (ed.), *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, México, INAH, pp. 309-326.

**Saint-Charles, Juan C., Luz María Flores y Ana María Crespo**

2005 "Cerámicas de tradición Chupicuaro en el centro norte: Sus características hacia el final de Formativo", en Merino, B. Leonor y Angel García Cook (coords.), *La producción alfarera en el México antiguo I*, México, INAH, pp. 687-709.

**Sanders, William T.**

1994-2000 *The Teotihuacan Valley Project, Final Report*, Occasional Papers in Anthropology, 5 vols., Pennsylvania, Department of Anthropology, Pennsylvania State University, University Park.

2006 "Late Xolalpan-Metepec-Oxtotipac Coyotlatelco; Ethnic Succession or Changing Patterns of Political Economy: A Reevaluation", en Solar Valverde, Laura (ed.), *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, México, INAH, pp. 183-200.

**Sanders, William T. y Barbara J. Price**

1968 *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, Nueva York, Random House.

**Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley**

1979 *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Nueva York, Academic Press.

**Sanders, William T. y Robert S. Santley**

1983 "A Tale of Three Cities: Energetics and Urbanization in Pre-hispanic Central Mexico", en Vogt, E. Z. y R. M. Leventhal (eds.), *Prehispanic Settlement Patterns: Essays in Honor of Gordon R. Willey*, Cambridge y Albuquerque, University of New Mexico Press and Peabody Museum of Archaeology



and Ethnology, pp. 243–291.

**Schávelzon, Daniel y Jorge Tomasi** (eds.)

2005 *Los Dibujos de Arqueología Americana de Francisco Mújica Diez de Bonilla*, Buenos Aires, FAMSI / Fundación, CEPPA.

**Spence, Michael W.**

1989 “Excavaciones recientes en Tlailotlaca, el barrio oaxaqueño de Teotihuacan”, en *Arqueología*, núm. 5, pp. 83-104.

**Torquemada, fray Juan de**

1975 *Monarquía Indiana*, t. II, México, UNAM.

**Torres, Alfonso, Juan Cervantes y Patricia Fournier**

1999 “Las relaciones entre el centro y la periferia: El caso de las comunidades del Clásico en la región de Tula, México”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 35, pp. 73-93.

**Tovalín Ahumada, Alejandro**

1998 *Desarrollo Arquitectónico del sitio arqueológico de Tlalpizahuac*, Colección Científica 348, México, INAH.

**Victoria Torquemada, Moisés, Luis Hernández Cruz y Donald Sinclair**

2004 *Diccionario del hñähñu (otomí) del Valle del Mezquital, estado de Hidalgo*, Serie de vocabularios y diccionarios indígenas Mariano Silva y Aceves, núm. 45, México, Instituto Lingüístico de Verano.

**Weitlaner, Roberto J.**

1941 “Los pueblos no nahuas de la Historia Tolteca y el grupo lingüístico macro otomangue”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. V, núms. 2 y 3, pp. 249-259.

**Winter, Marcus, Cira Martínez López y Alicia Herrera Muzgo**

2002 “Monte Albán y Teotihuacan: Política e ideología”, en Ruiz Gallut, Ma. Elena (ed.), *Ideología y política a través de materiales, imágenes y símbolos: memoria de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacan*, México, Conaculta, INAH, UNAM, pp. 627-644.

**Xelhuantzi, Susana y M. Tovalín-Iturbe**

2008 “Informe sobre el resultado del análisis arqueobotánico efectuado a muestras procedentes del Valle del Mezquital, Hidalgo”, en López Aguilar F. y R. Vilanova de Allende, *Proyecto Eje Valle del Mezquital. Proyecto Específico Pahñú. Informe de la temporada 2007-2*, vol. 2, informe inédito, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, pp. 214-221.

# ¿La teoría más refutada del mundo?

Manuel Gándara Vázquez

Escuela Nacional de Antropología e Historia

**RESUMEN:** *Sanders, Parsons y Santley [1979] introdujeron una teoría del origen del Estado que intentaba explicar el desarrollo del estado teotihuacano en la cuenca de México. Era el producto de más de 15 años de trabajo de campo que fueron a su vez campo de pruebas no solamente de la teoría, sino de nuevas técnicas de reconocimiento de superficie. El libro fue reconocido inicialmente como una contribución importante, excepto por una reseña particular que resultó, a la larga, tener una influencia decisiva: la de Richard Blanton, quien había sido parte del equipo de investigación de Sanders, pero quien tenía una visión diferente del papel de la presión demográfica, y como Sanders y compañía habían incorporado elementos de teorías previas (incluyendo las de Carneiro, Wittfogel y otras), teorías que investigadores de la Universidad de Michigan decían haber refutado, el entusiasmo inicial por el libro pronto se tornó en un escepticismo distante, y luego, en la idea de que la teoría era “la más refutada del mundo”.*

*En este ensayo se narra, en un tono personal, la historia de cómo es que conocí y tuve oportunidad de iniciar una amistad con Sanders, de cómo, más tarde, me enteré de las críticas que se hicieron a su teoría, y de cómo y por qué decidí, hace más de 25 años, dedicar buena parte de mi trabajo académico para mostrar no solamente que la teoría no estaba refutada, sino que pudo haber sido la mejor contendiente en ese momento (1981-1982). Para lograrlo, primero fue necesario desarrollar un procedimiento de análisis teórico que permitiera una consideración más cuidadosa de cualquier teoría en arqueología, y cuándo se podía decir que estaba refutada o corroborada. Esta búsqueda se convirtió en una obsesión personal que espero termine con mi tesis doctoral [2008], en la que el procedimiento se explica en detalle y se aplica a la teoría, y quede finiquitada con el presente trabajo que relaciona esta obsesión a la apreciación profunda que siempre tuve por Sanders.*

**ABSTRACT:** *Sanders, Parsons and Santley [1979] introduced a theory of State origins that attempted to explain the rise of the teotihuacan state in the basin of Mexico. This was the product of more than 15 years of fieldwork, which were the testing ground not only for the theory, but also for field (survey) techniques. The book was initially acknowledged as a major contribution, except for one particular review that turned to be very influential: that of Richard Blanton, who had been part of Sander's research team but had a different view of the role of population pressure. Since*

*in their theory Sanders and his assistants had incorporated elements of previous theories (including Carneiro, Wittfogel and others), theories which scholars in the University of Michigan claimed they had refuted, the initial enthusiasm for the book soon gave way to a guarded skepticism and later, to the idea that the theory was “the most refuted theory of the world”.*

*This essay presents, in a personal tone, the story of how I met Sanders, became his friend and was aware of the theory and its later criticism; and how and why I decided, more than 25 years ago, to dedicate a good portion of my academic work to show that, not only the theory was not refuted at all, but it might have been the best contender at the time (1981-1982). In order to accomplish that, it was first necessary to develop a procedure of theoretical analysis that would allow for a more careful consideration of any archaeological theory and the grounds on which it could be said to be refuted or corroborated. This quest became a personal obsession that, I hope, will end with my doctoral dissertation [2008] in which the procedure is explained in detail and applied to the theory, and with this paper, which relates this obsession to the deep appreciation I always had of Sanders.*

**PALABRAS CLAVE:** *W. T. Sanders, orígenes del Estado, cuenca de México, evaluación teórica, refutación*

**KEY WORDS:** *W. T. Sanders, State origins, basin of Mexico, theory evaluation, refutation*

## EL ORIGEN DE UNA AMISTAD... ¡Y DE UNA OBSESIÓN DE 25 AÑOS!<sup>1</sup>

En 1973 se inició una amistad con el doctor William Sanders —a quien sus amigos simplemente llamábamos “Bill” o “Guillermo”— que poco después conduciría a una obsesión que duró más de 25 años, y a la que espero que con este trabajo pueda poner punto final. Para entender ambas hay que retroceder en el tiempo.

Conocí a Bill oficialmente en 1973, durante aquel inolvidable Primer Taller de Adiestramiento Avanzado en Arqueología, organizado por el INAH, y del que los otros dos docentes eran ni más ni menos que Kent Flannery y Pedro Armillas. El taller fue memorable no solamente por esos maestros de primera línea, sino por los compañeros de grupo con los que convivimos los tres meses de trabajo intensivo en aquel verano: empezando por Linda Manzanilla, a quien tanto Alejandro Martínez como yo le debíamos el que se nos hubiera considerado como becarios potenciales.<sup>2</sup> Nos unimos así a

<sup>1</sup> Advierto al lector potencial de estas líneas, que el presente texto está escrito en un tono personal y anecdótico, como me parece es apropiado para lo que me propongo hacer aquí, que es un recuento personal de la forma en que mi propia carrera la marcó, de manera notable, mi relación con Bill Sanders. Al lector que quiera una exposición más impersonal y detallada le puedo sugerir la lectura de mi tesis doctoral [Gándara 2008], donde hago un análisis formal de la teoría de Sanders, Parsons y Santley [1979].

<sup>2</sup> El taller fue diseñado por el INAH para arqueólogos ya titulados que eran candidatos potenciales para directores de los Centros Regionales que el INAH planeaba instaurar

un grupo sensacional en el que estaban, entre otros, Arturo Oliveros, Tere Rojas, Lorenzo Ochoa, Otto Schondube y Jordi Gussinyer. Con ellos pasaríamos, primero, un mes de sesiones teóricas y recorridos de la cuenca de México guiados por Sanders y por Armillas; un segundo mes en Oaxaca, en donde hicimos recorridos y excavamos bajo la dirección de Flannery, y un último mes recorriendo la península de Yucatán para comparar los patrones de asentamiento de las tres áreas.

Desde el principio fue claro que teníamos frente a nosotros cuando menos dos visiones muy diferentes de lo que significa hacer arqueología. Sanders era ya una figura importante a raíz no solamente de sus trabajos pioneros en la cuenca de México [Sanders, 1956], sino por haber propuesto con Barbara Price [Sanders and Price, 1968] la teoría de la simbiosis regional para explicar el origen del Estado en el centro de México. Flannery, a su vez, acababa de publicar un artículo [1975]<sup>3</sup> en contra de las teorías que consideraba simplistas y “de primer motor”, entre las que figuraban prominentemente dos que Sanders respetaba mucho: las de Robert Carnerio [1970], así como la propia teoría de Sanders y Price [1968]. Armillas tendía a coincidir más con Bill que con Flannery, aunque era más cercano a las ideas de Gordon Childe y al materialismo histórico.

Bill, como todos sabemos, era un formidable polemista, sus argumentos eran claros y contundentes y exigía lo mismo de sus interlocutores. Claro, aplicando buenas dosis de ironía y otros recursos retóricos con tal de avanzar su punto de vista, herencia que él adjudicaba a sus ancestros irlandeses. El tono de las discusiones tendía a subir, dado que Armillas sacaba entonces a relucir todo su espíritu español, republicano para más señas, y Flannery no se quedaba atrás, aunque siempre con un estilo mucho más mesurado y menos estridente. La mezcla era explosiva y fue muy

---

en todo el país. Se habían previsto solamente 10 becas y se había anunciado un riguroso proceso de selección en el que participarían José Luis Lorenzo y Ángel Palerm. Quizá por esa razón, a punto de cerrarse la convocatoria, sólo había ocho solicitudes. Linda Manzanilla, de alguna manera, se enteró y me animó a presentar mi solicitud y yo hice lo mismo con Alejandro. Me imagino que no estuvimos tan mal porque nos aceptaron, aunque apenas estábamos en el tercer año de la carrera.

<sup>3</sup> Este artículo en el que Flannery propone una estrategia para construir una teoría sobre el origen del Estado me impactó de tal manera que fue el elemento decisivo para optar en seguir en la arqueología. Estaba desilusionado de la profesión después de que la construcción de un sistema de canales había destruido buena parte del sitio de Tula en 1972. El taller, en su conjunto, y el artículo de Flannery, en particular, me hicieron reconsiderar la decisión de abandonar la profesión para dedicarme a hacer rock progresivo en español con “Las Abejas” de Cuernavaca, que tenían una oportunidad de grabar un disco por ese entonces.

claro, desde un principio, que había diferencias fundamentales entre nuestros profesores, en particular sobre lo que constituía o no una buena explicación para procesos como los orígenes de la agricultura, el cacicazgo o el Estado, o bien, sobre la confiabilidad del registro arqueológico e incluso sobre tareas aparentemente más mundanas, como la manera en que debían construirse las tipologías cerámicas.

En Oaxaca, estas diferencias estallaron durante una visita a Tierras Largas. Allí, Marcus Winter nos explicó el esquema de muestreo probabilístico que aplicó en el sitio. Pronto, la discusión derivó sobre la medida en que los materiales de superficie son o no buenos indicadores de los depósitos subyacentes y si era o no indispensable que los trabajos de superficie estuvieran siempre apoyados, por un lado, por muestreo estadístico (cosa que Bill no había empleado para la cuenca de México) y, por otro, en excavaciones extensivas (del tipo que Flannery había introducido y que, por la naturaleza de su proyecto, Bill había empleado poco en la cuenca).

No se suponía que la discusión se alargara, dado que la tarde empezaba a caer y había que regresar a Oaxaca, pero fue subiendo de tono, de forma tal que aunque algunos compañeros ya habían abordado nuestro flamante minibús "Ramírez", nuestros maestros seguían debatiendo acaloradamente el asunto. A medida que la ironía aumentaba, lo hacía la pasión y las cosas empezaron a ponerse potencialmente feas. Fue entonces que, preocupado por que aquello acabara mal y produjera un distanciamiento entre tres personas que desde entonces se habían hecho ya entrañables para mí, se me ocurrió una idea que, según yo, tendía puentes entre sus posiciones y permitiría cerrar la polémica en un tono positivo. Así que, animado de valor y frustrado porque a pesar de pedir la palabra nadie me la daba, dije "Yo creo que..." y antes de que pudiera terminar la oración Armillas, con ojos fulminantes y blandiendo su bastón como la espada de San Miguel, me contestó, "¡A creer, a la Iglesia; en la ciencia se argumenta!"<sup>4</sup>

¡Vaya lección de vida! Claro, Armillas tenía razón, y aunque ya ni siquiera me quedaron ánimos para presentar mi opinión, era claro que no bastaba con tener ocurrencias geniales —o, para el efecto, un bastón flamígero—: había que contar siempre con buenos argumentos y presentarlos con claridad y contundencia. La polémica terminó cuando se acordó someter a prueba las diferentes posiciones como parte de los objetivos de las excavaciones que llevaríamos a cabo en una terraza de Monte Albán.

<sup>4</sup> Con todo respeto, disiento de mi querido amigo Lorenzo Ochoa, que cree recordar que fue a él a quien Armillas le contestó así, pero el lector curioso podrá constatar cómo, desde el homenaje póstumo a Armillas [Gándara, 1984] vengo reportando el incidente en los mismos términos y hasta ahora nadie había cuestionado la veracidad del reporte.

La excavación puso en relieve que no solamente había diferencias en torno a las teorías de alto nivel, como el papel de la intensificación agrícola ante condiciones de presión demográfica, argumento retomado de Boserup [1963] que respetaba mucho Bill, sino incluso en cuanto a la manera de trabajar en el campo. Una vez seleccionada la terraza que se excavaría, mientras Armillas y Flannery discutían la manera en que se tendería la excavación, Bill fue por un pico y, frente a Linda Manzanilla y a mí, empezó a trazar un rectángulo en la tierra. Le preguntamos qué estaba haciendo y contestó, sin el mayor empacho: "Dibujando mi pozo". Tanto Linda Manzanilla como yo, formados en el estilo de excavación del Departamento de Prehistoria, nos miramos sorprendidos y preguntamos "¿Y los hilos?". Ahora el sorprendido fue Bill: "¿Cuáles hilos?", mientras terminaba de dibujar su rectángulo y se disponía, aparentemente, a empezar la excavación. "¡¡Los que se requieren para controlar la excavación, lo mismo que una base con el nivel de referencia!!". Bill detuvo su actividad abruptamente y no muy contento replicó: "¡Yo jamás dije que era arqueólogo, yo solamente soy un antropólogo cultural!". Para entonces se habían acercado ya nuestros otros dos profesores, Armillas, en particular, estaba desconcertado y furioso: "¡La excavación es como la cirugía! ¡Debe ocurrir en condiciones de perfecta asepsia!", y se retiró muy molesto.

Ese mes aprendimos el uso de la barreta como herramienta de excavación para llevar un perfecto control excavando zonas extensivas, técnica que Flannery había inventado<sup>5</sup> y con la que Bill tenía un poco de impaciencia, acostumbrado a herramientas más, digamos, contundentes y masivas. Pero la excavación resultó todo un éxito, aunque no necesariamente pudo resolver la polémica que era una de sus motivaciones, así que el tema de la confiabilidad de los estudios de superficie siguió siendo un tema de discusión el resto del Taller, aunque en un tono mucho menos apasionado.

En donde la pasión nunca subsidió fue en torno al tipo de explicaciones que debería buscar la arqueología; aún en Mérida, a quien le tocó una de esas "lecciones de vida" que estaban a la orden del día, fue a Otto Schondube, quien había iniciado apenas su participación en la plática con un recuento

<sup>5</sup> Se manda afilar el extremo plano de barretas de diferente longitud y se utiliza en vez de la cuchara de excavación. La altura desde la que se suelta permite controlar la penetración de la barreta, ésta luego se gira, lo que produce una superficie limpia y claramente visible. Con esta técnica, Flannery era capaz de avanzar dentro de un estrato mediante niveles de apenas un par de centímetros de espesor y mantener la superficie excavada limpia, lo que permite detectar mejor los contactos de capa y la presencia de intrusiones. En el peor de los casos, si el impacto rompe algún artefacto, el corte es limpio y el artefacto puede luego re ensamblarse, a diferencia de lo que pudiera suceder con el pico, que suele pulverizar el artefacto y nunca deja una superficie limpia de inmediato.

de la historia cultural de algún sitio, cuando le cayeron encima de inmediato Bill y Pedro diciendo que había que ir más allá del particularismo de la historia cultural; Otto, sorprendido porque su argumento claramente intentaba ir más allá de ser un recuento de datos, intentó contestar algo. Tuvo poca fortuna por la respuesta que se llevó (que no es factible reproducir aquí ni la manera en que Otto gallardamente contestó). Pero el incidente puso claramente en evidencia la posición de Bill y de Armillas: el centro, el punto de partida, deben ser siempre las preguntas de gran alcance las que generan, a su vez, explicaciones poderosas articuladas en teorías de escala cada vez mayor. La teoría tenía precedencia. La empiria era relevante sólo en función de alguna teoría; y este punto de vista, según yo, también lo compartía Flannery.

Es más, no sólo lo compartía, sino que para Flannery la teoría parecía ocupar un papel aún más importante que para Bill, que muchas veces, cuando veía las cosas perdidas, decía: "Yo jamás dije que era un teórico. Soy solamente un arqueólogo de campo que intenta darle sentido a las montañas de datos que ha colectado". Así que cuando al término del taller los tres profesores nos extendieron invitaciones para hacer doctorados en sus respectivas instituciones, yo opté por Flannery y la Universidad de Michigan. Me acuerdo que mi única preocupación es que la amistad con Bill no se viera afectada por mi decisión.

Pero entre ese año y 1978, en que ingresé a la Universidad de Michigan, algo había pasado. Los cambios se evidenciaron durante el curso de Arqueología II, de Henry Wright, sobre sociedades complejas. Me enteré de que todas las teorías sobre el origen del Estado estaban simultáneamente refutadas. Ello incluía cuando menos dos que había propuesto el propio Henry e incluso, aparentemente, el boceto de teoría (o plan para su construcción) del propio Flannery en aquel artículo de 1972.

Me tomó tiempo y valor animarme a preguntar cuál era entonces la explicación del origen del Estado. Cuando lo hice, Henry contestó sin chistar: "¿Qué? Todavía crees en la explicación?". Imprudentemente asentí y me tocó una nueva lección de vida sobre cómo era no solamente arrogante hablar de "leyes" en arqueología, requeridas por el modelo de explicación que la Nueva Arqueología había introducido, el de Hempel [1965], sino que no habíamos logrado construir una sola, como no fuera por las "Leyes Mickey Mouse" que Kent [Flannery, 1973a] irónicamente asociaba al bando de "La Ley y el Orden" de la Nueva Arqueología. Quizá era, incluso, prematuro proponer teorías en ausencia de mejores datos.

La respuesta me sorprendió por partida doble, porque el semestre anterior Robert Whallon nos había mostrado un repertorio impresionante de teorías sobre cazadores-recolectores; eran explicaciones y no estaban refu-

tadas. Muchas eran producto de sus alumnos, a veces desarrollados a partir de ideas del propio Whallon. Además, no olvidemos que Michigan nos dio, históricamente, a figuras como Leslie White, Elman Service y Marshall Sahlins, incluso a Robert Binford, aunque a él le duela [Binford, 1972]. Flannery mismo había propuesto varias teorías: desde explicaciones de corte local, como la que ofreció para la presencia de elementos “Olmecas” en el resto de Mesoamérica [Flannery, 1968] o sobre la economía de amplio espectro como pre requisito de la agricultura en Mesoamérica, hasta teorías más amplias sobre el origen de la agricultura [Flannery, 1973b] o el Estado (en aquel artículo [Flannery, 1975] que tanto me impresionó).

Por eso me extrañaba que la discusión teórica (y no se diga filosófico-metodológica) parecía causar fastidio en Michigan. Fue un invierno largo el de 1979. Estaba acongojado de enterarme de que la explicación (al menos la nomológica) no podía seguir siendo la meta de la arqueología.<sup>6</sup> Ello implicaba que yo había orientado mal a mis propios alumnos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en donde, desde 1974, yo había enseñado sobre la Nueva Arqueología y había defendido el modelo hempeliano de explicación. Lo que procedía ahora era ver por qué la filosofía de la ciencia había aparentemente abandonado dicho modelo, así que, a pesar de mi asesora en el doctorado, me inscribí en el curso de filosofía de la ciencia, con el doctor Peter Railton. “Y... ¡se hizo la luz!”.

Mientras que era indudable que el modelo hempeliano tenía problemas, muchos de ellos señalados por el propio Hempel [1965] (uno de mis héroes por su incansable honestidad intelectual), eso no significaba que la explicación como meta de la ciencia hubiese sido superada. Railton [1978] mismo había trabajado en la corrección de algunos de los problemas. Dicho de otra manera, lo que requeríamos no era abandonar la explicación como meta, sino mejorar nuestros modelos de lo que es una explicación; y qué mejor muestra de que la explicación era posible en arqueología que el otro incidente que me devolvió la confianza sobre el asunto en el otoño de 1979, se publicó “la Biblia Verde”, en donde Sanders, Parsons y Santley [1979] (en lo sucesivo SPS) no solamente producían una explicación del origen del Estado en la cuenca de México, ¡sino que lo hacían usando leyes de manera explícita! [ver su capítulo 9].

<sup>6</sup> El semestre previo tomé, en Michigan, un primer seminario sobre filosofía de la ciencia social con el doctor Frithoff Bergman, que había sostenido un punto de vista similar (que luego me enteré, en su caso, era a partir de una visión hermenéutica). En el caso de Henry, tiempo después se aclaró que lo que sucede es que el término “ley” le molesta, por lo que no le gusta hablar de explicaciones “nomológicas”, pero no estaba en contra de teorizar.



Entusiasmado con el libro, un día se los mostraba a mis compañeros durante el almuerzo en el salón destinado para ese efecto. En ese momento entró una de nuestras maestras que, al ver el libro en mi mano, preguntó que qué hacía con él, en tono de desaprobación. Yo contesté que sps no solamente proponían una teoría *explicativa*, sino que empleaban *leyes*. Me imagino que mi tono debió haber sido no solamente triunfalista, sino extremadamente arrogante, porque la respuesta fue (palabras más, palabras menos): “Pero, Manuel, si esa teoría es tan, pero tan, pero tan, tan mala, ¡que hasta Jeffrey se da cuenta!”. El comentario causó alguna hilaridad en el grupo pero a mí no me hizo gracia en absoluto. No solamente porque Jeffrey (Parsons) era también profesor nuestro en Michigan, sino que era un ejemplo de ecuanimidad y nunca tuvo sino palabras gentiles para referirse a sus colegas de la Universidad. Me parecía no sólo de mal gusto que se hiciera un comentario de ese estilo sobre un colega, sino que se hiciera sin mayor fundamento, sin ofrecer un argumento de ninguna clase. Era un comentario injustificado y en consecuencia injusto.

Así como 1973 había sido el inicio de una amistad, 1979 fue el inicio de una obsesión: había que mostrar que la teoría de sps no era “la teoría más refutada del mundo” o al menos pedir que se aplicaran con seriedad las reglas de la refutación.

La gota que derramó el vaso fue la reseña que escribió Blanton sobre sps poco después:

De no ser por los mapas, sin embargo, no puede considerarse que *The Basin of Mexico* sea en mucho una contribución a la arqueología antropológica. Las fallas del libro son tan numerosas y tan serias que enmascaran lo que pudiera haber de valor. Como era de esperarse, este libro ha sido usado como un vehículo más para las *envejecidas teorías ecológicas* de Sanders, en las que el crecimiento demográfico (que se toma como dado) es visto como la máquina que conduce la evolución cultural y la intensificación agrícola. Sanders, Parsons y Santley están tan fuertemente comprometidos con este enfoque, de hecho, que incluso a la luz de hallazgos empíricos contrarios en los reconocimientos, *se ven forzados a hacer declaraciones bizarras*... [...] *Todo es deformado, contorsionado, amoldado, forzado o retorcido para que quepa en su modelo a priori*. No hay ningún sentido de descubrimiento [...] *todo lo que obtenemos es una teoría obsoleta y sobre simplificada*, una incapacidad para utilizar incluso aquellos métodos analíticos que son de uso común y un fracaso en publicar los datos de manera completa. *The Basin of Mexico* deja mucho que desear” [Blanton, 1981:223-224; énfasis mío].

Por supuesto, en Michigan la reseña había caído muy bien. Sobre todo porque venía de un ex colaborador de Sanders (que luego hizo en Michigan su doctorado), así que era alguien quien “desde adentro” y “con pleno

conocimiento de causa” criticaba a su anterior maestro. En cierto sentido, la reseña era predecible: Blanton se había deslindado de Sanders desde una reunión en Santa Fe en 1971, en donde pidió que se incluyera en las memorias un pequeño documento en el que establece sus diferencias con Sanders particularmente en torno al papel del aumento demográfico [Blanton, 1976]. A mí me había tocado ver parte de ese argumento en San Francisco, en el Congreso de la American Anthropological Association de 1975, en que Blanton presentó su propuesta de que el aumento demográfico es un resultado de la creación del Estado y no a la inversa. En su propia explicación del origen del Estado en Monte Albán, no puede negar que la población creció, pero lo explica como resultado de las demandas adicionales de Estado sobre la fuerza de trabajo [Blanton, 1978].

Pero la reseña prácticamente no contenía argumentos y el tono de era inaceptable. No obstante, pesó fuerte en la arqueología estadounidense. Años después pregunté a Bill por qué no había contestado algo y me dijo que realmente no valía la pena. Que el día que se ofreciera un argumento serio al que hubiera que responder, entonces quizá respondería (Sanders, comunicación personal, México, 1984).

Para 1982, gracias a los cursos no sólo de Peter Railton (filosofía de la ciencia, filosofía política), sino de Tim MCarthy (Lógica Formal), John Meiland (filosofía de la ciencia social), Rebecca Scott (teoría de la Historia) y Larry Sklar (seminarios sobre la filosofía de la ciencia de Popper y Lakatos), mi comprensión tanto sobre la explicación como sobre la refutación científica se habían sofisticado. De hecho, en 1981 analicé las refutaciones que otro egresado de Michigan había producido y que le abrieron rápidamente la puerta en la Academia: Timothy Earle [1978]. Aunque nunca conocí personalmente a Earle como para tenerle alguna animadversión, y reconozco sobre todo el ingenio de las medidas de complejidad hidráulica que desarrolló, lo que mi análisis arrojaba es que las tres refutaciones que había realizado en su tesis eran espurias. Lejos de refutar a Service, Carneiro y Wittfogel, los había corroborado (perversamente), o bien, Hawai era un caso irrelevante. No solamente no cumplía las reglas de refutación que Lakatos [1970] propuso como compatibles con la racionalidad científica, sino que había severos errores de lógica.

El origen de mi procedimiento de análisis (y el impulso para aplicarlo a un caso concreto, que acabó siendo Earle), fue el propio Henry Wright. Wright nos había mostrado, en el curso de 1979, cómo es que él representaba teorías mediante diagramas de flujo (que aparentemente adoptó cuando hizo simulaciones por computadora). Sus análisis se apoyaban en una lectura cuidadosa de los textos, de forma tal que las gráficas incorporaban las páginas

en las que quedaba documentada cada liga entre las variables principales de la teoría. Estas ligas adoptaban la forma de flechas, como es normal en los diagramas de flujo, pero a mí me llamó la atención que esta forma fuera el equivalente al símbolo utilizado en lógica simbólica para representar el conector llamado “condicional”. Los condicionales, de acuerdo al neopositivismo y otras metodologías, son parte del formato lógico de las leyes científicas, dado que éstas se interpretan como condicionales universalmente cuantificados, es decir, condicionales que aplican para todos los casos del tipo relevante. Se me ocurrió, entonces, tratar esas flechas de conexión como condicionales lógicos y aplicar ese análisis a las refutaciones de Earle.

Cuando terminé, los resultados me sorprendieron tanto que, incrédulo, de inmediato se los llevé al doctor McCarthy, mi profesor de lógica simbólica, para que los revisara, y lo mismo hice con varios de mis profesores. Mi análisis era correcto. Las refutaciones eran espurias.

Para entender por qué, es necesario recordar algunos elementos de lógica, aquella materia que todos aprendimos a odiar en la preparatoria. Entonces, abro aquí un paréntesis técnico para recordar los elementos necesarios, y al término del paréntesis mostraré por qué revisar las “refutaciones hawaianas” es relevante en una discusión sobre Sanders.

Un condicional es un enunciado que tiene la forma “Si P entonces Q”, en donde P y Q representan variables que pueden ser, a su vez, otros enunciados simples o complejos. En la ciencia se entiende que la primera parte del condicional, llamado “antecedente” es responsable de que se produzca la segunda parte, el “consecuente”. Bajo las reglas normalmente aceptadas de la lógica de predicados, un condicional es falso, si y sólo si se cumple su antecedente mientras que no se cumple su consecuente. Es decir, si encontramos que P y no-Q es verdadero cuando ambos, antecedente y consecuente, son verdaderos, que es lo que el condicional precisamente dice, que si se da P entonces debe darse Q. Los otros dos casos son más problemáticos en su aplicación científica: si tanto el antecedente como el consecuente son falsos, el condicional es verdadero, dado que es la contraparte de asumir que si hay P habrá Q, si no hay ninguna de las dos se cumple la relación que el condicional establece. Es problemático porque entonces serviría perversamente a favor de cualquier teoría cualquier caso en donde no existieran ninguna de las variables que postula (paradoja que planteó desde hace muchos años el mismo Hempel [1970]). El último caso también es problemático: si no se da P y sí se da Q (es decir, no-P y Q), el condicional es verdadero, aunque lo que normalmente se interpreta en ciencia es que entonces el caso de estudio era irrelevante, para que fuera relevante debería haber estado presente la variable cuyos efectos queremos analizar.

Así, si la primera parte del condicional debe cumplirse, entonces Hawai es irrelevante a las teorías que supuestamente refuta Earle: la primera pide que haya un sistema de redistribución regional (Service) que Earle descarta; la segunda pide que haya presión demográfica (Carneiro), inexistente según Earle; y en el tercer caso debe haber un sistema de irrigación complejo (Wittfogel) que tampoco aparece. Es decir, en los tres casos el antecedente es falso, así que o el condicional es verdadero (se corrobora perversamente la teoría), o bien, el caso es irrelevante.

Hay una segunda posibilidad de interpretación: que las teorías analizadas no tengan una forma de condicional simple, sino de lo que se llama "bicondicional" y que normalmente se expresa como "Si y sólo si P, entonces Q". Esto quiere decir que si se encuentra una de las dos variables debe necesariamente estar la segunda. Por supuesto, si ambos se dan, el condicional es verdadero (la teoría se corroboraría), pero ahora cuentan en contra de la teoría no solamente que esté presente el antecedente sin que esté el consecuente (P y no-Q), sino también que esté el consecuente y no el antecedente (es decir, no-P y Q). Se dice que las teorías de este tipo son "más fuertes", dado que hay más posibilidades de que sean refutadas.

¿Qué pasa en los otros casos? De nuevo la aplicación es problemática en la ciencia. Si ni antecedente ni consecuente están presentes (no-P y no-Q), entonces el bicondicional es verdadero, dado que es precisamente lo que dice, que no habrá una variable sin la otra. Es decir, un caso de este tipo corroboraría la teoría, aunque quizá perversamente, dado que entonces cualquier caso en donde no se den ninguna de las dos variables (como puede ser el bolso de mi laptop en donde ni hay irrigación compleja ni un estado despótico), sería un caso a favor. Otra interpretación más favorable es decir que el caso es irrelevante, lo que tiene sentido si quieres saber qué efecto tiene la irrigación compleja, "por amor de Dios, ¡ve a un caso en que haya irrigación compleja!".

¿Le va mejor a Earle si tomamos esta segunda interpretación? Me temo que no. Lo que él propone es que, para empezar, Hawai no es un estado, sino un "cacicazgo complejo". Esto automáticamente hace que el consecuente no esté presente para las teorías de Carneiro y Wittfogel. Combinado con que tampoco estaba presente el antecedente, ambas teorías son corroboradas (perversamente), o bien, el caso es irrelevante; y como tampoco es un cacicazgo simple, el caso es irrelevante también para la teoría de Service.

Pero hay cuando menos dos supuestos centrales en todo esto: el primero es el que los autores mencionados hayan hecho teorías tan simples como para ser reducibles a un enunciado más o menos del tipo reconstruido aquí, siguiendo la reconstrucción que hace el propio Earle. El segundo es que los

datos de Earle sean confiables. He tratado, en otro trabajo, el segundo de estos puntos en detalle [Gándara 1999], así que no me detendré en él (pero resumo: dudo que sean confiables). Pero es el primer supuesto el que es pertinente aquí: aunque Earle referencia su tesis doctoral adecuadamente, no es claro que el nivel de detalle al que reconstruye las teorías sea el requerido para hacer justicia a los respectivos autores.

Dicho de otra manera, en ésta y otras refutaciones en boga, en Michigan en 1981, se asume que alguien que refuta a otro autor ha representado con fidelidad lo que esa teoría dice y se asume que los datos empleados también están libres de dudas. Ambos supuestos son comunes, por lo que si encuestáramos a muchos colegas no tendrían problema con asumirlos como razonables. Pero conociendo a fondo las teorías refutadas me parece que la reconstrucción de Earle es no solamente insuficiente, sino incorrecta. Cierro aquí el paréntesis técnico y la discusión sobre las refutaciones hawaianas para intentar mostrar su relevancia a la defensa de la teoría de Bill.

Lo más cercano a un argumento de por qué *SPS* estaban refutados, que logré obtener en Michigan, fueron dos señalamientos: el primero, de que, como Blanton había señalado desde aquella reunión de AAA de 1975, rara vez los organismos llegan a un punto en que ponen en peligro la capacidad de carga.<sup>7</sup> El segundo señalamiento es el que realmente interesa aquí, radica en que Sanders estaría refutado porque utiliza teorías o porciones de teorías que a su vez estarían refutadas, entre otros, por Earle.

En efecto, Bill es muy claro en citar las fuentes e inspiraciones de su teoría en la Biblia Verde (capítulo 9, para ser exactos). Entre las teorías que retoma están precisamente las tres que Earle supuestamente refutó. En la medida en que Bill “neciamente” retoma estas teorías refutadas, acarrea las respectivas refutaciones hacia su propia teoría. Nótese que el argumento no era que datos en la cuenca de México habían refutado la teoría, sino que su “macroteoría” tomaba a Carneiro, Service y Wittfogel y éstos ya habían sido “refutados” con “datos” en Hawai. Es por eso que las refutaciones hawaianas de Earle son relevantes a nuestro propósito aquí.

Wright, quien me había apoyado y entusiasmado para trabajar con mi procedimiento de análisis sobre Earle, me pidió que diera una charla en su seminario avanzado sobre Orígenes del Estado durante el invierno de 1982.

<sup>7</sup> Para mostrarlo, Blanton utilizó el caso de la levadura de cerveza, que automáticamente detiene su crecimiento si se aproxima a un umbral peligroso. Este primer señalamiento me deja un tanto frío, dado que considero los procesos sociales un tanto diferentes a la levadura de cerveza, sin dejar de reconocer que cuando los procesos sociales se rocían generosamente de cerveza (con todo y la levadura), en muchas ocasiones han conducido a aumentos demográficos.

A mí se me ocurrió explorar la posibilidad de que un análisis de este tipo mostrara que cuando menos había que cuestionar las bases sobre las que sps habían sido refutados, así que, en vez de presentar el análisis de Earle, presenté una versión inicial de lo que luego se convertiría en mi propuesta de análisis teórico. Este análisis tendría seis aspectos que mencionaré rápidamente más adelante, de entre los cuales el que había aplicado a Earle era parte del segundo: el formal-sintáctico. Aún con este aspecto se veía que las refutaciones de sps eran insostenibles.

Mi argumento es sencillo, sps sostienen que su teoría depende de tan sólo tres leyes generales, potencial biótico, menor esfuerzo y menor riesgo, y de un modelo de siete pasos, pero cuando se ven en conjunto resulta que en el texto aparecen muchos más principios que no están explicitados en los elementos mencionados. De hecho, las leyes 2 y 3 no pueden aplicarse sin cuando menos una cuarta que diga qué hacer cuando una opción es más costosa pero menos riesgosa, como la agricultura de riego es en relación a la de temporal. En el texto es claro que se preferirá esa opción que a la inversa, lo que constituye una cuarta ley, pero que no está enunciada en el texto. Si no está enunciada (como tampoco lo están muchos de los otros principios generales involucrados), entonces ¿cómo es posible que alguien haya refutado la teoría sin antes clarificar lo que la teoría realmente dice? ¿Qué enunciado, en rigor, fue el que contradijeron los datos? y ¿sería, en ese caso, suficiente para derrotar a la teoría entera?

Hay que hacer notar que este argumento es una clásica espada *gandariana* que corta parejo: si no podemos articular con claridad lo que la teoría dice, no podemos tampoco pretender que la teoría esté corroborada, como parecía pensar Bill, a quien cuando le presenté mi estrategia para reivindicar su teoría, allá por 1982, la idea no le entusiasmó mucho. Tampoco le gustaba la idea de que la refutación fuera inválida lógicamente: “Es como ganar una pelea de box por un tecnicismo”, me dijo [Sanders, comunicación personal, México, 1982].

De inmediato me doy cuenta de que lo que digo suena totalmente arrogante y prepotente, es como insinuar que ni siquiera el autor de la teoría tiene claros sus enunciados. Es casi un contrasentido. Pero lo que realmente quiero proponer es que los científicos no tienen por qué saber lógica simbólica ni cumplir las condiciones de refutación de Lakatos (a las que ahora me referiré). Ellos normalmente están más ocupados creando sus teorías y apoyándolas con datos empíricos que haciendo análisis teóricos. Concedido. Pero entonces, ¿a qué nos referimos cuando una teoría ha sido refutada? ¿A cuáles enunciados? ¿De qué tipo? y, finalmente ¿con qué teoría alternativa, y no solamente con qué datos, la refutaron?

Esta última condición, aprendida de Lakatos vía Sklar, me parecía fundamental: Lakatos había argumentado con fuerza que la historia de la ciencia muestra casos que, bajo otras perspectivas, se considerarían ejemplos de necesidad o rechazo a aceptar “la evidencia”, casos en que los datos que aparentemente refutaban una teoría y aún así su propósito seguía trabajando en ella. ¿Por qué insistir en defenderla? Lakatos argumenta que no es racional abandonar por completo una teoría, aunque la hayan debilitado aparentemente los datos, en ausencia de una teoría alternativa que cumpla cuando menos tres condiciones: primero, que sea capaz de explicar el éxito aparente de la teoría que refuta; segundo, que tenga nuevas consecuencias teóricas y, tercero, que algunas de esas nuevas consecuencias teóricas estén al menos parcialmente corroboradas o se pueda presumir que son corroborables en el corto plazo [Lakatos, 1970].

La razón es simple: es preferible aferrarse a la luz de una vela, aunque sea tenue y frágil, a quedar completamente a oscuras, y si consideramos que muchas veces los datos son los que están mal, aceptar de manera indiscriminada y sin pleito las refutaciones, lo que promueve es el que se refute una teoría viable a partir de una evidencia potencialmente problemática. Yo he argumentado que, en el caso de la arqueología, fueron las repetidas refutaciones espurias las que llevaron a un escepticismo, ya no sobre explicaciones particulares, sino sobre la explicación como meta cognitiva legítima de la disciplina con consecuencias funestas [Gándara, 2008].

De regreso a la primavera de 1982, presenté el resultado de mi análisis inicial frente a un grupo que no era solamente de los alumnos de Wright, sino que incluía a maestros a los que invité expresamente, entre ellos a Kent Flannery y Joyce Marcus. La conclusión fue contundente, en ausencia de una formalización de la teoría de sps que mostrara con precisión qué es lo que la teoría realmente dice, y en ausencia también de una teoría alternativa que mejorara la de sps, era no solamente prematuro, sino injusto, sostener que sps estaban refutados. *No se cumplían ni las condiciones lógicas ni las metodológicas como para aceptar que ésta fuera, como se pretendía, “la teoría más refutada del mundo”.*

Obviamente, lo que dije a varios no les cayó muy bien. Mucho menos cuando dije: para que una teoría sea refutada se requiere otra teoría; y si hemos de creerle a Wright, todas han sido refutadas, así que no hay alternativa viable. Mucho menos puede refutar una teoría algo que nunca se ha pretendido que sea una teoría, sino un plan para construir una, como es el caso de la propuesta de Flannery de 1972. Esta propuesta, que yo sigo encontrando promisoría, se quedó al nivel de las predicciones que hacen “las psíquicas de California”. Estas mujeres, cuyos artículos aparecen a ini-

cios de año en las revistas femeninas, “predicen” obviedades como que este año morirá una querida actriz de Hollywood (lo que acaba siendo una predicción exitosa considerando el número de ex actrices ancianas alcohólicas que hay en Hollywood); o bien, que “continuarán los conflictos en el Medio Oriente”, lo que no es en absoluto sorprendente considerando la política exterior norteamericana. Son de tal ambigüedad y falta de precisión que casi cualquier caso cuenta como caso a favor, como cuando se propone que “un desastre natural” (que no se especifica) “afectará terriblemente a un país del Oriente” (que no se especifica). De la misma manera, es altamente probable que si “algún control de nivel inferior” (que no se especifica) falla de manera continuada en mantener “ciertos valores” (que no se especifican) dentro de “ciertos rangos” (que no se especifican), entonces, “controles de nivel superior” (que no se especifican) tomen su lugar, como en el proceso de linearización propuesto por Flannery [1972]. En fin, en un acto de arrogancia todavía mayor, del cual aún hoy me arrepiento porque no se le dice algo así a quien se le quiere mucho, terminé añadiendo algo por el estilo “Lo que Kent Flannery tiene no es una teoría, sino cuando mucho, un esbozo para construir una teoría se sigue pareciendo más a las predicciones de las psíquicas de California. Pero quizá no hay que ser injustos, apenas han pasado nueve años desde que lo formuló, por qué no esperar, digamos, unos cinco, no, unos diez años; OK, digamos veinte o veinticinco años para ver si ese esbozo se convierte en una teoría real capaz de refutar legítimamente a otra teoría como la de *sps* que, sin pretender que esté exenta de problemas, es *realmente* una teoría”.

Así que heme ahí, en Michigan, defendiendo el trabajo de Bill, exigiendo que se le diera un trato justo, con argumentos. A las teorías, propuse, hay que tratarlas como lo que son: a saber, teorías; y dado que una teoría es lo que una teoría dice, me parece indispensable determinar con precisión qué es lo que *sps* dicen. En el fondo de mi corazón *ese era realmente* mi proyecto de tesis doctoral. De hecho, llegué a platicar al respecto con la gente del Departamento de Filosofía, que no tenía objeción para que se presentara como tesis para un grado conjunto (para entonces tenía ya casi todos los créditos de la Maestría en Filosofía de la Ciencia), pero al consultar (de manera igualmente informal) al Departamento de Antropología (sin entrar en detalles sobre lo que sería el contenido de dicha tesis) la respuesta fue contundente: estaba muy bien que yo quisiera hacer un grado conjunto, siempre y cuando cumpliera primero todos los requisitos de una tesis de arqueología para el Departamento, lo eso implicaba, a juicio del Jefe Departamental de ese momento, una tesis que mostrara que podía hacer arqueología de campo. Evidentemente, ante esas condiciones, no tenía



caso ya plantear una tesis sobre *sps*: era claramente inaceptable. Así que ya ni siquiera lo intenté.<sup>8</sup> Pero la intención de reivindicar el trabajo de Bill y sus colegas se había iniciado y, como dije al inicio, me perseguiría como obsesión los siguientes veinticinco años. La motivación se había ampliado, para poder defender a Bill era necesario profundizar antes sobre dos preguntas previas: ¿cuándo podemos decir legítimamente que una teoría ha sido refutada? Esta pregunta se convirtió en parte de la obsesión —y todavía continúa—, junto con una segunda pregunta íntimamente relacionada: ¿cuándo podemos decir que tenemos una explicación satisfactoria, al menos en arqueología?

Resumiendo, hay cuando menos cinco problemas con la “refutación” de *sps*, tal como se veía en Michigan en 1982:1) que no se sabía exactamente qué era lo que la teoría propone desde el momento en que los mismos autores no habían formalizado los principios generales utilizados en su argumento explicativo; 2) que en esa medida no había garantía de que cualquier interpretación de la teoría rescatara correctamente la forma e intención de los condicionales involucrados; 3) lo que impacta en el tipo de casos que afectarían negativamente a la teoría; 4) no se estaban citando directamente datos de la cuenca de México,<sup>9</sup> sino que la refutación procedía a partir de señalar que *sps* habían retomado teorías previamente “refutadas”, pero el análisis de las refutaciones de Earle mostraba que eran o espurias o al menos incompletas: espurias, porque la lógica empleada era falaz; y 5) incompletas porque no cumplían con el requisito de ofrecer una teoría alternativa que explicara lo que las teorías refutadas pretendían explicar (o mostraba por qué esos problemas explicativos previos no eran relevantes). En suma, no podía seguirse diciendo a la ligera que la teoría de Bill fuera “la más refutada de todas las teorías”.

<sup>8</sup> Es importante clarificar este punto, porque en la tradición oral se dice que Michigan primero rechazó como tesis mi análisis de la “La vieja Nueva Arqueología” [Gándara, 1983], y luego el proyecto sobre Sanders. Pero no es así. Nunca los presenté de manera informal como posibles tesis doctorales. A partir del requerimiento de Richard Ford de que el proyecto tenía que incluir trabajo de campo, lo que presenté fueron proyectos que tenían que ver con la presencia oaxaqueña en Teotihuacan, o bien, temáticas similares que implicaran campo. Era claro que una tesis sobre la aplicación de la filosofía de la ciencia a la arqueología sería inaceptable.

<sup>9</sup> Cuando se ha intentado esta ruta, afectan a cuestiones menores de detalle, que de aceptarse como refutaciones, entonces no hay una sola teoría viva en ninguna ciencia: piénsese solamente en los diferentes intentos de fijar constantes como la constante gravitacional, que requirieron múltiples aproximaciones. Si cada una constituía una refutación, entonces Newton fue irracional al seguir trabajando con su teoría.

## LA HISTORIA INTERMINABLE: CAPÍTULO DOS

Las obsesiones verdaderas (¿acaso hay de otro tipo?) lo persiguen a uno todo el tiempo. A mi regreso a México, en 1982, el proyecto de trabajar sobre la teoría de Bill no quedó olvidado. De hecho, en 1984, luego de un experimento exitoso con el uso de la simulación para enseñar metodología y diseño de investigación a alumnos de la licenciatura en arqueología de la ENAH utilizando el juego “Hamurabi”, se me ocurrió crear mi propio juego de simulación sobre un caso real y una teoría real en arqueología. El caso sería la cuenca de México y la teoría la de *sps*. Como la simulación requiere formalizar al menos los principios teóricos para convertirlos en algoritmos que una computadora pueda ejecutar, este era el pretexto para llevar a cabo, con detalle, el segundo aspecto de mi modelo de análisis teórico: el formal sintáctico.

La simulación la desarrollé en Applesoft Basic y fue central para poder conocer muy de cerca el interior de la propuesta de *sps*.<sup>10</sup> De ahí salió también la idea de que había variables cruciales de la teoría que requerían datos precisos y no solamente estimaciones o aproximaciones a partir de datos etnohistóricos. Datos como el tamaño promedio de la familia o la productividad del maíz y su contribución a la dieta durante el Formativo Tardío, eran indispensables para poder aplicar el modelo de capacidad de carga que *sps* adaptaron de Allan [1963]. Esta preocupación me llevó a plantear finalmente, en 1984, el Proyecto “Áreas habitacionales-Cuicuilco”, destinado a obtener información empírica sobre esas variables.

Debe haber sido en 1986 cuando platiqué nuevamente con Bill al respecto de cómo reivindicar su teoría. Yo estaba entusiasmado porque aunque la simulación había mostrado huecos y debilidades de la teoría, todos ellos eran superables y ninguno capaz de sugerir que lo que había que hacer era abandonarla. Para entonces, en México el entusiasmo sobre *sps* se había reducido considerablemente, se respetaban los datos, pero la teoría se empezaba a mirar con cierta sospecha, tal vez a raíz de la virulencia con la que habían sido atacada.

Bill accedió a comer conmigo, sobre todo porque quería saber qué tipo de datos estaba yo encontrando en el proyecto. Le comenté que el proyecto

<sup>10</sup> En 1986 esta simulación permitió obtener apoyo de la Dirección General de Educación Superior de la SEP para convertir el programa a MS-DOS con la posibilidad de que se adoptara en otras escuelas. A su vez, el éxito del proyecto permitió que la ENAH conservara las computadoras usadas durante el experimento, con lo que estos equipos y los conseguidos en otro proyecto, realizado con Apple en Oaxaca, permitieron que la ENAH tuviera sus primeras computadoras [Gándara, 1988].

había sufrido todo tipo de vicisitudes, dado que, desde el arranque, hubo que cambiar el plan de excavar debajo de la lava en Cuicuilco, hacer excavaciones de rescate en el área de captación en torno al sitio, en áreas que la lava no había cubierto y que estaban a punto de desaparecer,<sup>11</sup> y que esa misma tónica había ocurrido ya en dos temporadas en las que acabamos haciendo arqueología casi de rescate, pero aunque en la segunda temporada habíamos localizado las huellas de una casa, mi argumento para rescatar su teoría no estaba basado en datos.

Fue evidente que en ese momento Bill perdió interés en la plática, aunque fue muy cortés y oyó cuando menos la primera parte de mi argumentación (dado que apreciaba mi defensa de los autores refutados por Earle), en cuanto llegamos a la lógica simbólica me hizo ver que ya era tarde y que quizá podríamos continuar la plática en otra ocasión. Esta reacción me desconcertó mucho: era parecida a la de Flannery [1982], quien abiertamente opinaba que lo que la filosofía de la ciencia tenía que decir sobre la arqueología era irrelevante o inútil. Hay que hacer más arqueología y menos filosofía.

Me tomó mucho tiempo recobrar el ánimo. Sobre todo porque se tuvo que suspender el Proyecto Cuicuilco en 1989, con lo que la vertiente empírica que a Bill le hubiera gustado ver ya no fue posible. Mis energías se virtieron sobre la defensa de Cuicuilco en sí.<sup>12</sup> Pero las obsesiones son obse-

---

<sup>11</sup> Gracias a Raúl García nos enteramos de que, en lo que eran unos campos de fútbol, en las laderas del somontano del Ajusco, hacia el sur de Cuicuilco, la erosión había revelado concentraciones de materiales arqueológicos. Y aún más: toda el área circundante sería arrasada para construir una unidad habitacional. En consecuencia, nuestro plan cambió y excavamos en ese predio. El año siguiente sucedió algo similar, cuando nos enteramos de que en una ladrillera al sureste de ahí habían hecho un gran corte que revelaba entierros y un piso de ocupación y que la destrucción continuaba. Fue así como nuestra segunda temporada fue el rescate de una terraza de ocupación cerca del punto de contacto entre la lava y la superficie no afectada [Gándara *et al.*, 1987].

<sup>12</sup> El primer round de su defensa, iniciado en 1986, lo habíamos ganado desde la ENAH con el apoyo de los sindicatos del INAH y de grupos de la sociedad civil, y se materializó con la creación del Parque Ecológico Peña Pobre en 1989-1990. El segundo, que era inminente, se inició a principios de los de los años noventa. La ENAH esta vez optó por no participar. El INAH actuó tarde. Ello ocasionó la destrucción de partes de la porción sur-occidental del sitio, al sur de lo que se llama Cuicuilco B, y donde hoy se desplantan edificios de Elecktra que colindan con Villa Olímpica. El tercero vino a partir de que el último día de su gestión, en 1994, el presidente Salinas dio marcha atrás al decreto que convertía el área de Peña Pobre en reserva ecológica y lo hacía terreno comercializable. Todos conocemos el resultado, a pesar de una fuerte oposición ya no solamente de la ENAH, sino de los vecinos de Villa Olímpica, los sindicatos e incluso los partidos, se construyó la Torre Telmex a escasos metros de la pirámide de Cuicuilco y se generó el Centro Comercial Plaza Cuicuilco.

siones, así que, animado por Hilda Iparraguirre, decidí inscribirme en 1994 al Doctorado en la ENAH, ya que Hilda me aseguraba que podría realizar la tesis que me hubiera gustado hacer en Michigan, sin restricciones. La decisión la tomé en el último momento posible, a unas horas de que se cerraran las inscripciones, pero los papeles entraron a tiempo y estaba ahora en el doctorado. Pero en el doctorado equivocado. Resulta que con la prisa (y el desconocimiento) no entendí que el doctorado al que Iparraguirre se refería era al de Historia y Etnohistoria y me inscribí al de Arqueología que coordinaba Rosa Brambila, en una única línea sobre Sociedad y Territorio.

Brambila fue muy gentil. Me aceptó como alumno, clarificando solamente de entrada que aunque la tesis podría hacerla de cualquier manera sobre la defensa de la teoría de Bill, tendría que incluir elementos que tuvieran que ver con el territorio. La solicitud me pareció razonable en ese momento, considerando que Bill había sido pionero de los estudios de patrón de asentamiento y que variables como la de circunscripción tienen que ver con el territorio. Así que opté por quedarme en el doctorado. Fue una experiencia disfrutable por la inteligencia, ingenio y profundidad de los puntos de vista de Brambila, y por la calidad de mis compañeros de generación, que permitía discusiones muy productivas durante la parte escolarizada del programa. Pero las dificultades comenzaron en un coloquio interno en el que los alumnos presentábamos avances de nuestras tesis y nos comentaba el trabajo una persona externa al programa. En mi caso, presentaría una primera versión del análisis sintáctico de SPS y me comentaría una persona versada en cuestiones de filosofía de la ciencia.

La presentación fue un fracaso. Nervioso por mostrar la fertilidad del enfoque, hablé rápido y no fui muy articulado, por lo que el comentario no se hizo esperar: palabras más, palabras menos, consistía en que “con amigos como Gándara, no eran necesarios enemigos: he aquí alguien que pretende rescatar una teoría y ¡el rescate consiste en proponer que el autor no sabe lo que dice su teoría!”, así por el estilo. Luego vinieron los comentarios del público. Recuerdo uno con claridad: “el problema, Manuel”, decía una amiga con la mejor intención, “es que, para empezar, Sanders no tiene realmente ninguna teoría; la Biblia Verde no es una teoría *seria* de origen del Estado”. Intenté responder, pero mi estado emocional no era el más conducente a una argumentación razonada, aparentemente, el público parecía pensar que yo estaba enfrascado en una tarea no solamente desleal al autor, sino inútil e innecesaria. El efecto combinado de esos comentarios, y otro que señalaba que “no se notaban de manera suficiente los elementos de territorio” en mi trabajo, me llevó a tomar la decisión de suspender, cuando menos por un rato, la elaboración de la tesis. Ese rato acabó convirtiéndose en cinco años.

Pero las obsesiones no se llaman así en balde. Por lo que luego de hacer otro doctorado (en diseño y nuevas tecnologías)<sup>13</sup> decidí retomar el proyecto de la defensa de Bill. Intenté rescatar lo que había hecho a mi paso anterior por el doctorado de la ENAH. La secretaria me informó que me habían dado de baja por no haberme doctorado a tiempo y que incluso mi expediente ya no existía en archivo.

Furioso primero, desconsolado después, pero decidido a que había que poner punto final a la obsesión, me volví a inscribir en el doctorado de la ENAH, esta vez en la nueva línea de Antropología Simbólica. Enterada del asunto, una de las responsables de la línea, Patricia Fournier, me ofreció todo su apoyo, iniciando por poner en duda que realmente mi expediente hubiera sido eliminado. Con estilos que caracterizan a mi querida amiga, logró que una nueva secretaria realmente buscara bien en el archivero y ¡sorpresa!, en el fondo del cajón, literalmente, debajo de todos los demás expedientes, yacía el mío, completo, con todas las calificaciones que Brambila me había puesto de manera no solamente generosa sino oportuna.

Ello significó que, salvo por las materias de la línea de Antropología Simbólica y algunas otras, era factible rescatar parte de los créditos, lo que aligeraría la carga de cursos. Tuve todo el apoyo de mi comité (Fournier y Stanislaw Iwaniszewski) para realizar, esta vez sin restricciones, mi proyecto de tesis original. Fue una oportunidad que nunca podré agradecer completamente y que, por otro lado, levantaba aún más la auto exigencia: había que corresponder a las facilidades que se me daban, incluso la de tener como director a mi querido amigo Felipe Bate —con quien había discutido el tema a lo largo de todos estos años—.

Terminados los cursos, recibí la oferta de pasar mi sabático en el Colegio de Michoacán (Colmich), campus La Piedad, en el Centro de Estudios Arqueológicos fundado por Carlos Herrejón, entonces presidente del Colmich y coordinado por Efraín Cárdenas, quien me ofreció todo tipo de facilidades para la redacción del texto final, así como que el resultado lo publicara el Colegio. Su sucesora, Magdalena García, materializó la oferta y en 2006 inicié la redacción. A finales de ese año tenía suficiente material avanzado como para poderse lo presentar a Bill, así que comentando esa idea con García se le ocurrió que quizá el Colegio me apoyaría para ir a Penn State a platicar con Bill. Luego tuvimos una idea mejor, traer a Bill a La Piedad durante una semana y platicar con calma y sin las interrupciones que tendría Bill en su propio campus. Ello permitiría, además, que mis alumnos conocieran y disfrutaran de Bill en un seminario sobre Urbanismo en Mesoamérica.

---

<sup>13</sup> Y éste sí terminarlo [v. Gándara, 2001].

Bill aceptó venir a inicios de la primavera de 2007. Yo no lo había visto en varios años y no daba crédito cuando me dijo: “pero esta vez habrá que ‘llevarla leve’ con las visitas a sitios arqueológicos que me propones, porque después de todo, tengo 82 años”. En efecto, quizá nos pasa a los alumnos en relación a nuestros maestros algo paralelo y simétrico a lo que les pasa a los maestros con sus alumnos: nos da trabajo entender que también cambian y también por ellos pasa el tiempo.

Pero Bill estaba completamente vital cuando vino a La Piedad. El seminario que nos dio fue excelente a pesar de los ritmos de sesiones de tres horas a los que lo sometimos, aún así, accedió a que lo entrevistara durante la semana en torno a mi tesis. Esta vez no había escapatoria, aunque Bill empezó por señalar que no le veía tanto sentido contestar a algo que había pasado tanto tiempo atrás: “Es agua debajo del puente”. Así que, de entrada, no entendía qué sentido tenía revivir todo aquello, con lo que la primera entrevista fue un poco a regañadientes y ligeramente angustiante.

Se me ocurrió hacerle fotocopias de la reseña de Blanton y de un artículo publicado casi diez años después por el propio Blanton [1990] en un libro muy triste,<sup>14</sup> *Debating Oaxaca Archaeology*, editado por Joyce Marcus [Marcus, 1990]. En ese artículo, Blanton equipara a Popper (a quien evidentemente ahora ya había leído), como una persona crítica que ve en la refutación la manera de mantener a la ciencia como una empresa intelectualmente honesta, y utiliza a Bill como análogo de Kuhn, cuya “ciencia normal”, acrítica, irreflexiva y dogmática, opuesta a la refutación, es la antítesis de la honestidad intelectual. Al parecer, todo el volumen responde a algún comentario que Bill hizo en alguna reunión y que debe haber sido de tal peso que provocó una reacción igualmente pasional. Bill no recordaba nada al respecto, pero accedió a leer ambos textos.

A la mañana siguiente, cuando lo recogí para desayunar, la reacción era clarísima: utilizó una expresión que no puedo reproducir aquí, pero cuyo sentido se traduciría (en una lectura caritativa) como “tenemos que hacer que estos... queridos colegas oigan nuestro punto de vista”. Pero para él, responder a estas alturas no solamente le parecía inútil, sino que le daba mucho “enfado y flojera”. “Bueno, Bill”, le dije, “pero a mí no. Y no tiene que ser ya tu batalla, es la mía”. Ese día la entrevista fue muy productiva y terminó, como en los viejos tiempos, celebrando con buenas dosis de tequila y cerveza —otra gentil concesión de Bill, dado que a últimas fechas tomaba más bien vino que cerveza—.

<sup>14</sup> Esta no es sólo mi impresión personal, sino la de comentaristas como Cowgill [1992] y Dunnel [1992].

Él accedió a leer el análisis sintáctico que presenté esta vez con un suficiente prelude para clarificar que lo que propongo no es que él no sabe lo que su teoría dice, sino que lo que su teoría dice va más allá de lo que él y sus colegas formalizaron en los tres principios nomológicos y el modelo que presentan como la teoría. Que si se lee con cuidado el capítulo 9 (y en algunos momentos de la teoría, otros pasajes del libro) aparecen, con mayor o menor grado de claridad —y a veces entre líneas— los argumentos que permiten hilar la teoría de forma tal que el *explanandum* (el enunciado que se busca explicar), realmente sea derivable del *explanans* (los principios generales y condiciones antecedentes que constituyen el centro de la explicación). Le expliqué que esta versión del modelo hempeliano era la relevante, dado que esa es la que estaba en juego en 1981, pero que nuevos modelos de explicación, notablemente, el de Salmon de explicación causal [Salmon, 1998], arrojaban resultados similares y que, incluso tomando su propuesta como una narrativa causal, al estilo de Ruben [1990], daban resultados positivos.

Un tanto a regañadientes, porque a él le seguía pareciendo que la mejor defensa de su teoría serían datos nuevos, leyó el análisis, ya para regresar a México. Al principio no daba crédito que en realidad, lejos de ser tres principios generales, fueran no menos de 19.<sup>15</sup> “Bueno, pues sí, así explicitado, el resultado es el que pretendíamos”, comentó. Y cuando le mostré el “marcador final” en el que se comparan los seis aspectos del análisis<sup>16</sup> de su teoría con las de otras teorías contendientes de ese momento, estaba feliz:

<sup>15</sup> Incluyo, como Figura 1 de este artículo, el resumen del análisis sintáctico de *sps*, que aunque no puedo argumentar aquí, ilustra el producto del análisis de este aspecto [Gándara, 2008:278-9].

<sup>16</sup> Los seis aspectos son: 1) el pragmático, en donde clarificamos con precisión el problema explicativo al que la teoría intenta responder, así como los problemas subsidiarios legítimos a los que también debe dar algún tipo de respuesta; se evita así el truco común en las refutaciones espurias en que se critica a un autor, por no resolver problemas que él se nunca se planteó; 2) el sintáctico, donde explicitamos los principios generales y condiciones antecedentes para determinar los casos de refutación; 3) el metodológico, donde determinamos si la teoría es realmente refutable no sólo en términos de casos potenciales en contra, sino en términos prácticos; 4) el ontológico, donde determinamos si las entidades de las que habla la teoría son realmente entidades sociales y no biológicas, genéticas, cibernéticas o de otro estilo que implique reduccionismo teórico; 5) el valorativo, en donde el examen de la cadena explicativa y la ontologización revelan la posición política y ética del autor y su visión del futuro humano; y 6) el aspecto empírico que tanto la evidencia disponible, una vez criticada en términos de confiabilidad, representatividad, etc., apoya o contradice la teoría y si lo hace de manera general o puntual. Estos aspectos permiten comparar las teorías en pugna en una especie de “marcador global” para ver sus fuerzas y debilidades relativas.

**Figura 1.**  
**Análisis sintáctico de la teoría de SPS**

PREGUNTA EXPLICATIVA CENTRAL:

¿Por qué surge el Estado en Teotihuacan cuando menos durante el Primer Periodo Intermedio Fase Cuatro (Formativo final)?

EXPLICACIÓN:

*Principios generales:*

- (1) Para toda  $x$ , si  $x$  es una especie viviente, entonces  $x$  tiene el potencial de incrementar constantemente su población.
- (2) Para toda  $x$  y toda  $y$ , si  $x$  y  $y$  son respuestas potenciales a la tensión y  $x$  es mejor que  $y$  en términos de eficiencia (tiene una mejor proporción costo-beneficio), entonces se preferirá la respuesta  $x$ .
- (3) Para toda  $x$  y toda  $y$ , si  $x$  y  $y$  son respuestas potenciales a la tensión y el riesgo de  $x$  es menor que el riesgo de  $y$ , entonces se preferirá la respuesta  $x$ .
- (4) Para toda  $x$  y toda  $y$ , si  $x$  y  $y$  son respuestas potenciales a la tensión y  $x$  es menor en riesgo que  $y$ , entonces  $x$  será preferida a  $y$  aunque  $y$  sea menos costosa.
- (5) La población humana está sujeta a la ley (1), especialmente en condiciones de "colonización inicial", en las que la población crecerá a un ritmo acelerado.
- (6) Las prácticas agrícolas están reguladas por las leyes (2), (3) y (4): para toda  $x$  y toda  $y$ , si  $x$  y  $y$  son prácticas agrícolas y  $x$  es menos costosa y/o riesgosa que  $y$ ,  $x$  será preferida a  $y$  bajo condiciones normales.
- (7) La organización social está regulada por las leyes (2), (3) y (4): para toda  $x$  y toda  $y$ , si  $x$  y  $y$  son formas de organización social y  $x$  es menos costosa y/o menos riesgosa que  $y$ , entonces, bajo condiciones normales, se intentará conservar la forma de organización  $y$ .
- (8)\* Si la población crece hasta un punto CC1 de su capacidad de sustentación (bajo las condiciones de desarrollo tecnológico y potencial de un momento T), entonces, dado que la fisión tiene una mejor tasa de eficiencia que la intensificación agrícola por las leyes (6) y (7), se preferirá la fisión, siempre y cuando no existan condiciones de circunscripción C.

\* A partir de este principio general y para facilitar la lectura, obvio la formulación más formal (con uso de variables y cuantificadores) de los principios siguientes, con la intención adicional de diferenciarlos de los que SPS reconocen como leyes y sus derivados. Evidentemente, podría dárseles a todos un tratamiento más formal.



- (9) Si la población crece hasta un punto CC2 existen condiciones de circunscripción C, entonces se intensificará la producción por la ley (6).
- (10) Si la intensificación conduce a una reducción de la movilidad de los grupos, entonces se tenderá a un mayor sedentarismo y una redefinición de los derechos territoriales.
- (11) Si se dan condiciones de presión demográfica CC2, entonces la tierra será vista como un bien limitado, sujeto a la competencia.
- (12) Si la competencia llega a un punto PC, entonces producirá una reducción adicional de tierra disponible, al crearse "zonas de amortiguamiento".
- (13) Si los diferenciales productivos agrícolas implican demasiado costo o riesgo en comparación con otras posibilidades productivas, como la especialización artesanal, se optará por esta última (en condiciones de variabilidad regional de recursos).
- (14) Si el intercambio regional adquiere importancia, entonces se estimulará la creación de instituciones que lo regulen y faciliten.
- (15) Si se incrementa el flujo de energía capturado por un sistema, se tendrá que incrementar su aparato de control, incluyendo los ecosistemas humanos
- (16) Si aumenta el flujo de energía y el número de actividades a regular, entonces tenderá a aumentar en complejidad y en especialización el aparato de control, incluyendo los ecosistemas humanos.
- (17) Si las demandas administrativas ocasionadas por aumentos en flujo de energía y número de actividades llegan a un punto DA, entonces habrá presión para seleccionar formas más complejas de organización social aunque estas sean más costosas.
- (18) Bajo condiciones de presión demográfica CC2 y habiendo llegado la intensificación a un límite L, la guerra de sumisión es vista como alternativa menos costosa que la continuación de la intensificación y será preferida.
- (19) El Estado arcaico es una forma de organización o arreglo social complejo y costoso, pero capaz de responder a un nivel de demandas administrativas DA, que resultan tanto de la regulación del sistema de intercambio regional, como el de la organización de la producción, la guerra y la gestión del sistema hidráulico.

#### CONDICIONES ANTECEDENTES:

- ca1) El proceso al que las leyes anteriores se refieren es relevante sólo al origen del Estado primario.
- ca2) La cuenca de México presenta condiciones de circunscripción C.
- ca3) Cuando menos desde el Primer Periodo Intermedio, la base de la subsistencia en la cuenca era la agricultura.
- ca4) La agricultura se desarrolló en un proceso de colonización inicial en la cuenca a finales del Horizonte Temprano.

- ca5) La cuenca es una región con variabilidad regional de recursos.
- ca6) La población alcanzó el punto CC1 (20-30% de la capacidad de sustentación) al inicio del Primer Intermedio.
- ca7) La población alcanzó el punto CC2 (50-80% de la capacidad de sustentación) durante la Fase 3 del Primer Intermedio (Formativo Tardío/Formativo Final).
- ca8) En Teotihuacan existe un recurso que permitió la intensificación temprana y redujo el riesgo: los manantiales cercanos al sitio y corrientes permanentes como el río San Juan; su único competidor potencial, Cuicuilco, fue destruido por la erupción del volcán Xitle.

*Explanandum:*

El Estado surge en Teotihuacan durante el Primer Periodo Intermedio Fase Cuatro (Formativo final).

la teoría de sps, bajo los criterios de evaluación planteados, incluyendo los de fertilidad explicativa, capacidad sistemática y refutabilidad,<sup>17</sup> resultaba la mejor de ese momento.

Le gustó, en particular, la idea de “ontologización”, que comentaré brevemente. Consiste en hacer una cadena de preguntas de tipo “por qué” y ver qué tan lejos puede llegar contestando a ellas la teoría (lo que mide su fertilidad teórica). El punto en donde se detiene suele ser uno que, o bien, se considera “obvio” o “natural” o “no requiere más explicación”, o bien, en el que hay que reconocer que nuestro conocimiento no da como para contestar por el momento. Ese punto, en donde ya no es posible seguir contestando, es el punto en que “ontologizamos”, término pedante que simplemente quiere decir “porque así es la vida, porque así son las cosas, porque así es la realidad”. En la tesis doctoral sostengo que este punto es particularmente importante, porque revela la concepción de la humanidad que subyace a la teoría, en términos éticos y políticos, y normalmente deja expuesto el optimismo o pesimismo del autor en términos del futuro de dicha humanidad. De hecho, revela, aunque el autor quizá no lo quiera, sus convicciones políticas profundas, y a veces muestra que la teoría en cuestión, lejos de ser una teoría empírica, es una doctrina política velada.

<sup>17</sup> Mismos que, evidentemente, no puedo explicitar aquí, pero el lector puede consultar [Gándara, 2008].

Un ejemplo (muy simplificado por razones de espacio) puede clarificar la idea. Si le preguntamos a Marcus y Flannery [1996] por qué surge el estado en Oaxaca, probablemente contestarían que porque un grupo de caciques “emprendedores” deciden aliarse para conquistar a sus vecinos. ¿Por qué lo hacen? porque buscan poder y privilegios. ¿Por qué? porque esa es la naturaleza humana, los humanos, nos dicen de manera explícita, son “... esencialmente individualistas, egoístas, racionales y pragmáticos” [Marcus y Flannery, 1996:31]. Así son.

Pero si esta es la naturaleza humana (cosa terrible porque nos ofrece entonces un porvenir muy oscuro) y esa naturaleza humana es universal, ¿por qué no hubo sociedades estatales en Australia? Entonces, lo que parece ser una teoría empírica no tan descabellada resulta ser no sólo mala política, sino mala ciencia. Es incapaz de tener simetría explicativa y lo que sí hace es justificar la acción de otros “líderes emprendedores” que hoy ya no pelean quizá por territorios, sino por acceso al petróleo: qué se la va a hacer, pues, si así es el hombre. El hombre es malo por naturaleza.

¿Que sucede cuando se aplica el mismo procedimiento a Sanders? La cadena es tan larga que no puedo reproducirla aquí, pero se reduce finalmente a los tres principios generales (“leyes universales”) que sps explicitan: el Estado surge cuando no queda de otra mas que subordinar a terceros en condiciones de presión sobre los recursos, para que sean ellos los que trabajen de manera intensiva y bajo riesgos calculados. No porque los líderes quisieran que eso sucediera, sino porque no había en el horizonte de los actores una alternativa mejor.

Sanders, entonces, dijo algo como: “Ok. Mi ontologización consistiría en decir que esas condiciones de presión sobre los recursos se produjeron, ultimadamente, porque la gente seguía reproduciéndose (ley del potencial biótico); lo que requería trabajar de más (ley del menor esfuerzo) e implicaba tomar riesgos calculados (ley del menor esfuerzo)... Mmmm. No está mal: en mi caso, el hombre no es malo por naturaleza, sino pícaro –le gusta hacer niños; es flojo –no trabaja más que lo necesario; y es “coyón” –no le gusta arriesgarse más de la cuenta. Pero esas son condiciones históricas a las que llegó y de las que puede salir... salvo quizá por la primera, no?”, y chocó su copa de vino contra la mía.

### ¿EL FINAL DE UNA OBSESIÓN?

Con el “visto bueno” de Bill terminé el texto un par de meses después. Felipe Bate leyó con lupa la versión final (¡hizo más de 600 comentarios o correcciones!) y la tesis pasó a los sinodales antes de que terminara 2007.

El examen se realizó en marzo de 2008. Bill tenía la intención de hacer comentarios de detalle y me pidió que le mandara la tesis aprobada y le diera un par de meses para leer con calma. Pasaron no dos, sino varios meses, lo siguiente que supe de él es que había muerto a consecuencia de una caída en el baño de su casa.

La arqueología no va a ser la misma sin Bill. Perdimos no solamente a un amigo, sino a un gran teórico (a pesar que siempre que le decía eso protestaba: él solamente había querido darle sentido a los datos de la cuenca de México). Lo vamos a extrañar mucho. Sean estas líneas (y la tesis convertida en libro) un homenaje póstumo a un maestro inolvidable cuyas enseñanzas vivirán con nosotros por siempre.

## BIBLIOGRAFÍA

### Allan, W.

1963 *The African Husbandman*, Nueva York, Barnes and Noble.

### Blanton, R.

1976 "Appendix: Comment on Sanders, Parsons and Logan", en Wolf, E. R. (ed.), *The Valley of Mexico: Studies in Pre-Hispanic Ecology and Society*, Albuquerque, University of New Mexico, pp. 179-180.

1978 *Monte Albán: Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital*, Academic Press, Nueva York.

1981 "Review of 'The Basin of Mexico. The Ecological Processes in the Evolution of a Civilization, by William T. Sanders; Jeffrey R Parsons; Robert S. Santley", en *American Anthropologist*, vol. 83, núm 1, pp. 223-224.

1990 "Theory and Practice in Mesoamerican Archaeology: A comparison of Two Modes of Scientific Enquiry", en Marcus, (ed.), *Debating Oaxaca Archaeology*, Ann Arbor, Museum of Anthropology, University of Michigan, pp. 1-16.

### Binford, L. R. (ed.)

1972 *An Archaeological Perspective*, Nueva York, Academic Press.

### Boserup, E.

1963 *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Agrarian Change under Population Pressure*, Chicago, Aldine.

### Carneiro, R. L.

1970 "A Theory of the Origins of the State", en *Science*, núm. 169, pp. 733-738.

### Cowgill, G. L.

1992 "Review of Debating Oaxaca Archaeology", en Joyce, Marcus (ed.), *American Anthropologist*, vol. 94, núm. 2, pp. 458-459.

### Dunnell, R. C.

1992 "Review of 'Debating Oaxaca Archaeology', by Marcus, Joyce, (ed.)", en *American Antiquity*, vol. 57, núm. 3, pp. 557-559.

**Earle, T. K.**

1978 *Economic and Social Organization of a Complex Chiefdom: The Halelea District, Kauai, Hawaii*, Ann Arbor, Museum of Anthropology, University of Michigan.

**Flannery, K. V.**

1968 "The Olmec and the Valley of Oaxaca", en Benson (ed.), *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec*, Washington, Dumbarton Oaks, pp. 79-110.

1973a "Archaeology with a Capital 'S'", en Redman (ed.), *Research and Theory in Current Archaeology*, Nueva York, Willey, pp. 47-53.

1973b "The Origins of Agriculture", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 2, pp. 271-310.

1975 *La evolución cultural de las civilizaciones*, Barcelona, Anagrama, (original 1972).

1982 "The Golden Marshalltown: A Parable for the Archeology of the 1980s", en *American Anthropologist*, vol. 84, núm. 2, pp. 265-278.

**Gándara, Manuel**

1983 "La Vieja 'Nueva Arqueología' (Primera y Segunda Partes)", en *Reimpresiones del Boletín de Antropología Americana*, pp. 59-158.

1984 "Pedro Armillas: una semblanza personal", en *Cuicuilco*, 13:25-27.

1988 "La Simulación en la Enseñanza de las Ciencias Sociales: Una Experiencia en la Escuela Nacional De Antropología e Historia", *Boletín de Antropología Americana*, núm.15, pp. 155-183.

1999 "Las refutaciones Hawaianas", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 39, pp. 37-52.

2001 *Aspectos sociales de la interfaz con el usuario: una aplicación a museos*, Tesis Doctoral en Diseño y Nuevas Tecnologías, México, UAM-Azcapotzalco

2008 *El análisis teórico en ciencias sociales*, Tesis doctoral, México, ENAH.

**Gándara, M. et al.**

1987 *Informe de la Segunda Temporada del Proyecto Cuicuilco*, Inédito, México, Archivo en el Consejo de Arqueología del INAH.

**Hempel, C. G.**

1970 *Aspects of Scientific Explanation, and other Essays in the Philosophy of Science*, Nueva York, Free Press, (original 1965).

**Lakatos, I.**

1970 "Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes", en Lakatos y A. Musgrave (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 91-196.

**Marcus, J. (ed.)**

1990 *Debating Oaxaca Archaeology*, Ann Arbor, University of Michigan, Museum of Anthropology.

**Marcus, J. y K. V. Flannery**

1996 *Zapotec Civilization: How Urban Society Evolved in Mexico's Oaxaca Valley*, Nueva York, Thames and Hudson.

**Railton, P. A.**

1978 "A Deductive-Nomological Model of Probabilistic Explanation", *Philosophy of Science*, núm. 45, pp. 206-26.

**Ruben, D. H.**

1990 *Explaining explanation*, Londres, Routledge.

**Salmon, W. C.**

1998 *Causality and Explanation*, Nueva York, Oxford University Press.

**Sanders, W. T.**

1956 "The Central Mexican Symbiotic Region", en Willey, G. (ed.), *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Nueva York, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, vol. 23, pp. 115-127.

**Sanders, W. T., J. R. Parsons y R. S. Santley**

1979 *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Nueva York, Academic Press.

**Sanders, W. T. y B. J. Price**

1968 *Mesoamerica; the Evolution of a Civilization*, Nueva York, Random House.



# MISCELÁNEA





# Mujeres de metal, mujeres de madera. Música p'urhépecha y relaciones de género en las bandas de viento en Tingambato, Michoacán

B. Georgina Flores Mercado  
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

**RESUMEN:** *La música tradicional y las bandas de viento son referentes importantes para la identidad p'urhépecha en la población de Tingambato, Michoacán. En Tingambato existen alrededor de 12 bandas de viento y sólo dos de ellas se dedican a la música tradicional regional. Las bandas de viento actuales generalmente están formadas únicamente por hombres jóvenes, mientras que en las bandas de música tradicional participan, cada vez más, las mujeres tocando un instrumento y aprendiendo el solfeo. Esta es una investigación descriptiva que aborda la experiencia de las mujeres en el mundo de la música tradicional p'urhépecha, su participación en las bandas de viento y cómo se perciben a sí mismas como músicas. La identificación que tienen con la música tradicional y con el pueblo p'urhépecha las empuja a sortear la discriminación de género que habitualmente viven en las bandas de viento.*

**ABSTRACT:** *Traditional music and brass bands are important symbolic reference points for p'urhépecha identity in the town of Tingambato, Michoacán. In Tingambato there are some 12 brass bands, only 2 of which are dedicated to traditional regional music. Today brass bands are generally made up of young males whilst in the bands which play traditional music we see increasing numbers of women playing instruments and learning to read music. This is a descriptive research project which deals with the experience of women in the world of traditional p'urhépecha music, their participation in brass bands and how they see themselves as musicians. Identification with traditional music and with the p'urhépecha people helps them to deal with gender discrimination which they frequently experience within the brass bands.*

**PALABRAS CLAVE:** *mujeres, música tradicional, bandas de viento, p'urhépecha*

**KEY WORDS:** *women, traditional music, brass bands, p'urhépecha*

Los estudios centrados en las mujeres y la música son escasos si los comparamos con el predominio de la investigación de lo masculino en el campo musical. Los estudios de las mujeres han sido lentamente aceptados y se

coincide en la imperiosa necesidad de abundar en ellos, específicamente desde una perspectiva de género en áreas ampliamente desatendidas como las mujeres en la historia de la música o la educación musical [Robertson, 2001]. Asimismo, los estudios sobre la música y las mujeres indígenas en México son limitados y generalmente se centran en la música usada en los rituales de curación o sanación, donde éstas tienen una amplia participación. Sin embargo, se han descuidado o han pasado desapercibidas, para el ojo del etnógrafo, múltiples prácticas musicales que las mujeres crean y mantienen para la construcción de las culturas musicales de sus pueblos.

De acuerdo con Agustín Pimentel y Alejandro Méndez [1982], las mujeres indígenas en México participan de manera directa e indirecta en distintas expresiones musicales tradicionales, ya sea de manera indirecta cuando atienden el hogar o la siembra, cuando el marido músico se va a tocar por varios días a otro pueblo, o bien, recibiendo a los músicos de la banda en su casa o la orquesta para el estudio vespertino, alimentándolos los días de la fiesta patronal. De manera directa se puede observar a las mujeres en las Danzas de Concheros, de las Pastoras mazahuas y hñãñö. A la par de la danza pueden interpretar el canto como lo hacen las mujeres cochimies, cucapá, kiliwa o pai-pai, en el norte de México; también cantan las mujeres nahuas o mazahuas en las Xochipitzahuacs presentes en las bodas y otras celebraciones. Es muy común ver a estas mujeres participar con su canto en los rituales públicos de rogativas, procesiones, alabanzas o en las ceremonias donde ellas son rezadoras, curanderas o chamanes. A semejanza de las mujeres mestizas, se les puede observar ejecutando el violín, la guitarra, el contrabajo y las mandolinas, sobre todo en Michoacán.

Las mujeres también elaboran instrumentos y su participación es importante en las fases delicadas del laqueado y temple de los instrumentos, especialmente en la laudería de Michoacán.

En décadas recientes, las mujeres han empezado a formar parte de las bandas de viento, el incremento de su presencia la notamos principalmente en las bandas mixes, o bien, en Tlayacapan, Morelos.

A pesar de que las mujeres indígenas participan de múltiples formas, esta colaboración no se hace de manera igualitaria y no tiene el mismo reconocimiento y visibilización social que la masculina. Las mujeres pueden padecer un gran sufrimiento cuando buscan incursionar en la música (vista desde una mirada occidental) y hacerla parte de su vida. Las formas de discriminación y exclusión de las mujeres en el ámbito musical son innumerables, cobran diferentes formas y no es exclusiva de los pueblos indígenas, pues también la encontramos en mujeres urbanas y mestizas de clase media o alta de México [Ulloa, 2007].

De acuerdo con Carol E. Robertson [2001], en distintas culturas la música y las representaciones rituales son un instrumento para transmitir mensajes sobre el poder en las relaciones de género, con la finalidad de mantener el estatus social de los hombres y excluir a las mujeres de las estructuras dominantes del poder. Esta investigadora demuestra, a través de varios ejemplos, cómo a las mujeres se les mantiene alejadas de la música porque proporciona vías de conocimiento que los hombres desean reservarse para ellos. Tal es el caso de las mujeres selk'nam, de Tierra del Fuego, donde a éstas se les impide el uso de determinados instrumentos como tambores o flautas asociadas a imágenes fálicas. Para legitimar estas restricciones o control social se crean relatos mitológicos y representaciones teatrales donde se muestra y *naturaliza* por qué los hombres deben temer de las mujeres y regular sus conductas no sólo en el ámbito musical.

En el contexto urbano mexicano, Citlallin Ulloa [2007], desde una perspectiva de género, analiza las oportunidades y obstáculos de desarrollo profesional que han tenido y tienen las directoras de orquesta y las instrumentistas mexicanas en el ámbito de la música de concierto. Ulloa hace un interesante repaso histórico de la discriminación que han sufrido las mujeres mexicanas en el ámbito de la música de concierto. Su invisibilización en la historia de la música mexicana, la exclusión y desprecio por las composiciones realizadas por ellas bajo la idea de que “la mujer no sirve para componer”, dado que es una tarea que implica a la razón y por lo tanto pertenece al mundo masculino, aunque la música corresponda al mundo de la emoción asociada a lo femenino. En lo que respecta a la cuestión de la dirección de orquesta, mientras que a los hombres se les llama a ocupar la titularidad de la dirección de éstas, a ellas sólo se les invita como directoras huéspedes y no se les considera ni como titulares ni como adjuntas. Estos son sólo algunos ejemplos de cómo se produce y reproduce la discriminación de las mujeres en la esfera musical.

En este artículo describiré, a través de las voces de las mujeres, las formas de participación de las mujeres en la construcción de la tradición musical en el pueblo de Tingambato, Michoacán; específicamente hablaré de las experiencias de las mujeres en las bandas de viento denominadas *bandas culturales*, es decir, bandas dedicadas a la música tradicional y música clásica mexicana y europea. Estas bandas culturales constituyen el único espacio donde las mujeres pueden llegar a ser músicas y tocar un instrumento. Además, a través de estas narraciones daremos cuenta de la discriminación que sufren las mujeres en estas agrupaciones.

Por otra parte, reflexionaré sobre las paradojas que plantea la modernidad, donde, por un lado, promete la equidad de género y, por otro, es el

telón de fondo de la discriminación y exclusión en el ámbito económico y público de las mujeres.

Al centrarnos en las bandas de viento de música tradicional, las prácticas musicales que describiremos están enmarcadas principalmente en el ámbito festivo y por lo tanto identitario de los pueblos p'urhépecha. Sin embargo, estas prácticas musicales también pasan por el ámbito económico y laboral, en tanto que la música y tocar un instrumento en una banda es una importante fuente de empleo en la región p'urhépecha.

En este artículo, en general, sostengo que para que una tradición musical exista se requiere de una colectividad que la mantenga viva, y las mujeres, para ello, han jugado un papel fundamental en la sociedad p'urhépecha. Las mujeres, aunque no necesariamente sean músicas, participan activamente en la construcción de su tradición musical, como cuando los músicos ensayan en los patios de las casas de los directores, mientras las mujeres escuchan diariamente estos ensayos. Hay que resaltar que los ensayos son una polifonía de sonidos que se repiten constantemente durante horas, diariamente o de manera frecuente. Esta intensa lluvia de sonidos repetitivos y sin forma estructurada despertó mi curiosidad por comprender lo que las mujeres piensan y sienten por la música tradicional. Específicamente me formulé, desde una perspectiva fenomenológica y psicocultural, las siguientes preguntas: ¿cómo viven la música tradicional las mujeres músicas de Tingambato?, ¿qué papel consideran ellas que tienen en la recreación de las tradiciones musicales de su pueblo?, ¿qué experiencias de discriminación o aceptación tienen las mujeres que tocan en las bandas de viento de música tradicional p'urhépecha?

Para responder a estas preguntas realicé unas entrevistas etnográficas, principalmente a mujeres niñas y jóvenes que tocan en las bandas culturales, a una mujer pionera en las bandas de viento, así como a esposas o hijas de músicos que estaban en contacto pleno con la vida musical del pueblo. Esta fue una investigación etnográfica realizada entre 2005 y 2006 en el pueblo de Santiago Tingambato ubicado en la meseta tarasca en Michoacán [Flores, 2009].

#### LA MÚSICA TRADICIONAL Y REGIONAL P'URHÉPECHA

La música tradicional de un pueblo es aquella música que se reconoce como propia y en ella se deposita la identidad cultural. La música tradicional danza sobre la memoria colectiva y da vida a diferentes rituales; funciona como un imán sonoro que articula al pueblo o nación y permite construir la idea de un *nosotros*. La música tradicional p'urhépecha es muy apreciada y valorada por los habitantes de este pueblo, aunque hay una sensación de

pérdida para los más viejos. Esta música se compone por varios géneros musicales como los sonecitos, los abajeños y la música cantada como son las pirekuas o los corridos.

*Son o sonecito.* Es reconocido por todos como una de las formas musicales más antiguas que practica la sociedad p'urhépecha. El son o sonecito es un ritmo de  $\frac{3}{8}$ , suave, pausado, melancólico y parecido al *vals*. Puede ser interpretado por guitarras, orquestas o bandas, aunque también existen referencias de que fueron interpretados con chirimías y flautas de carrizo [CDI, 2005]. Los sones proporcionan un ritmo pausado, propicio para andar y para acompañar las procesiones y los paseos con imágenes religiosas. El ritmo del son es inadecuado para zapatear por lo que se baila de manera más lenta que el abajeño. Los sones p'urhépecha son de dos tipos: los alegres inspirados en animales, pájaros y peces, y los de música triste, los que llevan impresiones personales del compositor sobre flores y mujeres [Nava, 1999].

*Abajeño.* Tiene su nombre porque es un calificativo de orden geográfico referente a la Tierra caliente michoacana, considerada como la *tierra de abajo*, es un *son de allá abajo*. El abajeño tiene una estructura rítmica sesquiáltera que alterna con compases de  $\frac{6}{8}$  y  $\frac{3}{4}$  mediante los cuales debe lucir la destreza de los músicos p'urhépecha [CDI, 2005]. El abajeño es muy alegre y contagioso, con más movimiento, utilizado para zapatear en las danzas de la meseta, aunque las ocasiones de su uso son múltiples: fiestas religiosas, fiestas civiles o fiestas de ciclo de vida. Siempre tiene una presencia festiva pues el abajeño es el ritmo más ágil y más alegre de la música p'urhépecha [Nava, 1999].

El contracanto es otra característica de la música p'urhépecha, el cual se da cuando una o dos melodías van contrapunteando a la principal. Estas son ejecutadas por los saxofones tenores, los trombones y barítonos dentro de las agrupaciones de bandas de viento, o bien, por el trombón de émbolos y el barítono en las orquestas. El uso del contracanto, junto con la melodía, los bajos y la armonía dan como resultado una interesante poliritmia [[www.ccu.umich.mx/cultura/purepecha/](http://www.ccu.umich.mx/cultura/purepecha/)].

*Torito.* Debe su nombre a la figura de un toro que lleva juegos pirotécnicos durante las festividades. El ritmo de los *toritos* es el más alegre de los ritmos del *son*, aunque no es tan vivo y movido como el *abajeño*. Las variedades de toritos más sobresalientes son: 1) ch'anánstkweri o de carnaval; 2) tembúchakweri o de boda; 3) de jaripeo y, 4) de la quema de castillo [Nava, 1999].

*Pirekua.* También existe la música cantada en una amplia gama de formas como el corrido o la música ranchera, pero la más conocida es la *pirekua*. *Pirekua* quiere decir canto o canción y se llama *pireris* a sus intérpretes. La *pirekua* es una composición literario musical que es cantada en p'urhépecha

de manera individual, en dueto, trío o en agrupaciones corales y puede acompañarse con una guitarra o dos, con orquesta de cuerdas o ser cantada a capela [Nava, *op.cit.*]. La *pirekua* es una forma poética de expresar sentimientos y aspiraciones, el sufrimiento y la protesta del pueblo p'urhépecha; hablan de amor, de melancolía, de la vida cotidiana, de la tala del bosque o de la migración. Suele tocarse en compases de  $6/8$  con requinteos en la guitarra, pero todavía se interpreta la forma más antigua en compases de  $3/8$  al igual que los *soncitos*, lo que le da una cadencia pausada y melancólica [CDI, 2005].

En el terreno de la música cantada, según el investigador Fernando Nava [1999], es donde las mujeres p'urhépecha tienen su más amplia participación musical. Ellas participan interpretando alabanzas y *pirekuas*. Es común, al formar parte de los grupos de *pireris*, verlas como ejecutantes de guitarra. Es en las *pirekuas* donde ellas incursionan como compositoras. La iglesia es otro espacio donde las mujeres cantan y forman parte de coros [Hernández, 2004].

Según Fernando Nava, los niños p'urhépecha no pueden considerarse marginales en la tradición musical de este pueblo pues algunos, desde edades tempranas, ya tienen un instrumento entre sus manos. No obstante, en general, las niñas tienen una participación musical muy limitada, que más allá de la escuela, su participación se circunscribe a los coros de iglesia o ejecución de danzas.

En el caso del pueblo de Tingambato veremos que esta situación ha cambiado, ya que en las bandas de viento de música tradicional existe casi el mismo número de niñas y niños participando. Sin embargo, el número de mujeres se reduce considerablemente en las bandas de adultos o jóvenes.

#### INTERPRETACIÓN PSICOCULTURAL DE LA MÚSICA P'URHÉPECHA

Si nos aproximamos a estos ritmos tradicionales a través del lente psicocultural, es decir, al cómo las personas conciben culturalmente estos géneros, nos encontramos con explicaciones y narrativas basadas en la concepción p'urhépecha de lo femenino o lo masculino. Es a través de esta dualidad mujer / hombre como se categorizan estos ritmos, como nos lo expresa una clarinetista de la banda ECOR:

Rocío:... ¡la música p'urhépecha representa la vida de la gente p'urhépecha! Por ejemplo un *abajño* representa al hombre trabajador fuerte apasionado que ama a su esposa que puede ser lo suficientemente fuerte como para trabajar en el campo y hacer este tipo de actividades pesadas y al mismo tiempo ser tierno, noble y querer a sus hijos y tener un corazón bien grande para estar con ellos y ver por ellos y el *son* el *soncito* pues es el otro lado es más lento, tranquilo, repre-

sentada a la mujer, pasividad, hermosura, todo lo que es la mujer p'urhépecha... un zapateado representa el vigor del hombre y entonces se complementan y así es la música p'urhépecha... [Entrevista a integrante de la banda ECOR, edad 24 años de edad, clarinete y piano; 2005].

Como vemos, las relaciones de género afloran fácilmente en el ámbito musical, no sólo en lo que a los músicos se refiere, sino también a la cosmovisión que sostiene esta música. A través de esta descripción cultural del son y el abajeño, la música es una fuente de símbolos usados para mantener y legitimar la organización de las relaciones de género de la sociedad p'urhépecha. Hombre y mujer, masculino y femenino, sonecito y abajeño son dualidades complementarias, necesarias en la cosmovisión p'urhépecha que busca el equilibrio a través de los opuestos. Así, en el imaginario musical p'urhépecha está representada la dualidad fundamental para la fertilidad y la vida, la tierra y el maíz, lo femenino y lo masculino. Sin embargo, no hay que olvidar que esta dualidad, al mismo tiempo, regula y ubica a cada hombre y mujer en lugares bien delimitados cuyas fronteras son difíciles de traspasar desde una lógica conservadora.

A continuación expondremos brevemente algunos aspectos de la vida cotidiana de las mujeres en la sociedad p'urhépecha para comprender mejor su participación y discriminación en el ámbito musical.

#### LAS MUJERES P'URHÉPECHA Y LA MÚSICA

Guadalupe Hernández Dimas, desde una mirada femenina y p'urhépecha, en su libro, *La mujer p'urhépecha. Una mirada desde la pobreza de las comunidades* [2004], nos hace una descripción de lo que significa ser mujer en las comunidades p'urhépecha en el contexto de la pobreza extrema. Esta autora nos dice que las mujeres constituyen el sector más conservador de las sociedades indígenas, pues ellas son las que históricamente transmiten la cultura por medio del idioma oral que enseñan a sus hijos. El espacio doméstico es el principal lugar en donde la mujer vive, trabaja y se desarrolla. Según la creencia p'urhépecha, cuando una mujer se casa la mujer "se muere" porque debe entregarse a su esposo en cuerpo y alma y una vez casada no puede salir de casa sin permiso y su voluntad se ha perdido porque pertenece al hombre. Sus obligaciones en el hogar son cuidar a los niños, vestirlos, tenerlos listos para ir a la escuela, preparar la comida y el almuerzo, lavar la ropa, limpiar y hacer tortillas diariamente y si el marido trabaja en el campo hay que llevarle la comida, estas son sus actividades cotidianas; sin embargo, a pesar de realizar todas estas actividades, a las mujeres se les considera improductivas.



Por otra parte, estas actividades diferenciadas y confeccionadas cultural e históricamente les han permitido adquirir distintos *saberes* y por ello las mujeres saben de plantas nutritivas y medicinales, procuran con ellas la salud en el hogar y se convierten, algunas, en parteras, rezanderas, curanderas, yerberas, sobaderas, artesanas, comerciantes, agricultoras y maestras [Hernández, *op.cit.*].

La desigualdad de las mujeres p'urhépecha frente a los hombres se hace notar cuando el nacimiento de un hombre, en una familia p'urhépecha, representa una esperanza de cierto progreso económico para esa familia mientras que las mujeres no. Ellas un día se irán para casarse con un hombre y formar otra familia. Por ello, generalmente se piensa ¿para qué educar a las hijas si pronto se van a casar y se irán a otro hogar? no vale la pena invertir dinero y esfuerzo para su educación.

Respecto a la esfera cultural, Guadalupe Hernández [2004] describe que las expresiones culturales como la danza y la música son, en su mayoría, propiedad de los hombres, quienes históricamente han sido los "cargueros", los responsables de las festividades y los que se llevan el honor y el mérito público. Sin embargo, señala esta misma autora, son las madres p'urhépecha las que diariamente enseñan a cantar a sus hijos e hijas, son las que enseñan las primeras pirkuas a los niños y niñas, o bien, los cantos a la virgen y a través de estos cantos van moldeando la identidad p'urhépecha de sus hijos.

En el caso del pueblo de Tingambato, no todo lo descrito anteriormente puede ser aplicado. Hay que señalar que Tingambato, en lo que respecta a la música, tiene una larga tradición en la educación musical, la cual, puede rastrearse hasta la llegada de los frailes Agustinos en la época colonial. Como se sabe, los agustinos reclutaban niños de más o menos ocho años de edad, les impartían lectura y escritura y a los que tenían buena voz los dedicaban a cantores y les enseñaban canto llano, figurado y de órgano, arte en el que salían eminentes músicos [Ochoa, 2005]. A las niñas se les enseñó música hasta que la reina Isabel envió mujeres devotas para educarlas en la vida cristiana y enseñarles a bordar y a tejer en casas de retiro, que, aunque estas casas no duraron mucho las niñas no fueron consideradas sujetos de educación musical y probablemente tampoco se les enseñaba a leer y a escribir [Turrent, 1993].

Sin embargo, posterior a la colonia, la Iglesia continuó siendo una importante fuente de conocimientos musicales en las poblaciones indígenas y Tingambato no escapó a ello. Según Eliseo Cortés Jiménez, actual director de la Banda Infantil, en Tingambato, los niños, niñas y jóvenes antiguamente aprendían música en la iglesia y las mujeres cantaban en el coro con firmes conocimientos de solfeo.

Por otra parte, Tingambato, como veremos más adelante, ha tenido cierto auge económico frente a otras comunidades p'urhépecha y ha cambiado muchas formas tradicionales de relación social, entre ellas las relaciones de género. No obstante, estas formas modernas de relación social no garantizan una equidad de género ni que las mujeres puedan realizar sus sueños sin sufrimiento. Más bien se presentan nuevas formas de dominación y por tanto nuevos retos y luchas para las mujeres que ahora desean estudiar, trabajar y construir su propio futuro. En Tingambato, en el ámbito de la educación musical, se sigue sosteniendo mayoritariamente que no es bueno invertir en la educación musical de las mujeres y la compra de su instrumento porque cuando se casen lo dejarán. En el ámbito económico de la música, las mujeres representan una nueva competencia para los hombres, pues con ellas aumenta el número de músicos y las bandas en el mercado de la música.

#### EL PUEBLO DE SANTIAGO TINGAMBATO

Los pueblos p'urhépecha, entre ellos Santiago Tingambato, se encuentran principalmente asentados en la llamada *Meseta tarasca* en el estado de Michoacán. La meseta, como *región geográfica*, se caracteriza por un accidentado relieve orográfico propio del Eje Neovolcánico Transversal —conocido también como Cordillera Neovolcánica—; es una región montañosa y volcánica, con grandes extensiones de lava seguidas de planicies aluviales. En estos valles se desarrolló una agricultura tradicional de influencia española desde el siglo xvi. El estado de Michoacán está cubierto por bosques mixtos de pinos y encinos y buena parte de los pueblos p'urhépecha basan su actividad económica, artística y cotidiana en el uso de la madera de estos bosques [Vázquez, 1992].

El territorio p'urhépecha puede entenderse o racionalizarse a través del concepto de *región* que combina la materialidad del territorio con la interpretación simbólica de éste [Vázquez, *op.cit.*]. Podemos identificar 4 regiones que pueden operar como lugares de pertenencia: Japúndarho, la zona lacustre de Pátzcuaro y Zirahuén, Jwátarho, la sierra o meseta, Eráxamani, la cañada de los Once Pueblos y Tsiróndarho, la ciénega de Zacapu [Nava, 1999].

Santiago Tingambato se ubica a 95 km hacia el suroeste de la ciudad de Morelia, capital del estado. Está situado en la Sierra de Santa Clara y en la región de la sierra p'urhépecha. El nombre de este pueblo es la composición de un nombre católico castellano y otro de raíz indígena. Tingambato procede del vocablo *tinganio* que para algunos significa *lugar donde comienza el fuego* [Ohi, 2005] y para otros significa *cerro de clima templado*, se forma con las voces *tingam*, clima templado y *huata* cerro [Resendiz, 1988].

## Niñas del ensamble de clarinetes del CECAM



Fuente: fotografía proporcionada por Rocío Román y Armando Villegas, pobladores de Tingambato, Michoacán.

A Tingambato “llegó muy rápido la civilización” me dijo un día un joven de esa localidad. Quizás lo que quiso decir es que Tingambato se modernizó más rápido que otras regiones de la meseta p’urhépecha. Los fuertes cambios modernizadores y capitalistas han hecho que Tingambato sea un pueblo diferente frente a otras poblaciones p’urhépecha. Estos cambios han tenido un fuerte costo cultural, ambiental y económico. Generalmente se dice que Tingambato está ubicado sobre la carretera Morelia-Uruapan, pero lo cierto es que la carretera *se ubicó* en el poblado de Tingambato, disecionándolo en dos partes hace no muchas décadas. La construcción de la carretera provocó grandes cambios en la vida cotidiana de la población, como lo describe Doña Meli,<sup>1</sup> una mujer de por lo menos cien años de edad, quien a través de su relato nos permite, además, conocer un poco lo que era la vida para las mujeres en *aquellos tiempos*:

Doña Meli: Mi mamá hacía viajes y yo iba con ella... hacía empanadas de chilacayote y atole de zarza en las fiestas y se iban a Erongaricuaru nos íbamos en burro y nosotras caminando, no había carretera.

Georgina: ¿Cómo era Tingambato antes de la carretera?

Doña Meli: ¡Muy bonito! y no había calles veredas, nomás no había nada de eso... había chirimoyos, chayotes y duraznos... todo se daba bien y bueno, porque ahora ¡al trote que van fumigando! ¡Antes ni quien dijera de fumar! Para que se dieran calabazas, ocupaban como abono la caca de las vacas eso llevaban para abono... antes había harto pinar y ahora nada, ¡nada! ¡Se acabó! No había luz, con ocote nos aluzábamos... en la noche íbamos a la plaza con el ocote prendido... las casas eran *trojes*<sup>2</sup> de madera y las cocinas de madera con teja de tejemanil, nadie tenía agua en sus casas, más que en las esquinas, en la plaza uno le abría a la llave y salía ¡el chorrote de agua! No como ahora que está escaseando, había *ojos de agua* por donde quiera.... Yo me casé como de 18 años, tuve 16 hijos, pero antes no había doctor, teníamos *así* a los hijos... había una señora que le decían la *xurhiski*<sup>3</sup> paría los niños... uno los lavaba, pero no andaban con ropa, se veía la gente muy pobre pero no es que era pobre, sino que no sabía pa’que era el dinero... [Entrevista a Doña Meli, mujer de más de cien años de edad, 2006].

Tingambato, como muchos pueblos indígenas, ha dejado de usar su lengua p’urhépecha lo cual, para muchos, significa que sus habitantes ya no son p’urhépecha. Sin embargo, la música tradicional ocupa un lugar relevante para que la gente y los músicos se consideren p’urhépecha. Esta

<sup>1</sup> La entrevistada dijo no recordar su edad.

<sup>2</sup> Troje es la casa tradicional p’urhépecha hecha de madera ensamblada sin clavos.

<sup>3</sup> *Xurhiski* significa partera en p’urhépecha.

música les vincula afectiva y simbólicamente con imágenes, lugares, sabores, olores y costumbres p'urhépechas. No hace falta pasar mucho tiempo en Tingambato para darse cuenta de que la música y las bandas de viento son formas de empleo y de obtener recursos económicos. La vida festiva de la región p'urhépecha y del estado de Michoacán a través de sus celebraciones como fiestas mayores, bodas, bautizos, funerales, etc., son el marco económico para que exista empleo para los músicos y las bandas de viento.

### BANDAS DE VIENTO EN LOS PUEBLOS P'URHÉPECHA

En territorio p'urhépecha podemos encontrar orquestas de cuerdas o mixtas, mariachis, pero las bandas de viento son unas de las agrupaciones musicales que más sobresale [Barrera, A. y Granados, A., 1997].

En Tingambato las bandas forman parte de los símbolos identitarios, de la historia colectiva, de ese pasado considerado común y *nuestro*, así como de las biografías de cada persona del pueblo.

En este pueblo existen entre 10 y 12 bandas, algunas de gran arraigo y reconocimiento en la región y fuera de ella. Sólo dos bandas del pueblo y la banda de la escuela de música se dedican a interpretar música tradicional como sones, sones abajeños y música clásica, principalmente. Todas las demás bandas interpretan la denominada *música comercial*.

A las bandas que interpretan la música tradicional p'urhépecha y clásica mexicana y europea se les denomina bandas culturales, éstas son: la banda ECOR, la Banda Infantil de Tingambato (BIT) y la banda del Centro de Capacitación Musical de Tingambato (CECAM). En estas bandas existe una alta valoración positiva hacia la música p'urhépecha. La formación musical en estas bandas no pretende que los músicos sean músicos de conservatorio, sino más bien que tengan los conocimientos necesarios para mantener y recrear su tradición musical. Las y los participantes de estas bandas culturales consideran que este tipo de bandas son distintas por su repertorio musical dirigido plenamente a mantener y recrear la música tradicional y la música clásica. En las tres bandas participan principalmente jóvenes y niños, quienes tienen que organizar sus tiempos de estudio o trabajo para poder estudiar en la banda y salir a tocar cuando sea necesario. Los jóvenes prefieren estudiar y participar en la banda en lugar de irse con su novia o novio o pasar su tiempo libre de otra manera. Estas bandas son el único espacio donde las mujeres pueden participar como músicas [Flores, 2009].

## Banda Turquesa



Fuente: fotografía proporcionada por Rocío Román y Armando Villegas, pobladores de Tingambato, Michoacán.

## LAS MUJERES EN EL ENTRAMADO MUSICAL DE TINGAMBATO

Eliseo Cortés Hernández (1917-2001) fue uno de los grandes impulsores de la música tradicional p'urhépecha en Tingambato. Dirigió varias bandas, formó un sin número de músicos y fue un prolífico compositor. En cambio, lo que no se sabe es que su esposa doña Paula Jiménez se hacía cargo de sus siete hijos, los cuidaba cuando su esposo salía a tocar a otras localidades y lo acompañaba durante las noches que él componía sus bellos sonos y abajeños. Durante mi investigación tuve la oportunidad de conversar con doña Paula y ella recordaba cómo era esa época cuando el maestro Eliseo componía:

Doña Paula: A muchas familias no les gusta lo de la música, a mi no me enfadaba, yo no sabía nada de música pero apoyaba en todo lo que él (Eliseo Cortés) hacía. A él le gustaba estar en la noche para escribir la música ya cuando todo estaba silencio, así podía componer cuando no había ningún ruido. Yo le decía: —ya me voy a dormir es muy noche— y él me decía: —no te vayas espérame otro ratito ya me falta poquito— yo le decía: —¡no, tú no tienes fin! ¡Yo tengo mucho sueño!— y así estábamos, yo a que me iba y él a que no (risas) y siempre me quedaba pues porque me daba pena dejarlo solito... [Entrevista a doña Paula Jiménez, 85 años de edad, 2006].

Doña Paula, como muchas mujeres, formó parte de esta comunidad musical sin necesariamente ser música. Ella valoró siempre la música y por ello apoyó a su esposo el compositor Eliseo Cortés.

Las hermanas, hijas, esposas, tías, abuelas o amigas de los músicos aunque muchas veces no figuren en el espacio público, siempre han participado de esta tradición musical, ya sea apoyando a los músicos, o bien, tocando en las agrupaciones musicales.

Como mencioné antes, las bandas culturales son prácticamente los únicos espacios donde las mujeres, niñas, adolescentes o adultas, pueden participar tocando un instrumento a diferencia de las llamadas bandas comerciales donde sólo encontramos hombres jóvenes. En las bandas culturales las mujeres participan activamente tocando instrumentos, aprendiendo y enseñando solfeo y otros conocimientos musicales y algunas de ellas aspiran a tener y dirigir una banda de viento u orquesta sinfónica.

Actualmente parece normal, en Tingambato, que las mujeres participen en las bandas de viento. Sin embargo, la apertura de estos espacios para las mujeres no fue de la noche a la mañana ni fue fácil para muchas de ellas ingresar y mantenerse en la música y en las bandas de viento. Las mujeres músicas no pocas veces han tenido que sufrir que los compañeros de las bandas las discriminen o que la gente se ría maliciosamente de ellas porque tocan

algún instrumento y participen en las bandas, pues eso ¡es *cosa de hombres!* La actividad de ser músico y músico de banda es una actividad que se considera propia de los hombres al ser un trabajo *duro*, donde hay que aguantar largas jornadas, un trabajo que implica salir de casa y del pueblo durante muchos días y noches para tocar en otras localidades.

Rosalinda Figueroa Oropeza considerada pionera en el mundo de las bandas de viento nos describe su vivencia como la primera mujer que estuvo dentro de una banda de viento en Tingambato:

Rosalinda: Empecé mis estudios de solfeo en casa del maestro Eliseo Cortés. A mí toda la vida me ha gustado la música, empecé por la guitarra. Éramos 15 chamacas de las cuales únicamente yo conseguí terminar... las chamacas se fueron retirando porque los papás no tenían la posibilidad de comprar el instrumento o también porque algunas pensaron en casarse.

Georgina: ¿Cómo se veía en esa época que las mujeres estudiaran música?

Rosalinda: Bueno, tal vez por eso muchas se retiraron porque en esos años no era posible que una mujer ocupara un lugar así dentro de la música, era negado por la sociedad. Yo sufrí mucho, por muchos comentarios negativos, porque en la banda eran puros hombres y sólo yo era la única mujer. Yo me fui contra viento y marea y no me detuve por las críticas, que me costaron muchas lágrimas, pero yo aprendí lo que más adoraba: *la música* [Entrevista a integrante de la banda del CECAM, saxor alto, 2006].

Participar en una banda y ser músico no siempre es un proceso sencillo para las mujeres, pues el primer obstáculo que hay que superar muchas veces es la propia familia. Cuando la familia no está de acuerdo, el gusto y pasión por la música las lleva a buscar sus propias estrategias, como salirse a escondidas de su casa para ir a estudiar el solfeo.

La participación de las mujeres en las bandas desata discusiones y debates al interior de las familias. No hay una norma que indique que las madres son las que apoyan a sus hijas para ser músicas y los padres son los que se oponen. Muchas veces son las propias madres las que frenan estos deseos y son los padres los que permiten y flexibilizan las normas sociales de género para que sus hijas ingresen a una banda. Algunas de las mujeres que tocan en las bandas culturales provienen de familias donde ya hay músicos. Los padres suelen enseñar a sus hijos varones los conocimientos básicos de música, y cuando éstos no quieren aprender entonces enseñan a sus hijas y las animan a participar en las bandas culturales para mantener la tradición musical familiar. Como menciona Rocío Román quien además de participar como clarinetista en las bandas culturales estudia en el Conservatorio de las Rosas en la ciudad de Morelia:



Rocío: A mí siempre me ha gustado la música desde que era chiquita porque mi papá, Eligio Román Villegas, fue músico y tocaba en la banda Flor de Chirimoyo... mi papá a mis hermanos intentó inculcarles el gusto por la música pero ninguno quiso, cuando vio que mis hermanos no quisieron entonces a mí y a mi hermana nos empezó a enseñar... mi papá vio que me interesaba la música y me preguntó que si no me gustaría ir con el maestro Eliseo. En ese tiempo sólo había dos mujeres en la banda y apenas se acababa formar la Banda Infantil y me gustó ir a la banda y así fueron llegando más mujeres, más niñas y nosotras formamos la segunda generación de la Infantil [Entrevista a integrante de la banda ECOR, piano y clarinete, 2006].

Las mujeres tocan y participan en una banda porque han visto a otras mujeres tocar en estas bandas, es decir, hay una identificación de género. Una vez dentro de la banda tienen que ganarse su lugar porque muchas veces los propios compañeros de la banda no las aceptan:

Georgina: ¿Cómo te interesó participar en la banda?

Alejandra: Al principio me daba vergüenza por ver puros hombres, y ya estaba Rocío Román, y nos acompañábamos las tres mujeres... pero al principio fue un poquito difícil porque siempre los hombres o por travesura o lo que fuera no nos aceptaban muy bien... —¡cómo que mujeres!—... decían ellos [Entrevista a integrante de la BIT, 20 años, 7 años en la banda, clarinete y saxofón menor, 2006].

La elección de los instrumentos es otro proceso fuertemente mediado por las categorías de género. En el mundo de la música se considera que hay instrumentos propios de las mujeres como el piano, violín o clarinete. En las bandas todos los instrumentos de viento o percusión pueden ser ejecutados por los hombres pero no por las mujeres. Ellas no pueden tocar algunos por razones de estética o por razones de *fuerza*. En las bandas de los pueblos, son los directores quienes deciden generalmente qué instrumentos debe tocar cada integrante, debido a esto algunas de las niñas o jóvenes han tenido que cambiar su elección por ser mujeres:

Alejandra: yo quería tocar la trompeta cuando iba al solfeo y veía una canción que me gustaba y yo decía: —¡la trompeta yo quiero tocar trompeta!— y le dije al maestro que yo quería una trompeta y él dijo: —No, pero como pues ¡una mujer con trompeta! No, no, no, tú vas a tocar clarinete—... [Entrevista a integrante de la BIT, 20 años, 7 años en la banda, clarinete y saxofón menor, 2006].

A pesar de esta *feminización o masculinización* de los instrumentos, cuando hace falta que alguien toque un instrumento *propio* de los hombres, como la tuba, y no hay un hombre para hacerlo entonces sí se recurre a las mujeres para su ejecución. Por ejemplo, Guadalupe es una excelente ejecutante de la tuba en la Banda Infantil y nos cuenta que se siente orgullosa de tocarla porque:

### Rocío Román, clarinetista p'urhépecha



Fuente: fotografía proporcionada por Rocío Román y Armando Villegas, pobladores de Tingambato, Michoacán.

hombres para que se formen más bandas de las que ya hay en el pueblo. Debido a la ley de la oferta y la demanda el pago por tocar baja al existir muchas bandas, y la Turquesa, en este sentido, no era bien vista por las bandas ya existentes:

Georgina: ¿Qué opinaban aquí en Tingambato de esta banda de mujeres?

Beatriz: Pues nos llegaban comentarios de que la banda se escuchaba bien, había como que la discriminación porque somos mujeres pues decían que no es lo mismo, pero bueno recibíamos comentarios buenos y malos. No cobrábamos caro, nos contrataban porque sabían que había calidad y que era una banda ya hecha. Nos decían: —esas mujeres no pitan fuerte pero pitan bonito—. Yo siento que si gustó a la gente nuestra banda. Los comentarios malos más bien llegaban de las propias bandas por las competencias que hay. No éramos bien vistas pero entre los músicos... pues eso siempre ha existido... [Entrevista a integrante de la banda del CECAM, 26 años, 5 años tocando en la banda, saxor alto, 2006].

Como ya se ha demostrado en otros ámbitos, el trabajo realizado por un hombre a una mujer se le paga con menor cantidad, y con la banda Turquesa pasaba algo similar. Sin embargo, ellas eran las que de manera independiente iban buscando el trabajo, ellas mismas se promocionaban para su contratación; su condición de mujeres era un arma de doble filo: por un lado podían ser discriminadas y no ser contratadas pero por el otro lado la gente las contrataba por ser una banda distinta, es decir, una banda únicamente de mujeres que *tocaban bonito*.

La banda Turquesa generalmente tocaba en Tingambato, aunque también tuvieron salidas al Estado de México y tocaron durante toda la noche, la madrugada y temprano al día siguiente, como lo exige la tradición festiva de nuestros pueblos. En esta banda se ensayaba de lunes a viernes entre las 8 y las 10 de la noche, así como los fines de semana, es decir, sus integrantes dedicaban muchas horas para sostener la banda. Esta dinámica hizo que algunas de sus integrantes ya no pudieran asistir pues tenían otras actividades además de la banda, y debido a otros problemas de organización y de relaciones de enemistad entre ellas se desintegró hace algunos años y desde entonces no se ha formado otra banda de mujeres.

Es importante señalar que a pesar de la discriminación, las bandas y la música son un espacio y una actividad donde las jóvenes y las niñas fortalecen la concepción de sí mismas como personas y como mujeres, como identidad de género, ya que sienten que esta actividad *de hombres* ellas la pueden realizar también e inclusive superar en calidad de ejecución.

Una vez que han decidido que dedicarán su vida a la música y sorteado los obstáculos descritos, el campo de la educación musical es una de las

Guadalupe: Casi siempre son los hombres los que la ejecutan y más que nada sorprende que una mujer tenga la fuerza para tocar este instrumento que es tan grande y que se necesita mucho aire [Entrevista a integrante de la BIT, 20 años de edad, 9 años tocando en la banda, tuba y saxor, 2006].

No sólo las decisiones de los directores definen los instrumentos que ellas deben tocar, también las condiciones de pobreza se cruzan con los aspectos del género para decidir el instrumento. Muchas veces los padres no quieren invertir mucho dinero en la compra de instrumentos para las mujeres porque se considera que pronto se casarán y dejarán la música:

Ángeles: Mis papás pues decían que la música no se había hecho para las mujeres sólo para los hombres, que porque una mujer rápido se casaba y dejaba el instrumento y pues ¡tanto sacrificio para comprarlo para luego no usarlo!... [Entrevista a integrante de la banda ECOR, 22 años de edad, un año y medio en la banda, saxofón, 2006].

Es importante mencionar que Tingambato también tuvo, durante un corto periodo de tiempo, una banda formada únicamente por mujeres: la banda Turquesa. Según describe una de sus integrantes, hubo una vez un maestro, Armando Villegas, que convocó a las chicas del pueblo para formar una banda. La respuesta de las tingambateñas fue muy amplia y nutrida, pues en poco tiempo ya se habían anotado unas 30 o 40 chicas. La banda Turquesa era una banda que se había formado, en parte, por razones económicas, es decir, era una banda comercial. Por lo tanto era una forma de empleo y de ingresos económicos para sus integrantes. Sus contratos eran generalmente establecidos para tocar en los eventos y rituales religiosos de Tingambato. Sin embargo, esta banda no sólo era valorada por sus integrantes por la cuestión económica, sino por los lazos y vínculos de amistad que construían como mujeres dedicadas a la música:

Georgina: ¿Qué representaba para ti la banda Turquesa?

Ángeles: ¡Todo! (risas) era muy buena la relación entre las de la banda. En mi casa la situación ha sido muy difícil y yo en la banda me sentía muy a gusto... Siempre tratábamos de que si alguna no se llevaba bien con la otra pues hacíamos convivios o lo que fuera con tal de que la relación fuera buena. Cuando una se desanimaba íbamos por ella a su casa para convencerla de seguir tocando... [Entrevista a integrante de la banda del CECAM, 26 años, 5 años tocando en la banda, saxor alto, 2006].

El mundo de las bandas de viento es un mundo de competencia. Tingambato y las bandas están inmersas en el orden capitalista y patriarcal, este es su contexto y por lo tanto hay un rechazo por parte de los músicos

actividades que más eligen para tener ingresos económicos pero también para poder combinar su maternidad; aunque otras quieren formar una banda y dirigirla. Estas actividades laborales están fuertemente dirigidas por su conciencia indígena y por lo tanto por la necesidad de luchar por que la música tradicional p'urhépecha no se pierda:

Laura: Me gustaría trabajar en un Jardín de niños y concientizar que esta es la música que nosotros debemos... guardarle cierto respeto y estar orgullosos de esta música [Entrevista a estudiante del CECAM, 20 años, piano y trompeta, 2006].

Rocío: Yo no puedo dejar de sentir ese gusto por la música p'urhépecha porque soy yo... soy yo esa música... y pues yo disfruto mucho con la música porque está relacionada con toda mi vida... porque he crecido escuchando esa música y desde que he estado en la banda he tenido la oportunidad de visitar muchos pueblos y ¡me encanta! Y para mí tocar aquí en el foro del Conser (conservatorio de las Rosas) es lo mismo que ¡tocar en una plaza de Comachuén! Ahí, en el aire, en la noche, y es más disfruto más aquello... si me preguntas ¿por qué? Porque me encanta el abajeño porque lo puedo tocar y bailar o puedo disfrutar de un vestuario y que lo acompaña de ¡un té de nuriten! de ¡un atole, unas corundas! Y es como más completo pues es tu vida... Yo creo que por eso a mí me gusta y no lo cambiaría por nada y cuando alguien de Morelia me pregunta que si vengo de un pueblo de por allá le digo: —que sí— y con mucho orgullo. —¿Qué soy bandera?— pues si soy bandera porque toqué en la banda y ¡voy a seguir tocando! Y algún día quiero tener una banda... [Entrevista a integrante de la banda ECOR, 24 años de edad, clarinete y piano, 2005].

## LOS HORIZONTES MUSICALES DE LAS MUJERES EN TINGAMBATO

La modernidad llegó rompiendo tradiciones y con varias promesas bajo el brazo: libertad, igualdad, progreso, emancipación, etc. Estos aires modernos llegaron a los pueblos indígenas como Tingambato y las mujeres de ese lugar construyeron su sueño de ser músicas alrededor de esos vientos. Sin embargo, paradójicamente, la modernidad, como señala Mary L. Pratt [2000:22], no trajo la igualdad e inclusión de las mujeres a la escena pública, sino justamente su exclusión. Pratt argumenta que, además, el mundo capitalista y moderno estableció divisiones del trabajo *ferozmente marcadas por el género*, lo que impidió llevar a cabo su propuesta de emancipación de las minorías.

En Tingambato las mujeres que eligieron el camino de la música y tocar en una banda de viento han tenido que enfrentarse a estructuras sociales moldeadas por el patriarcado, el mercado y la competencia. Por ello han tenido que ser fuertes como las maderas y los metales que tocan: clarinetes, saxofones, saxores o tubas. El mercado y la modernidad abrieron las puer-

tas para que se diversificaran las sociedades, y las mujeres en Tingambato entraron por esa puerta, una puerta estrecha por la competencia desigual y el individualismo que establece el mercado de la música.

Ninguna de las 10 bandas comerciales que existen en Tingambato, consideradas como *modernas* por sus vestuarios, sus nuevas tecnologías y luces de colores en sus presentaciones, incluye a las mujeres como músicas. Son las bandas culturales, las bandas tradicionales de Tingambato las que han acogido, con mayor o menor apertura, a las mujeres. Estas bandas son el espacio donde las mujeres ejercen su libertad de elegir a la música como camino de vida, aunque, como describimos anteriormente, una vez dentro de las bandas deben sortear distintas formas y distintos grados de violencia de género.

La mayoría de las mujeres entrevistadas mencionaron que para mantenerse en la música querían ser maestras de música en las escuelas, es decir, eligen el campo de la educación, uno de los campos tradicionalmente destinados a las mujeres después del hogar, pues además de ser trabajo remunerado les permite combinar con la maternidad [Ulloa, 2007]. No obstante, algunas también aspiran a una actividad tradicionalmente ejercida por los hombres: la dirección y formación de su propia banda de viento.

Por otro lado, las mujeres de las bandas culturales no olvidan el pueblo al que pertenecen y desde la música mantienen la lucha por la identidad y música tradicional p'urhépecha.

Para finalizar, hay que apuntar que aún hay grandes vacíos en los textos académicos sobre la relación música y mujeres indígenas. Hace falta analizar el lugar que ocupan las mujeres indígenas en la música, los usos y significados que tiene ésta para las mujeres, así como otras formas de participación musical y profundizar en las diferentes formas de violencia de género que las mujeres viven, pero también las diferentes formas de resistencia y de liberación femenina en el ámbito musical.

Este artículo es producto del proyecto de investigación "Música e identidad p'urhépecha en las bandas de viento de Tingambato, Michoacán" financiado por PROMEP (2006). Agradezco a las niñas, jóvenes y mujeres de Tingambato que me brindaron su tiempo, sus voces y su paciencia para esta investigación.

## BIBLIOGRAFÍA

**Barrera, Alfredo y Alfredo Granados**

1997 "Instrumentaciones de música p'urhépecha para banda de viento", *Cuaderno de musicología*, núm. 10, Morelia, IMC.

**Centro de Investigaciones P'urhépecha**

www.ccu.umich.mx/cultura/purepecha/

**CDI**

2005 XEPUR. *La Voz de los p'urhépecha*, CD editado por la CDI.

**Flores, Georgina**

2009 *Identidades de viento. Música tradicional p'urhépecha, bandas de viento e identidad p'urhépecha*, México, Juan Pablos, UAEM.

**Hernández, Ma. Guadalupe**

2004 *La mujer p'urhépecha. Una mirada desde la pobreza de las comunidades*, Morelia, Uárho, Instituto Michoacano de la Mujer, SEDES, Ayuntamiento de Alicante.

**Nava, Fernando**

1999 *El campo semántico del sonido musical p'urhépecha*, México, INAH.

**Ochoa, Álvaro**

2005 *Mitote, fandango y mariacheros*, México, Colegio de Michoacán, CUSH, Casa de cultura del Valle de Zamora, Gráfica nueva.

**Ohi, Kuniaki**

2005 *Tinganio. Memoria de un sitio arqueológico de la Sierra Purepécha*, Kyoto, Pueblo de Tingambato, Universidad de Estudios Extranjeros de Kyoto.

**Pimentel, Agustín y Alejandro, Méndez**

1982 (2002) "La mujer indígena y la música", en Herrera Julio (coord.), *Cinco décadas de investigación sobre música y danza indígena*, México, INI, vol. I, pp. 192-193.

**Pratt, Mary**

2000 "Modernidades, otredades, entre-lugares" en *Desacatos*. Modernidad y ciudadanía a fin de siglo, núm. 3, pp. 21-38.

**Reséndiz, Salvador**

1988 *Michoacán y sus municipios*, México.

**Robertson, Carol E.**

2001 "Poder y género en las experiencias musicales de las mujeres", en Cruces, Francisco (ed.), *Las culturas musicales. Lecturas de Etnomusicología*, Madrid, Trotta, pp. 383-411.

**Turrent, Lourdes**

1993 *La conquista musical de México*, México, FCE.

**Ulloa, Citlallin**

2007 *Mujeres mexicanas en la música de concierto actual. Un estudio de sus cursos de vida*, Tesis de maestría, México, El Colegio de México.

**Vázquez, Luis**

1992 *Ser indio otra vez. La purepechización de los tarascos serranos*, México, Conaculta.

**Discografía**

2003 Banda ECOR de Tingambato, Michoacán, Discos Alegría.

2006 Banda Infantil Juvenil de Tingambato, Michoacán, Secretaría de Cultura. Kurhaa! Música P'urhepecha.

# Graniceros, los ritualistas del rayo en México: historia y etnografía

David Lorente Fernández  
Universidad Nacional Autónoma de México

**RESUMEN:** Los graniceros o ritualistas atmosféricos de origen prehispánico constituyen un valioso recurso analítico para abordar las cosmologías indígenas en que se insertan. Al reunir en sí mismos, integrados y articulados, las representaciones y prácticas cosmológicas permiten un acercamiento más preciso e interno a las realidades etnográficas. Dicho sucintamente: son ventanas abiertas a las nociones ontológicas, los rituales agrícolas y la organización nahua comunitaria. Para mostrar su valor heurístico el artículo sigue dos ejes y efectúa, primero, un análisis histórico de la figura de los graniceros con el fin de determinar su origen prehispánico; después revisa críticamente las etnografías existentes siguiendo un doble criterio cronológico y regional. Finalmente, en unas conclusiones recolectivas discute los principales problemas teóricos y metodológicos que han limitado intelectualmente su estudio: no concebirlos como una institución inscrita en contextos sociales y culturales más amplios que se hallan provistos, además, de sus propias lógicas.

**ABSTRACT:** The graniceros or ritual specialists, who in indigenous tradition manipulate the weather, can be a valuable analytical resource for understanding cosmology. Their different elements, taken together, are presented here as heuristic guides to more precisely understand, from within the indigenous culture, different ethnographic realities. This article focuses on two overlapping aspects: their historical antecedents in the Pre-Hispanic period and their use as a vehicle to offer a critique of fieldwork-based studies of contemporary culture in different parts of Mexico. It concludes with suggestions for meeting the methodological and theoretical challenge of adding nuance to understanding ritual specialists operating in specific local contexts.

**PALABRAS CLAVE:** graniceros, etnometeorología, cosmología, nahuas, historia, etnografía.

**KEY WORDS:** graniceros (weather specialists), ethnometeorology, cosmology, nahuas, history, ethnography.



## INTRODUCCIÓN

El control mágico de los fenómenos atmosféricos —lluvias torrenciales, rayos y tempestades, granizadas, vientos y periodos de sequía— ha sido una preocupación central de las poblaciones indígenas del Valle de México. La etnohistoria revela una vasta experiencia en el arte de afrontar las más devastadoras y amenazantes mudanzas atmosféricas del Altiplano. Sin duda los mesoamericanos han dependido siempre de la agricultura de temporal y sus ciclos estacionales. Pero estos condicionamientos materiales no son en sí suficientes para entender las relaciones locales que los habitantes sostienen con los meteoros. Aunque efectivamente la preocupación por la subsistencia se encuentra en la base de muchos sistemas cosmológicos, en ellos figuran también otras nociones culturales que pueden parecer, a primera vista, escasamente relacionadas: nociones indígenas de la persona, ideas acerca de la conformación de la sociedad y procedimientos adecuados para establecer la intercesión entre el mundo humano y el sobrenatural. Los seres que producen los fenómenos atmosféricos —valga el ejemplo— son con frecuencia entidades humanas deificadas y en consecuencia muy semejantes en su organización, conducta y necesidades a las de los propios habitantes de las comunidades que las enfrentan.

¿Cómo abordar eficazmente esta cuestión? Los graniceros forman el eje en torno al que gravita el universo de representaciones y prácticas de los sistemas cosmológicos. Elegidos por el rayo, reclutados por las fuerzas místicas de la descarga eléctrica, poseen el valor heurístico de ofrecer una lectura *emic* e integradora de las cosmologías<sup>1</sup> en que se insertan y son susceptibles al estudio sistemático. Analizar sus iniciaciones, funciones, ceremonias y ofrendas constituye una vía privilegiada para introducirse no sólo en la pluralidad de las concepciones actuales, sino en el problema de las continuidades y recreaciones respecto a las representaciones y prácticas existentes en épocas pasadas.

En este ensayo abordaremos el estudio de los graniceros desde dos dimensiones convergentes: una histórica y otra etnográfica. Primero rastreamos la posible filiación prehispánica de los actuales ritualistas —lo que podría denominarse la *génesis histórica* de los graniceros— examinando las principales fuentes documentales primarias y secundarias. Después revisaremos los estudios etnográficos existentes siguiendo una doble clasificación

<sup>1</sup> En este artículo empleo los términos *cosmovisión* para referirme a una concepción mesoamericana más general y *cosmología* para aludir al funcionamiento del cosmos en contextos indígenas particulares. Sin embargo, en ciertos momentos los términos pueden aparecer también como sinónimos.

cronológica y regional. Finalmente plantearemos unas conclusiones críticas destacando los principales problemas conceptuales y metodológicos que surgen al estudiarlos. En ellas defenderemos la necesidad de elaborar una etnografía más afinada que capte las especificidades locales llevando a sus últimas consecuencias el análisis del material de campo de una manera empírica y contextual.

#### RASTREANDO UNA LÍNEA GENEALÓGICA: SACERDOTES OFICIALES Y CONJURADORES DE METEOROS EN LA COSMOVISIÓN MEXICA

Los mexicas tenían un cuerpo sacerdotal profesional dedicado al culto oficial a Tláloc. Estaba integrado por complejas jerarquías; sus miembros lucían los atributos del dios y a menudo habitaban en los templos, además mantenían ciertas relaciones de coesencia o de “réplica” respecto a él ya que eran los únicos que podían manipular sin contagiarse lo que estaba cargado de su energía [López Austin, 1996 I:386]. En la cima de la jerarquía se encontraba el *Tlalocan tlenamacac*, que lucía la cara pintada de negro, “máscara de Tláloc” (*quiiiauhxaiac*, *tlalocaxaiac*), “sonajero de niebla” (*ayochicauaztli*) y los cabellos hasta la cintura [Broda, 1971:291]. Bajo él proliferaba una serie de sacerdotes menores, todos ellos estudiaban en el *Calmecac* sometidos a ayunos y a trabajos duros, aprendiendo los mitos, los libros sagrados y el calendario adivinatorio [Soustelle, 2004:37].

Aguirre Beltrán nos habla del *Gran Nagual*, el sacerdote jaguar hechicero que vivía confinado en su templo, en ayuno y abstinencia sexual, y que tenía el don de provocar la lluvia, desviar el granizo y metamorfosearse en animal. Sus virtudes eran de naturaleza divina y derivaban de su nacimiento en el signo *ce quiahuitl*, lluvia; actuaba como sacerdote de Tláloc, poseía gran sabiduría mágica, podía transportarse al Tlalocan, exigía sacrificios de sangre (lluvia), castigaba a los remisos y presidía acciones de resistencia cultural frente a la cultura hegemónica impuesta [1973:98-104]. Era también un hombre poderoso que daba consejo a reyes y plebeyos y hacía predicciones de gran envergadura tanto meteorológicas como médicas [Espinosa Pineda, 1997:95, 104].

Pero cabe preguntarse en este contexto ¿existía en la época prehispánica un tipo de especialista atmosférico de carácter local y secundario similar a los actuales graniceros? El tema ha sido abordado y discutido por varios autores. Existen tres fuentes primarias principales al respecto. Primera, la *Historia General* de Sahagún, donde se dice:

Las nubes espesas, cuando se veían encima de las sierras altas, decían que ya venían los *Tlaloque*, [...] que era señal de granizos, los cuales venían a destruir

las sementeras [...]. Y para que no viniese el dicho daño en los maizales, andaban unos hechiceros que llamaba *teciuhltlazque*, que es casi estorbadores de granizos; los cuales decían que sabían cierta arte o encantamiento para quitar los granizos, o que no empeciesen los maizales, y para enviarlos a las partes desiertas, y no sembradas, ni cultivadas, o a los lugares donde no hay sementeras ningunas [Lib. VII, Cap. VII, 1999:436-437].

Segunda, la obra de De la Serna, quien refiere en el siglo xvii que en pueblos de Morelos como San Mateo, Xalatlaco y Tenango había hasta 10 “conjuradores” a los que los indios pagaban medios reales, reales o pulque para que protegieran sus milpas de los temporales, y que “auia indios deputados para que recogiesen las derramas para éstos”. También señala la diversidad de prácticas conjuratorias y las divide en cuatro grupos: los que usaban palabras del Manual Romano “y concluian [...] con soplos á vnas, y otras partes, y mouimientos de cabeza, que parecian locos con toda fuerça, y violencia, para que con aquellas acciones se apartassen los nublados, y tempestades á vnas, y otras partes”; los que conjuraban “con vna culebra viva revuelta en vn palo” que esgrimían a los nublados; los que rezaban:

‘A vosotros los Señores *Ahuaque*, y *Tlaloque*,’ que quiere decir: ‘Truenos y Relampagos: ya comienço á desterraros, para que os aparteis vnos á vna parte, y otros á otra’ Y esto decia[n] santiguándose, y soplandolos con la voca, y haziendo bueltas con la cabeza de Norte á Sur, para que con la violencia del soplo, que daba[n], se esparciessen.

Y, finalmente, los más sincretizados, que rogaban: “Señor, y Dios mio, ayudadme, porque con prisa, y apresuradamente viene el agua, y las nubes, con lo qual se dañarán las mieses, que son criadas por vuestra ordenación”, y continuaban invocando a la Virgen María, a Santiago el mozo, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo [De la Serna, 1987:290].

Como tercera fuente, Pedro Ponce, refiriéndose a los “médicos de indios”, presenta en un texto información sobre males y remedios e indica: “También atribuyen las enfermedades de los niños a los vientos y nuues, y dizen *cualani in écame*, *cualani in ahuaque* [se enojaron los vientos, se enojaron las nubes] y soplan los vientos haziendoles su conjuro” [1987:7].

De acuerdo con estas fuentes, López Austin propone que efectivamente en la época prehispánica existían dos categorías de “magos dominadores de meteoros”. Uno era el *teciuhltlazqui* o *teciuhpeuhqui*, “el que arroja el granizo” o “el que vence al granizo”—cuyos procedimientos son los citados por De la Serna—, que podía tener como *nanahualtin* a la lluvia o al ocelote. El otro mago era “el que arroja los vientos y las nubes”, para el que no existían nombres pero pueden suponerse los de *ehcatlazqui* y *mixtlazqui*, “y

con más propiedad *cocolizehecatlazqui* y *cocolizmixtlazqui*”, que no era un protector de la agricultura sino de la salud de los niños pues, como muestra el texto de Ponce, algunas dolencias infantiles se atribuían a los vientos y a las nubes; sin embargo, su procedimiento era similar al del conjurador [1967:100]. La iniciación de las dos clases de magos ocurría al ser “señalados provisionalmente con el rayo o con una muerte ‘acuática’ que estuvo próxima” y que era enviada por Tláloc o Chalchiuhtlicue [López Austin, 1970:263], lo que los “obligaba [...] a formar parte de sociedades místicas que tenían como función principal el culto a los señores de las aguas y el control de los meteoros: ahuyentaban las dañinas nubes de granizo, atraían las favorables para la agricultura y tenían poder para curar las enfermedades frías” [1996 I:415].

Un aspecto clave del concepto de mago citado por López Austin es que el nombre “correspondía al tipo de actividad, no a las funciones que en forma limitada ejercía una persona”, es decir, que podían combinarse varias especialidades mágicas en el mismo individuo —*nahualli*, hombre búho, curandero, conjurador— y “era normal que ciertos hombres de personalidad sobrenatural tuvieran varias funciones sociales” [1967:87]. Por lo tanto, la actividad de conjurador de granizo no resultaba privativa ni excluyente.

Johanna Broda, por su parte, no se refiere a magos prehispánicos y hace derivar a los actuales graniceros directamente de los sacerdotes mexicas. Según su hipótesis “estos especialistas formaban en la época prehispánica parte de las complejas jerarquías del sacerdocio estatal cuya religión oficial era autóctona. La ruptura histórica convirtió las prácticas meteorológicas de los graniceros en cultos practicados clandestinamente”. Así, tras la Conquista, las nociones y prácticas meteorológicas que estaban estructuralmente integradas en la religión e ideología mexicas más amplias se convirtieron en creencias y prácticas de los grupos indígenas subalternos incompletamente articuladas con la sociedad occidental dominante [1997:76-77]. De esta hipótesis parece desprenderse la ausencia de especialistas meteorológicos prehispánicos al margen de las jerarquías oficiales de la religión mexica.

La postura de Espinosa Pineda, por último, parece mediar entre ambas propuestas. Él sugiere la existencia de sacerdotes vinculados al poder central del Estado, altos funcionarios de la religión oficial que respondían a una centralización, pertenecían a la nobleza, hacían pronósticos de gran trascendencia y carácter transregional, recurrían a procedimientos homogéneos y utilizaban una observación predictiva del cielo [1997:104]. Al mismo tiempo —sin representar ruptura u oposición—, por efecto de la descentralización o como magos y brujos ubicados “al margen del sistema” existía cerca de los macehuales “un verdadero ejército de sacerdotes menores (más

brujos y magos), que deben ser el verdadero antecedente de la mayoría de los actuales graniceros” [1997:104]. Éstos se ocupaban de “todo lo local” y hacían uso de prácticas predictivas y conjuratorias extremadamente diversas [v. de la Serna] que se apoyaban en mitos, tradiciones, historias y sociedades específicas, y en la lectura de ecosistemas concretos, convirtiéndose en expresiones o manifestaciones regionales de una misma cosmovisión [Espinosa Pineda, 1997: 98].

#### LOS GRANICEROS COMO INTEGRADORES DE LA COSMOVISIÓN: RITUALISTAS ATMOSFÉRICOS ENTRE LOS NAHUAS ACTUALES

Independientemente de si se consideran una supervivencia contemporánea de magos o de sacerdotes prehispánicos, los graniceros conforman una institución relevante en términos *analíticos* hoy en día. Han sido definidos como un tipo de especialistas rituales de origen prehispánico dotados del don para manipular los fenómenos atmosféricos —la lluvia, el viento, las tormentas, el granizo— así como para curar los males que estos fenómenos provocan [Albores y Broda, 1997:11]. Circunscritos principalmente al Altiplano Central y regiones aledañas, su estudio revela una riqueza sorprendente que abarca campos como las etnociencias, la observación de la naturaleza, los sistemas clasificatorios, la arqueoastronomía y la geografía de paisajes culturales, pero ante todo porque permite tratar ciertos aspectos centrales del desarrollo histórico de la tradición cultural mesoamericana. Para Albores y Broda

El estudio de los “graniceros” se evidencia como una mina de oro [...]. Tópico de la etnografía indígena mesoamericana que proporciona riquísimos datos sobre la cosmovisión tradicional, sobre conceptos y creencias relacionadas con la observación de la naturaleza y del medio ambiente, sobre ritos calendáricos resabio del calendario prehispánico mesoamericano, y sobre prácticas rituales, estrechamente vinculadas con las agrícolas, a través de las cuales se ha producido esta ideología tradicional a lo largo de los siglos [1997:17].

Es decir, que los graniceros constituyen una institución en la que confluyen y se *integran funcionalmente* los más variados aspectos de la cosmovisión mesoamericana, y que por tanto representan un eje privilegiado a través del cual leerla en su perspectiva diacrónica, orgánica y en su genuina articulación. El culto a los cerros, los muertos, el agua, la lluvia, las cuevas y el mar (como propone Broda [1991]) gravita imbricado alrededor de esta figura. Así, estudiar a los graniceros desde su trasfondo histórico prehispánico puede ayudar a lograr una comprensión más precisa de las prácticas y conceptos cosmológicos actuales y viceversa: la etnografía actual puede

ayudar a valorar mejor las dimensiones y los contextos de los datos históricos [Broda, 1997:75-76].

Sin embargo, se debe considerar que no existe una continuidad lineal y que estos especialistas y el complejo al que pertenecen han experimentado transformaciones desde la época colonial. A pesar de la continuidad de las condiciones del medio ambiente y los modos de subsistencia de las comunidades, la transformación fundamental tuvo lugar en el ámbito de la estructura social y su integración con la sociedad dominante. Ya se dijo que estas prácticas y creencias estaban integradas en la religión y la ideología del pueblo mexicana y que, tras la Conquista, con la supresión de la clase dirigente y los templos, sobrevivieron desarticuladas de la sociedad local, subalternas y semiclandestinas frente al culto católico imperante.<sup>2</sup> Esto según la hipótesis de Broda [1997:75-77]. Para López Austin sin embargo estos cultos tuvieron siempre una posición *auxiliar* respecto a la cultura general [1967:114], y cabe pensar por tanto que se mantuvieran vigorosos tras la Conquista entre los agricultores [2000:16]. Serge Gruzinski coincide en ello [2004:179, 230-232], así como Alessandro Lupo, quien afirma sobre la religiosidad privada y popular regida por ritualistas de las clases inferiores sin educación institucional que, conforme se extendió el control evangelizador,

desaparecieron los sacerdotes dedicados al culto oficial de las deidades paganas, pero no los magos, los curanderos y los ritualistas populares, a los cuales los indios continuaron recurriendo, posiblemente a escondidas, para la gestión de las fundamentales relaciones privadas y cotidianas con lo sobrenatural [...] que el clero católico no logró eliminar o tomar de alguna manera a su cargo [Lupo, 1995:86, énfasis añadido].

De cualquier forma, al margen de la desarticulación o no de las creencias y prácticas respecto a la religión oficial, un aspecto que sin duda afectó a la institución de los graniceros fue la reelaboración simbólica de sus concepciones a la luz de nociones y costumbres europeas —como revelan ciertos estudios sobre los “dueños de las tormentas” publicados en España—<sup>3</sup> que tuvo lugar según “procesos de adaptación y de recreación continuos” tanto sociales como ideológicos [Broda, 1997:79]. Sin embargo, a pesar de ellos la institución mantuvo una continuidad sustancial con respecto a la religión prehispánica, al grado de poder afirmar —como lo hace Broda— que “la

<sup>2</sup> Véase al respecto el trabajo de Margarita Loera Chávez y Peniche *Memoria india en templos cristianos* [2006].

<sup>3</sup> Véanse los trabajos de Callejo e Inieta [2001a y 2001b] sobre los “los dueños de las tormentas” y “los hombres del rayo” en España, así como el artículo comparativo de Stanislaw Iwaniszewski [2001] relativo a los ritualistas de México, Polonia y España.

meteorología campesina y los ritos agrícolas, definitivamente, constituyen la parte más conservadora de la cultura indígena" [1997:80]. Esta continuidad histórica queda patente en una serie de rasgos específicos, entre los que se pueden señalar principalmente: a) la derivación de la legitimidad de los graniceros del antiguo culto a la lluvia y los cerros central en la cosmovisión prehispánica; b) la significativa continuidad, en las comunidades mesoamericanas, de los lugares de culto prehispánicos que aún son visitados en sus ceremonias por los graniceros; c) el arcaico culto a la piedra —grandes rocas o peñas y toscos monolitos de distinto tamaño—, probablemente asociado al culto mexica de la tierra y los cerros y, por último, d) el vínculo entre los ritos de los graniceros y los ciclos estacionales y agrícolas cuyas fechas de ejecución (3 de mayo y 2 de noviembre, por un lado, y 13 (15) de agosto y 12 de febrero, por otro) reflejan importantes elementos estructurales del calendario prehispánico mesoamericano [Broda, 1997:76-77].

#### EL ESTUDIO DE LOS GRANICEROS EN LA ETNOLOGÍA MESOAMERICANISTA: REGIONES Y ENFOQUES

Abordemos ahora una revisión de los estudios sobre graniceros realizados en México desde 1968 (su fecha fundacional) hasta el momento, examinando el desarrollo cronológico de las investigaciones, los enfoques adoptados por diversos autores y algunos aspectos distintivos de los ritualistas (designación, reclutamiento, vínculo con entidades espirituales y funciones operativas) siguiendo una clasificación regional. Una vez efectuada la revisión, y considerando su filiación histórica, formularemos algunos problemas de análisis en unas conclusiones críticas.

- 1) La primera región abordada fue el eje volcánico Iztaccíhuatl-Popocatepetl. En 1968 Bonfil Batalla trazó una sistematización preliminar de los ritualistas llamados *aureros*, *quialpequi* ("el que hace la lluvia"), *teotlazqui* o *trabajadores temporales*, "los que trabajan con el tiempo" [1995:241], elegidos con el rayo para ejercer sus funciones conjuratorias, petitorias, adivinatorias y curativas en el seno de corporaciones jerárquicas organizadas en torno a un templo. Usaban palma bendita, escoba y ciertos enteógenos para mediar con los seres sobrenaturales. Bonfil abordó el sincretismo e indicó la necesidad de estudiar a los graniceros en el seno de un marco más amplio que abarcara las instituciones religiosas locales "como un solo complejo y no como una serie de entidades aisladas" y permitiera revelar "sus estructuras más profundas" [1995:266].

Dos investigadoras habían tratado antes el área, aunque de forma menos sistemática: Bodil Christensen y Carmen Cook de Leonhard. Una

viajó en 1936 y fotografió los rituales [Christensen, 1962]; otra publicó en 1966 un registro de su viaje con Christensen y Weitlaner al pueblo de Nexapa, próximo a Amecameca [Cook de Leonhard, 1966:291]. Ésta fue “la primera referencia a la existencia de los graniceros después de casi tres siglos de silencio” [Glockner, 1996:134], es decir, tras escritos como los de De la Serna. El viaje persiguió la cura de Weitlaner, que tenía gota. Leonhard apuntó rasgos interesantes: la voz *tlamacasque* para designar a los graniceros, la limpia-diagnóstico con huevo, la posibilidad, junto al rayo, del reclutamiento por golpe de *centella* y enfermedad de aire, así como la ofrenda curativa llevada a la cueva de Almela, la naturaleza de los dioses pluviales y el uso de los hongos alucinantes para el diagnóstico [1966: 292-298].

En 1996 Julio Glockner publicó un libro sobre los mitos y rituales de los volcanes y leyó las prácticas actuales en el marco de la cosmovisión prehispánica mesoamericana, enfatizando las *continuidades*. Con un estilo periodístico y emotivo habló del mundo en torno a los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl —ancestros petrificados— donde los ritualistas, por *llamado* onírico o el encuentro con espíritus de muertos [1996:93, 149], creaban vínculos de reciprocidad y dependencia para pedir la lluvia o efectuar curaciones. Narró la rivalidad entre las corporaciones locales y citó los rituales efectuados en el Popocatepetl el 2 de mayo y en la Iztaccíhuatl el 3 de mayo ante los malos temporales, cuando se donaba un “banquete ritual” consumido por la divinidad y todos los asistentes [1996:155, 195-230].

- 2) La segunda región estudiada fue la Tlaxcala rural. Con las *Notes* de Fredrick Starr [1900], etnólogo norteamericano que recorrió entre 1898 y 1900 la región tlaxcalteca de la Malinche, Nutini trató el tema en varios trabajos. En 1974 citó la existencia de graniceros en varias comunidades y ordenó los datos en 1987, después abordó los cambios experimentados por los ritualistas en un texto de 1998: refirió la voz de conjuradores, tiemperos y graniceros en español, y de *tezitlazcs*, *quiatlazcs*, *tezitlazques* y *quiatlazques* en náhuatl. Éstos nacían con poderes innatos, manifiestos en sueños de La Malinche, o aprendían el trabajo de otro *tezitlazc* que los llevaba ante el Cuatlapanga; el oficio también pasaba de padres a hijos por varias generaciones. Realizaban ritos propiciatorios, de intensificación o protectores; regían la participación comunal, curaban y cuidaban las milpas. Eran sujetos respetados y visibles con funciones benéficas y no se les creía capaces de hacer el mal [Nutini y Nutini, 1987:330]. El enfoque de Nutini era sociológico y estudió las funciones de los ritualistas en la



estructura social comunitaria. Los concibió parte del “sobrenaturalismo antropomórfico” que, aunado al catolicismo folk, integraba un mismo sistema mágico-religioso de manifestaciones diversas e ideología común que tenía un carácter unitario, lo que implicaba que debía ser analizado conjuntamente [Nutini, 1989:86-87].

Desde otra perspectiva, Robichaux analizó en dos textos [1997, 2008] el material reunido en Tlaxcala entre 1974 y 2004. Siguiendo el modelo de la cosmovisión mesoamericana definido por Broda y López Austin, analizó el llamado por *golpe de rayo* —ignorado por Nutini— y cómo en sueños la Malinche enseñaba a los neófitos. Los *teztlazcs* conjuraban con palma bendita y rezos dirigidos a la Malinche y a Santa Bárbara, un acto peligroso ya que éstos podían ser arrastrados a la orilla del mar. Los fulminados muertos eran “hijos” o “ayudantes” de la Malinche, seres con cabeza humana y cuerpo de víbora que creaban meteoros en la montaña, donde había barriles de granizo y nubes de agua. Los granizos eran “chivos” devoradores del cultivo y el maíz así perdido era llevado dentro del volcán [1997:16]; niños sin bautizar y abortos (*limbotzin*, limbitos) se enterraban ocultos en el cementerio para que el rayo, al tomarlos, no se llevase consigo a otros difuntos [2008:412]. En Semana Santa y el 20 de mayo se veneraba a la Malinche en la cima con ofrendas. Si faltaba la lluvia los *teztlazcs* la pedían con el *teponaztle* en los manantiales el 24 de junio y recibían un pago en maíz por cuidar las cosechas [1997:16].

- 3) Morelos, la tercera región abordada, reúne una ingente cantidad de estudios. En 1949 Barrios compiló en Hueyapan diversos textos sobre los *kiohtlaskeh* (“pedidores de agua”) iniciados por rayo que usaban “hongos de agua” para predecir las cosechas y pedir lluvia a los aires-niños de colores [1949:66]. También producían maldades enviando el granizo y “levantaban sombras” con una jícara de agua donde llamaban el alma del enfermo [1949:70-72]. Su artículo se basa en transcripciones de narraciones tradicionales en náhuatl y sin interpretar.

También en Hueyapan, Heydenreich estudió la enfermedad en el seno de la cosmovisión. Notó que sólo los “bautizados por el rayo” podían retornar la sombra robada por “los aires de la temporada”, los rayos, truenos y centellas, lo que los situaba en la cima de la jerarquía de terapeutas [1987:219, 225]. A una señora el rayo la golpeó en siete ocasiones [1987:205]. Los “aires de los manantiales” eran “muñequitos enanos”, “duendes” o *aguahke*,<sup>4</sup> “dueños del agua” machos y hembras

<sup>4</sup> Es interesante destacar al respecto que en su estudio de Tepoztlán, y aunque sin referirse a los graniceros, Redfield señaló la existencia de *ahuaques* que vivían en el agua —tan-

de calidad fría [1987:124-125] que atacaban a los intrusos a las once del día [1987:132]; la comunicación con ellos se efectuaba a través de los hongos [1987:153].

En el mismo pueblo, Ingham registró en su libro sobre sincretismo y catolicismo folk la presencia de graniceros, llamados “sirvientes” o “trabajadores temporales”, que recibían con el rayo el deber de servir a los *ahuaques*, “espíritus o aires del tiempo”, controlar el clima y curar de aires. Éstos revivían tras una limpia con agua y pétalos de geranio en una jícara roja, eran introducidos en el grupo de ritualistas, se sometían a una “coronación” y montaban su altar. Los graniceros tenían su templo, y el 2 de mayo y el 15 de noviembre acudían a pedir y agradecer respectivamente un buen temporal. Algunos hacían el mal y enviaban tormentas; otros las conjuraban con la palma y hablando a los espíritus con enojo. Los aires eran espíritus de niños y los *ahuaques* entidades anímicas humanas [1989:170-171].

En Tlayacapan, Baytelman entrevistó a un granicero-curandero (*ahuaquete*) y resumió la charla en su libro sobre etnobotánica y curanderismo. Éste recibió el golpe del rayo a dos metros y con él el don para curar y hacer limpias. Muchas las hacía a niños usando su camiseta del revés y no cobraba por ello: limpiaba de “aires” con plantas y después llevaba su ofrenda a un hormiguero donde había una culebra al fondo. Iba de peregrinación al señor del Sacromonte y a Chalma [1993:329-330].

En el pueblo de El Vigilante, Aviña trazó el retrato de doña Pragedis, granicera y curandera hija de un conjurador fallecido. Antes de que muriera su padre los “trabajadores del tiempo” la iniciaron oníricamente llevándola dentro de un cerro. El padre pidió a su hija que “cuidara” del pueblo conjurando las granizadas con una cuchara. En sueños ella vio que los “trabajadores” eran muertos que en vida pactaron con “el Señor de los Cerros” [1997:292-293]. Con la cuchara los amenazaba para alejar el granizo, su alimento, arvejones que caían de la cazuela donde los cocinaban y devastaban las milpas [1997:296-297].

Paulo Maya describe a los *claclasquis* o “aguadores” de los Altos de Morelos, invisibles socialmente al ser tenidos por “brujos” [1997:259]. Eran mediadores entre Dios y los hombres por rayo, enfermedad, sueños, herencia o consumo de plantas sagradas. Si el elegido rechazaba el cargo moría y se ocupaba, como espíritu, de los enfermos en el cielo.

---

ques, arroyos, lavaderos, lluvia— y eran denominados *tlatlatcuapone*, “los que truenan”, y *tlapetani*, “los que causan relámpagos”, “los señores de la lluvia” [1930:97]. Debido a su carácter rapaz, en la estación húmeda las mujeres evitaban salir a la calle con joyas y aretes de oro por temor a que los *ahuaques* se las robasen con el rayo [1930:122].

Podían pedir la lluvia, alejar o atraer el granizo por beneficio o maldad, curar enfermos de aire con huevo y adivinar con hongos o las cartas españolas [1997:270-273]. Altares domésticos, templos en cerros e iglesias eran sus enclaves rituales; a veces ocupan cargos en el cabildo [1997:277]. Las entidades tutelares, ambivalentes, católicas o prehispánicas, incluían las de los espiritualistas trinitarios marianos [1997:278-279, 285-289].

En Ocotepec, Morayta habló de los “rayados” que tenían el don de curar, propiciar las cosechas y controlar la lluvia. Elegidos por los “señores del tiempo”, en sueños o tras la descarga escogían su actividad. Un hombre que eligió un elote iba de noche a las milpas arreando niños que se hacían mazorcas. Otra mujer iba en secas con su canasto a una barranca para llevar comida a los señores del rayo que cultivaban sus campos subterráneos; “llegaba a su casa con elotes, calabazas y ejotes que traía de aquellas tierras”; también curaba de “aire” a los niños [1997:226-227]. Los muertos de rayo eran “aires del tiempo” y aparecían en sueños vestidos como indígenas o víboras, consumían aromas y la gente usaba cigarros y alcohol como repelentes [1997:223-234, 236].

En San Andrés de la Cal, Huicochea ilustró el rito de petición de lluvia a los “señores del tiempo” en las cuevas. Una comisión recogía la cooperación y doña Jovita, la ritualista, curandera de aires y partera, dirigía la entrega de las ofrendas-juguets: tortugas, sapitos, viboritas, bailarinas, vajillas, arañas, gallinas, soldaditos, nueve en cada lugar [1997:237], así como frutas olorosas, cintas de colores y papel de china. Luego convocaba a los aires “a merecer” y una comitiva lanzaba cohetes; su pólvora servía de “arma” para que los “señores” hicieran los truenos. Los aires hablaban náhuatl y se expresaban como “rezumbadera” o en revelaciones oníricas; llamados *yeyecatll-yeyecame* y *ahuaques*, eran niños chiquitos que se desplazaban continuamente con el aire [1997:143-254].<sup>5</sup>

En 1997 Glockner abordó los municipios de Ocuituco y Tetela del volcán donde el grupo de los “Misioneros del temporal” rechazaba el término “granicero” por designar a quienes atraían el granizo [2001:83-84]. La corporación tenía dos mayores, un cantor y una vidente que limpiaban los “calvarios”, enfloraban cruces, retiraban maleficios con varas de membrillo, interpretaban colectivamente los sueños y abrían “los cuatro cabos de la tierra” por los que fluía el agua destinada a los campos de cultivo. En los calvarios mujeres y niñas preparaban

<sup>5</sup> También Grigsby [1986] estudió este lugar y analizó las cuevas como “bodegas de piedra”.

la comida y debían llevar el cabello recogido para no “jalar” un rayo [2001:85]. Los Misioneros purificaban estos lugares para propiciar la lluvia y ofrendaba a los espíritus en una cueva del Popocatepetl (“el Divino Rostro”). También viajaban en sueños al interior del volcán donde cuatro caños liberaban el agua para regar el universo [2001:86, 89]. La organización podía reunir un total de doce miembros más familiares, compadres y amistades. Glockner presentó estos datos y las oraciones católicas dirigidas a los volcanes en un libro publicado en 2000.

- 4) El único texto existente sobre la región de Veracruz es el de Noriega Orozco acerca de los tlamatines. Se trata de un complejo semántico que reúne al “hombre-trueno”, al meteoro y a los actores del mismo en la región del Cofre de Perote [2008, 1997:527]. Tenidos por duendes o niños, los espíritus *tlamatines* vivían en arroyos, en “encantos” de oro y plata y pueblos gobernados por don Juan y doña Juanita Cuauixbantzin, pero también en cuevas del Cofre de Perote donde abrían y cerraban cuatro barriles de hielo, granizo, rayos y nubes para controlar el clima [1997:528-529]. Los curanderos, llamados “hermanos” por los espíritus, curaban de espanto en ríos y donaban trastes para obtener el espíritu, pulsaban y usaban la ropa del enfermo. Entre ellos había mujeres que nacían con el don y se iniciaban en viajes acuáticos [1997:531-534]. Organizados en cofradías, adivinaban y protegían los pueblos de los ataques vecinos, pero también producían daños y brujerías [1997:545-547]. Los *tlamatines*, “ávidos de almas”, robaban con el rayo objetos, abortos enterrados o personas [1997:548], mataban por envidia o producían tempestades para arrasar las milpas de sus vecinos y llevarlas al “encanto”. Su sexo dependía del color e intensidad del relámpago: rojo era mujer y blanco hombre. En sueños ciertos humanos acompañaban a los tlamatines y generaban tormentas y rayos usando sus “capas” [1997:552]. El complejo incluía a las deidades del Pico de Orizaba y el Cofre de Perote que combatían entre sí por medio de rayos [1997:542-543].
- 5) La quinta y última región es el Estado de México. En Tecoxpa, Milpa Alta, Madsen estudió a los curanderos de “aire de cueva” causado por enanos o *ahuatoton* (espíritus del agua) que vivían en cerros con barriles llenos de meteoros; su jefa, la culebra de agua o *yeyecacoatl*, les decía cuál abrir. Hechos de agua, tenían aspecto de indígenas o charros, se casaban, procreaban hijos y vivían como inmortales con su ganado doméstico [1960:131]. El granizo eran sus “ovejas” y, si no lo cuidaban, consumía el maíz de Tecoxpa. Organizados en grupos ligados a los cerros, se turnaban anualmente para hacer la lluvia. Si necesitaban “sirvientes” mataban a

personas “buenas” con rayos, ahogándolas o enfermándolas de “aire” y con él castigaban a los intrusos. Se cuenta el caso de un curandero nato que se inició en una tormenta: un rayo lo dejó inconsciente; tras curarse, quedaba privado una vez a la semana durante seis meses siempre que los enanos llevaban su alma a una cueva con “personas pequeñas”, casas, plantas y agua. Accedió a ser curandero y recibió un trozo de madera, tres piedras de curación y una “mujer espiritual”, una enana con la que se casó y tuvo hijos. Después ya no podía unirse carnalmente a su mujer terrenal y sólo vivía para los enanos, que lo golpeaban cuando infringía sus normas. Al morir se convertiría en enano y viviría con su mujer en una cueva [1960:183]. Los aires le ayudaban en las curaciones y en la milpa; recibía verduras frescas de las cuevas, que sólo él podía comer. Como otros ritualistas, moría dos veces al año y su espíritu era entonces instruido. La culebra de agua dirigía la reunión y anunciaba los grupos que harían la lluvia el año próximo, así como los recursos terapéuticos que el ritualista emplearía —huevos, piedras o hierbas— [1960:184-185]. Madsen enfocó el tema desde la categoría de chamanismo en un artículo de 1955.

En el pueblo de Tilapa, Santiago Tianguistenco, de tradición otomí —los otros estudios trataban regiones nahuas—, Schumann registró “graniceros” tocados por rayo que en sueños obtenían el don de curar, pedir la lluvia y controlar el tiempo; los que lo rechazaban enloquecían o morían [1997:307]. Tras la iniciación otros graniceros asistían a los neófitos. Existía especialización: curación de espantos con ofrendas de comida y trastes de barro, herbolaria y control atmosférico [1997:307]. Había mujeres graniceras que curaban, conjuraban y rezaban pero no intervenían en la organización de los grupos ni en la petición de lluvia [1997:308]. Los graniceros estaban sometidos a restricciones alimenticias. La dieta era estacional: en tiempo de lluvia no comían cosas húmedas y en secas la dieta era húmeda. Las abstinencias sexuales tenían lugar antes de entrar en acción [1997:308]. Integraban grupos de danzantes; los capitanes consultaban a los ritualistas y a veces eran ellos mismos graniceros [1997:309]. Dentro de la estructura religiosa comunitaria participaban en las fiestas patronales y las mayordomías, pero no como organizadores: su función se limitaba a la de “observadores” [1997:309].

En el valle de Toluca, región mazahua-otomí, Albores registró a los *quicazcles* (*quicleazcle*, *quisclazcle*, *quieslazqui*, *ixlazque* (*ishlazque*), *cislazqui*, *quietlasqui* y *tequieslasqui*), ritualistas que obtenían con el rayo o centella el don para conjurar, pedir la lluvia y curar de “aire” [1997:389-390]. Hasta 1990 había en Texcalyacac una hermandad de 15 graniceros distribuidos en grados jerárquicos según el tipo y número de rayos. Al

neófito lo curaban tres de ellos; luego se iniciaba en el cerro Olotepec —con tres santuarios ligados a elementos pétreos— y curaba a los asistentes. El 14 de agosto se “recibía” entre pobladores, familiares y el padrino que le daba un cristo para conjurar y curar [1997:397-399]. Otros *quicazcles* usaban plegarias, el humo de ciertas plantas y su sombrero para tal fin; la gente común recurría a prácticas conjuratorias individuales: tocaban campanas, lanzaban cohetes, prendían velas o quemaban palma y laurel benditos [1997:420-421]. Para pedir la lluvia ascendían al Olotepec, “abrían la Compuerta” y liberaban el agua contenida en el cerro sagrado o barrían el aire con una escoba [1997:411-419]. También hacían limpias ante imágenes sagradas con elementos ligados a los ritos para alejar el granizo y curar de aire [1997:292-293]. Pero su función principal, según Albores, era contribuir a la recreación del cosmos mediante el sostenimiento de los cuatro postes o árboles cósmicos, que se correspondían con cuatro fiestas anuales principales (en febrero, mayo, agosto, noviembre), cumplir con ellas activaba el flujo de fuerzas divinas y la dinámica cósmica [1997:406-407].

En Xalatlaco, el pueblo abordado por De la Serna en el siglo xvii (v. *supra*), Bravo Marentes anotó la existencia de *ahuizotes*, los que “llaman” o “atajan el agua”. Recibían el golpe de rayo y podían ascender en jerarquía con nuevos señalamientos [1997: 359-366]. En el caso de la iniciación del Tío Goyito [v. Bravo Marentes y Patiño, 1986], tras el rayo su padre le enseñó a usar las armas y oraciones precisas para deshacer granizadas y las hierbas para curar. En su peregrinación a Chalma los *ahuizotes* recibían consignas como la obligación de no consumir vegetales en la época de lluvias, pues eran las plantas que se encargaban de cuidar [Bravo Marentes, 1997:366]. Las tormentas se concebían como “castigos de Dios” por las mala conducta de los hombres y, enfrentarlas —recurrían a la palma bendita y a invocaciones a entidades católicas—, una lucha entre el bien y el mal [1997:369]. Al trabajar nadie debía mirarlos, pues un rayo podría matar al curioso. Antiguamente como signo de respeto no se les veía a los ojos y se les besaba la mano. Los *ahuizotes* también curaban de aire usando agua bendita, huevos y hierbas.

También en Xalatlaco, Soledad González documentó a los *ahuizotes* entre 1983 y 1997. “Golpeados” o “atropellados” por el rayo, recibían de Dios el don de cuidar las milpas, pedir lluvia y curar aires. Existían reclutamientos distintos del rayo: enfermedad, sueño y herencia, así como mujeres *ahuizotas* [1997:320, 334]. Respetaban prescripciones nutricias y no debían comer verduras en el temporal. Movían los meteoros los “dueños del agua”, aires-niños o fuerzas “amorales” al servicio de

Dios. Los no bautizados “regaban el agua” y enviaban los rayos para sacar el dinero o el vidrio enterrado, llevárselo y “trabajarlo” [1997:338]. Los *ahuizotes*, jerarquizados, eran “cuidadores” que evitaban que aquéllos dañasen las milpas, pero también campesinos, rezanderos y directores de danzas [1997:320-322]. Iban a Chalma a abrir y cerrar el temporal, después trabajaban aislados, su arma era “un chicote para arriar las borregas” [1997:334]. Para pedir lluvia enterraban botellas en los cerros [1997:329-331]. Conjuraban con cabellos, rezos y humo de cigarrillo; las mujeres con escobas de perilla. Los pueblos peleaban: se enviaban tormentas y los ritualistas las rechazaban a los baldíos [1997:340-341]. Curaban de “aire” con limpias y leían el huevo [1997:348-349]. Antiguamente pedían un pago comunal que hoy es voluntario [1997:325]. Al morir, los *ahuizotes* eran enterrados vestidos de san Miguel con espada en mano o de Señor de Chalma; el trasgresor se “despedía” con tormentas. Los jefes nombraban al sucesor. El espíritu de los difuntos iba con los graniceros muertos y los aires a trabajar desde el cielo regando la lluvia [1997:355-356].

#### CONCLUSIONES CRÍTICAS: ACERCA DE LA ETNOGRAFÍA Y SUS DESAFÍOS

Los estudios sobre graniceros reseñados ofrecen un panorama general del alcance y desarrollo de las investigaciones. Muestran el predominio de ciertas regiones —el Estado de México y Morelos, por ejemplo— sobre otras, un énfasis en la práctica etnográfica rigurosa y el establecimiento de una serie de *rubros* que permiten efectuar comparaciones entre áreas: denominación, llamado, mundo onírico, funciones, métodos conjuratorios, seres atmosféricos, origen de estos seres, lugares de culto, ciclo ritual, aspectos terapéuticos, métodos de curación, existencia de congregaciones, participación en la vida comunitaria y retribución por sus servicios, por citar los más destacados. Además constituyen con frecuencia una etnografía “de rescate” en el sentido de que documentan prácticas en vías de desaparición y ofrecen información muy valiosa sobre diversos momentos históricos.

Sin embargo existen ciertos problemas teóricos y metodológicos en las etnografías que conviene examinar. Quizá su análisis detallado contribuiría a una revisión conceptual de los graniceros como figuras heurísticas que facilitan el acceso a las cosmologías locales. Algunos de estos problemas surgen de lo que podrían considerarse inercias heredadas o automatismos intelectuales de la disciplina, que conviene sacar a la luz y esclarecer.

Primero, el hecho de que los estudios han tomado en gran parte la figura del granicero como fenómeno autónomo, cuando en realidad *representa el*

*aspecto más visible de un complejo mucho más amplio.* Esto se manifiesta quizá en una preocupación descriptiva que excede objetivos analíticos e interpretaciones teóricas debido a que, como recurso metonímico, el granicero sólo permite el inventario de los rasgos con los que mantiene una relación más directa. Al no resultar aislable en sí mismo, los trabajos dejan entrever sistemas complejos pero adolecen de cierta falta de integración funcional. El enlistado de elementos no permite acceder a la lógica que subyace al conjunto de concepciones y prácticas simbólicas relacionadas con la meteorología.

Segundo, que el abordaje de “sistemas climáticos emic” completos que podría superar este sesgo no resulta posible debido a la ausencia de profundización, por parte de los autores, en las *categorías nativas* locales vinculadas a los complejos atmosféricos —es decir, la significación de conceptos como “tiempo”, “granizo”, “lluvia”, “ofrendas”— y en las *relaciones* que mantienen estos elementos entre sí. Un énfasis en las relaciones entre los elementos más que en los elementos mismos conduciría probablemente al hallazgo de ejes integradores —lo que Sandstrom ha denominado “orden oculto” [1998:77] y Galinier “modelo cognoscitivo” [1990:33]— que permitirían congeniar tradiciones locales, expresiones de la cosmovisión mesoamericana y procesos de recreación simbólica o sincretismo en un mismo marco coherente. Sin embargo, cuando los autores han intentado hacerlo se han limitado a interpretar los datos actuales como meras evidencias de continuidad respecto a las concepciones prehispánicas, iluminando el sentido de ciertos rasgos pero no de la totalidad del conjunto.

Tercero, en este sentido la ausencia de un análisis minucioso y localista de las nociones nativas ha ido acompañado del uso no cuestionado de categorías analíticas occidentales. Entre ellas se encuentran las de sagrado / profano como ámbitos separados y excluyentes —entre los graniceros la realidad parece asemejarse más bien a un *continuum*— y la de tradición / modernidad referida a los ámbitos campo / ciudad —cuando vemos, por ejemplo, que algunos graniceros trabajan como albañiles o comerciantes en la Ciudad de México sin “perder” sus creencias [v. Soledad González, 1997:320 y Glockner, 1996: 93, 201].

Cuarto, estrechamente asociado con lo anterior se aprecia una intención sostenida de aislar y delimitar el concepto de granicero evitando su “contaminación” con otras categorías de especialistas rituales con el fin de crear un especialista muy definido. El trabajo de Bonfil Batalla enfatiza esto al afirmar que “hay una definitiva oposición, una incompatibilidad” entre graniceros y nahuales y entre graniceros y brujos, pues su tarea es benéfica y no dañina [1995:248-249]. Nutini asimila al *tezitlaxc* con el hechicero y lo opone al brujo [1987:34], Paulo Maya presenta a los *claclasquis* como dife-



rentes de los brujos, a pesar de la asociación de la gente [1997:295], y Noriega Orozco insiste en que la asociación con brujos viene de la época colonial, pues los *tlamatines* brindan un servicio a la comunidad [1997:545]. Sin embargo a lo largo de sus estudios hallamos datos empíricos aparentemente contradictorios con dichas afirmaciones. La etnografía parece refutar la coherencia buscada: emergen combates entre graniceros, “maldades” hechas a las ofrendas o grupos antagónicos, potencial para causar enfermedad y evidencias continuas de su capacidad destructiva. Evidentemente el uso dual de los poderes era una característica de los dioses y magos prehispánicos que podían causar la enfermedad y también curarla [López Austin, 1996 I:389, 1967], y es muy probable que constituya actualmente un atributo de los graniceros. Sin embargo, la dicotomía forzada entre especialistas benéficos y dañinos no permite apreciarla. “¿Qué pasaba, se preguntaba al respecto Timothy Knab, si el brujo era a la vez un curandero?” [1997:24] ¿Qué ocurriría, nos preguntamos a su vez nosotros, si el granicero era también un brujo?

En este sentido poco se ha explorado el uso que los graniceros hacen del poder, que parece, según los datos presentados por los autores, estrechamente asociado tanto a su ambivalente naturaleza benéfica y dañina como a la de las entidades que controlan. ¿Qué significan, en el marco de la estructura comunitaria, los combates entablados por los graniceros? ¿Qué función cumplen y qué persiguen? ¿Qué castigos pueden infligir a la población y por qué? Una anécdota referida por Paulo Maya resulta sumamente interesante: ante la negativa de pagar la retribución por sus servicios, los graniceros hicieron que el agua de una cascada local se ocultara [1997:267]. Cabría pensar que las investigaciones deben considerar esta perspectiva y averiguar cuál es la percepción que de éstos tienen los otros miembros profanos y legos de su comunidad.

Quinto, existen presupuestos teóricos implícitos, y al mismo tiempo centrales, en la concepción de los trabajos descritos. Quizá resultan aparentemente tan obvios que han sido asumidos por la mayoría de los autores. Se trata de la expresión clara de que la función o razón de ser del granicero es proteger la cosecha = subsistencia. Sin embargo esto no deja de ser una hipótesis materialista impuesta *a priori*. Al mismo tiempo, es una hipótesis que frena desde el comienzo una amplia gama de interpretaciones de trasfondo cosmológico o no estrictamente económico (el trabajo de Albores innova al afirmar que el papel del granicero es reproducir y mantener el orden cósmico [1997:406-407]). Que este postulado es más problemático que explicativo resulta evidente cuando se afrontan preguntas, cada vez más frecuentes, como: ¿qué sucede con los ritos pluviales y atmosféricos

en regiones donde la subsistencia no depende primordialmente de la agricultura? ¿Por qué continúan reproduciéndose? ¿Tiene algún significado especial la pequeña producción o responden estos ritos a otras concepciones inexploradas? ¿Son las peticiones pluviales rituales agrícolas? ¿Existen relaciones veladas entre los meteoros y la reproducción general de la vida?

Sexto, por último se aprecia una ausencia —menor en el trabajo de Nutini— de la integración de estos especialistas en un contexto sociológico más amplio: cuál es su situación respecto al sistema de cargos, la organización política de la comunidad, la vida práctica cotidiana —pues representan especialistas de tiempo parcial—. A su vez ¿cómo se piensan los sistemas simbólicos desde las categorías sociales de la cultura?, ¿cómo se imbrican vida social y práctica ritual?, y por otro lado ¿cómo se plasma la creencia en la praxis concreta?, ¿por qué vías siguen reproduciéndose los complejos climáticos?, ¿cómo opera la transmisión, dónde, cuáles son los actores y cuáles sus cauces?

Éstas son sin duda preguntas a las que se enfrentará la etnografía contemporánea.<sup>6</sup>

## BIBLIOGRAFÍA

### **Aguirre Beltrán, Gonzalo**

1973 *Medicina y magia. El proceso de aculturación en la estructura colonial*, México, INI.

### **Albores, Beatriz**

1997 “Los quicazcles y el árbol cósmico del Oloteppec, Estado de México”, en Albores, Beatriz y Johanna Broda (eds.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A. C. / IIH-UNAM, pp. 379-447.

### **Albores, Beatriz y Johanna Broda (eds.)**

1997 “Presentación”, en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A. C. / IIH-UNAM, pp. 11-19.

### **Álvarez Heidenreich, Laurencia**

1987 *La enfermedad y la cosmovisión en Hueyapan, Morelos*, México, INI.

### **Aviña Cerecer, Gustavo**

1997 “El caso de doña Pragedis en la lógica de la fuerza del rayo”, en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología*

<sup>6</sup> Personalmente he tratado de adoptar este enfoque en otros trabajos anteriores y de definir a los graniceros de la Sierra de Texcoco atendiendo a la etnografía local y al punto de vista de los nahuas, analizando sus nociones cosmológicas en el seno de un estudio de comunidad más extenso [v. Lorente, 2008, 2009, 2010, s.f.].

*indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A. C. / IIH-UNAM, pp. 289-301.

**Barrios, Miguel**

1949 "Textos de Hueyapan, Morelos", *Tlalocan* 1, vol. 2, pp. 53-76.

**Baytelman, Bernardo**

1993 *Acerca de plantas y de curanderos. Etnobotánica y antropología médica en el estado de Morelos*, México, INAH.

**Bonfil Batalla, Guillermo**

1995 (1968) "Los que trabajan con el tiempo. Notas etnográficas sobre los graniceros de la Sierra Nevada, México", en Bonfil Batalla, Guillermo, *Obras escogidas de Bonfil Batalla*, vol. I, México, INI, pp. 239-270.

**Bravo Marentes, Carlos**

1997 "Iniciación por el rayo en Xalatlaco, Estado de México", en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A.C. / IIH-UNAM, pp. 359-379.

**Bravo Marentes, Carlos y Alejandro Patiño**

1986 "Iniciación por el rayo: la biografía de 'Tío Goyito'", *México indígena* 9, marzo-abril, pp. 37-41.

**Broda, Johanna**

1971 "Las fiestas aztecas de los dioses de la lluvia", *Revista Española de Antropología Americana*, Universidad de Madrid, vol. 6, pp. 245-327.

1991 "Cosmovisión y observación de la naturaleza: El ejemplo del culto de los cerros", en Broda, Johanna, Stanislaw Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé (eds.), *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, México, A.C. / IIH-UNAM, pp. 461-500.

1997 "El culto mexica de los cerros de la Cuenca de México: apuntes para la discusión sobre graniceros", en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A.C. / IIH-UNAM, pp. 49-91.

**Callejo, Jesús y José Antonio Iniesta**

2001a "Los dueños de las tormentas", en Callejo, Jesús y José Antonio Iniesta, *Testigos del prodigio*, Madrid, Editorial Oberón, pp. 61-70

2001b "Los hombres del rayo", en Callejo, Jesús y José Antonio Iniesta, *Testigos del prodigio*, Madrid, Editorial Oberón, pp. 75-84.

**Cook de Leonhard, Carmen**

1966 "Roberto Weitlaner y los graniceros", en *Summa Antropológica en homenaje a Roberto J. Weitlaner*, México, INAH, pp. 291-298.

**Christensen, Bodil**

1962 "Los graniceros", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 18, pp. 87-95.

**Espinosa Pineda, Gabriel**

1997 "Hacia una arqueoastronomía atmosférica", en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A.C. / IIH-UNAM, pp. 91-106.

**Galinier, Jacques**

1990 *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, México, UNAM, CEMCA, INI.

**Glockner, Julio**

- 1996 *Los volcanes sagrados. Mitos y rituales en el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl*, México, Grijalbo.
- 2000 *Así en el cielo como en la tierra. Pedidores de lluvia del volcán*, México, Grijalbo, BUAP, UAP.
- 2001 "Las puertas del Popocatepetl", en Broda, Johanna, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero (coords.), *La montaña en el paisaje ritual*, México, Conaculta, INAH, pp. 65-83.

**González Montes, Soledad**

- 1997 "Pensamiento y ritual de los ahuizones de Xalatlaco, en el Valle de Toluca", en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A.C. / IIH-UNAM, pp. 313-359.

**Grigsby, Thomas L.**

- 1986 "In the Stone Warehouse: The Survival of a Cave Cult in Central Mexico", *Journal of Latin American Lore*, 12, 2, pp. 161-179.

**Gruzinski, Serge**

- 2004 *La colonización de lo imaginario*, México, FCE.

**Huicochea, Liliana**

- 1997 "Yeyecatl-yeyecame: petición de lluvia en San Andrés de la Cal", en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A.C. / IIH-UNAM, pp. 233-255.

**Ingham, John M.**

- 1989 (1986) *Mary, Michael, and Lucifer. Folk Catholicism in Central Mexico*, Austin, University of Texas Press.

**Iwaniszewski, Stanislaw**

- 2001 "Reflexiones en torno a los graniceros, planetnicy y renuberos", *Estudios de Cultura Náhuatl*, 34, pp. 391-423.

**Knab, Tim**

- 1997 *La guerra de los brujos. Viaje al mundo oculto de los aztecas contemporáneos*, Barcelona, Península.

**Loera Chávez y Peniche, Margarita**

- 2006 *Memoria india en templos cristianos*, México, INAH.

**López Austin, Alfredo**

- 1967 "Cuarenta clases de magos del mundo náhuatl", *Estudios de Cultura Náhuatl*, 7, pp. 87-117.
- 1970 "Ideas etiológicas en la Medicina Náhuatl", *Anuario Indigenista*, 30, pp. 255-275.
- 1996 (1980) *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 vols., México, UNAM.
- 2000 (1994) *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE.

**Lorente Fernández, David**

- 2008 "Deidades de la lluvia, graniceros y ofrendas terapéuticas en la Sierra de Texcoco", *Anales de Antropología*, 42(1), pp. 167-201.
- 2009 "Nociones de etnometeorología nahua: el complejo ahuaques-granicero en la Sierra de Texcoco, México", *Revista Española de Antropología Americana*, 39(1), pp. 97-118, Universidad Complutense de Madrid.

2010 "Trayectoria metodológica de una investigación etnográfica en México", *Revista Española de Antropología Americana*, 40(1), pp. 85-110, Universidad Complutense de Madrid.

en prensa "Tempestades de vida y de muerte entre los nahuas", en Neurath, Johannes, Perig Pitrou y María del Carmen Valverde (eds.), *La noción de vida en Mesoamérica*, México, CEM, IIF-UNAM / CEMCA.

**Lupo, Alessandro**

1995 *La tierra nos escucha. La cosmología de los nahuas a través de las súplicas rituales*, México, Conaculta, INAH.

**Madsen, William**

1955 "Shamanism in México", *Southwestern Journal of Anthropology*, 11, pp. 48-57.

1960 *The Virgin's Children. Life in an Aztec Village Today*, Austin, University of Texas Press.

**Morante, Rubén B.**

1997 "El Monte Tlaloc y el calendario mexica", en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A.C. / IHH-UNAM, pp. 107-139.

**Morayta Mendoza, L. Miguel**

1997 "La tradición de los aires en una comunidad del norte del estado de Morelos: Ocotepéc", en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A.C. / IHH-UNAM, pp. 217-233.

**Noriega Orozco, Blanca Rebeca**

1997 "Tlamatines: los controladores de tiempo de la falda del Cofre de Perote, estado de Veracruz", en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A.C. / IHH-UNAM, pp. 525-563.

2008 *Tlamatine. Mito-lógica del trueno*, México, Gobierno del Estado de Veracruz.

**Nutini, Hugo**

1989 "Sincretismo y aculturación en la mentalidad mágico-religiosa popular mexicana", en Signorini, Italo (ed.), *Messico terra d'incontro: La cultura mestiza*, *L'Uomo*, vol. II, n. s., Roma, núm. 1, pp. 85-124.

1998 "La transformación del teztitlalc o tiempéro en el medio poblano tlaxcalteca", en Lupo, Alessandro y Alfredo López Austin (eds.), *La cultura plural. Homenaje a Italo Signorini*, México, UNAM-Università degli Studi di Roma 'La Sapienza', pp. 159-171.

**Nutini, Hugo y Jean Forbes de Nutini**

1987 "Nahualismo, control de los elementos y hechicería en Tlaxcala rural", en Glantz, Susan (comp.), *La heterodoxia recuperada. En torno a Ángel Palerm*, México, FCE, pp. 321-346.

**Nutini, Hugo y Barry. L. Isaac**

1974 *Los pueblos de habla náhuatl de la región de Tlaxcala y Puebla*, México, INI.

**Paulo Maya, Alfredo**

1997 "Claclasquis o aguadores de la región del Volcán de Morelos", en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología in-*

*dígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A.C. / IIH-UNAM, pp. 255-289.

**Ponce, Pedro**

1987 (1892) "Breve Relación de los Dioses y Ritos de la Gentilidad", en Ponce, Pedro, Pedro Sánchez de Aguilar *et al.*, *El alma encantada. Anales del Museo Nacional de México*, México, INAH, FCE, pp. 5-11.

**Redfield, Robert**

1930 *Tepoztlan. A Mexican Village*, Chicago-Illinois, The University of Chicago Press.

**Robichaux, David**

1997 "Clima y continuidad de las creencias prehispánicas en la región de La Malinche (México)", en Goloubinoff, Marina, Annamária Lammel y Esther Katz (eds.), *Antropología del clima en el mundo hispanoamericano. Tomo II*, Quito, Biblioteca ABYA-YALA, pp. 7-30.

2008 "Lluvia, granizo y rayos: Especialistas meteorológicos y la cosmovisión mesoamericana en la región de la Malinche, Tlaxcala", en Lammel, Annamária, Marina Goloubinoff y Esther Katz (eds.), *Aires y lluvias. Antropología del clima en México*, México, CIESAS, CEMCA, Intitut de Recherche pour le Développement, pp. 395-431.

**Serna, Jacinto de la**

1987 "Manual de Ministros de Indios Para el Conocimiento de sus Idolatrías, y Extirpación de Ellas", en Ponce, Pedro, Pedro Sánchez de Aguilar *et al.*, *El alma encantada. Anales del Museo Nacional de México* [1892], México, INAH, FCE, pp. 265-480.

**Sahagún, fray Bernardino de**

1999 (1954) *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Porrúa.

**Sandstrom, Alan R.**

1998 "El nene lloroso y el espíritu nahua del maíz: el cuerpo humano como símbolo clave en la Huasteca veracruzana", en Ruvalcaba, Jesús (coord.), *Nuevos aportes al conocimiento de la Huasteca*, México, CIESAS, CEMCA, CIHSLP, IPN, UACH, INI, pp. 59-94.

**Schumann Gálvez, Otto**

1997 "Los 'graniceros' de Tilapa, Estado de México", en Albores, Beatriz y Johanna Broda (coords.), *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense, A.C. / IIH-UNAM, pp. 303-313.

**Soustelle, Jacques**

2004 (1979) *El universo de los aztecas*, México, FCE.

**Starr, Fredrick**

1900 *Notes upon the Ethnology of Southern Mexico*, Proceeding of the Davenport Academy of Natural Sciences, vols. 8, 9.



# RESEÑAS





# Tylor en Anáhuac. Andanzas de un preantropólogo en el México del siglo XIX

*Anáhuac o México y los mexicanos antiguos y modernos*, Edward Burnett Tylor, México, Juan Pablos Editor / Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2009. Traducción de Leif Korsbaek

*Alberto Vallejo Reyna*  
Escuela Nacional de Antropología e Historia

En un periodo de crisis de la disciplina antropológica, que lejos está de encontrar un cause adecuado de solución [Krotz, 2002], el recurrir a los clásicos es una tarea importante de cualquier ejercicio serio de diagnóstico y prospectiva. Ante esta necesidad, contamos ahora con una traducción del libro primigenio de un autodidacta, quien en su madurez intelectual se convertiría en el primer antropólogo profesional de la Inglaterra victoriana: Edward Burnett Tylor. Escrito como un relato crítico de su estancia de algunos meses en el México de 1856, nos encontramos ante una joya de la literatura pre antropológica que tardó casi 150 años en aparecer en español, ahora lo hace de la mano de un entusiasta especialista en antropología británica como Leif Korsbaek, quien al traducirlo lo *recrea y lo reinventa*, un poco a la manera como Walter Benjamín proponía el trabajo del traductor [2001]. Este libro pervive y se nos presenta ante todo como una placentera lectura para los mexicanos de hoy, a principios del siglo XXI.

En una época convulsa entre la Revolución de Ayutla y la Guerra de Reforma, el México y los mexicanos con quienes convive Tylor son muy diferentes y al mismo tiempo muy parecidos a los actuales. Su “descubrimiento” de la alteridad mexicana nos muestran a un Tylor que escribe su texto casi como un “diario de campo”, en el que aparecen mezcladas sus experiencias subjetivas, tales como su progresiva adaptación a los nuevos sabores de las comidas y bebidas a su alcance, así como sus opiniones sobre

la belleza de las jóvenes mujeres en las fiestas de la Ciudad de México; con sus reflexiones críticas sobre ideas en boga de su tiempo: como las especulaciones sobre el difusionismo de los conocimientos y tecnologías humanas en tiempos primigenios, prehistoricos, o el determinismo geográfico en el comportamiento de los seres humanos; se perfila ya el futuro antropólogo social que ve la cultura como un proceso social universal.

No obstante su importancia para la antropología, este texto no está escrito propiamente como un tratado antropológico, y no podía serlo puesto que esta ciencia aun no existía como tal en los tiempos en que fue editado el libro por primera vez. Mucho del proceder de Tylor es, sin embargo, para nosotros sus lectores del siglo XXI, común de un antropólogo. Compara constantemente los datos que encuentra en libros de viajeros anteriores a él, que versan sobre la historia y cultura del territorio que él mismo está conociendo y hace dialogar la realidad que percibe con los prejuicios que su propia sociedad europea suele plantearse sobre México y los mexicanos. Vemos ya los gérmenes de la antropología social británica y percibimos también el papel que esta nueva ciencia tendrá en la legitimación científica del colonialismo.

Efectivamente, el libro se escribe en tiempos en que el capitalismo ha logrado por fin implantarse como modo de producción dominante en el mundo occidental. Las sociedades europeas y norteamericanas se encuentran de lleno organizadas bajo la lógica de la acumulación capitalista y muchas de las visiones de Tylor son las de un entusiasta de la modernidad, la tecnología y la ciencia que le acompañan. No obstante, también aparecen en él, por momentos, las reflexiones del humanista que duda de los economistas y sus visiones sobre el papel del trabajo en la vida de los seres humanos en el capitalismo y se atreve a imaginar: ¿que pasaría si el concepto de prosperidad se midiera no necesariamente por el desarrollo económico y la capacidad de lucro, sino por el goce en el vivir! Aunque no avanza mucho al respecto, en sus esporádicas comprensiones del modo campesino de vivir en los trópicos, se vislumbra ese papel utópico de la antropología que es capaz de dar cuenta de la existencia paralela de formas de vida diferentes y viables para el bienestar humano [Krotz, 2002].

México y los mexicanos, de quien nos habla el autor, se encuentran en el más amplio universo de los hispanoamericanos, pues su relato comienza en Cuba, y en ambos países encontrará similitudes en las relaciones interétnicas que serán propias de estas naciones: el racismo endogámico de las clases criollas, la explotación de las poblaciones indígenas, esclavas africanas y asiáticas. Es una fuente escasa en los estudios sobre relatos de viajeros del siglo XIX, cuando iniciaron las especulaciones etnográficas que

desarrollaron la antropología. El relato gira cercano al clásico género de las descripciones etnográficas y vemos, por momentos, al autor tomando notas en libretas de campo, haciendo entrevistas, recorriendo los territorios, compartiendo fragmentos de vida con la gente de los diferentes pueblos y ciudades de México.

La prosa de Tylor nos recuerda las reflexiones de Lévi-Strauss cuando advierte la riqueza de las investigaciones etnográficas, si se diera el caso de *etnólogos que sean también mineralogistas, botánicos, zoólogos, e incluso astrónomos* [1992:75]. Si bien Tylor no domina todas esas ciencias, se esfuerza por darnos cuenta de datos sobre todos esos campos, sabemos que su acompañante toma muestras de rocas, piezas arqueológicas, piezas etnográficas, semillas, etc., que después enriquecerán los acervos del Museo Británico. Asimismo, estudia la antropología cognitiva de la lengua náhuatl, explora los préstamos lingüísticos del náhuatl a las lenguas europeas y analiza un poco el sistema carcelario, político, deportivo y ritual del país.

La presentación de esta traducción de *Anáhuac o México y los mexicanos antiguos y modernos* de Edward Burnett Tylor, es en realidad un estudio antropológico de la obra. Comienza con un prólogo del doctor Carlos Garna, quien busca en los antecedentes culturales del autor herramientas para analizar su enunciado. El propio Leif nos muestra las diversas facetas del libro del joven Tylor, como texto, como etnografía, como antropología, además de reflexionar *sobre la vida y milagros* del viajero inglés en medio de las luchas entre liberales y conservadores que son el telón de fondo del devenir cotidiano de México y los mexicanos con quienes convive.

Editado originalmente cinco años después de que realizó su viaje a México, este libro apareció en el Reino Unido en 1861, año en que inició la guerra civil estadounidense. Hacia el final del libro el autor prevé la dominación imperial de México por los Estados Unidos, y menos de un año después de la edición de su texto, tropas de España, Reino Unido y Francia ocupan el puerto de Veracruz en un movimiento imperialista que culminará con la ocupación francesa de México por cinco años. De una manera que recuerda a Franz Boas, Tylor piensa que su relato aporta datos de un México que cambiará, que desaparecerá y se transformará por el desarrollo económico que le impondrá la modernidad venida desde fuera por las potencias imperialistas, y ante la cual al pueblo de México no le quedará otra que adaptarse a los nuevos tiempos. Es sin duda una obra de paradójica actualidad, un documento decimonónico que contribuye al estudio antropológico de México y los mexicanos del siglo XXI, en particular, desde ese fértil campo que todavía llaman antropología mexicana.

## BIBLIOGRAFÍA

**Benjamin, Walter**

2001 "La tarea del traductor", en *Ensayos escogidos*, Traducción de Héctor Murena, México, Editorial Coyoacán.

**Krotz, Esteban**

2002 *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el desarrollo y la reorientación de la antropología*, México, FCE.

**Lévi-Strauss, Claude**

1992 *El Pensamiento salvaje*, México, FCE.

# La solidaridad relativa

*El pueblo solidario. Nahuatzen: de la cultura purépecha a la modernización*, Roberto Cipriani, El Colegio Mexiquense, México, 2009<sup>1</sup>

Hilario Topete

Escuela Nacional de Antropología e Historia

Hasta la segunda mitad de 2009 no hubo más libro sobre Nahuatzen que el realizado por Lucía García López [1984]: *Nahuatzen, agricultura y comercio en una comunidad serrana*. Este es un libro cuyo volumen parece reflejar la escasa importancia que se le había prestado a la localidad en el campo de la investigación social. Casi se podría decir que no era de esperarse otra cosa porque inmediatamente a su noroeste, a 5 km en línea recta, se encuentra un monstruo tan apetecible y tan buen comensal que ha devorado buena parte de la atención de políticos e investigadores [Beals, 1992; Márquez, 1986; Calderón, 2004; Pedroza, 2009], tanto que ha atrapado a la modernidad misma para llevarla a las entrañas de su ser purépecha: Cherán.

Un buen día, obedeciendo a un plan trazado mucho tiempo atrás, llegó Roberto Cipriani a la Meseta Purépecha, y en ese momento Nahuatzen se convirtió en objeto de estudio como parte de un proyecto internacional sobre tres comunidades en contextos diferentes, Orune, en Italia; Episkeri, en Grecia y Nahuatzen, en México, pero inmersas en la aparente contradicción modernidad-tradición. El producto debía, entre otras cosas, llevar a la

---

<sup>1</sup> 339 pp., un croquis, un fragmento del Lienzo de Nahuatzen (dibujo), 24 cuadros estadísticos y referencia de 303 materiales bibliográficos, cuatro obras videográficas y tres obras cinematográficas referidas, entre ellas un filme de investigación del autor. El libro incluye, además, un disco compacto.

práctica un ejercicio multidisciplinario cuyo resultado debía dar cuenta del impacto del proceso globalizador en “comunidades periféricas y rurales” en resistencia y/o adaptación de estilos de vida, sistema de valores y, claro, prácticas solidarias, entre otros aspectos socioculturales.

La investigación arrojó una serie de datos (históricos, económicos, políticos, religiosos y sociales) que conforman la unicidad de Nahuatzen como —nos dice Cipriani— pueblo mestizo, muy discutiblemente purépecha pero próximo a la cultura indígena de la etnorregión, tanto por su pasado como por los proyectos políticos de algunas de sus facciones, clicas u otros grupos sociopolíticos. Es evidente que la tesis de Luis Vázquez [1992] en torno de la purepechización de los tarascos se desliza sin pudor en el texto, lo que no constituye, a mi juicio, un desacierto.

El autor es uno de esos investigadores iconoclastas que no le rinde culto ciego a la teoría ni a los conocimientos previamente elaborados, pero no los desdeña. Al contrario, la liberalidad en la exposición y el análisis son patentes en su método de exposición: allí donde se encuentra con el dato lo vincula con algún planteamiento teórico y sigue adelante, como cuando vincula (capítulo III) al número 12 con la cosmovisión tarasca mediante la presencia de 12 *huananchecha* (doncellas que cargan en andas a la Inmaculada Concepción o cualquiera de sus advocaciones), al respecto, habría que advertir al lector que el número no corresponde con los meses del año purépecha, puesto que la importancia de ese número vino en los arcones de los frailes adherido al calendario y, al parecer, a las estrellas que coronan a la Inmaculada Concepción (ver La Inmaculada Concepción de Giovanni Battista Tiepolo, por ejemplo); esa misma confusión aparece en algunos pueblos purépechas que conservan el cargo del *Temben Tsimani Miyuri* (“los que cuentan de doce en doce”), y no porque el sistema numérico purépecha tuviera como base el 12, sino porque tenían la obligación de proporcionar doce monedas de la más alta denominación al párroco. El doce corresponde más al ciclo calendárico cristiano que al solar prehispánico tarasco. En ese mismo tenor, los purepechólogos puristas podrán asirse de la nota desafortunada en la que afirma que el *Churipu* (caldo de res con chile, col y zanahoria) se cocina con *korundiicha* (piezas de masa de maíz que toman la forma de las manos superpuestas formando una cruz, “en forma de estrella”) y que la propia *korunda* ha sido ya sustituida por las *ichuskuticha* (tortillas) o a aquella otra en la que afirma que San Juan es la cabecera municipal de San Juan Nuevo cuando la localidad de San Juan Nuevo es la cabecera municipal de Nuevo Parangaricutiro [Topete, 2007]. Habría que recordar a todo lector que no están allí las principales virtudes del libro.

La misma osadía manifiesta Cipriani con el manejo del devenir: desde el primer capítulo nos queda claro que el autor no le teme al tiempo. En

efecto, con frecuencia liga datos de la preteridad con eventos presentes y procede a una interpretación que abandona inmediatamente para regresar al pasado sin el menor recato, pero también sin justificación de por medio. Quizá para algunos resulte chocante, pero dejaría de serlo si consideramos que el método de análisis y el de exposición parecen correr, a momentos, de manera paralela e interactivamente.

El lector que sigue de la mano la exposición, desde el principio se familiariza con las simpatías que el autor dispensa a las formas procesuales de Boudon y a la categoría de liminalidad de Turner reelaboradas por él, pero no crea con ellas una mascarilla para la organización y análisis de los datos. Al contrario, y dicho sea a modo de ejemplo, hay un apunte de método de trabajo de campo digno de ser leído por el estudiante novel en relación con la forma de atajar el registro de las fiestas, aunque para seguir el hilo conductor sea necesario esperar casi trescientas páginas y encontrarnos con la propuesta metodológica o metametodológica abierta, flexible, creativa, sin cartabones ni cuadrículas, que recurre a todas las técnicas posibles y a los procedimientos metodológicos al alcance.

Cipriani no escatima osadía ni erudición y, tomado de la mano de ambas, se declara partidario de Eduardo Ruiz, Nicolás León y Eduardo Corona en torno de la tesis de los vínculos culturales entre purépechas con las culturas peruanas [Sánchez, 1999], en tiempos cuando la polémica no tiene una salida clara aún. Además, es un apasionado del dato, y para consolidarlo puede ir a fuentes tan diversas como el Lienzo de Nahuatzen, una rima o al *omphalus* representado por una fuente de la localidad, desafiando a teóricos de la talla de Mircea Eliade [1985] y Jan Hani [1983] quienes han sostenido que esa significación le corresponde al templo o al símbolo cultural del *axis mundi*.

Hacia el segundo capítulo despliega su pasión por los soportes empíricos, y bajo la perspectiva diacrónica de los procesos sociales emprende un ejercicio sociológico e histórico centrado en el Nahuatzen colonial y de los siglos XIX y XX. Por demás está decir que el apartado está bien documentado, aunque los académicos e investigadores lamentarán que la mayor parte de las fuentes utilizadas son secundarias.

Un capítulo adelante, Cipriani deja al descubierto la influencia que en su obra ejercieron Eduardo Corona Núñez y Eduardo Ruiz [1971], a quien Nicolás León criticó acremente en sucesivas ocasiones, toda vez que consideraba que los relatos recuperados —por Ruiz— habían brotado de la imaginación de sus informantes. Con todo, Cipriani se adhiere a quienes sostienen el origen tawantinsuyano de los purépechas.

En la búsqueda de soportes empíricos con los cuales fortalecer su tesis de la solidaridad, recupera dos etnocategorías de considerable envergadura



para conocer la cultura purépecha: *jatsipeni* (servir a los demás) y *marhuatspeni* (servir a la sociedad), según sus informantes; y si de ofrecer servicio —como elemento del cargo— se trata, el lector debe estar avisado que la primera etnocategoría refiere no a cualquier servicio, sino al propio de un cargo o de representación de los humanos frente a los dioses y gobiernos y al carguero se le selecciona por elección divina o por la propia dignidad investida en el seleccionado: refiere al “estar en el cargo...”; en cambio, el segundo refiere al servicio como tal: *marhuatspeni* indica “servir a la gente y a los dioses” (*Manar atspeni*).

Quizá la pérdida notable del purépecha haya arrastrado consigo otras claves de la solidaridad que se expresan como ofrecimientos o donaciones (*parantiecha*) indicados en la *pintekwa* (“El Costumbre”, es decir, el conjunto de normas y valores que indican cómo vivir, cómo hacer, cómo decir, cómo pensar) a la que el autor, extrañamente, no recurrió, a pesar de su búsqueda de lo que llama, siguiendo a Farris, ideas clave (*core ideas*).

También es de lamentarse que hayan quedado fuera de la etnografía y del análisis las etnocategorías que Mario Padilla [2000] considera fundamentales para entender el sentido de los cargos: *jangananperata* (reconocimiento, “reconocerse mutuamente a la cara”) y *kashumbikwa* (“conducta reverencial”, “urbanidad”, “etiqueta”). La primera porque el espacio de la fiesta de barrio y la local tiene, entre otros sentidos el de propiciar el reconocimiento de los propios parientes, de los propios vecinos, de los propios del pueblo, según sea el caso; el segundo, porque establece las formas de respeto, de vivir jerarquías, roles, estatus y de convivencia cotidiana. Asimismo, más de algún “purepechólogo” observará que las consideraciones otorgadas a la Danza de los Viejitos (*Taré Tsimani*), en tanto una tradición reciente, devienen excesivas, cuando no desacertadas; sin embargo, habrá que recordar que en materia de tradiciones, la creación, la invención de las mismas, es una constante en todos los pueblos del mundo y ello no las expulsa de su cultura ni les resta sentido, significación.

El Capítulo V es un ejercicio formidable de historia agraria que llevó a Nahuatzen no a la propiedad comunal —a diferencia de otras localidades como Charapan, Ocumicho, Cocucho, y Tanaco—, sino a la pequeña propiedad, al terratenientismo y al minifundismo en contraparte. Sin ese sustento parecería difícil hablar de una vida comunitaria, pero existe: la religiosidad popular es uno de los agentes facilitadores. Los lectores asistimos a contemplar a un Nahuatzen que aún intenta obtener la resolución presidencial para recuperar sus tierras en propiedad comunal, mientras que reconoce que no todas podrán regresar a dicho estatuto: dura realidad la de la propiedad comunal privatizada con una estructura comunal sin referencia territorial.

Poseedores principalmente de bosque, los nahuatzenses tienen el problema de la cercanía de Capácuaro, cuya fama de talamontes ilegales y depredadores es muy conocida en la Meseta Purépecha; Uruapan, que es un centro político y comercial de segundo orden; de Cherán, que había centralizado las políticas culturales diseñadas para la etnorregión y de una idea de propiedad privada importada que, en cierta medida —y aunada a las facciones en pugna— fue la causante del fracaso del astillero comunal, en lo que parece una copia de la debacle sufrida por Santa Cruz Tanaco [Topete, 2007]. Además, el autor desvela ante nuestros ojos los problemas que por linderos y pretendida detentación ancestral, dos localidades, verbigracia Cherán y Nahuatzen, viven en la cotidianeidad, a la vez que desenmascara parte del rostro del cardenismo agrario que proporcionó tierras a algunos que no las tenían, quitó a otros y dio más a algunos ya poseedores.

Pueblo silvícola, agrícola, textilero, Nahuatzen no rebasa el mercado local y regional para la distribución y venta de sus productos, excepto los propietarios privados de los medios de producción que se han insertado en el mercado capitalista nacional e internacional. En ese mismo quinto capítulo, el lector no puede menos que sorprenderse al ver cómo un investigador empata cosmovisión con estadística referida a una cosecha obtenida para demostrar que el campesino nahuatzense es un campesino semitradicional, lo que no es poca cosa en términos de la concepción global que de la localidad genera el autor. El mercado de Nahuatzen desvela sus vínculos con Cherán y Paracho, cuya proximidad crea un corredor de distribución de productos cuyos extremos —agrego yo, no el autor— son Uruapan y Zamora. Las notas para un estudio regional parecen acumularse, pero no se desbordan de tal manera que se produzca un abandono de la localidad en estudio.

El capítulo sexto está fuertemente vinculado con el contenido del CD incluido en la compra del libro. Aquí aparece nuevamente Turner con sus conceptos de *communitas* y *liminalidad* para atraparlas y darles sentido en la fiesta, como momento antiestructural sujeto entre el antes y el después de la fiesta misma. En efecto, el autor destaca la importancia de la religión en términos de la identidad, lo que no es poca cosa: es casi imposible entender a los purépechas si no se toma en cuenta su religiosidad o catolicismo popular (*Folk religión*) como planteara Pedro Carrasco hace más de medio siglo.

El autor propone que el sistema de cargos, el artífice de la fiesta patronal (San Luis Rey), además de organizar la fiesta y proporcionar los momentos de “comunión” (el término es mío), ha creado problemas entre la iglesia y la religiosidad popular. Cuestión de matices, habría que agregar: convivieron durante mucho tiempo hasta que el clero quiso tomar enteramente las

riendas de las expresiones religiosas de los pueblos; esto hasta el Sínodo de Nueva Evangelización que fue como una tregua a la pugna generada por la misma iglesia, independientemente de que estemos o no de acuerdo con los sistemas de cargos.

Hacia el final, Cipriani aborda la actividad política hacia lo local y hacia lo nacional a través de los partidos políticos, apoyándose en estadísticas del IFE para desvelar las alternancias que el PRI y el PRD han tenido a nivel estatal y municipal luego de la aparición del Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (a propósito, la gente le llama “El del Gallito”) [Topete, 2007], y desvela que el interés más inmediato, es de esperarse, es el municipio y luego el Estado. De allí en parte el triunfo del PAN en el 2000. Pero hay algo más, Cipriani coloca en el análisis los proyectos políticos y económicos de orden individual, a la vez que la reclusión intracomunal como única forma de sortear los embates de la sociedad mayor que contiene a Nahuatzen. Uno podría esperar que el procesualismo apareciera en el corazón de este capítulo, pero no ocurre así porque el autor confía más en el dato que en la teoría, lo que es elogiado.

Nahuatzen es un pueblo solidario, reza el título. Lo es, pero no es solidario absoluta, ininterrumpida e incondicionalmente. Lo es en tanto hay un proyecto anticentralista, antinacional frente de sí, como lo fue antiespañol, anticriollo. No lo es *per se* ni para siempre, ni de cualquier modo, sino que se entiende a partir de intereses, cálculos de oportunidades y reconocimientos. Aparece en la fiesta cuando se ve amenazada, sobre todo por los movimientos políticos y económicos de la periferia. La fiesta es un espacio de contención, pero también un escaparate de conflictos, de cambios, de permanencias y de atenuación de conflictos intracomunitarios. La fiesta, por su parte, es liminalidad, pero también tiene sus especificidades: espacio para el prestigio, para la comunión, para el religamiento, para la solidaridad. No es extraño el extraordinario énfasis puesto en ella porque convoca a casi todo el pueblo y porque antepone a la solidaridad el plano social antes que el político, lo clientelar, partidista, patronalista, y el espacio de la fiesta es quizá uno de los mejores escaparates para poder ver los procesos autonómicos de que son capaces los purépechas de Nahuatzen.

Podemos no estar de acuerdo con algunas de las interpretaciones que el autor propone en sus conclusiones, pero de que son novedosas, lo son, como aquella de que el castillo es un contraaltar del altar controlado por la institución eclesiástica o aquella otra en la que rompe con la tradicional división de West [1948] para la etnorregión purépecha (La Sierra, La cañada, La zona Lacustre y la Ciénega) para colocar la que sus informantes le proporcionaron. Quizá haya quien le refute que la noción de solidaridad, tan

amplia, flexible, que propone el autor, produce un velo de opacidad sobre elementos estructurales como lo son las relaciones de reciprocidad, las de concentración-redistribución, las de ayuda mutua, las de generosidad, las de cooperación o distribución del poder, pero lo que permanecerá en pie es la profusión de datos convocados y las perspectivas disciplinares con que se pudo ver a Nahuatzen que son, sin duda, la mejor aportación de Roberto Cipriani.

## BIBLIOGRAFÍA

### **Beals, Ralph Larson**

1992 *Cherán: un pueblo de la sierra tarasca*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán.

### **Calderón Mólgora, Marco Antonio**

2004 *Historias, procesos políticos y cardenismos. Cherán y la Sierra Purhépecha*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán.

### **Eliade, Mircea**

1985 *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Labor.

### **García López, Lucía**

1984 *Nahuatzen, agricultura y comercio en una comunidad serrana*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán.

### **Hani, Jean**

1983 *El simbolismo del templo cristiano*, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta.

### **Márquez Joaquín, Pedro**

1986 "El casamiento en Cherán Atzicurin", en *Relaciones*, núm. 28, vol. VII, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, pp. 111-125.

### **Padilla Pineda, Mario**

2000 "Sistema de cargos, intercambio ceremonial y prestigio", en *Cuicuilco*, vol. VII, núm. 19, mayo-agosto, México, INAH.

### **Pedroza, Jesús Ángel**

2009 *K'erí uantakua: minhuarhíkua ka uantakua cherán anapu=territorio y lenguaje en la tradición oral de Cherán*, Morelia, Michoacán, Conaculta-DGCPi.

### **Ruiz, Eduardo**

1971 *Michoacán: paisajes, tradiciones y leyendas*, México, Balsal Editores.

2009 "Prólogo", en [http://dieumsnh.qfb.umich.mx/prologo\\_mich1.htm](http://dieumsnh.qfb.umich.mx/prologo_mich1.htm), última modificación 28 de mayo.

### **Sánchez Díaz, Gerardo**

2000 (1999) "En torno a una discusión centenaria: el origen sudamericano de los tarascos", en Sánchez Díaz-R., Gerardo y León Alanís (cords.), *Historiografía michoacana, acercamientos y balances*, Morelia, Universidad Michoacana, pp. 33-48.

**Topete Lara, Hilario**

2007 *P'intekwa: la forma de hacer, vivir y ser en San Juan Nuevo Parangaricutiro, Michoacán*, Tesis doctoral, México, DES-ENAH.

**Vázquez León, Luis**

1992 *Ser indio otra vez. La purepechización de los tarascos serranos*, México, CNCA.

**West, Robert C.**

1948 *Cultural Geography of the Modern Tarascan Area*, Washington, Institute of Social Anthropology, Smithsonian Institution, Publication number 7.



**Revista Cuiculco, núm. 47,**  
fue editada en el Departamento de  
Publicaciones de la ENAH e impresa en  
los talleres de Editores e Impresores  
Profesionales, Tiziano 144, colonia  
Alfonso XIII, delegación Álvaro  
Obregón, México 01460, D.F., con un  
tiraje de 1000 ejemplares.